Como salta a la vista, el Maestro era un hombre de complexión atlética, con un poderoso
desarrollo del esqueleto y de su musculatura. Sus extremidades eran largas y el tórax
realmente imponente, con unos hombros anchos y sólidos como rocas. La grasa o panículo
adiposo era muy escaso; prácticamente inexistente.
La cabeza se presentaba firme y alargada, con un rostro igualmente alargado en su parte
media y un mentón y relieve óseos acentuados. El cráneo, como ya dije, alto y estrecho.
Estas características le hacían destacar sobre la media normal de la raza judía de aquella
época. Según los estudios de Von Luschan y Renan, entre los judíos de la Rusia del Sur, la
altura media oscilaba alrededor de 1,60 metros, llegando a 1,70 entre los hebreos de Londres y
los judíos españoles de Salónica. El tipo mesocéfalo de Cristo tampoco era frecuente. Entre los
hebreos de la Rusia del Sur, por ejemplo, el porcentaje de individuos braquicéfalos (de cráneos
cortos) era de un 81%, alcanzando los mesocéfalos un 18% y los dolicocéfalos un 1%. Entre los
judíos de Salónica -expulsados de España-, los dolicocéfalos suponían un 14,6% y los
braquicéfalos un 25%.
Además de por su considerable estatura -1,81 metros-, Jesús de Nazaret llamaba la atención
por su perímetro torácico, más grande que la media de sus compatriotas.
Esta tipología «atlética» encajaba además considerablemente con el temperamento
«enequético», descrito por Mauz: escasa reacción ante los estímulos, movimientos seguros y
vigorosos, aunque escasamente pródigos. De mayor fuerza que precisión.
Fue sin duda esa fortaleza física la que pudo contribuir a soportar en parte el brutal castigo
que le aguardaba. A pesar de todo -como veremos muy pronto-, los médicos y especialistas de
Caballo de Troya jamás pudieron entender cómo aquel Hombre logró resistir hasta el final la
cadena de horribles torturas a que fue sometido.
Debo confesarlo. Aquella parte de la misión fue posiblemente la más ingrata. Durante mucho
tiempo, y a pesar de la mansedumbre demostrada por Jesús, tuve la sensación de que,
sometiéndole a las citadas mediciones antropométricas, había abusado de aquel hombre. Y aún
hoy mismo sigo creyéndolo...
Anchura máxima de la cabeza (entre parietales): 15 cm.
Anchura bicigomática (desde la apófisis cigomática: de pómulo a pómulo): 14 cm.
Altura total de la cara (desde el gonion hasta el punto alveolar o prostion): 18,9 cm.
Perímetro de la cabeza: 58 cm.
Perímetro máximo de los brazos: 35 cm. Perímetro máximo de antebrazos: 31 cm.
Perímetro máximo de muslos: 57 cm. Perímetro máximo de piernas:
46 cm.

Rodillas (perímetro máximo): 42 cm.
Estatura total: 1,81 metros.
La línea media o axial (desde la nuca al canal interglúteo ten: punto superior del pliegue interglúteo) aparecía recta,
sin desviación.
Longitud máxima del pie: 31 cm (planos de primer grado).
Según los índices de Decourt y Pende, el morfotipo somático de Jesucristo resultó fundamentalmente macrosómico,
participando del tipo «atlético» y, en cierta medida, del «pícnico». Los índices -resultantes de la multiplicación de sus
medidas reales por los factores hallados por los mencionados científicos para el caso de los hombres- fueron los
siguientes:
Talla: 181 centímetros x factor 0,470 = 85,07; altura trocánter: 94 cm x 0,457 = 42,96; bitrocantéreo: 37 cm X
1,250 = 46,25; bi-humeral: 45 cm X 1,052 = 47,34; occipito mentón: 22 cm x 0,870 = 19,14; perímetro torácico: 99
cm x 0,470 = 46,53 y bi-maxilar: 14 cm x 1,820 = 25,48.
En cuanto al índice de Pignet, Caballo de Troya comprobó que el Maestro correspondía a la descripción de «MUY
FUERTE» (índice de Pignet = altura en centímetros - perímetro torácico en espiración máxima más su peso, en kilos =
181 - 97 más 80 = 4). Naturalmente, las últimas dos cifras -perímetro torácico en máxima espiración y peso- son
aproximativas. (El referido índice de Pignet establece la siguiente clasificación media: IP 10 = persona muy fuerte; IP
15 a 20 = persona fuerte; IP 20 a 25 = persona mediana; IP 25 a 30 = persona débil e IP 30 = persona muy débil.)
En relación con el índice craneal o cefálico, los expertos de Caballo de Troya -siempre de acuerdo con las medidas
obtenidas-, dedujeron que Jesús de Nazaret era mesocéfalo, con una ligerísima dolicocefalia. Este índice -75 %- se
obtuvo de acuerdo con la fórmula convencional:
I.C.: DT (medido entre ambos eurión) x 100 = 15 x 100 = 75
DAP (medido entre opistión y gabela) 19,9
En la valoración lateral, el índice craneal arrojó 100,5 %. Es decir, hipsocéfalo. En otras palabras, con una altura
craneal claramente superior al diámetro longitudinal.
Por último, al examinar el cráneo frontalmente, el índice del Galileo resultó de 75 %. Es decir, con una ligera tendencia a la estenocefalia (cráneo estrecho). *(N. del m.)*

Caballo de Troya

J. J. Benítez

179

Por fortuna para mi, ninguno de los presentes acertó a preguntar por qué me había empeñado en aquella insólita -casi ridícula- operación. La verdad es que, desde un principio,
gozaba entre los seguidores del rabí de fama de hombre extraño y esto -no lo sé muy bien-
pudo justificar quizá mi comportamiento singular en aquella espléndida mañana del jueves, 6
de abril.
El Maestro terminó de vestirse y siguiendo con aquel buen humor se incorporó al grupo de
amigos que le esperaban para desayunar.
Felipe volvió a repartir el pan -aún caliente- que nos había proporcionado el muchacho y las
mujeres distribuyeron sendos tazones de leche. En el cesto había también abundante grano
tostado, higos secos y una jarra de barro, repleta de las famosas pasas de Corinto. Todo ello,
obsequio de la familia de Juan Marcos al Maestro y a su grupo.

El propio Juan se encargó de abrir la jarra y, radiante de satisfacción, derramó un buen puñado de aquel fruto negro y brillante en las palmas de Jesús. Después, siguiendo las instrucciones del Galileo, fue repartiendo el resto de las pasas a cuantos nos hallábamos en el
huerto.
Aquella colación matutina transcurrió en un ambiente distendido. Los apóstoles parecían algo
más calmados que en la noche anterior, aunque algunos como Pedro, Tomas y el Zelotes- no
tardaron en descubrir que faltaba Judas. Sin embargo, por los comentarios que pude captar, los
discípulos lo atribuyeron a las obligaciones habituales del Iscariote como administrador general
del grupo y, más concretamente, a los detalles de la preparación de la inminente fiesta de la
Pascua. Ninguno de los ahí reunidos, por cierto, sabía dónde y cómo pensaba celebrarla el
Maestro. En mi opinión, y a la vista de los graves acontecimientos que venían produciéndose,
en relación con la determinación del Sanedrín de apresar a Jesús, aquel asunto de la Pascua
tampoco les preocupaba excesivamente.
Hacia las diez de la mañana hizo acto de presencia en el campamento José de Arimatea. Le
acompañaba uno de sus sirvientes. Al verle, el Nazareno le invitó a sentarse junto al grupo.
Pero José rehusó amablemente, indicándole que necesitaba conversar a solas con él.
El Maestro se levantó y ambos se alejaron unos pasos, hasta situarse junto al muro de la
cuba de piedra destinada a almazara.
El de Arimatea, con el semblante serio, gesticulaba, exponiéndole al Galileo lo que yo ya
sabía sobre los planes de Judas. Por fortuna, ninguno de los discípulos alcanzó a escuchar el
tema de la conversación del anciano y su Maestro. Este le escuchó sin inmutarse. Y una vez que
José hubo hablado, le tomó por el brazo, iniciando un corto paseo a lo largo del parapeto de
piedra.
Durante cosa de quince o veinte minutos, Jesús dialogó con el dimitido miembro del
Sanedrín. Esa misma noche -ya madrugada- del jueves, José me revelaría las palabras que le
había dirigido el Maestro durante aquel breve encuentro en el campamento.
La súbita llegada de José de Arimatea y el misterioso cambio de impresiones con el rabí no
pasaron inadvertidos para los discípulos. Todos se hicieron lenguas sobre la razón de aquella
visita. Y la mayoría acertó..., a medias. Cuchicheando entre si, los apóstoles se inclinaban a
pensar que algo grave estaba sucediendo y que ese «algo» tenía mucho que ver con la captura
del Maestro y con la posible desintegración del movimiento que llevaban entre manos. Y sus

ánimos volvieron a tensarse.
Finalizada la conversación, José se dirigió a una de las tiendas, intercambiando unas palabras con David Zebedeo. Por último, y tras despedirse de todos, se alejó en dirección a Jerusalén.
Jesús, que había retornado hasta el grupo que esperaba en torno a la hoguera, parecía algo más serio. Y antes de que nadie acertara a preguntarle, pidió a sus hombres y mujeres que le acompañasen.
Hacia las diez y media, el grupo completo -integrado por unas cincuenta personas- comenzó a ascender por la ladera del Olivete. Yo, algo rezagado, advertí a Eliseo de la dirección que seguía el grupo, en previsión de cualquier aproximación a la zona de seguridad del módulo.
Al llegar a la cima del monte, el Nazareno rogó a sus amigos que tomaran asiento y que escucharan sus palabras. Por suerte, la nave se hallaba mucho más al norte.
Había tanta inquietud como expectación en las miradas de aquellos galileos. En el fondo, los allí reunidos sólo deseaban asegurarse de algo: que el Maestro había tomado la decisión -como ya hiciera en otras ocasiones- de retirarse de la jurisdicción de la ciudad santa, evitando así a

las amenazantes castas sacerdotales. Pero no fue esto lo que escucharon, aunque el rabí hizo algunas alusiones al poder terrenal...
-Los reinos de este mundo -dijo entre otras cosas-, siendo como son materiales, pueden estimar a menudo que es necesario emplear la fuerza física para la ejecución y desarrollo de las leyes y del mantenimiento del orden. En el reino de los cielos los creyentes no recurren al empleo de la fuerza física. El reino del cielo, siendo como es una hermandad espiritual entre los hijos de Dios, puede promulgarse únicamente por el poder del espíritu. Esta distinción de procedimiento no anula, sin embargo, el derecho de los grupos sociales de creyentes a mantener el orden en sus filas y administrar disciplina entre los miembros ingobernables e indignos. No es incompatible ser hijo del reino espiritual y ciudadano del gobierno secular y civil. Es deber del creyente dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios...
»No puede haber desacuerdo entre estos dos requisitos. A no ser -aclaró Jesús- que resulte que un César intenta usurpar las prerrogativas de Dios y pida homenaje espiritual y se le rinda culto supremo. En tal caso sólo debéis adorar a Dios, mientras intentáis iluminar a

esos
dirigentes mal guiados. No debéis rendir culto espiritual a los gobernantes de la tierra. Ni
tampoco debéis emplear la fuerza física de los gobiernos terrenales.
»Ser hijos del reino, desde el punto de vista de una civilización avanzada -prosiguió Jesús,
dirigiéndome una significativa mirada- debe convertiros en ciudadanos ideales en los reinos
terrenales. La hermandad y el servicio -no lo olvidéis- son las piedras angulares del evangelio.
La llamada del amor del reino espiritual debe probar que es efectiva a la hora de destruir el
instinto del odio entre los ciudadanos no creyentes y guerreros del mundo terreno. Pero estos
hijos de las tinieblas, con mentalidad material, nunca sabrán de vuestra luz espiritual, a no ser
que os acerquéis a ellos. Por ello debéis ser honorables y respetados entre los ciudadanos y
entre los dirigentes de este mundo. Ese servicio social generoso sólo es la consecuencia natural
de un espíritu que vive en la luz.
»Como hombres mortales sois en verdad ciudadanos de los reinos terrenales y debéis ser
buenos ciudadanos y mucho más cuando habéis vuelto a nacer en el espíritu. Tenéis, por tanto,
una triple obligación: servir a Dios, servir al hombre y servir a la hermandad de creyentes en
Dios.
»No adoréis a los jefes temporales ni empleéis la fuerza para el fomento del reino espiritual.
Pero manifestaros en un honrado ministerio de servicio amoroso, tanto a los creyentes como a
los no creyentes. Es en el evangelio del reino donde reside el poderoso Espíritu de la Verdad. Yo
verteré sobre vosotros ese Espíritu de Verdad y sus frutos serán poderosas palancas sociales
que elevarán a las razas de las tinieblas. En verdad os digo que este Espíritu llegará a ser
vuestro fulcro, con un poder multiplicador.
»Desplegad sabiduría y mostrad sagacidad en vuestros tratos con los dirigentes civiles no
creyentes. Por medio de la discreción, mostraros expertos a la hora de allanar desacuerdos
poco importantes y arreglar fútiles faltas de entendimiento. Buscad, por todos los
procedimientos leales, el vivir apaciblemente con todos los hombres. Sed siempre sabios como
las serpientes y tan inofensivos como las palomas...
»Seréis mejores ciudadanos si sabéis iluminar vuestro espíritu con la verdad del evangelio. Y
los dirigentes en los asuntos civiles mejorarán corno resultado de esta creencia en el reino
celestial.
»Mientras los jefes de los gobiernos terrenales busquen ejercitar la autoridad, como

dictadores religiosos, vosotros -los que creéis en este evangelio- sólo podéis esperar problemas, persecuciones e, incluso, la muerte...
Jesús hizo una pausa, dejando que aquellas últimas palabras flotasen como un negro presagio.
Pero yo os digo -prosiguió el Maestro en un tono firme y esperanzador- que esa misma luz
que llevéis al mundo, y hasta la forma en que padezcáis por ella, iluminará finalmente por sí
misma a toda la humanidad y dará, como resultado, la separación gradual de la política y la
religión.
El Galileo volvió a fijar sus ojos en mi. Y continuó:
La persistente predicación de este evangelio del reino llevará algún día a las naciones a una
nueva e increíble liberación, a una libertad intelectual y a la libertad religiosa.
»Yo os anuncio ahora que, bajo las próximas persecuciones de los que odian este evangelio
de la alegría y de la libertad, vosotros floreceréis y el reino de mi Padre prosperará. Pero no os

engañéis. Correréis grave peligro cuando, en los tiempos posteriores, la mayoría de los hombres hablen bien de los creyentes en el reino y muchos, incluso, ocupando altos cargos,
acepten el evangelio. Aprended a ser leales al reino, incluso en tiempos de paz y prosperidad.
No tentéis a los ángeles que os vigilan. No les tentéis a llevaros por caminos sembrados de
dificultades, como amante disciplina, cuando os dejéis arrastrar por la molicie y la vanagloria.
Recordad que estáis encargados de predicar este evangelio cl supremo deseo de hacer la
voluntad del Padre, junto con la alegría suprema de la realización de la fe de ser hijos de Dios-
y no debéis dejar que nada desvíe vuestra atención. Haced que toda la humanidad se beneficie
del desbordamiento de vuestro amante ministerio espiritual, iluminando la comunión intelectual
e inspirando el servicio social. Pero ninguna de estas humanitarias labores deben ocupar el
verdadero objetivo de vuestros corazones: proclamar el evangelio.
»No debéis buscar la promulgación de la Verdad, ni establecer la honradez, por medio del
poder de los gobiernos civiles ni tampoco por la promulgación de leyes seculares.
»Podéis trabajar para persuadir a las mentes humanas, pero nunca -nunca- debéis atreveros
a imponeros. No olvidéis la gran ley de la justicia humana que os he enseñado: lo que deseéis
que otros os hagan, hacédselo vosotros a ellos...
«Cuando un creyente sea llamado a servir al gobierno terrenal, dejad que rinda ese servicio
como ciudadano temporal de dicho gobierno, aunque tenga que mostrar todos los

rasgos y
señales ordinarios en la ciudadanía. Éstos han sido realzados por la ilustración espiritual de la
ennoblecedora asociación de la mente del hombre mortal con el espíritu divino que habita en él.
Si el no creyente llega a cualificarse como un sirviente civil superior, debéis preguntaros
seriamente si las raíces de la Verdad de vuestro corazón no han muerto por falta de las aguas
vivientes de la comunión espiritual con el servicio social. La conciencia de ser hijos de Dios debe
acelerar toda la vida de servicio a vuestros semejantes.
«No debéis ser místicos pasivos o desvaídos ascetas. No debéis volveros soñadores o
veletas, cayendo en el cómodo letargo de creer que una ficticia Providencia os va a proveer,
incluso, de lo necesario para vivir.
»En verdad, debéis ser suaves en vuestros tratos con los mortales que se equivocan. Y
pacientes en vuestras conversaciones con los hombres ignorantes. Y contenidos ante la
provocación... Pero también debéis ser valientes a la hora de defender la honradez y fuertes en
la promulgación de la verdad y hasta audaces para predicar este evangelio del reino. Y deberéis
llegar hasta los confines del mundo...
»Este evangelio es una Verdad viviente. Os he dicho que es como la levadura en el pan y
como el grano de mostaza. Y ahora os declaro que es como la semilla del ser viviente que, de
generación en generación, mientras siga siendo la misma semilla viviente, se despliega
indefectiblemente en nuevas manifestaciones y crece de forma aceptable, adaptándose a las
necesidades peculiares y condiciones de cada generación. La revelación que os he hecho es una
revelación viva...
El Galileo recalcó estas dos últimas palabras con una fuerza indescriptible.
-... Una revelación viva -dijo-, y es mi deseo que lleve frutos apropiados a cada individuo y a
cada generación, de acuerdo con las leyes del crecimiento espiritual. Es mi deseo que se
incremente y que tenga un desarrollo. De generación en generación, este evangelio debe
mostrar vitalidad creciente y mayor hondura de poder espiritual. No se debe permitir que llegue
a ser un simple recuerdo sagrado, una mera tradición sobre mí o sobre los tiempos en los que
ahora vivimos...
Aquella mirada profunda y afilada como un puñal se paseó por todos y cada uno de los
oyentes. Y al llegar a mi, Jesús volvió a repetirlas:
-... No se debe permitir que llegue a ser un simple recuerdo sagrado, una mera tradición
sobre mi o sobre los tiempos en los que ahora vivimos.
Después, descendiendo a un tono más calmado, prosiguió:
-Y no olvidéis que no hemos dirigido un ataque personal a los individuos ni a la autoridad de

los que se sientan en la silla de Moisés. Tan sólo les hemos ofrecido la nueva luz, que ellos han
rechazado con tanto vigor. Hemos arremetido contra ellos sólo por su deslealtad espiritual para
con las mismas verdades que confiesan enseñar y salvaguardar. Hemos chocado con estos
establecidos dirigentes y reconocidos jefes sólo cuando se han opuesto directamente a la
predicación del evangelio. E incluso ahora no somos nosotros los que arremetemos contra ellos,
sino ellos los que buscan nuestra destrucción. No estáis para atacar las antiguas formas. Debéis

poner diestramente la levadura de la nueva Verdad en medio. de las viejas creencias. Y dejad
que el Espíritu haga su propio trabajo. Dejad que venga la controversia, sólo cuando aquellos
que os desprecian os fuercen a ella. Pero, cuando los no creyentes os ataquen
intencionadamente, no dudéis en manteneros en una vigorosa defensa de la Verdad que os ha
salvado y santificado.
»Recordad siempre amaros el uno al otro. No luchéis con los hombres, ni siquiera con los no
creyentes. Mostrad misericordia, incluso, con los que, despreciativamente, abusen de vosotros.
Mostraros ciudadanos leales, honrados artesanos, vecinos merecedores de alabanza, parientes
devotos, padres comprensivos y sinceros creyentes en la hermandad del reino del Espíritu. Y yo
os aseguro que mi espíritu estará sobre vosotros ahora y siempre, hasta el final del mundo...
Entre las horas sexta y nona (en nuestro sistema horario actual podrían ser las 13 horas),
Jesús dio por finalizada su alocución. Y fueron los griegos que asistían a la reunión los que más
preguntas formularon. Desde mi punto de vista, aquellos gentiles habían asimilado mejor que
los propios apóstoles las intenciones y enseñanzas del Maestro. Los once casi no abrieron la
boca. Y si debo juzgar por sus comentarios mientras descendíamos hacia el campamento, no
terminaban de entender qué relación podía existir entre sus martirios, persecuciones y muerte -
anunciadas por el rabí- y la inevitable propagación del evangelio por todo el mundo.
Persuadidos como estaban, con la excepción del joven Juan, de que aquel «reino» del que
hablaba Jesús tenía mucho que ver con un sistema político que liberase a Israel de la
dominación extranjera, tampoco acertaban a comprender que la difusión de la «Verdad»
pudiera llevarse a efecto «sin la promulgación de leyes seculares», como había pedido el

Maestro.
Sus mentes, una vez más, habían naufragado en un sinfín de especulaciones y dudas. Para la mayoría, las últimas frases del rabí, sobre la destrucción que buscaban los dirigentes judíos, fueron interpretadas como una gran tragedia que estaba a punto de asolar el mundo. Y aunque conocían la orden concretísima del Sanedrín de dar caza a Jesús, su fe en los poderes del Galileo era tal que se resistían a admitir que los sacerdotes pudieran tocarle siquiera. «En otras oportunidades -se decían unos a otros en un simple afán de tranquilizarse-, el Maestro les ha burlado. ¿Por qué no iba a hacerlo ahora...? Es casi seguro que esa "destrucción" a la que se refiere Jesús tiene que ver con un cataclismo o con el fin del mundo...»
Estas impresiones de los discípulos se vieron alimentadas por la actitud personal de Jesús en aquella mañana. Salvo en el breve parlamento con José de Arimatea, el Nazareno había demostrado un humor excelente... «Si el Maestro temiera por su seguridad -argumentaban en buena lógica- no adoptaría una postura tan alegre e inconsciente...»
(Deseo insistir en este momento de mi relato en una circunstancia a la que ya he hecho alusión pero que, dada su importancia, estimo que debe ser considerada nuevamente. Aquel discurso de Jesús de Nazaret había tenido una duración aproximada de algo más de dos horas.
Yo he referido únicamente los pasajes que he considerado más interesantes. Pues bien, tal y como se refleja en el Nuevo Testamento, ninguno de los evangelistas llegó a recogerlo con un mínimo de rigor y amplitud. A lo sumo, en los textos evangélicos aparecen algunas frases o sentencias, perdidas aquí y allá y desvinculadas de lo que era en realidad todo un contexto uniforme y perfectamente estructurado. Para mí, estas graves deficiencias -repetidas, como digo, en otros capítulos- no son la consecuencia de una acción negligente por parte de los escritores sagrados. La única razón por la que los Evangelios Canónicos no se hacen eco de estas enseñanzas está en una realidad mucho más sencilla pero, no por ello, menos lamentable: desde mi personal punto de vista, cuando los evangelistas trataron de poner por escrito la vida, obras y parlamentos de Jesús había pasado el tiempo suficiente como para que la inmensa mayoría de sus enseñanzas no pudieran ser recordadas textualmente. De no ser por mi sistema de filmación-grabación, yo tampoco hubiera sido capaz de memorizar todo lo que llevaba oído. Y debo insistir en algo que no puedo terminar de comprender: ¿por qué

ninguno
de aquellos discípulos se preocupó de ir tomando notas de cuanto veía y escuchaba? De esta
forma tan elemental, hoy hubiéramos dispuesto de una visión mucho más amplia y acertada de
lo que dijo e hizo el Maestro de Galilea.)
Para mi, a nivel personal, algunas de las afirmaciones de Jesús en aquella inolvidable
mañana en la cima del Olivete han revestido una gran importancia. Por ejemplo, jamás he

podido olvidar sus alusiones a la esperanza: «...La persistente predicación de este evangelio -
había prometido- llevará algún día a las naciones a una nueva e increíble liberación...»
¡Cuánto he ansiado ver cumplida tal afirmación! Sin embargo, hoy por hoy, esa maravillosa
realidad parece aún lejana... «Si Jesús fue capaz de pronosticar -¡40 años antes!- la total
destrucción de Jerusalén por las legiones de Tito, ¿por qué iba a equivocarse en aquella otra
profecía?»
También me desconcertó su recomendación sobre la forma en que debía ser promulgada la
Verdad. «No debéis buscar -aseguró- la propagación de esta Verdad por medio de leyes
seculares.» Y una punzante duda quedó en mi corazón: ¿hubiera aprobado el Hijo del Hombre
la intrincada maraña de leyes, normas y códigos que han regido y siguen rigiendo los destinos
de las iglesias y que, en el fondo, no son otra cosa que una asfixiante burocracia secular,
agazapada bajo pretextos espirituales y sagrados más o menos claros?
Pero mi misión no era enjuiciar, sino observar y dar testimonio. Ruego a quien pueda leer
este diario me disculpe...
Cuando entramos en el campamento, David Zebedeo tenía lista la comida. Le noté nervioso
y malhumorado. En un primer momento, lo atribuí a nuestro retraso. Normalmente, aquel
almuerzo -a mitad de jornada- solía celebrarse alrededor de las doce. «El disgusto del Zebedeo
-pensé- está más que justificado...» Pero, una vez más, me equivocaba La desazón del jefe de
los emisarios no se debía a la demora del grupo...
Nos fuimos acomodando en torno al fuego y las mujeres comenzaron a servir: guiso a base
de lentejas, aromatizado con sendos «pellizcos» de comino negro y cilantro[1], espigas frescas
pasadas ligeramente por la lumbre o grano tostado (proporcionado por Juan Marcos) y una
pequeña ración de requesón, elaborado por las mujeres con la leche de cabra. Y como
complemento, amén del vino, unas tortas de harina, amasadas esa misma mañana a

base de
agua y sal. El procedimiento utilizado por las mujeres del campamento en la cocción de aquellas tortas de unos 12 centímetros de diámetro era muy singular. Al menos para mí.
Empleaban un «horno» -si es que se le puede llamar así- consistente en un gran jarro, perfectamente recubierto de barro en su exterior. Se aseguraba en el suelo y en su interior se
encendía un fuego. Una vez que la candela había calentado suficientemente las paredes del
jarro, las mujeres procedían a apagar las llamas, pegando entonces las tortas a la superficie
interior del «horno». En general, se comían calientes. Pero, cuando Jesús y los restantes
discípulos llegaron al huerto, las tortas hacía tiempo que se habían enfriado. Algunos de los
comensales subsanaron, sin embargo, aquel contratiempo rociándolas con miel.
Jesús apenas probó el guisado de lentejas, dedicando su atención al requesón y a su obligada ración de pasas sin grano...
A mitad del almuerzo, Judas apareció en el campamento. Nadie se sorprendió. Sólo Jesús,
David Zebedeo y yo le seguimos con la mirada. El Iscariote, con la vista baja, tomó una de las
escudillas de madera, sirviéndose una generosa ración de lentejas. Y en el mismo silencio con
que había entrado en el huerto, así se retiró y aisló, sentándose entre las raíces de uno de los
olivos más cercanos. Durante un buen rato, el traidor centró su atención en la comida. Una vez
concluida, y mientras procedía a escarbarse los dientes con una brizna de hierba, levantó los
ojos hacia el cielo, en dirección al sol. (Supongo que tratando de averiguar lo que restaba de
luz.) Y allí siguió, atento a todos y cada uno de los movimientos del Galileo y de sus allegados.
Debía faltar una hora para las tres de la tarde, cuando David Zebedeo -cada vez más inquieto- se levantó y tiró prácticamente de Jesús, caminando con él en dirección a las tiendas.
Hablaron unos minutos y observé cómo el Maestro le respondía, al tiempo que levantaba su
mano izquierda, como tratando de apaciguarle. Judas, impasible, seguía la escena sin moverse
de su sitio.
Cuando David regresó hasta el grupo, traté de sonsacarle:

1 El cilantro o *Coriandrum sativum,* de las umbelíferas, es el fruto más conocido en Occidente por coriandro, a causa
del fuerte olor a chinches que desprende cuando está recién cogido. Una vez desecado, se vuelve muy aromático. El
utilizado por las israelitas era amarillento y del tamaño de un grano de pimienta. Es menos excitante y afrodisíaco que
el comino. Según pude comprobar, muchos hebreos mezclaban este último con miel y pimienta, tomándolo dos veces al
día. Esto, según me dijeron, les excitaba sexualmente. *(N. del m.)*

-¿Qué te ocurre? -le pregunté bajando el tono de mi voz, de forma que no pudiera ser oído
por el resto.
-Mis hombres en Jerusalén -me explicó con desesperación- han traído malas nuevas...
Empezaba a intuir de qué se trataba y cuál era en verdad la razón de la progresiva agitación
del discípulo.
Han seguido a Judas y, tal y como vosotros me adelantasteis, los planes para apresar al
Maestro están casi ultimados. Será hoy. Es posible que después de la puesta de sol. El capitán
de la policía del Templo está furioso por la fuga de Lázaro y ha apremiado al Iscariote para que
se consume el arresto.
-¿Sabéis dónde tendrá lugar?
-No. Lo único que sé es que no podemos perder de vista a ese bastardo... -masculló David
clavando su mirada en Judas.
-¿Y qué ha dicho Jesús?
El Zebedeo se encogió de hombros y rezumando aún la evidente sorpresa que le habla causado la contestación del Galileo, comentó:
-Me ha pedido que no hable de esto con nadie, pero a ti sí puedo decírtelo, puesto que ya lo
sabes... «Sí, David -me ha respondido-, lo sé todo. Y sé que tú sabes, pero cuida de no decírselo a nadie.» Y, cuando trataba de persuadirle para que huyera, añadió: «No dudes de
que la voluntad de Dios prevalecerá al final.» Te juro, Jasón, que no acierto a comprenderle. Si
él quisiera, ahora mismo pondríamos a su servicio más de un centenar de hombres armados
que le escoltarían y guardarían hasta llegar a la Perea...
Coloqué mis manos sobre sus hombros, tal y como había visto hacer a Jesús, e intenté animarle con la mirada. Pero la tristeza de aquel hombre era mucho más profunda de lo que yo
podía suponer.
La súbita llegada de uno de los «correos» sacó a David de sus sombríos pensamientos. Le
acompañé hasta la tienda de los hombres y allí, en presencia del Zebedeo, el emisario -que
procedía de Filadelfia- leyó un mensaje de Abner. Hasta aquella remota ciudad oriental habían
llegado también los insistentes rumores sobre un complot para matar al Maestro y pedía
instrucciones. «¿Debía movilizarse con toda su gente y dirigirse a Jerusalén?»
El Zebedeo leyó la misiva y acudió de inmediato al Galileo. Éste, una vez conocida la nota del
hombre que daba protección a Lázaro, transmitió a David: «Dile a Abner que siga adelante con
su labor. Si marcho de vosotros en carne es porque puedo volver en espíritu. No os abandonaré. Estaré con vosotros hasta el final.»
Otro de los mensajeros partió a la carrera hacia Filadelfia y yo aproveché aquella oportunidad para preguntar al Zebedeo por la madre de Jesús. Era casi la hora nona (las tres) y

María y sus familiares no habían dado señales de vida. Como dije, la posibilidad de encontrarme
cara a cara con la madre del Galileo había ido excitando mi espíritu, llenándome de curiosidad.
¿Cómo era realmente aquella mujer? ¿Podía tener el aspecto que nos muestra la tradición
pictórica universal? ¿Qué había de cierto en todas esas cualidades y virtudes que han remachado sin cesar los investigadores y estudiosos mariológicos?
David no pudo satisfacer mi duda. El camino desde Beth-Saida, en Galilea, a unos 600 estadios de Jerusalén (alrededor de 110 kilómetros), suponía un considerable esfuerzo, sobre
todo para un grupo en el que viajaban varias mujeres[1]. Había que esperar.
Apenas se hubo retirado David de la presencia de Jesús cuando el jefe de la intendencia,
Felipe, se aproximó al Maestro y le preguntó:
-Dado que se aproxima la hora de la Pascua, ¿dónde quieres que preparemos la cena?
El Galileo le respondió:
-Vete a buscar a Pedro y a Juan y os daré las instrucciones para la cena que comeremos
juntos esta noche. En cuanto a la Pascua, os hablaré de ello después de la cena...
Este asunto sí interesaba sobremanera a Judas. E incorporándose, comenzó a caminar hacia
Jesús, con el propósito -supongo- de averiguar dónde y a qué hora iba a celebrarse la cena de

[1] La ruta utilizada habitualmente en aquella época, desde la localidad de Beth-Saida (Bethsaïde Julias) hasta Jerusalén, obligaba a pasar por las poblaciones de Kursi e Hippos, en la orilla oriental del lago de Génésareth; Gadara y
Pella y, desde allí, siguiendo la margen del río Jordán, se alcanzaba Bethabara en la región de la Perea y, por último,
Jericó, Betania y Jerusalén. La otra ruta -la que cruzaba por el centro de Samaria- no era muy recomendable, dados los
continuos choques entre los habitantes de Judea y Galilea y los samaritanos. *(N. del m.)*

aquel jueves. Pero el Zebedeo -que no le perdía de vista- comprendió las oscuras intenciones
del Iscariote y, con unos reflejos admirables, se interpuso en el camino del traidor, entreteniéndole.
Judas, nervioso, vio cómo Felipe, Pedro, Juan y el Maestro se separaban del grupo, entrando
en una de las solitarias tiendas. A los pocos minutos, los tres apóstoles salieron del albergue y,
sin hacer el menor comentario, abandonaron el huerto, ladera abajo.
Por un momento dudé. ¿Qué debía hacer? ¿Me unía al grupo de los apóstoles que acababa
de salir del campamento o permanecía junto al Maestro? David seguía entreteniendo al Iscariote quien, con el rostro desolado pero sin perder su sangre fría, parecía resignado a su
suerte.
Me dejé llevar por el instinto y, disimuladamente, me lancé en pos de Felipe y sus compañeros.
Los alcancé cuando cruzaban al otro lado del Cedrón, bordeando la muralla suroriental de la

ciudad santa, en dirección a la puerta de los Esenios. Al verme, los discípulos se mostraron un
tanto sorprendidos. Pero intenté disipar sus recelos, comentándoles que -puesto que se
avecinaba la fiesta pascual- tenía intención de agradecer la hospitalidad del Maestro,
entregándole un obsequio[1].
-Os he visto partir hacia Jerusalén -les dije- y he creído que ésta era una buena oportunidad
para pediros consejo...
Sólo Juan -mejor observador y más sensible que sus amigos- se emocionó por aquel gesto
mío. Y tomándome por el brazo, me preguntó:
-¿Y qué has pensado regalarle?
-Quizá una nueva túnica -improvisé.
-No es mala idea -meditó en voz, alta-, pero, quizá fuese más práctico que compraras un
manto... El tiene en alta estima su túnica. Te habrás fijado que fue confeccionada a mano y sin
costuras...
Le hice saber que me parecía una excelente idea y que, si disponían de unos minutos, me
acompañaran y recomendaran un buen mercader en telas.
Pedro intervino y en un tono brusco -como si arrastrara un cierto malhumor- me desveló lo
que, precisamente, deseaba saber:
-Atiende, Jasón. Ahora no puede ser. El Maestro nos ha encomendado un asunto un tanto
raro...
En su voz adiviné aquella casi genética incapacidad para comprender muchas de las acciones
de Jesús.
-... Tenemos que llegar hasta las puertas de la ciudad y buscar a un hombre -exclamó con
«retintín»- con un cántaro de agua... ¡Imagínate!, con miles de peregrinos en Jerusalén...
Juan le reprochó su poca fe.
-Si el Maestro nos ha dicho que al franquear las puertas encontraremos a ese hombre con el
cántaro, no hay más que hablar.
-Pero, reconoce -trató de razonar Felipe- que Pedro lleva razón. ¿No hubiera sido más fácil y
práctico que Jesús nos hubiera dado la dirección de la casa donde desea cenar esta noche o el
nombre de su propietario? ¿Por qué tanto misterio? ¿Qué necesidad hay de tanto laberinto?
Sonreí para mis adentros, recordando el texto evangélico donde se narra este suceso. No
habría estado de más que los escritores sagrados hubieran hecho mención de aquella polémica
entre los discípulos y que retrataba maravillosamente la fe ciega de uno y las lógicas dudas del
resto. (Cabe la posibilidad de que, con el paso de los años, ni Pedro ni Felipe desearan
descubrir a la incipiente comunidad cristiana su flaqueza de espíritu. Y es del todo

humano y
comprensible.)
Los tres hombres siguieron enzarzados en aquella disputa, hasta que llegamos al umbral de
la gran puerta de los Esenios, frente al valle del Hinnom. A aquellas horas de la tarde el gentío
que entraba y salía sin cesar de Jerusalén era lo suficientemente grande como para desalentar
a cualquiera que intentara localizar a un «hombre con un cántaro de agua».
1 La costumbre judía de aquella época establecía que, para cumplir plenamente con el precepto de estar alegres en
la Pascua, era aconsejable hacer regalos, tanto a los amigos como a los familiares y, sobre todo, a las mujeres. Y
aunque éste no era mi caso, dada mi condición de gentil, consideré aquel pretexto muy adecuado para mis fines. *(N.
del m.)*

De pronto, en aquel confuso trasiego de gentes, Juan nos llamó la atención sobre un grupo
de mujeres que salía de la ciudad. Dos de ellas cargaban sobre sus cabezas sendos cántaros. El
resto -posiblemente lavanderas- mantenía sobre sus cráneos, con gran destreza, cestos de
mimbre repletos de ropa.
Pero Pedro, cada vez más desalentado, hizo ver al joven discípulo que se trataba de mujeres
y que, además, seguían una dirección opuesta a la que les había anunciado el rabí.
Al traspasar el arco de piedra de la gigantesca puerta, los tres apóstoles se detuvieron frente
a las primeras casas del barrio bajo. Y, durante algunos minutos, se dedicaron a inspeccionar a
cuantos deambulaban por el lugar. No necesitaron mucho tiempo para descubrir, a la derecha
del portalón de los Esenios, a un hombre que se hallaba sentado y con la espalda apoyada en la
muralla. A su lado había una cántara de casi medio metro de alzada, de las usadas
comúnmente para recoger el agua de las fuentes situadas delante de Jerusalén.
Los discípulos se miraron en silencio y Juan, sonriente y decidido, se adelantó hasta situarse
a dos metros de aquel individuo. Felipe le siguió y Pedro, vacilante aún, terminó por unirse a
sus amigos, negando sistemáticamente con la cabeza.
Ni Juan ni el resto llegaron a despegar sus labios. Cuando aquel hombre -que parecía
aburrido de esperar- les vio inmóviles y con los ojos fijos en él, dibujó una leve sonrisa y, sin
más, se levantó, tomando la pesada cántara. Acto seguido, y con el recipiente bien sujeto sobre
su cadera izquierda, inició una apresurada caminata.
Pedro, en silencio y con los ojos bajos, había enrojecido de vergüenza.
En cuestión de minutos, el misterioso personaje nos condujo por las empinadas y angostas
callejas de aquella zona meridional de Jerusalén hasta una casa de dos plantas,

situada muy
cerca de la residencia de Anás, el ex sumo sacerdote y suegro de Caifás.
A la puerta de aquella mansión, tan lujosa casi como la de José de Arimatea, esperaba un
conocido de todos: el pequeño Juan Marcos!
Al parecer no fui el único sorprendido. Los tres discípulos, al ver al adolescente,
intercambiaron una mirada, adivinando entonces las intenciones de Jesús. Por mi parte, el
supuesto hecho milagroso del encuentro con el hombre del cántaro empezaba a tener una
explicación más racional. Aunque en aquellos instantes no disponía de pruebas suficientes, un
presentimiento comenzó a rondarme:
¿Había dado instrucciones el Maestro a Juan Marcos, durante el largo paseo del miércoles,
para que un miembro de su familia -quizá un sirviente- acudiera a una hora determinada hasta
las puertas de Jerusalén y portando un cántaro de agua? De no haber sido así, ¿cómo explicar
la presencia del muchacho, justamente en el escalón de la puerta de la casa donde debería
celebrarse la llamada «última cena»? Aquella hipótesis fue ganando terreno en mi
subsconsciente. En el fondo, todo encajaba: el férreo mutismo del joven ante las preguntas de
los discípulos y la extrema prudencia del Maestro a la hora de indicar el lugar donde deseaba
reunirse con sus íntimos...
Jesús de Nazaret estaba al corriente del complot que protagonizaba Judas, así como de sus
manejos para facilitar su captura. Era lógico que, si el Galileo deseaba no ser molestado en el
transcurso de aquella cena, adoptase las necesarias medidas de precaución. Y aquella
«maniobra», evidentemente, formaba parte del plan.
El joven Marcos nos condujo hasta el interior de la casa, presentándonos a sus padres, Elías
y María. Aquella familia -según pude averiguar- estaba emparentada con la de Jesús,
comulgando plenamente con sus enseñanzas.
Felipe, como responsable de la preparación de la cena, rogó a Elías Marcos que le mostrase
el lugar elegido y que le pusiese al corriente del menú y de los restantes preparativos.
Prudentemente, y puesto que el muchacho se hallaba presente, me abstuve de formular
preguntas a los dueños de la casa. Sin embargo, después de comprobar que la cena tendría por
escenario el piso superior de la mansión de los Marcos, mis dudas sobre el acuerdo secreto
entre Jesús y el hijo de aquellos quedaron prácticamente disueltas. Sólo restaba que el
muchacho o sus padres me lo confirmaran. Pero eso sucedería pocas horas más tarde...
Me disponía ya a seguir a Felipe y a Pedro hasta la primera planta, iniciando así otra de las
delicadas misiones encomendadas por Caballo de Troya cuando, inesperadamente, Juan el

Evangelista- me propuso aprovechar aquellos minutos para visitar el cercano barrio de los
tintoreros, satisfaciendo así mi deseo de adquirir el manto para el Maestro. Me vi atrapado en

mi propio engaño y no tuve más remedio que aceptar, simulando -además- gran contento por
aquella gentileza del discípulo.
El gremio de los tintoreros, tal y como me había anunciado Juan al salir de la casa, se encontraba muy cerca. Descendimos por un estrecho callejón, tan mal empedrado como
pestilente, hasta desembocar en un corro de pequeñas casas de una planta, situado a la
sombra de la muralla exterior y en el ángulo suroccidental de la ciudad. Aquella treintena de
casas eran en realidad otras tantas tintorerías. Juan me condujo al interior de una de ellas,
propiedad de un viejo amigo: un tal Malkiyías, experto artesano y digno sucesor de una antigua
familia de tintoreros.
Y sin proponérmelo me vi en el interior de una habitación de unos seis por tres metros, casi
ahogada por la oscuridad, en uno de cuyos extremos divisé dos grandes cubas de casi un metro
de diámetro por otro de altura. A su lado habían sido situadas varias pilas de escaso fondo y un
banco de mampostería. En las cubas se había introducido potasa y cal apagada, así como una
pequeña cantidad de índigo[1] en una de ellas y el doble en la siguiente. Cada cuba, cerrada por
una cubierta de piedra, presentaba un pequeño orificio o boca central (de unos 15 centímetros)
en la citada tapa. Por allí, el amigo Malkiyías iba introduciendo los hilos de los diferentes
tejidos, procediendo a su tinte. En otra de las pilas, varios obreros manipulaban grandes paños
de tela, sumergiéndolos en baños de púrpura y escarlata.
Juan le expuso mi deseo de hacer un regalo a un amigo, rogándole que nos enseñara algunos de los mantos mejor trabajados y listos ya para su traslado al gremio de los vendedores de telas. El jefe de la tintorería aceptó con gusto, mostrándonos un abundante
surtido de ropones, túnicas de lana y algodón, mantos para mujeres (muy parecidos al actual
chal) y finas vestiduras de hilo de Egipto, teñidos todos ellos en los más variados y sugestivos
colores.
Y, de pronto, al revisar aquellas prendas, tuve una idea. Busqué entre los tejidos más delicados y señalándole a Juan un manto de lino blanco, le dije..
-Este... Desearía llevarme éste...
El discípulo me miró con asombro y comentó:
-Pero, Jasón, éste es un manto de mujer...

-Lo sé -repuse-, pero acabo de tener una idea mejor.
Juan respetó mi silencio, y sin hacerme una sola pregunta sobre aquel repentino cambio,
acordó con el maestro artesano el precio del rico manto. Aunque aquel tipo de operaciones
comerciales estaba prohibido -ya que los tintoreros no podían vender sus productos
directamente al público-, la amistad entre Juan y Malkiyías sirvió para soslayar el problema.
Y a eso de las cuatro de la tarde, después de recoger a Felipe y a Pedro y en compañía del
joven Juan Marcos, que quiso unirse a nosotros, reemprendimos el camino de regreso al
campamento de Getsemaní. En la casa de la familia Marcos, todo estaba listo para la cena. Las
circunstancias me habían impedido tener acceso al piso superior y ello empezaba a
preocuparme. Era vital para el completo desarrollo de mi misión que pudiera entrar en dicha
sala, antes de que fuera ocupada por Jesús y los doce...
Al vernos llegar, David Zebedeo se apresuró a interrogarme, mientras Pedro, Felipe y Juan
comunicaban a Jesús que todo estaba ultimado para la cena.
El astuto David me explicó que, dadas las circunstancias, había sugerido a Judas que le entregara algo de dinero, con el fin de ir cubriendo las necesidades del grupo.
-Ante mi sorpresa -añadió-, este malnacido no sólo no ofreció resistencia, sino que,
entregándome la totalidad de los fondos líquidos y los recibos del dinero en depósito, me
anunció sin titubear: «Tienes razón. Creo que es lo más adecuado... Se está tramando algo
contra el Maestro y, en el caso de que me ocurriera algo, no serias molestado por nadie.» ¿Te
das cuenta, Jasón? -comentó con desaliento-. Este cínico acaba de confesarme que teme por la
vida de Jesús...
Aquel gesto de Judas -desprendiéndose de todo el dinero del movimiento- apuntaló aún más
mi sospecha de que el traidor no actuaba precisamente por avaricia.
1 A juzgar por su color azul y por su Forma, en panes cuadrados de unos 125 gramos de peso cada uno, aquella
pasta tintórea debía ser una de las especies de «índigo de la India», muy apreciada en el arte del tinte. *(N. del m.)*

Hacia las cinco de la tarde, cuando apenas faltaba una hora para el ocaso, noté un
movimiento inusitado en el campamento. Felipe me informó que el Maestro tenía prisa por salir
hacia Jerusalén. Los apóstoles no terminaban de entender por qué el Maestro había organizado
aquella reducida e inusual cena, a la que sólo podían asistir sus doce hombres de confianza. Los
comentarios eran de lo más diverso. La costumbre judía establecía con gran rigor que el
almuerzo pascual debía celebrarse -una vez sacrificado el obligado cordero o cabrito en el

Templo- en la víspera de la Pascua propiamente dicha[1]. En esta ocasión, la fiesta pascual caía en sábado por lo que era doblemente solemne, como creo que ya comenté. Si la tradicional cena religiosa debía efectuarse al día siguiente, viernes, 7 de abril y una vez oscurecido, era lógico que los discípulos se hicieran preguntas sobre el misterioso banquete organizado por el Galileo para esa noche del jueves. Sólo unos pocos -Juan, Judas Iscariote, por supuesto, y David Zebedeo- intuían que aquella cena iba a ser un acto muy especial, previo a la inmediata y fulminante captura de su Maestro.

Para mí, aquellas prisas de Jesús por abandonar el huerto fueron la señal que me impulsó a retirarme, adelantándome al grupo.

Dadas las especialísimas características de la «última cena» -a la que, insisto, sólo podían asistir Jesús y sus doce apóstoles-, Caballo de Troya había estimado que mi presencia en la misma hubiera podido quebrar el carácter íntimo que el Maestro pretendía. Era poco ético, por tanto, que yo me hubiera sentado junto a los trece. Pero la misión no podía pasar por alto un hecho tan trascendental y significativo como aquél. Yo debería recoger un máximo de información sobre lo verdaderamente ocurrido en el piso superior de la casa de los Marcos. Y para ello, el general Curtiss había dispuesto una solución «intermedia»: además de mis indagaciones cerca de los protagonistas, la totalidad de las palabras de Jesús y de los doce serían recogidas mediante un sensible y diminuto micrófono, que yo debería ocultar en un lugar estratégico del cenáculo. (Difícilmente podía suponer entonces que aquella minúscula maravilla de la electrónica -construida con gran mimo por los especialistas de la ATT (American Telephone and Telegraph), empresa norteamericana de explotación telefónica, para nuestro proyecto- iba a constituir una de las razones que aconsejaron a Caballo de Troya un segundo «gran viaje» a la época de Cristo...)

Después de depositar el manto que había comprado en la tintorería de Malkiyías en manos del Zebedeo, me apresuré a arrancar algunos manojos de espliego y lirios morados y blancos, que crecían en las proximidades del olivar. Y a la carrera, tomé la senda más corta hacía Jerusalén, advirtiendo al módulo que me disponía a situar el micro y la «vara de Moisés» en la casa de Elías Marcos.

El gentil y apacible cabeza de familia no se sorprendió lo más mínimo cuando le anuncié que Jesús y los doce no tardarían en llegar y que, como muestra de mi amistad y afecto hacia el

Maestro, deseaba contribuir, adornando la mesa con aquel humilde pero oloroso presente. Mi
plan surtió efecto y uno de los sirvientes -por indicación de Elías- me acompañó hasta el piso
superior.
Ascendimos por una estrecha escalera de piedra y, al abrir una puerta de doble hoja, el
improvisado «guía» me invitó a que le precediera. Así lo hice, penetrando en una espaciosa sala
rectangular de algo más de 20 metros de longitud, por 6 o 7 de anchura. En el centro había
sido dispuesta una mesa baja, en forma de « U » y de características muy parecidas a la que
había visto en la casa de Simón, «el leproso».
Alrededor se hallaban trece divanes, orientados casi perpendicularmente a la mesa. El que
ocupaba el centro, ola base de la «U», era algo más alto que los demás. Deduje de inmediato
que aquél era el puesto destinado al invitado de honor; es decir, a Jesús. Uno de los divanes -
muy similares a bancos de cuatro patas, pero sin brazos ni respaldo alguno- era más bajo que
el resto. Se encontraba situado en uno de los extremos de la mesa y, al verlo, deduje que el
anfitrión había tenido problemas para conseguir tantas tumbonas.
1 La fiesta de la Pascua judía -también llamada *hag ha-massot* o «fiesta de los ácimos»- se celebraba anualmente el
15 de Nisán, correspondiendo con el plenilunio o luna llena de la primavera. En aquel año 30, esta fecha -15 de Nisán-
cayó en sábado, 8 de abril. El cordero pascual se sacrificaba la víspera (14 de Nisán) y se comía en familia, una vez
oscurecido; es decir, en esta ocasión, el viernes, 7 de abril. El Galileo celebró, por tanto, la «última cena» el 13 de
Nisán o jueves, 6 de abril. El mes de Nisán era el primero del año judío, correspondiendo a nuestros marzo o abril. *(N.
del m.)*

A la izquierda del comedor (tomando siempre como referencia la única puerta de entrada), y
pegados prácticamente al muro de ladrillo -cuidadosamente reforzado a base de caliza- conté
tres lavabos de bronce, elevados sobre el entarimado mediante sendos pies de madera. Todos
ellos, curiosamente, provistos de ruedas. De esta forma, aquellos recipientes de unos cuarenta
centímetros de diámetro y de escasa profundidad- podían ser trasladados cómodamente de una
parte a otra del aposento. Junto a los lavabos, el
dueño de la casa había preparado varías jarras con agua, así como algunas jofainas y lienzos
para el secado.
La escasa luz que penetraba por las espigadas ventanas -casi «troneras»-, que se repartían

a lo largo de los muros, había obligado ya a los sirvientes a encender las lámparas de aceite. En
una rápida exploración observé que las seis o siete lucernas adosadas en las paredes, y a cosa
de metro y medio del suelo, no daban una llama lo suficientemente grande como para iluminar
la estancia con amplitud. El defecto había sido subsanado con un farol cuadrado, en cuyo
interior ardía otra carga de aceite, con una triple mecha de cáñamo. Este refuerzo, plantado en
el interior de la «U» y sostenido a poco más de un metro del piso por un pie de hierro forjado
bellamente trabajado, sí proporcionaba a la mesa y a sus inmediaciones una generosa claridad.
A través de las paredes de vidrio -sutilmente teñidas de color oro-, la luz del farol inundaba y
bañaba de amarillo los divanes rojizos y el blanco e inmaculado mantel.
En uno de los extremos de la mesa (el más distante al lugar donde se encontraban los
lavabos «rodantes»), la servidumbre habla situado el pan, el vino, el agua y varios platos con
legumbres. Y sobre la mesa, en el punto correspondiente a cada uno de los invitados, trece
platos de fina cerámica, decorados con estrechas bandas rojas y blancas, posiblemente
trazadas a pincel por el artesano. Junto a la vajilla, cuatro copas de cristal de Sidón por
comensal. La presencia de tan numerosa cristalería me hizo suponer que Jesús pensaba
celebrar aquella cena, según el rito pascual.
Y por toda decoración, la sala lucía algunos tapices rojos, colgados estratégicamente en las
paredes. A la derecha de la puerta, en el ángulo del cenáculo, la madre del joven Marcos había
puesto un discreto toque femenino, a base de brillantes ramas de olivo y hojas de palma,
firmemente sujetas en un barreño con tierra.
Tras aquella vertiginosa ojeada a la estancia, comprendí que el lugar ideal para ocultar el
micrófono multidireccional era la base del farol. Desde aquel punto, equidistante de casi todos
los discípulos, las voces podrían llegar con nitidez hasta el sensible receptor. Pero, al volverme
hacia la puerta, la presencia del servicial acompañante me hizo desistir de mis propósitos. Tenía
que quedarme solo, aunque fuera únicamente durante un par de minutos...
De pronto advertí que aún tenía las flores en mi mano izquierda y entregándoselas al
sirviente le rogué que buscara algún jarrón. El buen hombre no entendía bien el griego y tuve
que expresarme por señas. Por fin pareció comprenderme y se alejó, escaleras abajo, con el fin
de satisfacer mi súplica.
Sin perder un segundo me hice con el micrófono, arrodillándome junto al farol. Por suerte, la
base era igualmente de hierro y el dispositivo magnético se «pegó» de inmediato. Los

flecos
que colgaban del fanal formaron un excelente camuflaje. Retrocedí, saliendo del centro de la
mesa y, dirigiéndome rápidamente al diván que presumiblemente debía ocupar el Galileo, me
recosté sobre él, accionando la conexión auditiva con la nave. Eliseo respondió de inmediato.
Por espacio de varios segundos dirigí mi voz -en diferentes niveles de intensidad- hacia el farol,
situado a poco más de tres metros de la curvatura de la «U». Después repetí las pruebas de
sonido desde los dos extremos de la mesa.
Eliseo verificó las recepciones, anunciándome que el sonido llegaba «cinco por cinco»[1].
Algo más sereno, me situé entonces en el rincón donde María Marcos había dispuesto el
adorno floral. En mi opinión, aquél era el único ángulo desde el que habría sido posible una
completa filmación de la escena. Pero, al examinar la posición de la única lente capaz -en este
caso- de registrar los acontecimientos, comprobé que existían dos obstáculos que dificultaban
la filmación: por un lado, las hojas de palma ocupaban la mayor parte del campo visual. Por
otro, y aunque no se hubiera dado aquel inconveniente, el lugar que tenía que ocupar el
Maestro quedaba oculto en parte por el farol central.

[1] Esta expresión es frecuentemente utilizada en el argot aeronáutico para comunicar que se recibe el sonido de
forma nítida. *(N. del t.)*

Traté de tranquilizarme y, tomando de nuevo la vara, escudriñé hasta el último rincón de la
sala. Pronto desistí. No había una sola zona donde apoyar el cayado sin que levantase
sospechas y con garantías de una filmación correcta.
Desalentado, me dirigí entonces hacia el punto que había elegido en un principio, con el fin
de depositar la «vara de Moisés» por detrás de las ramas y palmas. «Al menos -me dije a mí
mismo-, quedará constancia del lugar y de algunos de los personajes.» Mi misión, en este caso,
era sencilla: bastaba con que dejara pulsado el clavo que activaba el rodaje. Una vez concluida
la cena, y si no surgían inconvenientes, todo era cuestión de subir nuevamente y recogerla.
Pero, cuando me faltaban unos pasos para alcanzar el rincón, el sirviente se presentó en la
estancia, arruinando mis intenciones. Traía en las manos un pequeño jarrón de barro y, en su
interior, mis flores.
Tuve que forzar una sonrisa. Después, casi como un autómata, lo situé sobre la mesa, frente

al plato y a las copas asignados al Nazareno.
Y profundamente contrariado, abandoné aquel histórico lugar.
Me disponía ya a despedirme de la familia Marcos cuando el bronco y áspero sonido de los
cuernos de carnero del Templo anunciaron el final del día. Mi intención era ocultarme en las
proximidades de la casa y esperar la llegada de Jesús y de sus hombres. De esta forma podría
controlarles y, sobre todo, estar al tanto de los movimientos de Judas. Pero la hospitalaria
familia no me dejó partir. Elías me rogó que aceptase un vaso de vino y que, si no alteraba mis
planes, permaneciese en su compañía hasta el regreso del grupo a Getsemaní. El padre de
Marcos conocía la disposición del rabí sobre la cena: nadie -excepto los trece- debería participar
en la comida pascual. Ni siquiera habría sirvientes. Y aunque yo me apresuré a recordarle este
deseo del Maestro, el buen hombre insistió en que no era necesario que yo estuviera presente
en el piso superior. Podía satisfacer mi apetito y, de paso, resguardarme en la planta baja o en
el pequeño jardín contiguo a la vivienda.
Reflexioné y acepté. Quizá aquél fuera el emplazamiento ideal para mi misión. Después de
todo, desde el piso inferior e, incluso desde el patio, era posible seguir los movimientos de
cuantos subieran o bajaran al cenáculo. Aquella amable invitación me permitió, además,
averiguar otro dato curioso: el menú de la «última cena».
De acuerdo con las costumbres judías, esta comida se sustentaba en un plato único -el cordero o cabrito-, aderezado y acompañado con una serie de verduras, igualmente obligatorias.
María Marcos había preparado varios platos con lechuga, perifollos olorosos (con un suave
aroma parecido al anís), un cardo llamado «eringe» o «eringio» y las imprescindibles yerbas
amargas. Todo ello, sin hervir ni cocer, tal y como marcaba la ley.
Cuando le pregunté sobre la forma de preparar el cordero, la matrona me condujo hasta el
jardín, mostrándome unas brasas de madera de pino, perfectamente circunscritas en un hogar
a base de grandes cantos de río. Uno de los sirvientes velaba para que la candela no se
extinguiera mientras otros dos se ocupaban de un cordero que no pesaría más allá de los ocho
o diez kilos. Con una destreza admirable, los sirvientes había cortado las extremidades y
extraído la totalidad de las entrañas. Después, tanto éstas como las patas -todo ello perfectamente desollado y purificado a base de agua- fue introducido en el interior del cordero.
Uno de los hombres tomó varios brotes de alhova, así como laurel y pimienta, rellenando con

ello los huecos. A continuación, el vientre fue cerrado mediante largas y escogidas ramas de
romero, dispuestas alrededor de la pieza.
El segundo sirviente introdujo entonces un largo y sólido palo de granado por la boca del
cordero, atravesando todo el cuerpo y haciéndolo aparecer por el ano.
Una vez dispuesto de esta guisa, los extremos de la vara de granado fueron depositados
sobre sendas horquillas de hierro, firmemente clavadas en la tierra. Y dio comienzo un lento y
meticuloso asado. Siguiendo un antiguo ritual, antes de que los servidores situaran el cordero
sobre las brasas, el padre de familia dirigió su mirada al cielo, comprobando que nos
hallábamos «entre dos luces», tal y como específica el *Éxodo* (12,6).
El banquete había sido redondeado con puerros, guisantes, pan ácimo y, como postre,
nueces y almendras tostadas y una pasta -sin levadura- a base de higos secos.
Con el fin de aliviar el sabor de las obligadas yerbas amargas, la madre del pequeño Juan
Marcos tenía dispuesta una deliciosa compota o mermelada -llamada «jarôset»-, preparada a

base de vino, vinagre y frutas machacadas. El vino (los comensales debían beber, como
mínimo, cuatro copas previamente mezcladas con agua) procedía del Monte de Simeón, de
gran prestigio en Israel.
A eso de las seis y media, el benjamín de los Marcos irrumpió en la casa como una
exhalación. Jadeante y sudoroso comunicó a su padre que el Maestro se acercaba ya a la
mansión...
Los nervios y la alegría de la familia al recibir al Galileo y a sus hombres no tuvo límites. Y
durante varios minutos, la confusión fue total. María Marcos subía y bajaba sin cesar, mientras
la servidumbre procedía a ultimar los detalles de la cena.
Los discípulos -por consejo de Jesús- fueron ascendiendo las escaleras, camino de la estancia
superior. Según pude apreciar, no faltaba ninguno. Judas, encerrado en un mutismo total,
siguió a sus compañeros, mientras el rabí departía con la familia. A juzgar por sus jocosos
comentarios sobre el cordero, su humor seguía siendo excelente. Nada parecía perturbarle. Sin
embargo, y a partir de aquel momento, yo debía mantenerme en alerta total. El Iscariote, al
fin, había averiguado el lugar donde iba a celebrarse la misteriosa cena y sus pensamientos
sólo podían ocuparse ya de algo básico para él y para los policías que esperaban, sin duda, su
información: salir de la casa de los Marcos y acudir al Templo para poner en marcha la
operación de arresto del Nazareno.

Hacia las siete, Jesús se retiró, dirigiéndose hacia el cenáculo. Su semblante seguía reflejando una gran jovialidad.
A partir de ese instante me situé en el quicio de la puerta que daba acceso al jardín, montando guardia a escasos metros de la escalera que conducía al primer piso.
Al poco, el servicial Juan Marcos -por indicación de su padre- me trajo un pequeño taburete.
Me senté y él hizo otro tanto, observándome en silencio. Apuré lentamente el plato de pescado
cocido que me había servido la señora de la casa y, sin demasiadas esperanzas de éxito,
comencé a interrogar al muchacho. Pero Juan, a pesar de su corta edad, poseía un profundo
sentido de la lealtad y, sobre todas las cosas de este mundo, amaba a Jesús. Así que mis
preguntas fueron estrellándose, una detrás de otra, contra el celoso silencio del jovencito.
Cuando, por último, me atreví a exponerle mi teoría sobre su acuerdo secreto con el rabí, en
relación al hombre del cántaro de agua y a los demás planes sobre la cena, Juan Marcos se
puso pálido. Y en un arranque, se levantó, escapando hacia el fondo del jardín.
Sin querer, su actitud le había delatado. Pero no quise forzar la situación.
A la hora, aproximadamente, de iniciada la cena, Santiago y Judas de Alfeo -los gemelos-
aparecieron por las escaleras. Me puse en pie. Pero, al verlos entrar en el patio y recoger la
bandeja de madera sobre la que había sido dispuesto el cordero -previamente troceado-, me
tranquilicé. Tenían la mirada grave. Y la curiosidad volvió a asaltarme. ¿Qué estaba sucediendo
allí arriba? ¿A qué se debía aquella sombra de angustia en los rostros de los hermanos, habitualmente risueños? La constante presencia de la familia Marcos me impidió consultar al
módulo. Y opté por serenarme. Tiempo habría de averiguarlo.
Juan Marcos, algo más calmado y sonriente, recogió mi plato. Procuré mostrarme amistoso,
cambiando mi anterior tema de conversación por otro más cálido. De esta forma -haciendo de
Jesús el centro de mis palabras-, el muchacho olvidó sus recelos, demostrándome lo que yo ya
sabía; que su pasión por el Maestro no tenía límites y que, si fuera preciso, «él sería el primero
en ofrecer su vida por el rabí», según dijo.
Conforme avanzaba la noche, sin poder remediarlo, mi nerviosismo fue también en aumento.
Hasta que, finalmente, hacia las nueve, vi bajar a Judas. Evidentemente, llevaba prisa. Y sin
mirarnos siquiera, abrió el portalón de entrada, saliendo de la casa.
De un salto me situé en la puerta y observé cómo se alejaba precipitadamente. Juan Marcos,
alarmado por mi súbita actitud, preguntó si ocurría algo. Si mis suposiciones eran correctas, el
Iscariote se dirigía hacia el Templo. Aquello significaba que yo perdería su pista de

inmediato.
Era preciso actuar con rapidez e inteligencia. Y, de pronto, fijándome en el muchacho, se me
ocurrió una solución.
-¿Conoces la casa de José, el de Arimatea? -le pregunté, tratando de no alarmarle.
Juan Marcos asintió.
-Pues bien, corre hacía allí y dile a José que acuda de inmediato al Templo. Es importante
que él o Ismael se reúnan con Judas...

Sin preguntar ni hacer el menor comentario, el muchacho -que había captado mi preocupación- salió calle abajo, en dirección a la piscina de Sibé.
Por mi parte, procurando que el Iscariote no advirtiera mi presencia, inicié una tenaz persecución del traidor. A aquellas horas de la noche, el número de transeúntes había decrecido
sensiblemente. A duras penas, ayudado más por la luz de la luna que por los míseros y mortecinos candiles de aceite de las calles, pude seguir los presurosos andares del judío hasta
una casucha de una planta, en los límites casi del barrio bajo con la ciudad alta. Allí, Judas
penetró en la casa, saliendo a los pocos minutos en compañía de otro individuo. Y ambos se
dirigieron entonces hacia el muro occidental del Templo.
Cuando alcancé el atrio de los Gentiles, vi cómo el Iscariote y su acompañante se alejaban
por la solitaria explanada, camino de las escalinatas que rodeaban el Santuario. Algunos de los
21 guardianes que montaban el habitual servicio de vigilancia en torno al Templo les salieron al
paso. Dialogaron unos segundos y, de inmediato, dos de los levitas les acompañaron al interior.
Obviamente, allí terminó mi trabajo. Y confiando en que, bien el de Arimatea o Ismael, el
saduceo, supieran interpretar mi mensaje, acudiendo lo antes posible al Templo para poder
espiar los movimientos de Judas, di media vuelta, tratando de orientarme para retornar a la
casa de Marcos.
Preocupado por el asunto del Iscariote no me percaté que entraba en una solitaria callejuela,
sin ningún tipo de iluminación. De pronto, por mi izquierda surgió un bulto que se interpuso en
mi camino. Quedé paralizado por el susto. La luna iluminó entonces a un individuo de baja
estatura y poblada barba que avanzó lentamente hacia a mí. Un reflejo azulado en una de sus
manos me heló la sangre. Aquel salteador se abalanzó sobre mí y, sin mediar palabra alguna,
me asestó un duro golpe en el vientre. Pero la curvada daga se quebró por su base, cayendo
sobre los adoquines con un eco metálico. La «piel de serpiente» me había librado de

un serio
percance.
El individuo, desconcertado, miró la hoja rota y soltando la empuñadura del arma, retrocedió
a trompicones, sin poder dar crédito a lo que estaba ocurriendo. Segundos más tarde
desaparecía por el estrecho callejón, aullando como un loco.
Por fortuna, el desgarro en la túnica no era demasiado escandaloso. Y a toda prisa salí de la
zona.
Pocos minutos después de la diez llamaba a la puerta de los Marcos. La posibilidad de que
Jesús y los once hubieran salido ya del cenáculo me preocupaba. No quise alarmar a Eliseo,
dándole cuenta del penoso incidente con el ladrón. Después de todo, me encontraba
perfectamente. Sí el asaltante, en lugar de atacar, me hubiese exigido, por ejemplo, la bolsa
con el dinero, quizá la situación hubiera sido radicalmente distinta. Mis posibilidades de defensa
eran casi nulas y lo más probable es que aquel inoportuno bandolero se hubiera hecho con el
dinero de Caballo de Troya y, lo que habría sido mucho más lamentable, con el pequeño
estuche que contenía las «lentillas de visión infrarroja».
Al verme, Juan Marcos corrió a mi encuentro. El Maestro y los suyos seguían aún en el piso
superior. Respiré aliviado. José, el de Arimatea, había recibido mi recado y -según me explicó el
muchacho- salió al instante hacia el Templo. Le di las gracias y, un poco a regañadientes,
obedeció a su madre, retirándose a descansar. Pero su sueño no iba a ser muy prolongado...
Hacia las diez y media, poco más o menos, escuché un himno. Elías me ofreció un vaso de
vino con miel y, señalando hacia el lugar de donde procedía aquel cántico, me advirtió que
Jesús y los discípulos estaban a punto de terminar.
La verdad es que nunca había necesitado tanto una copa de vino como en aquellos
momentos. La apuré de un trago y, efectivamente, a los pocos segundos -una vez finalizado el
himno religioso-, los apóstoles empezaron a bajar. Jesús fue el último.
Los once, al menos en aquellos instantes, se hallaban mucho más relajados que durante la
mañana. Se despidieron de la familia y emprendimos el camino de regreso al campamento.
Mientras cruzábamos las solitarias calles del barrio bajo, en dirección a la Puerta de la
Fuente, en la esquina sur de Jerusalén, me las ingenié para descolgar a Andrés del resto del
grupo. Y un poco rezagados, me interesé por el desarrollo de la cena. El jefe de los apóstoles
empezó diciéndome que, tanto él como sus compañeros, estaban intrigados por la súbita
desaparición de Judas y, muy especialmente, por el hecho de que no hubiera vuelto al
cenáculo. «Al principio, cuando le vimos salir, todos pensamos que se dirigía al piso de

quizá en busca de alguno de los víveres para la cena. Otros creyeron que el Maestro le había
encomendado algún encargo...»
Los pensamientos de los discípulos eran correctos, ya que ninguno disponía de información
veraz sobre el complot. Por otra parte, con la excepción de David Zebedeo -que no había
asistido al convite pascual-, ni Andrés ni el resto sabía aún que el Iscariote había cesado como
administrador y que el dinero común estaba desde esa misma tarde en poder del jefe de los
emisarios.
Y Andrés continuó con su relato, haciendo hincapié en un hecho, acaecido nada más entrar
en el piso superior de la casa de los Marcos, que -desde mi punto de vista- aclaraba
perfectamente por qué el Nazareno se decidió a lavar los pies de sus discípulos. Los
evangelistas habían ofrecido una versión acertada: Jesús llevó a cabo este gesto, poniendo de
manifiesto la honrosísima virtud de la humildad. Sin embargo, ¿cuál había sido la «chispa» o la
causa final que obligó al Maestro a. poner en marcha el citado lavatorio de los pies? ¿Es que
todo aquello se debía a una simple y pura iniciativa de Jesús? Sí y no...
Al visitar la estancia donde iba a celebrarse la cena pascual, yo había reparado en los
lavabos, jofainas y «toallas», dispuestos para las obligadas abluciones de pies y manos. La
costumbre judía señalaba que, antes de sentarse a la mesa, los comensales debían ser aseados
por los sirvientes o por los propios anfitriones. Esa, repito, era la tradición. Sin embargo, las
órdenes del Maestro habían sido tajantes: no habría servidumbre en el piso superior. Y la
prueba es que -según pude comprobar-, los gemelos descendieron en una ocasión con el fin de
recoger el cordero asado. Pues bien, ahí surgió la polémica entre los doce...
-Cuando entramos en el cenáculo -continuó Andrés-, todos nos dimos cuenta de la presencia
de las jofainas y del agua para el lavado de los pies y manos. Pero, si el rabí había ordenado
que no hubiera sirvientes en la estancia, ¿quién se encargaría del obligado lavatorio? Debo
confesarte humildemente que, tanto yo como el resto, tuvimos los mismos pensamientos.
«Desde luego, yo no caería tan bajo de prestarme a lavar los pies de los demás. Esa era una
misión de la servidumbre...»
»Y todos, en silencio, nos dedicamos a disimular, evitando cualquier comentario sobre el
asunto del aseo.

»La atmósfera empezó a cargarse peligrosamente y, para colmo, el enojoso asunto del aseo
personal se vio envenenado por otro hecho que nos hizo estallar> enredándonos en una agria
polémica. El Maestro no terminaba de subir y, mientras tanto, cada cual se dedicó a
inspeccionar los divanes. Saltaba a la vista que el puesto de honor correspondía al diván más
alto -el situado en el centro- y nuevamente caímos en la tentación: ¿Quién ocuparía los lugares
próximos a Jesús? Supongo que casi todos volvimos a pensar lo mismo: «Será el Maestro quien
escoja a los discípulos predilectos.» Y en esos pensamientos estábamos cuando,
inesperadamente, Judas se fue hacia el asiento colocado a la izquierda del que había sido
reservado para el rabí, manifestando su intención de acomodarse en él, «como invitado
preferido». Esta actitud por parte del Iscariote nos sublevó a todos, produciéndose una
desagradable discusión. Pero Judas se había instalado ya en el diván y Juan, en uno de sus
arranques, hizo otro tanto, apoderándose del puesto de la derecha.
»Como podrás imaginar, la irritación fue general. Pero las amenazas y protestas no sirvieron
de nada. Judas y Juan no estaban dispuestos a ceder. Quizá el más enojado fue mi hermano
Simón. Se sentía herido y defraudado por lo que llamó «orgullo indecente» de sus compañeros.
Y visiblemente alterado, dio una vuelta a la mesa, eligiendo entonces el último puesto,
justamente, en el diván más bajo. A partir de ese momento, el resto se fue instalando donde
buenamente pudo. Tú sabes que Pedro es bueno y que ama intensamente al Maestro pero, en
esa ocasión, su debilidad fue grande. Conozco a mi hermano y sé por qué hizo aquello...
-¿Por qué? -le animé a que se sincerara conmigo.
Andrés necesitaba contárselo a alguien y descargó sobre mí:
-Aturdido por los celos y por la impertinente iniciativa de Judas y Juan, Simón no dudó en
acomodarse en el último rincón de la mesa con una secreta esperanza: que, cuando entrase el
Maestro, le pidiera públicamente que abandonara aquel diván, desplazando así a Judas o,
incluso, al joven Juan. De esta forma, ocupando un lugar de honor, se honraría a sí mismo y
dejaría en evidencia a sus «orgullosos» compañeros.

»Cuando el rabí apareció bajo el marco de la puerta, los doce nos hallábamos aún en plena
acometida dialéctica, recriminándonos mutuamente lo sucedido. Al verle se hizo un brusco
silencio.
»Jesús permaneció unos instantes en el umbral. Su rostro se había ido volviendo

paulatinamente serio. Evidentemente había captado la situación. Pero, sin hacer comentario
alguno, se dirigió a su lugar, ante la desolada mirada de mi hermano Pedro.
»Fueron uno minutos tensos. Sin embargo, Jesús fue recobrando su habitual y característica
dulzura y todos nos sentimos un poco más distendidos. Al poco, la conversación volvió a surgir,
aunque algunos de mis compañeros siguieron empeñados en echarse en cara el incidente de la
elección de los divanes, así como la aparente falta de consideración de la familia Marcos al no
haber previsto uno o varios sirvientes que lavaran sus pies.
»Jesús desvió entonces su mirada hacia los lavabos, comprobando que, en efecto, no habían
sido utilizados. Pero tampoco dijo nada.
»Tadeo procedió a servir la primera copa de vino, mientras el rabí escuchaba y observaba en
silencio.
»Como sabes, una vez apurada esta primera copa, la tradición fija que los huéspedes deben
levantarse y lavar sus manos. Nosotros sabíamos que el Maestro no era muy amante de estos
formulismos y aguardamos con expectación.
»Y ante la sorpresa general, el rabí se incorporó, caminando silenciosamente hacia las jarras
de agua. Nos miramos extrañados cuando, sin más, se quitó la túnica, ciñéndose uno de los
lienzos alrededor de la cintura. Después, cargando con una jofaina y el agua, dio la vuelta
completa a la mesa, llegando hasta el puesto menos honorífico: el que ocupaba mi hermano. Y
arrodillándose con gran humildad y mansedumbre, se dispuso a lavar los pies de Pedro. Al
verle, los doce nos levantamos como un solo hombre. Y del estupor pasamos a la vergüenza.
Jesús había cargado con el trabajo de un criado cualquiera, recriminándonos así nuestra mutua
falta de consideración y caridad. Judas y Juan bajaron sus ojos, aparentemente más doloridos
que el resto...
-¿También Judas? -le interrumpí con cierta incredulidad.
-Sí...
Andrés detuvo sus pasos y, mirándome fijamente, preguntó a su vez:
-Jasón, tú sabes algo... ¿Qué sucede con Judas?
Me encogí de hombros, tratando de esquivar el problema. Pero el jefe de los apóstoles
insistió y -dado lo inminente del prendimiento- le expuse que, efectivamente, yo también
dudaba de la lealtad del Iscariote.
Proseguimos y, al cruzar el Cedrón, mi acompañante salió de su sombrío mutismo. Le
supliqué que continuara con su relato y Andrés terminó por aceptar.
-Cuando Simón vio a Jesús arrodillado ante él, su corazón se encendió de nuevo y protestó
enérgicamente. Como te he dicho, mi hermano ama al Maestro por encima de todo y

de todos.
Supongo que al verle así, como un insignificante sirviente y dispuesto a hacer lo que ni él ni
nosotros habíamos aceptado, comprendió su error y quiso disuadirle. Pero la decisión del rabí
era irrevocable y Pedro se dejó hacer. Uno a uno, como te decía, Jesús fue lavando nuestros
pies. Después de las palabras de Pedro, ninguno se atrevió a protestar. Y en un silencio
dramático, el Maestro fue rodeando la mesa, hasta llegar al último de los comensales.
Después se vistió la túnica y retornó a su puesto.
-¿Juan y Judas seguían a derecha e izquierda del Maestro, respectivamente?
-Si, nadie se movió de sus asientos, a excepción de Judas, que salió de la estancia poco
antes de que fuera servida la tercera copa:
la de las bendiciones...
La proximidad del campamento me obligó a suspender aquel esclarecedor relato. Sin
embargo, en mi mente se acumulaban aún muchas interrogantes. ¿Cómo había sido la
revelación de Jesús a Juan sobre la identidad del traidor? ¿Cómo era posible que el resto de los
apóstoles no lo hubiera oído? Indudablemente, así era ya que ninguno estaba al tanto de los
manejos del Iscariote. Sólo había sospechas... Era vital que buscase un hueco en las horas
siguientes para interrogar a Juan.
En esos momentos no me preocupaba excesivamente el no conocer las extensas enseñanzas
del Maestro durante la cena. Eliseo me había adelantado que la transmisión y grabación habían
sido impecables. A mi regreso al módulo, en la mañana del domingo, iba a tener la oportunidad

de escucharlas en su totalidad. Y debo señalar -por enésima vez- que la transcripción de tales
palabras por parte de los evangelistas es sólo un pobre reflejo de lo que se habló aquella noche
del llamado «jueves santo». Cuando uno conoce esas enseñanzas y mensajes en su totalidad se
da cuenta que las Iglesias, con el paso de los siglos, han reducido el inmenso caudal espiritual
de aquella reunión con Jesús a casi una única fórmula matemática[1].
Hacia las once de la noche, cuando entrábamos en el huerto, Andrés respondió a una última
cuestión que, aunque para él no revestía interés, para mi, en cambio, resultó de suma importancia.
A mi pregunta de si Jesús había cenado abundantemente, el discípulo, visiblemente
extrañado, contestó que más bien poco. Y añadió que, tal y como tenía por costumbre, el
Maestro tampoco probó el delicioso asado de cordero.
Según esto, el Galileo sólo pudo degustar algunas de las verduras y legumbres -incluyendo

las yerbas amargas-, así como algo de pan ázimo, vino con agua y, presumiblemente, un poco de postre. Este dato era de indudable valor, sobre todo de cara a las posibles reacciones del organismo del Nazareno en las terribles y prolongadas horas que tenía por delante. A las torturas, pérdida de sangre, agotamiento y lacerante dolor habría que sumar también una notable falta de recursos energéticos, como consecuencia de una cena tan escasa y del consiguiente y total ayuno, a partir de las diez de la noche de ese jueves.

En la primera oportunidad que tuve, transmití al módulo las características y volumen aproximado de los alimentos que había ingerido Jesús en la cena, así como los tiempos de iniciación y remate de la misma. (Según mis cálculos, la comida pascual propiamente dicha pudo dar comienzo alrededor de las ocho u ocho y media de la noche, concluyendo una hora y media después, más o menos.)

El computador central de la *«cuna»* nos proporcionó la siguiente tabla de calorías -siempre de una forma estimativa-, en base a los alimentos mencionados y que constituyeron la dieta de Jesús en aquella noche: teniendo en cuenta que cada una de las cuatro copas de vino había sido mezclada con agua, ello arrojaba un total aproximado de 300 calorías[2]. En cuanto a los puñados de nueces y almendras -alimentos de máximo poder energético de cuantos había ingerido el Maestro-, el ordenador calculó el número de calorías entre 500 y 600. Considerando, por último, que cada gramo de grasa proporciona nueve calorías, la llamada «última cena» de Jesús de Nazaret pudo significar un total aproximado de 750 calorías. Un aporte energético -teniendo en cuenta las características físicas del gigante- más bien bajo. (El «metabolismo basal» de Jesús -es decir, lo que su cuerpo necesitaba diariamente para mantenerse con vida, sin hacer ejercicio- fue igualmente calculado por Santa Claus en 1728 calorías[3]. En el caso de que el Maestro desarrollase un mínimo de actividad física -aminar, etc.- la cifra se elevaba ya a 3 000 o 3 500 calorías, como consumo medio diario.)

Las mujeres y los cuarenta o cincuenta discípulos que aguardaban en el campamento recibieron al Maestro y a sus apóstoles con gran alegría. Pero aquel entusiasmo no tardaría en venirse abajo. La causa, una vez más, fue Judas.

Al cerciorarse de que el Iscariote tampoco había hecho acto de presencia en Getsemaní, algunos de los hombres del Nazareno empezaron a sospechar que la alusión del Maestro durante la cena, sobre una inminente traición, tenía mucho que ver con el desaparecido

administrador. David Zabedeo, al escuchar el rumor, olvidó momentáneamente a sus mensajeros, aproximándose a los corrillos. Pero su actitud siguió siendo prudente. Escuchó a
unos y a otros sin revelar lo que sabía.

1 El interesante contenido de las palabras y enseñanzas de Jesús de Nazaret durante la última cena aparecerán en
un siguiente volumen, en el que se relatan las vivencias del mayor norteamericano durante su segundo «gran viaje» al
año 30. *(N. de J. J. Benítez.)*

2 El volumen de cada copa fue calculado en 200 centímetros cúbicos, de los cuales, 100 correspondían a agua (un
litro de vino representa un aporte de 700 calorías, aproximadamente). *(N. del m.)*

3 "Metabolismo basal» de Jesús: 40 x 1,8 metros cuadrados de superficie total x 24 horas: 1728 calorías (cuando
me refiero a «calorías» se sobreentiende la expresión «kilocalorías»). *(N. del m.)*

Simón, el Zelotes, más nervioso que el resto, encabezó un grupo y acudiendo hasta Andrés,
comenzó a acosarle a preguntas. El responsable del grupo, que en realidad carecía de información, se limitó a contestar:

-No sé dónde está Judas... Pero temo que nos haya abandonado.

El desaliento cundió rápidamente. Y Pedro, el Zelotes, Tomás y Santiago, entre otros, se
reunieron en la tienda, con la intención de examinar la situación y adoptar las medidas de
seguridad que creyeran oportunas.

En eso, el joven Marcos apareció en el recinto. Se cubría con una sábana blanca y, al verme,
corrió a mi encuentro, rogándome que no le delatara.

Cuando le pregunté por qué, me confesó que se había escapado de su casa. Al oír cómo
Jesús y los once abandonaban la mansión, se levantó del lecho, cubriéndose a toda prisa con lo
primero que encontró: el lienzo de lino que le cobijaba. Y así había llegado hasta el campamento. La fidelidad de aquel muchacho por el Galileo me llenó de admiración.

Es muy posible que el Maestro se diera cuenta enseguida del tenso ambiente que reinaba
entre sus hombres, y llamándoles, les dijo:

-Amigos y hermanos. No me queda mucho tiempo para estar entre vosotros. Desearía que
nos aisláramos con el fin de pedirle a nuestro Padre Celestial la fuerza necesaria en esta hora y
seguir así la obra que, en su nombre, debemos realizar.

Los discípulos y los griegos le siguieron entonces ladera arriba, hasta una plataforma rocosa,
en plena cima del Olivete. Una vez allí, pidió que nos arrodilláramos a su alrededor. Yo continué
de pie, al tiempo que filmaba aquella impresionante escena. El gigante, bañado por la luz de la
luna, levantó los ojos hacia las estrellas y con su voz de trueno exclamó:

-¡Padre, ha llegado mi hora!... Glorifica a tu Hijo para que el Hijo pueda glorificarte. Sé que
me has dado plena autoridad sobre todas las criaturas vivientes de mi reino y daré la

vida
eterna a todos aquellos que, por la fe, sean hijos de Dios. La vida eterna es que mis criaturas te
reconozcan como el único y verdadero Dios y Padre de todos. Que crean en Aquel a quien has
enviado a este mundo. Padre, te he exaltado en esta tierra y cumplido la obra que me
encomendaste. Casi he terminado mi efusión sobre los hijos de nuestra propia creación.
Solamente me resta sacrificar mi vida carnal.
»Ahora, Padre, glorifícame con la gloria que tenía antes de que este mundo existiera y
recíbeme una vez más a tu derecha.
Jesús hizo una breve pausa, mientras sus cabellos comenzaron a agitarse por una brisa cada
vez más intensa.
Te he puesto de manifiesto ante los hombres que has escogido en el mundo y que me has
dado -prosiguió-. Son tuyos, como toda la vida entre tus manos. He vivido con ellos
enseñándoles las normas de la vida, y ellos han creído. Estos hombres saben que todo lo que
tengo proviene de ti y que la encarnación de mi vida está destinada a dar a conocer a mi Padre
en el mundo. Les he revelado la verdad que me has dado y ellos -mis amigos y mis
embajadores- han querido sinceramente recibir tu palabra. Les he dicho que soy descendiente
tuyo, que me has enviado a esta tierra y que estoy dispuesto a volver hacia ti... Padre, ruego
por todos estos hombres escogidos. Ruego por ellos, no como lo haría por el mundo, sino como
hombres a los que he elegido para representarme después que haya vuelto junto a ti. Estos
hombres son míos. Tú me los has dado.
»No puedo permanecer más tiempo en este mundo. Voy a volver a la obra que m has
encargado. Es preciso que deje a estos compañeros tras de mí para que nos representen y
representen nuestro reino entre los hombres. Padre, preserva su fidelidad mientras me preparo
para abandonar esta vida encarnada. Ayúdales a estar unidos en espíritu como tú y yo lo
estamos. Son mis amigos.
«Durante mi estancia entre ellos podía velar y guiarles, pero ahora voy a partir. Padre,
permanece junto a ellos hasta que podamos enviar un nuevo instructor que les consuele y
reconforte. Me has dado a doce hombres y he guardado a todos menos a uno, que no ha
querido mantener su comunión con nosotros. Estos hombres son débiles y frágiles, pero sé que
puedo contar con ellos. Los he probado y sé que me quieren. Pese a que tengan que padecer
mucho por mi culpa, deseo que estén ilusionados.
«El mundo puede odiarles como me ha odiado a mí. Pero no pido que les retires del mundo;
solamente que les libres del mal que existe en este mundo. Santifícales en la verdad. Tu

palabra es la verdad. Lo mismo que me has enviado a este mundo, así voy a enviarles a ellos

por el mundo. Por ellos he vivido entre los hombres y consagrado mi vida a tu servicio, con el
fin de inspirarles para que se purifiquen en la verdad y en el amor que les he mostrado. Bien
sé, Padre mío, que no necesito rogarte que veles por ellos después de mi marcha. Y también sé
que les amas tanto como yo. Hago esto para que comprendan mejor que el Padre ama a los
mortales lo mismo que el Hijo.
»Deseo demostrar fervientemente a mis hermanos terrestres la gloria que disfrutaba a tu
lado antes de la creación de este mundo que se conoce tan poco...
»¡Oh, Padre justo!, pero yo te conozco y te he dado a conocer a estos creyentes, que
divulgarán tu nombre a otras generaciones.
»De momento les prometo que estarás cerca de ellos en el mundo, de la misma manera que
has estado conmigo.
Y levantando sus largos brazos hacia el cielo, concluyó:
Yo soy el pan de la vida... Yo soy el agua viva... Yo soy la luz del mundo... Yo soy el deseo
de todas las edades... Yo soy la puerta abierta a la salvación eterna... Yo soy la realidad de la
vida sin fin... Yo soy el buen pastor... Yo soy el sendero de la perfección infinita... Yo soy la
resurrección y la vida... Yo soy el secreto de la vida eterna... Yo soy el camino, la verdad y la
vida... Yo soy el Padre infinito de mis hijos limitados... Yo soy la verdadera cepa y vosotros, los
sarmientos... Yo soy la esperanza de todos aquellos que conocen la verdad viviente... Yo soy el
puente vivo que une un mundo con otro... Yo soy la unión viva entre el tiempo y la eternidad...
Tras unos minutos de silencio, el Galileo pidió a sus hombres que se alzaran y -uno por uno-
fue abrazándoles. Cuando llegó hasta mi, sus ojos se hallaban arrasados por las lágrimas.
Poco después, el grupo regresó al campamento.
David Zebedeo y Juan Marcos se aproximaron a Jesús y trataron inútilmente de convencerle
para que se alejara de Jerusalén. A partir de aquellos instantes -casi medianoche-, el habitual
buen humor del rabí desapareció. Y con palabras entrecortadas por una profunda emoción, el
Maestro rogó a sus discípulos que se retirasen a dormir. A regañadientes, los apóstoles fueron
acomodándose en la tienda y en sus lugares habituales de descanso. Pero antes, y mientras el
Nazareno pedía a Juan, a Santiago y a Pedro que «permanecieran un poco más con

él», Simón
el Zelotes se dirigió con gran sigilo hacia uno de los laterales de la tienda de los hombres,
abriendo un gran fardo. ¡Eran espadas!
Los ocho apóstoles restantes acudieron a la llamada del Zelotes y se enfundaron las armas.
Todos menos uno: Bartolomé. Este, rechazando el equipo de combate, exclamó:
-Hermanos míos, el Maestro nos ha dicho muchas veces que su reino no es de este mundo y
que sus discípulos no deben combatir con la espada para establecerlo. A mi juicio, creo y pienso
que el Maestro no precisa que empleemos las armas para defenderlo. Todos hemos sido
testigos de su poder y sabemos que puede defenderse de sus enemigos si lo desea. Si no
quiere resistir es porque esta línea de conducta representa su intento por cumplir la voluntad
de su Padre. Por mi parte rezaré, pero no sacaré mi espada.
Al escuchar a Bartolomé, Andrés devolvió su espada. Si no me equivocaba, en total eran
nueve los apóstoles que ceñían un arma en aquellos momentos. Todos menos Bartolomé,
Andrés y Juan (aunque de este último no estaba muy seguro).
Por fin, francamente agotados, los apóstoles y discípulos se retiraron, estableciendo un riguroso turno de vigilancia, consistente en dos hombres armados a las puertas del campamento. Por lo que pude deducir, el grupo estaba persuadido de que la detención del
Maestro por parte de los jefes de los sacerdotes no se llevaría a cabo hasta la mañana siguiente. Y se durmieron con la intención de levantarse muy de mañana, dispuestos a lo peor.
Juan, Pedro y Santiago se habían sentado en torno a la hoguera y esperaban a Jesús. Este
había llamado a David Zebedeo, pidiéndole el mensajero más veloz. Al poco regresó con un tal
Jacobo, que había desempeñado la función de «correo» nocturno entre Jerusalén y Beth-Saida.
Y el Nazareno le dijo:
-Vete enseguida a casa de Abner, en Filadelfia, y dile lo siguiente: el Maestro te envía sus
deseos de paz. Dile también que ha llegado la hora en que seré entregado a mis enemigos y
que seré muerto...
El emisario palideció, pero Jesús prosiguió sin inmutarse:
Dile igualmente que resucitaré de entre los muertos y que me apareceré a él antes de regresar junto a mi Padre. Entonces le daré instrucciones sobre el momento en que el nuevo
instructor vendrá a morar en vuestros corazones.

David y yo nos miramos. Jesús rogó entonces a Jacobo que repitiera el mensaje y, una vez
satisfecho, le despidió con estas palabras:

-No temas. Esta noche, un mensajero invisible correrá a tu lado.
Mientras el Zebedeo ultimaba la partida del «correo», Jesús se dirigió a los griegos que acampaban junto a la cuba de piedra de la almazara y se despidió de ellos.
Yo permanecí sentado muy cerca de Pedro, Juan y Santiago. Los apóstoles, a pesar de sus esfuerzos, comenzaron a bajar los párpados y a dar algunas cabezadas. El Maestro regresó hasta la fogata y, cuando se disponía a alejarse con sus íntimos hacia el interior del olivar, David le retuvo unos instantes. Con la voz trémula y los ojos húmedos acertó al fin a decirle:
-Maestro, he tenido una gran satisfacción al trabajar para ti. Mis hermanos son tus apóstoles, pero me alegro de haberte servido en las cosas más pequeñas. Lamentaré de todo corazón tu partida...
Las lágrimas terminaron por rodar por sus curtidas mejillas. Y el Galileo, sin poder contener su amor hacia aquel hombre prudente y eficaz, le tomó por los hombros, diciéndole:
-David, hijo mío, los otros han hecho lo que les ordené. Pero, en tu caso, ha sido tu propio corazón el que ha respondido y servido con devoción. Tú también vendrás un día a servir a mi lado en el reino eterno.
Y antes de separarse definitivamente del Maestro, David le confesó que había dado órdenes para que su madre y su familia se trasladasen a Jerusalén. Jesús no pareció muy sorprendido.
-Un mensajero me ha comunicado -concluyó- que esta misma noche han llegado a Jericó y que mañana temprano estarán aquí.
El Nazareno le miró y respondió:
-David, que así sea.
Y uniéndose a los tres apóstoles, que esperaban al pie del olivar, se perdió en la oscuridad de la noche.
La gran tragedia estaba a punto de comenzar...

Un silencio extraño había caído sobre el campamento. Yo sabía que aquélla no iba a ser una noche como las anteriores pero, a pesar de ello, noté en el ambiente una especie de pesada turbulencia. Como si miles de fantasmas -quizá esos «mensajeros invisibles» a los que se había referido Jesús- planeasen sobre las copas de los olivos, agitando, incluso, las menguadas lenguas de fuego frente a las que yo permanecía. Y un escalofrío agitó mi espalda.
El campamento dormía cuando, al filo de las doce de la noche, y una vez que Jesús y sus tres discípulos se. perdieron entre las hileras del olivar, me levanté, advirtiendo a Eliseo que me dirigía al extremo norte del huerto. Con una rápida mirada recorrí las tiendas, la almazara y los cuerpos dormidos de los griegos y, una vez seguro de que todo se hallaba en calma,

encaminé
mis pasos hacia el muro que bordeaba el huerto por la cara Este y que yo había explorado ya
en mi primera visita a la finca de Getsemaní. Antes de desaparecer monte arriba, David
Zebedeo me había anunciado que, de mutuo acuerdo con Juan Marcos, llevarían a cabo una
vigilancia extra. El, en las proximidades de la cima del Olivete -cubriendo así el flanco oriental
del campamento- y el muchacho, en el sendero que serpenteaba junto a la puerta de entrada al
huerto y que moría en el puente sobre el barranco del Cedrón. De esta forma, si la policía del
Templo intentaba asaltar el refugio del Nazareno -bien por el camino más corto: el del Cedrón o
por la cumbre del Olivete-, Marcos o el Zebedeo podrían dar la alerta, respectivamente. Pero
los acontecimientos iban a desarrollarse de otra forma...
Lentamente, procurando ocultarme entre la masa de árboles, fui avanzando hacia la gruta,
sin perder contacto en ningún momento con el parapeto de piedra. De acuerdo con las
consignas de Caballo de Troya, mi observación de la llamada por los cristianos «la oración del
huerto» debía efectuarse sin que los protagonistas de la misma tuvieran conocimiento o
sospecha de mi presencia. Para ello debía saber con precisión en qué lugar permanecerían los
tres apóstoles y dónde pensaba orar el Maestro. Si Jesús, como suponía, elegía las

proximidades de la cueva, mi escondite sería precisamente aquella pared que cercaba la
propiedad de Simón, «el leproso».
Elíseo llevaba razón. Tal y como me había advertido horas antes, la fuerte perturbación en
los altos niveles de la atmósfera -al este de Palestina- empezaba a notarse sobre Jerusalén. Un
viento cada vez más insistente y bochornoso agitaba los árboles, silbando como un lúgubre
presagio por entre las tortuosas ramas y raíces de los olivos. El cañafístula que crecía junto a la
caverna castañeteaba cada vez con más fuerza, ayudándome a orientarme.
Al alcanzar el fondo del huerto descubrí enseguida la figura del Galileo, en pie y con la
cabeza baja, casi clavada sobre el pecho. Se encontraba, en efecto, a cuatro o cinco metros de
la entrada de la gruta, en mitad del reducido calvero existente entre el olivar y la peña. A los
pies del Maestro se extendía una de aquellas costras de caliza, blanqueada por la luna llena.
Sin perder un minuto salté al otro lado del muro y, arrastrándome sobre la maleza, rodeé la
caverna, apostándome a espaldas del corpulento cañafístula. Desde allí -perfectamente

oculto-,
pude seguir, paso a paso, todos los movimientos y palabras de Jesús de Nazaret.
La claridad derramada por la luna me permitía ver la figura del Maestro con comodidad. Sin
embargo, necesité acostumbrar mis ojos a la oscuridad que dominaba la masa de los olivos
para descubrir, al fin, las siluetas de Pedro, Juan y Santiago. Los discípulos se habían sentado
en tierra, acomodándose con sus mantos entre los últimos árboles, a poco más de una
treintena de pasos del punto donde permanecía el Nazareno. Desde aquella distancia, y a pesar
de mis esfuerzos, no pude confirmar si se hallaban dormidos o no. A los quince o treinta
minutos, deduje que, al menos dos ellos, debían haber caído en un profundo sueño, a juzgar
por sus posturas -totalmente echados sobre el suelo- y por los inconfundibles ronquidos de
Pedro. Un tercero, sin embargo, aparecía reclinado contra el tronco de uno de los olivos,
aunque no podría jurar que estuviese dormido.
De pronto, cuando me encontraba atareado preparando la «vara de Moisés», un crujido de
ramas me sobresaltó. Me volví y, a cosa de diez o quince metros, mis ojos quedaron fijos en un
bulto blanco que se deslizaba entre las jaras, aproximándose. Tomé el cayado en actitud
defensiva y, con las rodillas en tierra, me dispuse a rechazar el ataque de lo que, en un primer
momento, identifiqué como un extraño animal. Pero, cuando aquella «cosa» estaba casi al
alcance de mi vara, se detuvo. ¡Era el joven Juan Marcos!
Respiré profundamente haciéndole una señal para que continuara agachado. El muchacho
llegó hasta mí, explicándome al oído que había abandonado su guardia porque quería estar
cerca del Maestro. No me atreví a sugerirle que regresara al camino pero, dadas las
circunstancias, le pedí que se mantuviera conmigo y en el más absoluto silencio. Al ver a Jesús
en actitud orante, Marcos lo comprendió y me hizo un gesto de aprobación. A partir de esos
momentos, y aunque procuré no perder de vista al impetuoso adolescente, mi atención quedó
absorbida ya por el gigante de Galilea.
Y en ello estaba cuando, súbitamente, Eliseo -con gran excitación- abrió la conexión auditiva,
informándome de algo que me dejó atónito ¡El radar del módulo estaba recibiendo información
de un objeto que «volaba» sobre la zona!
-Pero, ¡no es posible! -le contesté, metiendo prácticamente la cabeza entre mis rodillas, de
forma que el muchacho no pudiera oírme.
Jasón, te juro que he maniobrado la antena y la pantalla de aproximación del radar[1] está

codificando un eco metálico. Ahí arriba, a unos 6 000 pies, se está moviendo algo... ¡Sí!, ahora
lo veo mejor... Se encuentra en 360-30 millas...[2] ¡Dios santo! ¡Se ha parado!...
Levanté los ojos hacia el firmamento y en la dirección que había transmitido Eliseo, pero no
observé nada anormal. La fuerte luminosidad de la Luna, cada vez más alta, dificultaba la visión
de la estrellas.

[1] Caballo de Troya, gracias a un espléndido servicio de la Inteligencia norteamericana, había obtenido a finales de
1972 los planos del radar «Gun Dish», que sería utilizado meses después por los egipcios en la guerra del «Yom
Kippur» (octubre de 1973), y cuya frecuencia era de unos 16GHz. Es decir, 16000 Mc/s. Este complejo radar había sido
dispuesto a bordo del módulo.

[2] La situación del «objeto» era de 360 grados (al Norte) y a 30 millas de distancia del punto donde se hallaba posado el módulo. *(N. del m.)*

Mi compañero en la «cuna», tan confundido y perplejo como yo, permaneció con los cinco
sentidos sobre aquel insólito «visitante». Pero el objeto se había inmovilizado y así
permanecería durante un buen rato.
Aún no me había recuperado de la sorpresa producida por la aproximación de aquel
misterioso objeto volante cuando vi cómo Jesús se desplomaba, clavando sus rodillas en tierra.
El golpe seco contra el suelo hizo estremecer a Juan Marcos. Ni el muchacho ni yo habíamos
visto jamás al Galileo con un semblante tan pálido y abatido.
Durante varios minutos, permaneció con la barbilla enterrada entre los pliegues del manto
que cubría sus hombros y pecho. Aquella profunda inclinación de su cabeza no me dejaba ver
con claridad su rostro, aunque casi estoy seguro que mantenía los ojos cerrados.
Sus brazos, inmóviles y derrotados a lo largo del cuerpo, acentuaban aún más aquel
repentino decaimiento.
Después, muy lentamente, fue elevando la cabeza, hasta dejar sus ojos fijos en el cielo. El
viento había empezado a enredar sus cabellos. Y levantando los brazos por encima del rostro,
exclamó con voz apagada y suplicante: « Abbá!»... « ¡Abbá!»
Quedé desconcertado. Aquella palabra aramea -que yo había escuchado en más de una
ocasión, cuando los niños se dirigían a sus padre- venía a significar «papá». Era el familiar y
conocido apelativo cariñoso que, por cierto, los judíos no empleaban jamás cuando se dirigían a
Dios. ¿Por qué lo utilizaba Jesús?
Sus ojos me impresionaron igualmente: aquel brillo habitual se había difuminado. Ahora
aparecían hundidos y sombreados por una tristeza que, de no haber conocido el probado
temple de aquel Hombre, hubiera jurado que se hallaba muy cerca del miedo.
-¡Abbá! -murmuró de nuevo-. He venido a este mundo para cumplir tu voluntad y así

lo he
hecho... Sé que ha llegado la hora de sacrificar mi vida carnal... No lo rehuyo, pero desearía
saber si es tu voluntad que beba esta copa...
Sus palabras retumbaron en el huerto como un timbal fúnebre. No podía dar crédito a lo que
estaba oyendo: ¿Es que Jesús estaba atemorizado?
-... Dame la seguridad -prosiguió- de que con mi muerte te satisfago como lo he hecho en
vida.
Sus manos, abiertas, tensas e implorantes, fueron descendiendo poco a poco. Pero su rostro
-tenuemente iluminado por la Luna- no se movió. Y sin saber por qué, yo también miré hacia la
legión de estrellas y luceros, esperando que se produjera alguna señal.
En ese instante, y como si Eliseo hubiera leído mis pensamientos, abrió la conexión, gritándome:
-¡Jasón, Jasón!... Se mueve otra vez. Ese objeto se está desplazando... ¡No puedo creerlo!...
Ha cambiado el rumbo: ahora está siguiendo el radial 240[1]... ¡Jasón, viene hacia aquí!... ¿Me
oyes, Jasón?
-Te escucho «5 x 5» -le respondí como pude-. Pero, ¿no será algún meteoro?
Eliseo casi me manda al infierno por aquella pregunta, evidentemente estúpida.
-Esa «cosa», Jasón, ha hecho estacionario[2] durante más de veinte minutos... Ahora se mueve muy despacio.
Si aquel inexplicable objeto se hallaba aún a unas 30 millas de nuestra posición, era ridículo
que siguiera escudriñando el espacio. Traté, pues, de calmar a mi hermano en el módulo,
rogándole que me mantuviera puntualmente informado de las evoluciones del eco en el radar.
Mientras tanto, el Maestro se había levantado y, dando media vuelta, caminó hacia los discípulos. Dada la distancia no pude registrar sus palabras, pero sí observé cómo se inclinaba
sobre sus hombres, tocándoles con la mano izquierda. Los dos que yacían se despertaron y vi
cómo se incorporaban parcialmente.
Al poco, Jesús retornó hasta el calvero. Los tres apóstoles le observaron durante breves
minutos, terminando por recostarse nuevamente.

1 El objeto, que había seguido una trayectoria Norte, empezaba a desplazarse en dirección Oeste-Suroeste. Justamente hacia el área de Jerusalén.

2 Es decir, había permanecido estático o inmóvil. *(N. del m.)*

Conforme fue aproximándose apreció algo extraño. El gigante se tambaleaba. Sus pasos
eran indecisos, como si estuviera a punto de desplomarse
Nada más llegar junto a la laja de piedra, cayó de bruces. Por un momento pensé que se
había desmayado. Parte de su cuerpo había quedado sobre la plancha rocosa, boca

abajo e
inmóvil. Juan Marcos se incorporó, dispuesto a socorrerle. Pero, sujetándole por el brazo, le
hice ver que no era conveniente molestarle. Supongo que si el Galileo no llega a moverse, el
fogoso Marcos no habría seguido mis consejos y hubiera saltado en auxilio de su Maestro. Pero
Jesús estaba plenamente consciente y el joven se tranquilizó.
Como si una fuerza invisible hubiera descargado sobre él un fardo de cien kilos, así fue incorporándose el Maestro. Muy lentamente, siempre con la cabeza hundida, el Galileo terminó
por sentarse sobre sus talones. Y así permaneció un buen rato, de rodillas, en un angustioso
silencio y sin levantar el rostro. Inconscientemente, Juan Marcos y yo cruzamos una mirada.
¿Qué estaba pasando? ¿A qué se debía aquel súbito hundimiento?
Jesús levantó el rostro hacia las estrellas y, gimiendo, llamó de nuevo a su Padre. Sus pómulos y nariz aparecían afilados. La expresión de su rostro me impresionó. Había una mezcla
de angustia y pavor. Sus labios, entreabiertos, comenzaron a temblar y, casi inmediatamente,
todo su cuerpo empezó a estremecerse. Eran convulsiones cortas. Muy rápidas y casi imperceptibles. Como si un viento helado estuviera azotando cada una de sus células.
El Nazareno cruzó sus brazos sobre el tórax, haciendo fuerza con sus manos sobre los costados, como tratando de dominar aquellas convulsiones.
Y, de pronto, su frente, cuello y sienes se humedecieron con un sudor frío. Los estremecimientos se hicieron entonces más intensos y continuados y Jesús se dobló materialmente por su cintura, tocando la superficie de piedra con la frente.
-¡Abbá!... ¡Abbá!...
Aquélla fue la única palabra que acertó a pronunciar. Pero, más que una llamada, era un
grito contenido de angustia y terror.
Ahora estoy seguro que, en aquellos duros y cruciales momentos, el Galileo debió experimentar una punzante e indescriptible sensación de soledad, de aflicción y quizá, ¿por qué
no?, de miedo ante lo que ¡e reservaba el destino.
Su cuerpo siguió tiritando y, de pronto, en un arranque, el Maestro se echó atrás, elevando
sus manos y rostro.
Al verle quedé petrificado...
Toda su cara, frente, cuello así como las palmas de las manos, habían enrojecido. La fina
película inicial de sudor se había convertido en sangre... Juan Marcos ocultó el rostro entre sus
manos.
Desde el cuero cabelludo, unas gruesas gotas sanguinolentas fueron resbalando sobre aquella extravasación, deslizándose por los ángulos internos de los ojos y rodando después por
las mejillas, hasta perderse en el bigote y la barba. Algunos goterones permanecían segundos
en las comisuras de la boca, convirtiéndose después en hilos de sangre que caían aparatosamente sobre los haces musculares del cuello.
En uno de aquellos temblores, Jesús inclinó un poco su cabeza y la luna arrancó varios

destellos de su pelo. La sangre había inundado también sus cabellos.
Medio hipnotizado por aquella súbita reacción del organismo de Jesús, casi olvidé utilizar la
«vara de Moisés».
Y, precipitadamente, la situé de forma que pudiera filmar la escena y, al mismo tiempo, iniciar
una exploración de la piel y de algunos de los órganos internos de Jesús, mediante el rastreo
ultrasónico. (Como ya comenté anteriormente, el «cayado» encerraba, entre otros dispositivos,
un equipo miniaturizado, capaz de emitir este tipo de ondas mecánicas o ultrasonidos. La
«cabeza emisora» dispuesta en la parte superior de la vara -a 1,70 metros de la base- había
sido acondicionada para captar las ondas reflejadas, ampliándolas proporcionalmente y
acumulando la información en la memoria de titanio del computador nuclear. Una vez en el
módulo, los ultrasonidos -previamente codificados- podían ser convertidos en imágenes,
analizando los órganos y las reacciones fisiológicas del Maestro, tratando así de encontrar
explicaciones[1].

[1]) Dado que no podíamos tocar a Jesús, Caballo de Troya situó en el interior de la «vara de Moisés» un complejo
entramado de equipos miniaturizados, destinados a explorar el cuerpo del Maestro, tanto en el singular fenómeno del
sudor sanguinolento del huerto de Getsemaní como en la flagelación y en las largas horas de la crucifixión. Estos

El orificio común de salida y proyección de estos delicados sistemas había sido igualmente
camuflado con una banda de pintura negra. Y en el filo de dicha banda, Caballo de Troya había
dispuesto otros dos clavos de cabeza de cobre. Al pulsar cada uno de ellos quedaba activado
automáticamente el mecanismo correspondiente: bien el de ultrasonidos o el de «teletermografía
». Con el fin de orientar con precisión cada uno de estos flujos, la misión me había
dotado de unas lentes de contacto a las que llamábamos «crótalos»[1] Estas «lentillas»
especiales -del tipo duro- fueron fabricadas con un producto de una calidad muy superior al que
normalmente utilizan los laboratorios de óptica y que, dado su carácter secreto, no puedo
revelar[2]. Lo ideal, por supuesto, hubiera sido el uso de unas gafas de «visión nocturna», con las
que poder seguir la trayectoria del láser infrarrojo, así como los cambios de colores en el cuerpo
del Nazareno[3], capaces de permitir una aceptable circulación de la lágrima en el ojo y una
excelente oxigenación de la córnea, el general Curtiss me había advertido encarecidamente que
no abusase de las mismas, limitando su uso a períodos máximos de 30 o 40 minutos[4].

Y rápidamente pulsé el clavo que accionaba la emisión de ultrasonidos[5].
sistemas -que iré detallando paulatinamente- consistían fundamentalmente en un equipo de «tele-termografía» y en el
ya referido de ultrasonidos.
Este último fue seleccionado por los expertos de Caballo de Troya por su naturaleza inofensiva y por sus características, que les hacían idóneo para la exploración, y posterior conversión en imágenes, de órganos internos tan
importantes como páncreas, vejiga, hígado y abdomen en general, así como en el control del torrente sanguíneo a
través de las grandes arterias y vasos intermedios, corazón, ojos y tejidos blandos en general. Caballo de Troya, en
base al llamado «efecto piezoeléctrico», descrito ya por los hermanos Curie y según el cual la compresión de la
superficie de un cristal de cuarzo crea en él una corriente (ultrasonidos), dispuso en la cabeza emisora una placa de
cristal piezoeléctrico, formada por titanato de bario. Un generador de alta frecuencia alimentaba dicha placa, produciendo así las ondas ultrasónicas (en una frecuencia que oscilaba entre los 16000 y los 10_{10} Herz). Estos
ultrasonidos -con una velocidad de propagación en el cuerpo humano de 1000 a 1600 metros por segundo, con
excepción de los huesos- permiten, como digo, una excelente exploración y posterior visualización de los órganos
deseados, lográndose, incluso, la captación del sonido cardiaco y del flujo sanguíneo, a través de un sistema de
adaptación denominado «efecto Doppler». Con intensidades que oscilan entre los 2,5 y los 2,8 miliwatios por centímetro cuadrado y con frecuencias aproximadas a los 2,25 megaciclos, el dispositivo de ultrasonidos transforma las
ondas iniciales en otras audibles, mediante una compleja red de amplificadores, controles de sensibilidad, moduladores
y filtros de bandas.
Con el fin de solventar el arduo problema del aire -enemigo vital de los ultrasonidos- y ya que las mediciones y
rastreos sólo podían efectuarse a una cierta distancia de Jesús, los especialistas del proyecto idearon un revolucionario
sistema, capaz de «encarcelar» y guiar los citados ultrasonidos a través de un finísimo «cilindro» de luz láser de baja
energía, cuyo flujo de electrones libres quedaba «congelado» en el mismísimo instante de su emisión. El procedimiento
para «congelar» el láser, dando lugar a lo que podríamos calificar como «luz sólida» -cuyas aplicaciones en el futuro
serán inimaginables- no me está permitido desvelar. Por supuesto, al conservar una longitud de onda superior a 8000
armstrong (0,8 micras), el «tubo» láser seguía disfrutando de la propiedad esencial del infrarrojo, con lo que sólo podía
ser visto mediante las lentes especiales de contacto que me había suministrado Caballo de Troya. De esta forma, las
ondas ultrasónicas podían deslizarse por el interior de la «tubería» formada por la «luz sólida o coherente», pudiendo
ser lanzadas a distancias que oscilaban entre los cinco y veinticinco metros. *(N. del m.)*

1 Precisamente por su relativa semejanza con las fosas «infrarrojas» de estas serpientes, que les permiten la caza
de sus presas a través de las emisiones de radiación infrarroja de los cuerpos de las víctimas.

2 Generalmente, las lentes de contacto, del tipo duro, se basan en un producto llamado polimetil-metacrilato (PMMA) que constituye en realidad la base fundamental de la «lentilla».

3 Como es sabido, cualquier cuerpo cuya temperatura sea superior al cero absoluto (menos 273 grados centígrados), emite energía IR o infrarroja. Esta emisión de rayos infrarrojos -invisibles para el ojo humano- está
provocada por las oscilaciones atómicas en el interior de las moléculas y, en consecuencia, se halla estrechamente
ligada a la temperatura de cada cuerpo. Pues bien, el ojo del hombre, como está demostrado, sólo ve una pequeña
parcela del espectro electromagnético de la luz: la que se extiende desde los 400 a los 700 nanómetros. Por encima de
esta última aparecen las gamas del infrarrojo. Pero, mediante el uso de «gafas» especiales, adecuadas a la emisión del
infrarrojo, el hombre puede «ver» también en esa frecuencia. (A su vez, esta región del infrarrojo está

subdividida en
infrarrojo próximo, medio, lejano y extremo.) Los sensores IR o infrarrojos de las serpientes americanas -crótalos-
están formados precisamente por una membrana dotada de abundantes terminaciones nerviosas, que le permiten
detectar variaciones de temperatura del orden de una milésima de grado. *(N. del m.)*

4 Aunque resultaba remota, la posibilidad de tropezar con una fuente energética natural de gran intensidad (caso de
haber mirado al sol), podría haber provocado graves lesiones en mis ojos. Y aunque nada de esto sucediera, el contacto
directo de la córnea con las «crótalos» no hacia aconsejable un uso excesivo.

5 En el caso de los ultrasonidos, la cabeza de cobre -de color blanco- podía adoptar dos posiciones perfectamente
diferenciadas: la primera, para activar el lanzamiento de ondas con una frecuencia de 3,5 MHZ (suficiente para explorar
órganos internos) y la segunda, de 7,5 a 10 MHZ (para el rastreo de superficie y tejidos blandos). *(N. del m.)*

El espectáculo que se ofreció a mis ojos (aunque en realidad debería decir «a mi cerebro»)
fue casi dantesco: el rostro, cuello y manos de Jesús se volvieron de un color azul verdoso,
consecuencia del descenso de su temperatura corporal en dichas zonas (probablemente por el
efecto refrigerante del sudor y de la sangre que manaban por sus poros).
La túnica emitía un blanco mucho más intenso, mientras el manto lucía una tonalidad más
oscura, casi negra. El follaje verde del olivar estalló en un rojo indescriptible...
Al pulsar la cabeza del clavo a su segunda posición -la más profunda-, de la parte superior
de la « vara de Moisés » surgió un finísimo rayo de luz rojiza: era el láser infrarrojo. Y sin
perder un segundo lo dirigí hacia el rostro, cuello, cabellos y manos del Nazareno. Por
supuesto, ni Juan Marcos ni nadie que hubiera podido presenciar aquella escena habría visto ni
oído nada. Como ya dije, el láser trabajaba en la frecuencia del infrarrojo y, por tanto,
resultaba invisible al ojo humano.
Después de un minucioso recorrido sobre las áreas ensangrentadas, cambié la frecuencia de
los ultrasonidos (haciendo retornar el clavo a su primera posición), centrando el haz de luz en
la parte superior del vientre del rabí. De esta forma, explorando el páncreas, quizá
obtuviésemos una explicación satisfactoria sobre el origen de aquel sudor en forma de sangre.
(Cuando, a nuestro regreso de este primer «gran viaje», Caballo de Troya pudo analizar el
cúmulo de imágenes obtenidas por estos procedimientos, los especialistas en bioquímica y
hematología llegaron a varias e interesantes conclusiones. Aquel sudor sanguinolento o
«hematohidrosis» había sido provocado por un agudo stress. El Nazareno -tal y como yo había
podido apreciar- se vio sometido a un profundo decaimiento, motivado, a su vez, por una
explosiva mezcla de angustia, soledad, tristeza y, quizá, temor ante las durísimas pruebas que

le aguardaban. Esta violenta tensión emocional, según los especialistas, había conducido a la liberación de determinados «elementos» existentes en el páncreas[1], que forzaron la ruptura de los capilares, encharcando las glándulas sudoríparas. Una vez rotos los poros subcutáneos, la sangre fluyó al exterior, mezclada con el sudor.

El fenómeno -tan aparatoso como raro- es, sin embargo, perfectamente posible desde el punto de vista médico. El evangelista Lucas, en este caso, sí había acertado. (Pierre Benoit cuenta en una de sus obras cómo en 1914, un soldado que estaba a punto de ser conducido ante un pelotón alemán de fusilamiento, sudó sangre, como consecuencia del pavor insuperable que le produjo aquella angustiosa situación.)

Y aunque esta expulsión sanguinolenta o extravasación -que no hemorragia- en el Hijo del Hombre no representó una pérdida importante de sangre, los informes de Caballo de Troya sí estimaron en cambio que dejó la piel de Jesús en un alarmante estado de fragilidad. Esta circunstancia resultaría determinante, de cara a la «carnicería», más que suplicio, a que sería sometido pocas horas después. Me refiero, naturalmente, al castigo de los azotes. Aquella ruptura generalizada de la red de capilares o finísimos vasos por los que circula la sangre bajo la piel convertiría la flagelación en un trágico baño de sangre...

Una de mis preocupaciones en aquellos primeros momentos del fuerte stress sufrido en el huerto fue el seguimiento del ritmo cardíaco y arterial de Jesús. Al dirigir los ultrasonidos sobre el corazón, el «efecto Doppler» arrojó un ritmo de 135 pulsaciones por minuto. En cuanto a la tensión arterial, la cifra se había elevado a 210 de máxima. (El ritmo cardíaco normal del Nazareno fue calculado en 60 latidos por minuto y su tensión arterial media en 130 máxima y 80 mínima. Aquello significaba, evidentemente, una profunda alteración orgánica. Los especialistas de Caballo de Troya estimaron asimismo que la descarga previa de adrenalina en el torrente sanguíneo de aquel Hombre -a la vista de la resistencia arterial periférica- pudo ser del orden de 10 microgramos por kilo y minuto.)

Poco a poco, al cabo de diez o quince minutos, conforme el rabí fue serenando su espíritu, el ritmo cardíaco y arterial fueron recobrando la normalidad. Sin embargo, aquella dura prueba -en opinión de los expertos en nutrición- significó, además, el total agotamiento de las 750 calorías suministradas al organismo en la reciente cena. El stress debió suponer un consumo de

1 Aunque en un principio se pensó que quizá la «hematohidrosis» había sido provocada por un exceso de histamina,
liberada por el sistema nervioso como consecuencia de la gran tensión emocional, y lanzada al torrente sanguíneo,
quebrando así los capilares, las investigaciones sobre el páncreas inclinaron a los expertos hacia la hipótesis de la
llamada fibrinolisis, consistente en la activación patológica de un mecanismo normal. Un súbito aumento de plasmina
(lisoquinasas) pudo originar un derramamiento generalizado en sangre, diluyendo el «cemento endotelial», que daría
como resultado el paso de la sangre al exterior. *(N. del m.)*

calorías sensiblemente superior a esa cantidad por lo que el Nazareno, en opinión de los
médicos de Caballo de Troya, tuvo que empezar a tirar de sus reservas naturales posiblemente
a partir de la una o las dos de la madrugada de este viernes. (Con aquel aporte energético, y
suponiendo que Jesús se hubiera retirado a descansar inmediatamente, el organismo hubiera
podido aguantar hasta las ocho de la mañana, aproximadamente. Pero, con la crisis iniciada en
el huerto de Getsemaní, los especialistas, como digo, estimaron que el organismo del Hijo del
Hombre tuvo que iniciar una «lipolisis» o disolución de la grasa del tejido adiposo, con el único
fin de suministrar ácido graso y sobrevivir. Las reservas de glucógeno o azúcar concentrada se
agotarían en cuestión de horas, y la naturaleza del Galileo no tendría otra alternativa que
«echar mano», repito, de sus grasas.)
La situación del Maestro, desde un punto de vista puramente médico, empezaba a ser delicada.
A los quince o veinte minutos de iniciado aquel primer «chequeo» -a base de ultrasonidos-,
desconecté el láser, deshaciéndome de las «crótalos». Juan Marcos seguía con el rostro oculto
por las manos, negándose a mirar a su Maestro. Pasé mi brazo por sus hombros y acaricié su
cabeza. Poco a poco, fue descubriendo su cara. Estaba llorando.
En el calvero, el Galileo había ido bajando sus manos. Las convulsiones habían cesado y
también el flujo de sangre. Algunos de los chorreones, más caudalosos que el resto de los
reguerillos, habían coagulado ya. Muy pronto, si el Maestro no tenía la precaución de lavarse, la
sangre seca convertiría su hermoso rostro en una máscara... Jesús levantó de nuevo los ojos
hacia el firmamento y, con una voz algo más serena, repitió prácticamente su primera oración:
-Padre..., muy bien sé que es posible evitar esta copa. Todo es posible para ti... Pero he
venido para cumplir tu voluntad y, no obstante ser tan amarga, la beberé si es tu

deseo...
Entre esta segunda oración (no sé si debería calificarla así) y la primera, observé un notable
cambio, tanto en el estado emocional del Maestro como en su postura frente a los ya
inminentes acontecimientos. Mientras en sus primeras palabras flotaba la duda, en esta
ocasión, el Galileo parecía haber superado parte de su inquietud, mostrándose definitivamente
decidido a asumir su suerte. Es posible que este cambio mental fuera responsable, en buena
medida, de su progresiva tranquilización. Pero todo esto, naturalmente, sólo son apreciaciones
muy subjetivas.
El caso es que, enfrascado en mis primeras verificaciones médicas y pendiente de las
palabras de Jesús, casi me había olvidado de Eliseo y de la aproximación de aquel enigmático
objeto. Pero mi compañero no tardó en recordármelo:
-¡Atención, Jasón...! Esa «cosa» abandona el estacionario y se mueve de nuevo... ¡Por todos
los...!
La transmisión de mi compañero se interrumpió breves segundos. Al fin, Eliseo -muy
alterado- continuó:
-...¡Ha caído como un cubo...! ¡Jasón, ese chisme ha descendido a nivel 30 en un segundo![1]
¡No puede ser...! Si continúa bajando lo perderé... ¡No! De momento se mantiene... Pero se
dirige hacia nosotros...
Pegando materialmente mis labios al tronco del cañafístula le pregunté:
-Entendí 30...
-Afirmativo -respondió Eliseo-. Es 30... Y sigue aproximándose en radial 100[2]... El radar
estima su posición en 10 millas. Si no varía el rumbo pronto lo tendrás a la vista...
Pero, por más que miré no logré distinguirlo. Fue entonces, al levantar la vista hacia las
estrellas cuando caí en la cuenta de otro extraño fenómeno: el ramaje del corpulento árbol tras
el que me ocultaba había quedado súbitamente inmóvil. El viento había cesado. Tampoco
apreció movimiento alguno en las copas de los olivos ni en la maleza que nos rodeaba. Los
cabellos de Jesús se hallaban igualmente en reposo.
Un tanto alarmado interrogué a Eliseo sobre la velocidad y dirección del viento...
-A 40000 pies, 120 grados 50[3] -respondió mi hermano-. Pero, espera... ¡A nivel 10 ha
desaparecido...! No lo entiendo...

[1] Nivel 30: 3000 pies (unos mil metros).
[2] Radial 100: el objeto se aproximaba con rumbo 100 grados (aproximadamente, dirección Este-Sureste).

De pronto, por mi izquierda (aproximadamente con rumbo Este), distinguí un punto de luz
que se desplazaba por encima de la cumbre del Olivete. Venía derecho hacia nuestra posición y

con una trayectoria que, en principio, me pareció totalmente horizontal al suelo.
Atónito y medio tartamudeando presioné mi oído derecho:
-¡Eliseo...! ¡Lo estoy viendo...! ¡Hacia las nueve de mi posición![1]... Trae rumbo Este... Pero,
por todos los diablos, ¿qué es eso?
La respuesta del módulo serviría para confirmar que no era víctima de una alucinación...
-Afirmativo -exclamó Eliseo, tan desconcertado como yo-. La pantalla de altura sigue
detectándolo a nivel 10... ¡Ahora acaba de sobrevolar la «cuna»!... Lo tengo «colimado»[2]...
¿Velocidad? ¡Es increíble!: no llega a las 60 millas por hora... Pero, ¿qué pasa?
La comunicación volvió a interrumpirse. Fueron segundos eternos...
Entretanto aquella «luz» había alcanzado nuestra vertical. ¡Y se detuvo!
¡Jasón! -apareció al fin mi compañero-. Jasón, ¿me recibes?
-Afirmativo -me apresuré a responderle-. Y lo tenemos sobre nuestras cabezas...
-Jasón, algo está ocurriendo en el radar. ¡Esa «cosa» está «blocándome»[3]... ¿ Se aprecia
descenso de nivel?
-Negativo -contesté sin perder de vista la «luz»-. Parece que sigue en estacionario.
Apenas si había terminado de transmitir estas palabras a Eliseo cuando, en décimas de segundo, la «luz» efectuó una «caída» libre, inmovilizándose quizá a cincuenta o cien metros
sobre el calvero. Todo fue tan vertiginoso que no tuve tiempo de nada. Quedé paralizado. Y,
como yo, Juan Marcos y -supongo- todo cuanto se hallaba en derredor nuestro. Yo seguía
absolutamente consciente: veía y escuchaba, pero no acertaba a mover mis músculos. Mi
aparato locomotor no obedecía los impulsos de mi cerebro y de mi voluntad. Era inútil que
tratase de forzarlos. La proximidad de aquella «luz» circular, de un blanco superior al de la
soldadura autógena y potentísima, nos había inmovilizado. Durante los segundos que duró
aquello, sí pude oír la voz de mi compañero en el módulo que -sumamente preocupado- no
hacía otra cosa que llamarme... Pero, como digo, a pesar de mis esfuerzos, no podía articular
palabra alguna.
Casi al mismo tiempo que aquella masa luminosa -de más de cincuenta metros de diámetro-
hacía estacionario sobre el lugar, una especie de «cilindro» luminoso partió del centro del
«disco», iluminando a Jesús, las lastras de piedra y el terreno, en un radio aproximado de cinco
o seis metros. El Maestro, con la cara levantada, no parecía alarmado. Y siguió de rodillas...
Mi confusión no tenía límites. ¿Cómo era posible que el Nazareno no se sintiera tan aturdido
y atemorizado como yo?
Aquel miedo que me había invadido era compartido plenamente por mi joven compañero, a
juzgar por la postura en que había quedado. El fulminante descenso de la «luz» le

había hecho
llevar sus brazos sobre la cabeza, en un movimiento reflejo de protección. Y así seguía, con el
cuerpo encogido y el rostro apuntando hacia la silenciosa masa luminosa...
No acierto a entender cómo llegó hasta allí, pero, casi en el instante mismo que el «cilindro»
de luz blanca tocó el calvero, una figura humana -eso me pareció al menos- surgió sobre la laja
de piedra, aproximándose inmediatamente al rabí. Estaba de espaldas a mí y, por supuesto, a
pesar de la cegadora luz que inundaba la zona, su estructura física tenía que ser sólida y
consistente. Una prueba de ello es que, al llegar a la altura del Maestro, lo ocultó con su
cuerpo.
El pavor, posiblemente, agudizó aún más los escasos sentidos que seguía controlando. Y
toda mi atención quedó polarizada en la figura de aquel ser. Era muy alto. Mucho más que
Jesús. Posiblemente alcanzase los dos metros y pico. No vestía como nosotros. Al contrario, su

3 A esa altura, el viento llevaba dirección 120 grados (Sureste) y unos 50 nudos de velocidad (alrededor de 100
kilómetros por hora) *(N. del m.)*

1 En el argot aeronáutico, a la izquierda del observador, tomando siempre las 12 horas de un reloj como el punto
frontal de observación. A las «tres» sería, por ejemplo, a la derecha.

2 Colimado»: Eliseo habla localizado y centrado el objeto en su panel de instrumentos.

3 El radar del módulo estaba siendo «silenciado» o inutilizado por otra posible emisión de radar o por alguna interferencia electrónica procedente del objeto. *(N.* del *m.)*

indumentaria me recordó la de los pilotos de combate de la USAF, aunque con un buzo mucho
más ajustado y de un brillo intensamente metalizado. (Aunque esta sensación bien podría
haber estado mediatizada por la aguda claridad reinante.)
El «mono» parecía de una sola pieza, con un cinto relativamente ancho y de la misma
tonalidad -similar a la del aluminio- que el resto del traje. Los pantalones (eso me llamó mucho
la atención) se hallaban recogidos en el interior de unas botas de media caña y de un color
dorado. En cuanto a su cabeza, sólo pude ver la zona occipital y la nuca. Tenía un cabello
blanco, lacio y abundante, que caía hasta los hombros. Indudablemente se trataba de un
individuo musculoso y ancho de hombros.
Aunque el silencio reinante era total, no alcancé a oír palabra alguna. Ignoro si hubo
conversación. Lo único que pude percibir fue el movimiento del brazo derecho de aquel ser,
dirigido hacia Jesús que, presumiblemente, debía continuar de rodillas...
De no haber sido por Eliseo, tampoco hubiera ido capaz de contabilizar el tiempo
transcurrido. Según mi compañero, aquel «lapsus» -en el que la conexión auditiva con el

módulo quedó «en blanco»- duró entre cuatro y cinco minutos, aproximadamente.
Al cabo de este «tiempo», la figura de aquel ser y el «cilindro» luminoso se extinguieron
instantáneamente. Y he dicho bien: ¡instantáneamente! No hubo -o, al menos, yo no pude
apreciarlo- elevación de aquel ser hacia el disco luminoso. Y tampoco lo vi alejarse o
desaparecer por el olivar... Sencillamente, no tengo explicación. Acto seguido, la «luz»
experimentó unos suaves balanceos, elevándose en vertical con una aceleración que me dio
vértigo. En un abrir y cerrar de ojos (suponiendo que hubiera podido realizar dicho pestañeo),
el objeto se convirtió en un punto insignificante, perdiéndose en el infinito. Casi al momento,
tanto Juan Marcos como yo recuperamos nuestra movilidad. Y el viento volvió a soplar con
fuerza entre las ramas de los árboles, mientras las cabras encerradas en la gruta balaban
lastimeramente.
-... ¡Jasón...! ¿Me recibes...? ¡Jasón!, ¡por Dios!, ¡contesta...! La voz de Eliseo seguía
repicando en mi oído.
Inspiré con todas mis fuerzas, tratando de calmar mis nervios.
-A-fir-ma-ti-vo. . .- le respondí con lo poco que me quedaba de voz.
-¡Roger...! ¡Al fin...! Jasón, ¿estás bien...? ¿Qué ha pasado...?
Como pude tranquilicé a mi compañero, indicándole que procuraría explicárselo más
adelante. La verdad es que mi confusión había aumentado. Por un instante pensé que todo
había sido una pesadilla. Pero no. Al dirigir la vista hacia el Maestro mi perplejidad aumentó: ¡la
película sanguinolenta y los reguerillos que cubrían su faz, cuello y manos habían desaparecido!
Su semblante, todavía pálido y demacrado, no presentaba, sin embargo, señal alguna del
reciente fenómeno de «hematohidrosis». Era imposible que Jesús hubiera tenido tiempo de
acudir hasta algunos de los recipientes del campamento que contenían agua y proceder al
lavado de su cara, cuello y manos. Además, aceptando este supuesto, yo le habría visto
alejarse y, por supuesto, regresar junto a la roca. Por el contrario, estoy seguro -absolutamente
seguro- que el Maestro no había abandonado en ningún momento su postura: arrodillado sobre
el calvero.
Juan Marcos, incomprensiblemente, seguía agazapado detrás del muro de piedra, como si
nada hubiera ocurrido. Más adelante, cuando le interrogué sobre lo sucedido aquella noche en
el huerto, el muchacho respondió afirmativamente:
«Sí -me dijo sin darle excesiva importancia y como si hubiera sido testigo de otros sucesos
similares-, el Padre hizo descender un ángel... Claro que lo vi...»
El Galileo, mucho más sereno, levantó nuevamente su vista hacia los cielos y sonrió.
Después, con paso firme, se incorporó, dirigiéndose hacia el filo del olivar. No sé cómo

pero la
súbita presencia de aquel «ángel», «astronauta», «fantasma», o lo que fuera, había influido
decisivamente en el ánimo del Hijo del Hombre. La expresión del evangelista- «y el ángel le
reconfortó»- no podía ser más apropiada.
El Nazareno debió encontrar a sus discípulos nuevamente dormidos. Y tras gesticular con
ellos, volvió sobre sus pasos, arrodillándose por tercera vez al borde de la piedra. Era
asombroso. Ninguno de los discípulos parecía haberse dado cuenta de lo ocurrido.
Probablemente, se hallaban dormidos.
Una vez allí, ya con su habitual tono de voz, el Maestro habló así, siempre con la mirada fija
en lo alto:

-Padre, ves a mis apóstoles dormidos... Extiende sobre ellos tu misericordia. En verdad, el
espíritu está presto, pero la carne es débil...
Jesús guardó silencio e inclinó su cabeza, cerrando los ojos. Después, a los pocos segundos,
dirigió su rostro nuevamente a los cielos, exclamando:
-Y ahora, Padre mío, si esta copa no se puede apartar... la beberé. Que se haga tu voluntad
y no la mía...
Debían ser casi la una de la madrugada de aquel viernes, 7 de abril, cuando el gigante -
después de permanecer unos minutos en total recogimiento-- se alzó por última vez, acudiendo
al punto donde sus tres íntimos, por enésima vez, habían caído bajo un profundo sueño.
Pero, en esta ocasión, el Galileo no retornó al calvero. Despertó a sus hombres y, poco
después, los cuatro se internaban en el olivar, perdiéndose de vista.
He meditado mucho sobre aquellas extrañas palabras de Jesús. ¿Qué pudo querer decir
cuando habló de «apartar la copa»? ¿Se refería a la posibilidad de evitar los suplicios y su
propia muerte? Durante algún tiempo así lo creí. Pero, después de ser testigo de su horrenda
Pasión y de su increíble comportamiento, otra interpretación -más sutil si cabe- ha venido a
sustituir a mi anterior hipótesis. Ahora he empezado a intuir la gran «tragedia» del Maestro en
aquellos críticos momentos de la llamada «oración del huerto». No fue el miedo lo que
posiblemente provocó su honda angustia y el posterior sudor sanguinolento. El sabía lo que le
reservaba el destino y, como demostró sobradamente, se enfrentó al dolor abierta y
valientemente. Pero, de la ruano de esas torturas, el Galileo sabía que llegarían también las
humillaciones. Tuvo que ser la «contemplación» de esas ya inminentes vejaciones por parte de
las criaturas que Él mismo había creado lo que, quizá, le sumió en un agudo estado de

postración. Sí realmente era el Hijo de Dios, la simple observación -y mucho más el padecimiento- de la barbarie y primitivismo de «sus hombres» para con Él mismo tenía que resultar insoportable. Salvando las distancias, imagino el brutal sufrimiento moral que podría significar para un padre el ver cómo sus hijos le abofetean, insultan, hieren e injurian...

Juan Marcos y yo nos apresuramos a salvar el muro que nos separaba del calvero donde había tenido lugar la triple oración del huerto y, con idéntica prudencia, penetramos en el olivar, siguiendo los pasos de Jesús y sus hombres. Conforme nos acercábamos a la explanada del campamento, un pensamiento -quizá tan absurdo como inoportuno- seguía martilleando en mi cerebro. No podía borrar de mi mente las imágenes de aquel ser de más de dos metros y del objeto porque «aquello» tenía que ser un vehículo tripulado- que había sido capaz de desafiar tan elocuentemente las leyes de la gravedad. ¿Qué clase de artefacto era aquél? ¿Qué tecnología podía soslayar semejantes aceleraciones y deceleraciones?[1]. Y, sobre todo, ¿qué relación guardaba todo aquello con Jesús y con la Divinidad?

Hubiera dado diez años de mi vida por haber registrado la conversación entre el Maestro y aquel misterioso ser y maldije mi mala estrella, que no me permitió contemplar los rostros de ambos personajes e interpretar al menos lo ocurrido entre los dos. Desde entonces, una afilada incertidumbre anida en mi corazón: ¿podía ser aquél un ángel? Si realmente era así, ¡qué lejos están los teólogos de la verdad...!

Cuando, al fin, nos asomamos al campamento, todo seguía más o menos igual. Los discípulos del Maestro, profundamente dormidos, permanecían ajenos a cuanto acababa de suceder a pocos metros de las carpas. Y digo que todo seguía más o menos igual porque, coincidiendo con nuestro retorno, dos de los agentes secretos de David Zebedeo entraban también en el huerto. Jadeantes y excitados preguntaron por su «jefe». Fue Juan Marcos quien les señaló el lugar donde montaba guardia.

El Maestro, entre tanto, había aconsejado a Pedro, Juan y Santiago que se retiraran a dormir. Pero los apóstoles, suficientemente despejados quizá con los cortos pero profundos sueños que habían disfrutado en las proximidades de la gruta, y cada vez más nerviosos ante la súbita llegada de los mensajeros, se resistieron. El fogoso Pedro, sin poder resistir la tentación,

[1] Como miembro de las Fuerzas Aéreas sé hasta dónde llega hoy la resistencia humana frente a la gravedad. Algunos astronautas, y con trajes muy especiales, han soportado hasta 11 «g« (el valor normal de la «aceleración de la gravedad» es decir, de una «g»- es de 9,80665 metros por segundo cada segundo). Y según mi estimación, aquel

objeto practicó una «caída» y un posterior «despegue« que debió someter a los posibles «pilotos» a 20 o 30 «g». (*N. del m.)*

interrogó a uno de los agentes del Zebedeo. Y el hombre, acorralado por las preguntas de
Simón, terminó por declararle que una partida de sicarios del Sanedrín y una escolta romana se
dirigían hacia allí. Pedro retrocedió con el rostro descompuesto. Y, cuando intentó dirigirse a las
tiendas, con ánimo de despertar a sus compañeros, Jesús se interpuso en su camino,
ordenándole que guardara silencio. La recomendación del Galileo fue tan rotunda que los
discípulos, desconcertados, quedaron clavados en el suelo.
Los griegos, que acampaban al aire libre, fueron despertados también por la precipitada
irrupción de los agentes del Zebedeo y no tardaron en rodear a Jesús y a los tres apóstoles,
interrogándoles. Pero el Maestro, que había recobrado su habitual calma, les rogó que se
tranquilizaran y que volvieran junto al molino de aceite. Fue inútil. Ninguno de los presentes se
movió de donde estaba.
El Nazareno comprendió al instante la actitud de sus hombres y, sin mediar palabra, se alejó
del grupo, abandonando el campamento a grandes zancadas.
Durante algunos segundos, los griegos y los apóstoles dudaron. Y una vez más fue el joven
Juan Marcos quien tomó la iniciativa. En un santiamén escapó del huerto, perdiéndose colina
abajo.
Aquella inesperada reacción de Jesús, saliendo de la finca de Getsemaní, me desconcertó.
Según los evangelios canónicos, fuente informativa primordial, el llamado prendimiento debería
llevarse a cabo en el referido huerto. Sin embargo, el Nazareno acababa de abandonarlo... Sin
pensarlo dos veces seguí los pasos del muchacho, sin preocuparme de los tres apóstoles y de
los griegos, que permanecían inmóviles en mitad del campamento.
Tanto Jesús como Juan Marcos habían tomado el conocido camino que discurría por la falda
occidental del Olivete y que me había llevado en varias ocasiones hasta el puentecillo sobre la
depresión del entonces seco torrente del Cedrón.
En ese momento, y justamente al otro lado del puente, me llamó la atención el movimiento
de un nutrido grupo de antorchas. Al observar más detenidamente comprobé que se dirigía
hacia este lado del monte. Aquellos debían ser los hombres armados de los que había hablado

el mensajero del Zebedeo. Desconcertado, continué bajando por la vereda hasta que, en uno
de los recodos del camino, vi a Marcos -mejor debería decir que sólo distinguí su lienzo blanco-
refugiándose a toda prisa en una pequeña barraca de madera que se levantaba al pie mismo
del sendero. Me detuve sin saber qué hacer. Pero mis sorpresas en aquella madrugada del
viernes no habían hecho más que empezar.
Junto a la mencionada casamata distinguí otra cuba -similar a la construida a la entrada del
campamento de Getsemaní- que debía formar parte de uno de los lagares de aceite que tanto
abundaban en el monte de las Aceitunas. El Maestro se había sentado sobre el murete de
piedra de la prensa, a unos dos pasos de la pista y de cara a la dirección que traía el cada vez
más cercano y oscilante enjambre de luces amarillentas.
En un primer momento pensé en ocultarme también en la barraca. Pero deseché la idea.
Ignoraba absolutamente el curso que podían tomar los acontecimientos y preferí mantenerme
en un lugar más abierto. A ambos lados del sendero se extendían sendas plantaciones de
olivos. Aquél podía ser un buen observatorio. Y rápidamente abandoné la pista, internándome
en el oscuro olivar situado a la izquierda del camino. Elegí uno de los árboles más gruesos,
trepando a lo alto y camuflándome entre su ramaje. Desde allí, Jesús quedaba a poco más de
cinco o seis metros. Pero, de pronto, me vi asaltado por una duda que casi me hizo descender
del olivo: ¿Y si el Galileo regresaba al campamento? En ese caso no tendría más remedio que
arriesgarme y seguir a la tropa...
Si no me equivocaba, la distancia recorrida por Jesús desde la puerta de entrada al huerto
de Simón, «el leproso», hasta aquella curva del serpenteante camino de herradura, había sido
de unos cien o ciento cincuenta pasos. Y al verle allí, tan extrañamente sereno, empecé a
comprender. No hacía falta ser muy despierto para suponer que su rápido alejamiento de la
zona donde permanecían sus hombres sólo podía estar motivado por el deseo de que su
encuentro con Judas y la policía del Sanedrín no afectase a los discípulos. El sabia que muchos
de los discípulos y de los griegos disponían dé armas y probablemente quiso evitar el más que
seguro riesgo de un choque armado. Si la memoria no me fallaba, en el campamento debía
haber en aquellos momentos alrededor de sesenta hombres. Habría sido suficiente que
cualquiera de ellos -Pedro o Simón, el Zelotes, por ejemplo- hubieran sacado sus

espadas para
provocar un sangriento combate. Si la versión del agente secreto de Zebedeo era correcta, a

los levitas del Templo había que añadir la patrulla romana. Y esto, indudablemente, complicaba
las cosas. Los legionarios de la Fortaleza Antonia no se distinguían precisamente por sus dulces
modales... Yo había sido testigo de su ferocidad en el apaleamiento de un compañero. ¿Qué
podía esperarse entonces de aquellos aguerridos infantes, en el caso de que se llegara a un
enfrentamiento? Lo más probable es que muchos de los discípulos del Maestro habrían
resultado heridos o muertos y, en el mejor de los casos, hechos prisioneros. Y Jesús, a juzgar
por sus oraciones en el olivar, quería evitarlo a toda costa. ¿Qué hubiera sido de su misión y de
la futura propagación del evangelio del reino silos directamente encargados de esa predicación
hubieran caído esa noche en Getsemaní?
Las antorchas aparecían y desaparecían entre la espesura, acercándose cada vez más. Pedí
información a Eliseo sobre la hora exacta. Era la una y quince minutos de la madrugada.
La luna seguía brillando con todo su esplendor, proporcionándome una más que aceptable
visibilidad.
De pronto, y cuando el racimo de antorchas se hallaba aún a cierta distancia de la almazara
sobre la que aguardaba el Maestro, vi aparecer por la vereda a un individuo. Subía a la carrera,
siguiendo la dirección del campamento. Jesús, al verle, se puso en pie, saliendo al centro del
camino. El presuroso caminante -a quien en un primer momento no acerté a identificar-
descubrió enseguida la alta figura del Galileo, con su blanca túnica bañada por la luna. La
inesperada presencia del Maestro, cortándole el paso, debió desconcertarle porque se detuvo al
momento. Pero, tras unos segundos de indecisión, prosiguió su avance, esta vez sin
demasiadas prisas. El misterioso personaje, envuelto en un manto oscuro, debía hallarse a unos
treinta o cuarenta metros del rabí cuando, por el fondo del sendero, irrumpió en escena el
pelotón que portaba las antorchas. Venia en desorden, aunque formando una larga hilera de
gente. A primera vista, el número de individuos rebasaba el medio centenar.
Conforme fueron acercándose pude distinguir, entre los hombres de cabeza, alrededor de
treinta soldados romanos. Vestían la misma indumentaria que yo había visto entre los
legionarios de la Torre Antonia e iban armados con espadas, algunas lanzas y escudos.

Inmediatamente detrás casi mezclados con los primeros-, un tropel de 40 o 50 levitas o policías
del templo, armados en su mayoría con bastones y mazas con clavos.
Mi desconcierto llegó al máximo cuando, por mi derecha, surgieron otras antorchas, diseminadas entre los olivos. No eran muchas: quizá una decena. Pero zigzagueaban a gran
velocidad, descendiendo hacia el punto donde se hallaba Jesús. Por la dirección que traían
supuse que se trataba de los discípulos. Y un escalofrío volvió a recorrerme el cuerpo. Si ambos
bandos llegaban a enfrentarse quién sabe lo que podía ocurrir.
El grupo de mi izquierda -el que procedía de Jerusalén- siguió avanzando en silencio hasta
detenerse a un tiro de piedra del Galileo.
Por su parte, los que acababan de aparecer por la derecha terminaron por concentrarse en el
sendero. Una vez reagrupados, continuaron bajando, pero con gran lentitud.
Cuando el tropel que llegaba con ánimo de prender al Nazareno se detuvo, los seguidores de
Jesús hicieron otro tanto. Estos últimos quedaron bastante más cerca del Maestro. Quizá a
veinte o veinticinco pasos.
A la luz de las teas distinguí en primera línea a Pedro. Y con él, Juan, Santiago y una veintena de griegos. Sin embargo, por más que forcé la vista, no vi a Simón, el Zelotes, ni
tampoco al resto de los apóstoles y discípulos. Aquello significaba que no habían sido despertados.
Durante unos minutos que se me antojaron interminables, sólo el viento silbó entre los olivos, agitando las llamaradas de las hachas de ambos grupos.
Jesús -en medio- seguía pendiente de aquel hombre que se había destacado de la turba
procedente de la ciudad santa.
Cuando faltaban apenas unos metros para que dicho personaje llegase a la altura del rabí, la
luna hizo resaltar la palidez de su rostro: ¡Era Judas!
Pero, ¿por qué se había adelantado a la tropa?
Aquella incógnita seria resuelta a la mañana siguiente, poco antes del fatal e inesperado
suceso que provocaría la muerte del Iscariote...
(Una vez más, Judas había maquinado sus planes con tanta astucia como ruindad.)

Y al fin, Jesús reaccionó. Con gran aplomo arrancó hacia Judas pero, al llegar a su altura, se
desvió hacia la linde izquierda del camino, esquivando al traidor. El Iscariote, perplejo, se
revolvió al momento. El Maestro había continuado en dirección a la soldadesca, deteniendo sus
pasos a pocos metros del grupo. Y desde allí, con gran voz, interpeló al que parecía el jefe:
-¿Qué buscas aquí?
El soldado romano, que a juzgar por su casco con un penacho de plumas rojas y su

espada
(situada en el costado izquierdo), debía ser un oficial, se adelantó a su vez y, en griego,
respondió:
-¡A Jesús de Nazaret!
El Maestro avanzó entonces hacia el posible centurión y con gran solemnidad exclamó:
-Soy yo...
Al escuchar las serenas y majestuosas palabras de aquel gigante, los cinco o seis legionarios
que ocupaban la primera línea retrocedieron bruscamente. Este súbito movimiento hizo que
algunos de ellos tropezaran con los compañeros situados inmediatamente detrás, provocando
una serie de grotescas caídas. Entre los que dieron con sus huesos en tierra había también
varios que portaban antorchas. Y éstas, al desparramarse sobre los caídos, contribuyeron a
multiplicar la confusión. El oficial, indignado, retrocedió hasta el grupo de cabeza y comenzó a
golpear a los torpes y vacilantes soldados con el bastón que llevaba en su mano derecha.
(Aquella escena me trajo a la memoria el relato evangélico de Juan: el único que habla de
esta caída generalizada de parte de la tropa que había llegado para prender al Maestro. Pero,
lejos del carácter milagroso que algunos teólogos y exégetas han querido ver en dicho suceso,
la única verdad es que aquellos hombres rodaron por el suelo como consecuencia de un
movimiento mal calculado. Otro asunto es por qué retrocedieron. En mi opinión, es posible que
sintieran miedo. Casi todos habían visto a Jesús cuando predicaba en la explanada del templo y
también era muy probable que hubieran sabido de sus prodigios y de su poder. Si unimos esto
a la valentía con que el Galileo se presentó ante ellos, quizá ahí tengamos la respuesta...)
Mientras los infantes romanos se incorporaban y recomponían su maltrecha dignidad, Judas -
cuyos planes no estaban saliendo tal y como él había previsto, según pude averiguar horas más
tarde- se acercó al Nazareno, abrazándole. E inmediata y ostensiblemente -de forma que todos
pudiéramos verle- se alzó sobre las puntas de sus sandalias, estampando un beso en la frente
de Jesús, al tiempo que le decía:
-¡Salud, Maestro e Instructor!
Y el Galileo, sin perder la calma, le respondió:
-¡Amigo...!. no basta con hacer esto. ¿Es que, además, quieres traicionar al Hijo del Hombre
con un beso?
Antes de que Judas pudiera reaccionar, el Maestro se zafó del abrazo del traidor,
encarándose nuevamente con el oficial romano y con el resto de ¡a tropa.

-¿Qué buscan?
-¡A Jesús de Nazaret! -repitió el oficial.
-Ya te he dicho que soy yo... Por tanto -prosiguió Jesús-, si al que buscas es a mí, deja a los
demás que sigan su camino... Estoy dispuesto a seguirte...
El oficial encontró razonable la petición del Nazareno. Se situó a su lado y, cuando se disponía a regresar a Jerusalén, uno de los guardianes del Sanedrín salió del pelotón abalanzándose sobre Jesús. Llevaba en sus manos una cuerda. Y a pesar de que el jefe de la
patrulla romana no había dado tal orden, aquel sirio, que respondía al nombre de Malchus o
Malco, se apresuró a sujetar los brazos del rabí, tratando de atarlos por la espalda.
Al verlo, el oficial levantó su bastón, dispuesto sin duda a espantar a aquel intruso, Pero la
fulminante entrada en acción de Pedro y sus compañeros arruinaría los propósitos del responsable del prendimiento.
Efectivamente, con una rapidez vertiginosa, Pedro y el resto -indignados por la acción de
Malco- se precipitaron sobre él. Simón, Santiago y algunos de los griegos habían desenfundado
sus espadas y, lanzando todo tipo de imprecaciones, se dispusieron al ataque.
Antes de que la escolta romana tuviera tiempo de proteger a Malco, Pedro -espada en alto-
cayó sobre el aterrorizado siervo del sumo sacerdote, lanzando un violento mandoble sobre su
cráneo. En el último segundo, Malco logró echarse a un lado, evitando así que la potente
izquierda de Simón le abriera la cabeza. El filo de la espada, sin embargo, rozó la parte derecha
de su cara, rebañándole la oreja e hiriéndole en el hombro.

Jesús levantó entonces su brazo hacia Pedro y con gran severidad recriminó su acción:
-¡Pedro, envaina tu espada...! Quienquiera que desenvaine la espada, morirá por la espada.
¿No comprendéis que es voluntad de mi Padre que beba esta copa? ¿No sabéis que ahora
mismo podría mandar a docenas de legiones de ángeles y sus compañeros me librarían de las
manos de los hombres?
Los discípulos -y especialmente Pedro- quedaron aturdidos. No entendían las palabras del
Maestro y, mucho menos, su docilidad ante aquellos enemigos.
Malco seguía retorciéndose y aullando de dolor cuando Jesús se inclinó sobre él. Con una
gran firmeza retiró la mano del sirio del ensangrentado oído, colocando la palma de su diestra
sobre la herida. En cuestión de segundos, los quejidos disminuyeron, haciéndose cada vez más
espaciados y débiles. Después, el rabí repitió la operación, depositando su mano sobre el
hombro.

Desde lo alto del árbol no pude verificar qué clase de curación efectuó el Galileo. Sin embargo, lo que sí estaba claro es que había detenido la copiosa hemorragia y «congelado» prácticamente el dolor de aquel desdichado. (En el transcurso de las dos siguientes e intensas jornadas, antes de mi definitivo regreso al módulo, traté por todos los medios de localizar al mencionado sirio e inspeccionar el tajo que le había propinado Pedro. Sin embargo, mis esfuerzos resultaron baldíos.)

La belicosa actitud de Pedro y de sus compañeros sólo sirvió para empeorar las cosas. El oficial romano ignoró las pacíficas palabras y el gesto humanitario de Jesús para con Malco y ordenó a sus legionarios que sujetaran al Nazareno, amarrando sus muñecas a la espalda.

Mientras le maniataban, el Maestro, profundamente dolorido por aquella humillación, se dirigió a los levitas y soldados quienes, con las espadas y bastones dispuestos para repeler cualquier otro ataque, contemplaban la escena:

-¿Para qué sacan sus espadas y palos contra mí, como si fuera un ladrón? Todos los días he estado con vosotros en el templo, educando y enseñando públicamente al pueblo, sin que hicierais nada para detenerme...

Pero nadie respondió.

Una vez inmovilizado con gruesas cuerdas, el oficial se dirigió a sus hombres, ordenando que prendiesen también a aquel «grupo de fanáticos», según sus propias palabras. Pero la patrulla no reaccionó a tiempo y Pedro y sus compañeros huyeron del lugar, arrojando las antorchas contra los romanos. Este nuevo lapsus de la escolta fue más que suficiente como para que la veintena de seguidores del Maestro se desperdigara ladera arriba, entre los olivares. La casi totalidad de los legionarios salió en su persecución. Sin embargo, los discípulos -mejores conocedores del terreno y con un pánico lo suficientemente grande como para volar, más que correr- no tardaron en desaparecer. La prueba es que, a los cinco o diez minutos, la tropa regresó al camino, iniciando el retorno a Jerusalén. El Maestro, fuertemente escoltado, no tardó en desaparecer con el grupo en uno de los recodos del sendero.

Eran las dos menos diez de la madrugada...

El vocerío de los legionarios fue disipándose. Y allí quedé yo, con el corazón encogido y sumido en un silencio de muerte. Pero debía seguir mi misión. Así que, procurando no hacer excesivo ruido, descendí de la copa del olivo. Mis ideas -lo reconozco- no se hallaban muy claras. Durante varios segundos, y todavía al pie del árbol, dudé. ¿Qué camino debía

tomar?
Tratar de volver al campamento e incorporarme a lo que quedase del grupo de griegos y
discípulos no me pareció lo mejor. Además, ¿quién sabe dónde podían haber ido a parar? Era
mucho más lógico seguirlas huellas del pelotón de soldados y policías del Templo. Pero, ¿cómo
llegar hasta ellos sin levantar sospechas y, lo que era peor, sin que me detuviesen?
Cuando me disponía a dejar el olivar y encaminarme hacia la ciudad santa, las siluetas de
dos legionarios rezagados aparecieron de improviso entre los olivos que se levantaban al otro
lado del sendero. Me pegué como pude a uno de los troncos y esperé a que pasasen. Si
descubrían mi presencia me hubiera visto en una delicada situación. Pero, en el momento en
que los soldados entraban en la vereda, Juan Marcos -que había permanecido oculto durante
todo el prendimiento- se asomó con gran sigilo a la puerta de la barraca. Aquello fue su
perdición. Los romanos vieron al instante su escandalosa sábana blanca, precipitándose hacia el
muchacho. Esta vez, la reacción de los infantes fue tan rápida que Marcos no tuvo tiempo de
escapar.

Y uno de los legionarios hizo presa en el lienzo mientras el segundo, también a la carrera,
cubría las espaldas de su compañero. Pero el ágil Marcos no se dio por vencido. Y sin pensarlo
dos veces se desembarazó de la sábana, huyendo desnudo hacia la masa de olivos por donde
habían irrumpido los inoportunos extranjeros. Aquella maniobra del joven pilló desprevenidos a
los romanos que, para cuando salieron tras él, habían perdido unos segundos preciosos.
El que había logrado sujetarle arrojó el lienzo al suelo y, maldiciendo, desenvainó su espada,
iniciando una atropellada carrera. El compañero hizo lo mismo, internándose de nuevo en el
bosque. Pero la mala suerte parecía cebarse aquella noche sobre la tropa romana y el segundo
legionario tropezó en una de las raíces del olivar, cayendo de bruces. Como consecuencia del
golpe, el casco del romano salió despedido, rodando por la pendiente. Pero el enfurecido infante
-cegado por el afán de capturar al emboscado- se olvidó de su yelmo.
Sabía que podía ser arriesgado pero, dejándome llevar por la intuición, abandoné mi
escondrijo, aproximándome al lugar donde había quedado el casco. Lo recogí y, tratando de
tranquilizarme, esperé. Era, en efecto, un yelmo de cuero, sin ningún tipo de adorno o

distintivo.
No tuve que esperar mucho. A los pocos minutos, los legionarios regresaron a la linde del
olivar. Sin embargo, enfrascados en la búsqueda del yelmo, no se percataron de mi presencia.
Entonces, levantando la voz y el casco, me dirigí a ellos en griego.
Al verme, los soldados no reaccionaron. Y, poco a poco, fueron aproximándose. Un sudor frío
empezó a empapar mi túnica. Si aquella estratagema no resultaba, mi seguridad podía verse
seriamente amenazada.
El que había extraviado el yelmo llegó hasta mí y, deteniéndose a un par de metros, me
inspeccionó de pies a cabeza. Se hallaba sudoroso y sin aliento. El segundo legionario no tardó
en situarse a su lado.
Intenté sonreír pero, francamente, no sé silo logré. El caso es que, procurando disimular el
agudo temblor de mis manos, le tendí el casco. El romano se apresuró a tomarlo,
arrebatándomelo con violencia. Y acto seguido se lo encasquetó.
-¿Quién eres? -habló al fin el segundo soldado.
-Me llamo Jasón -respondí con el corazón en un puño-. Soy griego y me dirijo a Jerusalén...
Y, de pronto, recordé la autorización que me había extendido el procurador romano, con el
fin de facilitar mi ingreso en la fortaleza Antonia. Sin dudarlo, eché mano de la bolsa de hule y
les mostré el salvoconducto explicándoles que esa misma mañana del viernes debería visitar a
Poncio Pilato.
Los legionarios desviaron la mirada hacia el rollo, aunque dudo que supieran leer. Sin
embargo, sí debieron identificar la firma de Poncio porque su actitud se hizo más asequible y
condescendiente.
-¿De dónde vienes?
-De Betania...
-Entonces -repuso el legionario que hablaba griego-, ¿no sabes lo que ha ocurrido aquí?
-¿Aquí? -pregunté adoptando un tono de total ignorancia-... No, ¿qué ha ocurrido?
-Es igual -concluyó el legionario-. Nosotros también vamos hacia Jerusalén. Si lo deseas
podemos escoltarte...
Me sentí encantado con semejante proposición pero, cuando todo parecía solucionado, el
soldado que había perdido el casco tomó la lanza del compañero y, sin más, la inclinó sobre mi
pecho. Quedé paralizado. Y al mirar de nuevo al infante, aquel rostro se me hizo familiar. El
soldado terminó por sonreír. «¡Claro! -recordé de pronto-. Aquel romano era el centinela de la
Torre Antonia... El que me había apuntado con su *pilum* mientras José, el de Arimatea, y yo
esperábamos a que regresara su compañero...»

Le devolví la sonrisa y el legionario -satisfecho al ver que le había reconocido- retiró la jabalina, explicándole al segundo e intrigado soldado que, en efecto, me había visto a las puertas de la Torre Antonia y que no mentía.
Aquel fortuito encuentro con mi «amigo», el legionario, iba a servirme de mucho...
Los soldados tenían prisa por alcanzar el pelotón que conducía al Nazareno y, al poco, divisamos las antorchas. Pero, ante mi sorpresa, el grupo se hallaba detenido en mitad del camino. Cuando la pareja de rezagados se reincorporó a la patrulla romana, yo insinué que quizá fuese más prudente que permaneciera en la cola o que siguiera mi camino hacia

Jerusalén. Pero el centinela, que parecía muy honrado con mi amistad, me aconsejó que siguiera junto a él. Y así lo hice.
De esta forma, al aproximarme al oficial que mandaba el pelotón, comprendí por qué se habían detenido. El jefe de los levitas pugnaba por llevar al Nazareno a la residencia de Caifás.
Sin embargo, el *optio* romano, una especie de lugarteniente de los centuriones[1], responsable de la captura y custodia del prisionero, se oponía a esta decisión, estimando que sus órdenes eran precisas: Jesús de Nazaret debía ser conducido a la presencia del ex sumo sacerdote Anás. (Al parecer, las relaciones entre el procurador romano y las castas sacerdotales judías seguían manteniéndose a través del poderoso e influyente suegro de Caifás.)
La policía levítica tuvo que ceder y Arsenius -el *optio* o suboficial romano- ordenó que la patrulla reanudara su camino hacia el barrio bajo de Jerusalén.
Durante la discusión, Jesús permaneció en silencio, con los ojos bajos y prácticamente ausente.
Judas, por su parte, se había situado entre los dos jefes -el romano y el levita- pero, por más que intentaba el diálogo con ellos, éstos evitaban sus preguntas, permaneciendo en un total y violento silencio. Cuando pregunté al legionario el por qué de aquella actitud del *optio* y del capitán de los policías del Templo hacia el Iscariote, mi amigo respondió con una afirmación contundente:
-Es un traidor...
Estábamos ya a pocos metros del puente que enlazaba la falda del Olivete con la explanada situada al pie de la muralla oriental del Templo cuando ocurrió algo desconcertante e imprevisto.
A la cabeza del cortejo marchaban ambos «capitanes». En medio de ambos, Judas, e inmediatamente detrás, la patrulla romana, rodeando estrechamente a Jesús. Por último, el tropel de levitas y siervos del Sanedrín, envueltos en sus mantos y rabiosos por la tajante

decisión del suboficial romano de entregar al Galileo al ex sumo sacerdote. Yo caminaba a la
izquierda del grupo, junto a los últimos legionarios.
Y, súbitamente, Juan, el Evangelista, apareció por la derecha, adelantándose hasta llegar a
la altura del Maestro. Quedé estupefacto ante la valiente decisión del joven discípulo. Por lo que
pude observar, Juan debía haber perdido el manto en la anárquica dispersión de los seguidores
del rabí. Vestía únicamente su túnica corta -hasta las rodillas- y, en la faja, una espada.
Al verlo, los policías del Templo se alarmaron y advirtieron a su jefe la presencia del galileo.
El pelotón se detuvo nuevamente y el capitán de los levitas ordenó a sus hombres que prendieran y ataran también a Juan. Pero, cuando los sicarios de Caifás se disponían a amarrarle, Arsenius intervino de nuevo. Aquel veterano suboficial, sagaz y de condición noble,
se interpuso entre el apóstol y los levitas, exclamando:
-¡Alto! Este hombre no es un traidor, ni tampoco un cobarde... Los hebreos no parecían muy
dispuestos a perder también aquella oportunidad y protestaron enérgicamente. Los ojos del
ayudante del centurión se clavaron en los del capitán de la guardia del Sanedrín. Bajo su rostro,
pésimamente afeitado, sus mandíbulas crujieron y levantando el bastón hasta situarlo a un
palmo de la frente del jefe de los levitas, repitió en tono amenazante:
-Te digo que este hombre no es un traidor ni un cobarde. Pude verle antes y no sacó su
espada para resistir. Ahora ha tenido la valentía de llegar hasta aquí para estar con su Maestro.
Y haciendo silbar su vara con una serie de cortos y bruscos golpes de su muñeca, añadió, al
tiempo que el responsable de los judíos retrocedía espantado:
-¡Que nadie ponga sus manos sobre él...! La ley romana concede a todos los prisioneros el
privilegio de un amigo que le acompañe ante el tribunal. Nadie impedirá, por tanto, que este
galileo permanezca al lado del reo.
El odio y el desprecio del *optio* romano por los judíos en general, y por aquellos en particular, debían ser tan considerables que, en el fondo, la insólita decisión del suboficial pudo
estar motivada, en mi opinión, no sólo por la admiración hacia el audaz gesto de Juan, sino

1 La figura del *optio* representaba a un suboficial, directamente bajo el mando de un centurión. Generalmente mandaba pequeños grupos de tropa, descargando al oficial de sus funciones administrativas, disposición de las
guardias, instrucción militar, etc. Se les dio el nombre de *optiones,* según Festo, porque, «desde el tiempo en que se
permitió a los centuriones elegir u *optare* al que deseaban, se les aplicó también el nombre de *optio,* por cl hecho de la
elección.» *(N. del m.)*

también por el mero hecho de humillar y contradecir a aquellos «cobardes, incapaces de
enfrentarse por sí mismos al Nazareno». (Al llegar al palacio de Anás, José de Arimatea me
explicaría con todo lujo de detalles las tortuosas maniobras del Iscariote y de los levitas que
llegaron, incluso, a solicitar de la guarnición romana que les acompañasen para prender al
Maestro.)
Y debo añadir que, a mi regreso de este primer «gran viaje», consulté a destacados expertos
en Derecho y Jurisprudencia romanos, tratando de averiguar si, efectivamente, había existido
esa ley, invocada por el *optio.* Pero, hasta el momento, mis indagaciones han resultado
infructuosas. Los antiguos romanos, como hoy los ingleses tradicionales, no eran muy amantes
de leyes, tal y como nosotros las interpretamos. Su «derecho», afortunadamente para ellos, no
se basaba precisamente en «leyes»[1]. Según los especialistas a quienes pregunté, esa
disposición del suboficial Arsenius no se hallaba reñida con las costumbres de la época y, sobre
todo, de las autoridades que ocupaban aquella provincia romana. La discrecionalidad existente
a la hora de impartir justicia o de tratar a un prisionero era tal que, al menos para los
estudiosos del Derecho Romano, la conducta del suboficial resultaba perfectamente posible. No
podemos olvidar que los dueños y señores de vidas y haciendas de aquel revolucionario país
seguían siendo los romanos.
Esta providencial orden del *optio* de la Torre Antonia vino a despejar otra de mis
interrogantes. ¿Cómo era posible que Juan Zebedeo fuera el único apóstol que declara en sus
escritos haber sido «testigo presencial» de muchos de los sucesos que acontecieron a lo largo
de aquel viernes? Por lógica, de no haber sido por esta inapreciable «ayuda» del suboficial
Arsenius, el seguidor de Jesús habría tenido muchos problemas para poder asistir a los
interrogatorios y a la crucifixión. Tal y como estaban las cosas, hubiera sido casi imposible que
las castas sacerdotales -que odiaban al Maestro y a sus discípulos- cedieran y aceptasen la libre
presencia de ninguno de los amigos del prisionero. Sólo una imposición superior, emanada en
este caso de la autoridad romana, pudo permitir a Juan la asistencia a los restringidos
prolegómenos de la muerte de Cristo.
Como medida precautoria, el suboficial romano ordenó a uno de sus hombres que desarmara
a Juan. Y el pelotón continuó su camino.
El público reconocimiento de la valentía de Juan por parte del suboficial romano representó
un duro golpe para la dignidad de Judas. Avergonzado, con la cabeza baja y el ceño contraído,

fue aminorando el paso hasta quedarse solo y rezagado. Y así llegó a la casa de Anás.
Juan, prudentemente, no habló en ningún momento con su Maestro, ni éste hizo tampoco
intención alguna de dirigirse al joven. Las circunstancias, además, no lo hacían aconsejable. Sin
embargo, cuando enfilamos las desiertas calles de Jerusalén, me las ingenié para situarme al
lado del Zebedeo y preguntarle por el resto de los hombres y, muy especialmente, por qué
había tomado aquella arriesgada decisión de unirse a Jesús. El apóstol, con los ojos enrojecidos
por el ininterrumpido llanto, pareció alegrarse un poco al comprobar que no se hallaba del todo
solo y me confesó que, una vez que lograron despistar a los legionarios, Pedro y él habían
decidido seguir a Jesús. Del resto sólo sabia que había huido en dirección al campamento.
Durante el sigiloso seguimiento, Juan recordó las instrucciones que le diera el Maestro, en el
sentido de que permaneciera a su lado, y se apresuró a alcanzarle. Mientras tanto, Pedro -si es
que no había cambiado de parecer- debía encontrarse a cierta distancia, siguiéndonos y
camuflado entre la maleza.
Hacia las dos y cuarto de la madrugada, la comitiva se detuvo ante la residencia de Anás,
muy cerca de la Puerta de Sión. en el extremo oeste de la ciudad y a corta distancia, según mis
cálculos, de la casa de Juan Marcos. Allí, frente a la cancela del espacioso jardín que se abría
frente al palacete, el suboficial romano cedió oficialmente al prisionero al jefe de los levitas.
Pero antes, dirigiéndose a uno de los legionarios y de forma que todos pudiéramos oírle,
ordenó:

1 Algunos especialistas apuntaron la posibilidad de que dicha «ley» se tratara en realidad de una «adaptación» muy particular del régimen de la garantía de presentación ante el juez, mediante los llamados *praedes vades,* que servia precisamente para evitar la prisión preventiva del reo, tal y como se hace en la actualidad con la abusivamente llamada «fianza» (ésta no es una garantía personal, sino un depósito de dinero). *(N. del m.)*

-Acompaña al preso y vela para que estos miserables no le maten sin el consentimiento de
Poncio. Evita que lo asesinen y guarda de que a este galileo -dijo refiriéndose a Juan- le esté
permitido acompañarle en todo momento. Observa bien cuanto suceda...
Y dando media vuelta se alejó del lugar, en compañía del pelotón de legionarios. Al
despedirme del soldado deposité disimuladamente una moneda de plata entre sus dedos,
agradeciéndole su ayuda y rogándole que, antes de regresar a la fortaleza, le hablase

al
compañero que había sido designado por Arsenius para proteger a Jesús y a Juan y le suplicase
que me permitiera hacerles compañía. El infante sonrió y, sin formular pregunta alguna, se
entendió con el legionario para que mis deseos fuesen cumplidos. Otro discreto y oportuno
denario de plata en el puño de este último terminó por disipar todas las suspicacias y recelos.
De momento, mi presencia en la sede de Anás estaba garantizada.
Una vez en el patio, parte de la guardia del Templo se despidió, alejándose de la suntuosa
residencia del ex sumo sacerdote. Y varios servidores de Anás acudieron precipitadamente
hasta el jefe de los levitas. Este les ordenó que avisaran a su amo:
«El prisionero ha llegado», les dijo, señalando al Nazareno, que seguía con las manos atadas
a la espalda e inmóvil en mitad de aquel enlosado cuadrangular. Juan continuaba al lado del
Maestro y el legionario, a su vez, procuraba no perder de vista a ninguno de los dos, así como a
un reducido grupo de policías y sirvientes del Templo que se afanaban en la preparación de una
fogata. Apilaron varios troncos en una de las esquinas del oscuro patio y después de rociarlos
con aceite, inclinaron una de las teas sobre la leña, prendiéndole fuego. La temperatura había
descendido algunos grados y casi todos los allí presentes fueron aproximándose a la
improvisada hoguera. A los pocos minutos, en el centro del patio sólo quedábamos Jesús, el
jefe de los levitas -que seguía sosteniendo la gruesa maroma con la que habían maniatado al
Hijo del Hombre-, el joven discípulo, el soldado romano y yo. Frente a nosotros se levantaba
una regia mansión de dos plantas, con una fachada enteramente de piedra labrada, y unas
delicadas escalinatas semicirculares de mármol. En la puerta, débilmente iluminada por sendos
faroles de aceite, se hallaba una mujer gruesa, de baja estatura, que sonreía sin cesar.
Pero aquella primera exploración del recinto se vio interrumpida por la repentina aparición de
Judas. El traidor acababa de llegar a la casa de Anás. Pero, al ver a Jesús y a Juan, permaneció
tras las altas rejas que se elevaban sobre el cercado de piedra. Y a los pocos minutos se alejó,
siguiendo la misma calle que había tomado e! grueso de la policía levítica. En su rostro, duro e
impasible, no aprecié señal alguna de arrepentimiento. Al contrario. Tuve la sensación de que,
durante aquellos instantes, el Iscariote disfrutó del «espectáculo». En el fondo, su venganza
contra el Maestro y contra el discípulo amado de Jesús empezaba a fructificar.
Juan también vio a Judas. No así el Nazareno, que permanecía de espaldas a la puerta

de
entrada. El semblante del Galileo no había sufrido cambio alguno. Seguía ligeramente pálido y
grave. Sus ojos apenas si se habían levantado en un par de ocasiones.
Y a los pocos minutos de la marcha del traidor, volví a sobresaltarme. Ahora era Pedro el que
se hallaba detrás de los barrotes de la cerca. No entiendo cómo no se cruzó con Judas...
Nervioso, caminaba de un lado a otro de la verja, tratando de hacerse notar. Juan, al verlo,
me hizo una señal con los ojos. Asentí con la cabeza, indicándole que ya me había dado cuenta.
Sinceramente, sentí lástima por aquel impetuoso pero cálido y bonachón apóstol.
Al cerciorarse de que tanto Juan como yo habíamos reparado en su presencia, Simón agarró
los hierros con ambas manos y comenzó a gesticular con la boca. Juan y yo nos miramos sin
terminar de comprender las intenciones de Pedro. Al fin, señalando con el dedo índice hacia su
pecho, movió la cabeza, comunicándonos con aquella mímica labial que él también deseaba
entrar en la casa. Yo le miré, encogiéndome de hombros. ¿Qué podía hacer?
En ese instante, uno de los sirvientes de Anás salió de la mansión, haciendo un gesto al jefe
de los levitas para que entrase. Me volví hacia Pedro y leí en su rostro la más profunda de las
desolaciones. Pero, al cruzar el umbral, Juan se dirigió a la mujer que permanecía en la puerta,
rogándole que dejara pasar a su amigo. Y el apóstol señaló a Pedro con la mano.
Quedé desconcertado al oír cómo la gruesa matrona, sin pestañear siquiera y en - un tono
cordial, accedía a la petición del Zebedeo, llamándole, incluso, por su nombre de pila. (A lo
largo de esa angustiosa madrugada, Juan me aclararía que no había ningún secreto en el
amable comportamiento de la guardesa. Tanto él como su hermano Santiago eran viejos
conocidos de aquella mujer y de los sirvientes de la casa. Juan y su familia -especialmente su

madre, Salomé, pariente lejana de Anás- habían sido invitados en numerosas ocasiones al
palacete del ex sumo sacerdote.)
Mientras el jefe de los levitas conducía al Nazareno al interior de la mansión, la portera
descendió las escalinatas, procediendo a franquear la entrada al decaído y atemorizado Pedro.
Allí mismo fui presa de otra grave duda. Al ver entrar a Simón recordé que -si los Evangelios
no erraban- las famosas negaciones del fogoso discípulo no tardarían en producirse. Y aunque
los evangelistas Mateo, Marcos y Lucas situaban tales negaciones en la sede del sumo

sacerdote Caifás, supuse que el testimonio de Juan -que menciona este suceso en el patio de
Anás- debía ser el correcto.
El discípulo, al comprobar mi indecisión, me instó a que le acompañase. Pero elegí quedarme
en el patio, junto a Pedro. Y así se lo dije. Después de todo, lo que pudiera ocurrir en el interior
de la casa del suegro de Caifás se hallaba perfectamente « cubierto» con la presencia de Juan.
Estos razonamientos me tranquilizaron a medias y, sin perder un segundo, acudí al encuentro de Pedro.
El hombre, al verme, se abrazó a mi, sin poder contener las lágrimas. Estaba confuso. No
acertaba a entender lo que estaba pasando y por qué Jesús se habla dejado prender tan
fácilmente. «El, capaz de resucitar a los muertos -se lamentaba una y otra vez- no ha movido
un sólo dedo para impedir que le capturasen... Y lo que es peor -añadía con una rabia sorda- es
que ni siquiera nos ha dejado a nosotros la oportunidad de ayudarle... ¿Por qué? ¿Por qué?»
A duras penas traté de serenar sus ánimos. Pero su escasa inteligencia y su pasión por Jesús
no le permitían razonar con claridad. Su mente era un torbellino donde se mezclaban por igual
el odio hacia Judas y hacia los miembros del Sanedrín, el miedo por su propia seguridad y la del
grupo y una inmensa incertidumbre por el rumbo que estaban tomando los acontecimientos. Es
triste y casi increíble pero, no me cansaré de insistir en ello, ni Pedro ni el resto de los apóstoles habían entendido a aquellas alturas la verdadera misión del Hijo del Hombre...
Simón había empezado a temblar. No sé aún si de miedo y angustia o de frío. El caso es
que, inconscientemente, nos fuimos aproximando a la fogata. Media docena de levitas y
servidores de Anás se habían sentado «a la turca», calentándose muy cerca del fuego.
Yo hice otro tanto y Pedro siguió en pie, con los ojos perdidos en las llamas.
En eso, la mujer que le había abierto la cancela salió nuevamente de la casa, situándose
bajo el dintel de la puerta. Los policías comentaban las incidencias del prendimiento, maldiciendo a los romanos. Uno de ellos, sin embargo, aludió al gesto del rabí, que había
curado milagrosamente a Malco. Pero la tímida defensa del levita fue sofocada de inmediato por
varios de los contertulios, que explicaron el suceso como «otra clara prueba del poder diabólico
de Jesús». Uno de los acérrimos defensores de esta hipótesis recordó a sus compinches cómo
los demonios eran en realidad ángeles caídos, invisibles o capaces de adoptar las más extrañas
formas, dejando casi siempre unas huellas similares a las de los gallos. Otro de los servidores

del Templo se opuso rotundamente a esta explicación, argumentando que los demonios eran en
realidad los hijos que había engendrado Adán cuando tenía 130 años...
La discusión se hallaba en pleno hervor cuando, inesperadamente, la guardesa -sin perder
aquella constante y maliciosa sonrisa- avanzó hacia el fuego, increpando a Pedro desde el
extremo opuesto del círculo:
-¿No eres tú también uno de los discípulos de este hombre?
Los policías se volvieron hacia Simón con gesto amenazante y el apóstol, cuyos
pensamientos se hallaban muy lejos de este súbito ataque, abrió los ojos desmesuradamente,
sin poder dar crédito a lo que estaba sucediendo.
Aquella pregunta, en el fondo, era tan absurda como mal intencionada. Si Pedro hubiera
reaccionado con un mínimo de frialdad y sentido común se habría dado cuenta que la matrona
había sido la persona que, precisamente, le había abierto la cancela, a petición de Juan. Era
obvio, por tanto, que la mujer estaba al tanto de la amistad existente entre ambos. Pero el
miedo, una vez más, se apoderó de su cerebro y, casi tartamudeando, respondió:
-No lo soy...
La portera siguió impasible junto al fuego. Pero su atención se desvió pronto hacia la
conversación de los sirvientes y levitas, que habían vuelto a enzarzarse en el asunto de los
demonios. Ninguno de los allí presentes pareció dar demasiada importancia a la presencia de
Pedro ni a su posible vinculación con el prisionero. Si el apóstol hubiera reparado en esta
actitud generalizada de los levitas, probablemente habría logrado remontar su pánico.

Cuando dirigí los ojos hacia él, su rostro había enrojecido. Simón evitó mi mirada,
mordiéndose los labios y arrugando nerviosamente los pliegues de su manto. En ese momento
caí en la cuenta de que no llevaba su acostumbrada espada. Sin duda la había perdido en la
huida o quizás se había desembarazado de ella antes de acercarse a la casa de Anás.
El policía cuya versión sobre los demonios había sido interrumpida por la llegada de la
portera retomó el hilo de su exposición, haciendo ver a los presentes que el Galileo bien podía
ser uno de esos «hijos» de Adán.
Pero la explicación del levita no satisfizo a la mayoría. Otro de los servidores del Sanedrín
añadió que, generalmente, «estos diablos solían habitar en los pantanos, ruinas y a la sombra
de determinados árboles... »
-Este -apuntó- no es el caso de ese galileo. Todos lo hemos visto predicar abiertamente en
mitad de la explanada de los Gentiles. ¿Qué clase de demonio actuaría así...?
-Y no olvidemos -terció otro de los presentes- que el rabí de Galilea ha curado a

muchos
lisiados...[1]
Ensimismado en aquella tertulia no reparé en la presencia, a mis espaldas, de una figura. Al
sentir una mano sobre mi hombro izquierdo, me sobresalté. ¡Era José de Arimatea!
Me levanté de inmediato, separándome de la fogata y caminando con el anciano hacia el
centro del patio.
Tanto él como yo ardíamos en deseos de interrogarnos mutuamente. Le anuncié que el Maestro había sido conducido a la presencia de Anás, poniéndole en antecedentes de cuanto
había sucedido en la finca de Simón, «el leproso», y en el camino del Olivete.
José escuchó en silencio, moviendo de vez en cuando la cabeza en señal de preocupación.
Por supuesto, estaba al corriente de las andanzas del Iscariote. El rápido aviso de Juan Marcos
le había permitido trasladarse muy a tiempo al Templo, controlando los sucesivos pasos de
Judas. Allí se encontró con Ismael, el saduceo, que contribuyó eficazmente en sus pesquisas.
El de Arimatea hizo ademán de entrar en la mansión pero le retuve, rogándole que me informase sobre la conducta del traidor. Y sin querer, empecé a bombardearle con todo tipo de
preguntas. ¿Quién era aquel misterioso amigo que le acompañó hasta el Templo? ¿Qué había
ocurrido en el interior del Santuario? ¿Por qué Judas había esperado hasta la medianoche para
llevar a cabo la captura del Nazareno? ¿Por qué se adelantó al pelotón...?
José me pidió calma.
-En primer lugar -puntualizó el anciano-, ese acompañante al que te refieres, y que Judas
recogió antes de su llegada al Templo, se llama también Anás. Es primo suyo. El mismo del que
nos habló Ismael y que hizo la presentación del traidor a los sacerdotes en la mañana del
miércoles.
«Cuando llegué al santuario, ambos se hallaban parlamentando con el portero-jefe de la
correspondiente sección semanal[2]. En esta ocasión, el turno había recaído en el levita Yojanán
ben Gudgeda, un individuo especialmente brutal. Para que te hagas una idea de su calaña te
diré que, no sólo golpea con su bastón a los guardianes que descubre dormidos, sino que, en
ocasiones, ha llegado a prender fuego a sus vestidos...
«Pues bien, este "capitán" de la guardia nocturna escuchó atentamente la información de
Judas. El traidor y su primo le explicaron que el Maestro se encontraba en aquellos momentos

[1] El argumento de aquel levita era correcto. La profunda superstición de aquellas gentes consideraba que los demonios atacaban principalmente a los lisiados, a los novios y a los muchachos «de honor», según información que
me proporcionó Santa Claus. No era lógico, pues, que un supuesto «demonio» (Jesús) curase a los lisiados... *(N. de!*

m.)

2 Como creo que ya he explicado anteriormente, los levitas (unos 10000) estaban repartidos, al igual que los sacerdotes, en 24 secciones semanales. Estas se relevaban cada semana. Cada sección tenía un jefe. Además de los servicios «inferiores» -música y algo similar a los actuales «sacristanes»-, los levitas se encargaban de la vigilancia del Templo. Filón describe sus funciones detalladamente: «Unos, los porteros, estaban a las puertas. Otros en el interior de la explanada del Templo, en el pronaos o «terraza», y el resto, patrullando alrededor. Había, naturalmente, dos guardias: la de día y la nocturna.» La vigilancia, por tanto, estaba dividida en tres grupos: los porteros de las puertas exteriores del Templo, los guardianes de la «terraza» que separaba la explanada de los Gentiles del recinto sagrado del Santuario y las patrullas del citado atrio de los Gentiles. Durante el día vigilaban también el atrio de las Mujeres. Una vez cerradas las puertas del Santuario, a la caída del sol, los policías nocturnos ocupaban sus puestos: 21 en total. La zona sagrada -a la que no tenían acceso los levitas- era custodiada por los propios sacerdotes. Los jefes de estos levitas eran llamados «strategoi», tal y como cita San Lucas (22,4). Varios de ellos, en efecto, estaban presentes en la captura de Jesús. *(N. del m.)*

en una casa del barrio bajo -en la de Elías Marcos, como bien sabes- y que su prendimiento podía ser cómodo. Según el Iscariote, sólo dos de los once hombres que habían quedado en el cenáculo ceñían espadas:

Pedro y Simón Zelotes. Pero Judas advirtió a Gudgeda que no convenía descuidarse. En el campamento de Getsemaní permanecían alrededor de sesenta discípulos y allí sí existía un respetable arsenal de armas.

«Gracias al cielo, los planes del traidor no salieron tal y como él había previsto.

-¿Por qué? -interrogué al anciano con gran curiosidad.

-Judas había llegado al Templo antes de lo previsto y fueron necesarias muchas idas y venidas del portero-jefe hasta la sede de Caifás y a las distintas dependencias del Templo para llegar a reunir un número apropiado de policías. Era imposible echar mano de los que montaban guardia en aquellos momentos en el exterior e interior del Santuario y eso, como te digo, retrasó considerablemente la salida del pelotón. Las dificultades para encontrar hombres francos de servicio fueron tales que, al final, desesperado, el sanguinario Yojanán se vio obligado a solicitar del sumo sacerdote en funciones el apoyo de los servidores y confidentes de Caifás. En total, si no recuerdo mal, salieron del Templo unos treinta y cinco o cuarenta esbirros, armados con toda clase de mazas y palos...

-Pero, ¿y la escolta romana? -le interrumpí de nuevo, sin poder contenerme.

-Aguarda, Jasón. Como te he dicho, afortunadamente, las cosas no iban sucediendo como

habían sido planeadas. El Sanedrín quería prender al Maestro cuando la ciudad quedase vacía. Y ésta era también la intención de Judas que, por lo que pude deducir, sentía miedo ante la posible reacción y represalias de los hombres de Jesús.

»Total, que Ismael se encargó de seguir al pelotón, mientras yo permanecía en el templo, en previsión de nuevos acontecimientos.

»Pero el traidor y su grupo rodearon la casa de Marcos cuando el Maestro y los once acababan prácticamente de salir hacia el huerto. Esa fue la información que recibió Ismael de Elías.

-Entonces, Judas no llegó a ver a Jesús y a los once...

-No. Pero faltó muy poco. Si la patrulla no se hubiera demorado tanto, seguro que la captura del Maestro se produce allí mismo. Elías, al ver a Judas y a los hombres armados, se dio cuenta en seguida de sus funestas intenciones y se negó a hablar con el Iscariote, arrojándole de su casa a patadas.

-¿A patadas?

-Sí y me temo que esa ofensa puede costarle cara al pobre Elías...

Había algo que no terminaba de comprender. Y así se lo comenté a José:

-Si Judas conocía las costumbres del Maestro, ¿por qué no le siguió hasta Getsemaní?

El de Arimatea dibujó una triste sonrisa.

-Si conocieras a Judas lo entenderías. Humillado y temeroso ante la violenta reacción del propietario de la casa, el Iscariote debió comprender que, si la actuación de aquel seguidor del rabí había sido tan radical, la del grupo acampado en la finca de Simón no podía ser menor. Y, según Ismael, el traidor -cada vez más nervioso- explicó a los que le seguían que el Nazareno y sus íntimos podían haber tomado la dirección del Olivete. Cuando los levitas le apremiaron para salir en su persecución, el Iscariote les detuvo, asegurando que no era prudente enfrentarse a sesenta hombres armados con espadas. Aquel cambio de planes, además, significaba que la policía del Templo tendría que luchar y, posiblemente, capturar también a los apóstoles o, cuando menos, a los líderes del grupo de Getsemaní. Y las órdenes de Caifás no eran precisamente éstas. Para el sumo sacerdote, el único hombre importante era el Galileo. ¿Qué hacer entonces?

»El pelotón se encontró, pues, en una difícil encrucijada. Y antes de arriesgarse tomando, además, una iniciativa que no había sido contemplada por Caifás, decidieron regresar al templo.

»Aquello tranquilizó un poco a Judas, pero aumentó el nerviosismo de los jefes de los levitas.

Tal y como suponía, la reunión secreta de Caifás con sus incondicionales del Sanedrín había

sido fijada para la media noche. Y a eso de las once, cuando Judas y el grupo retornaron al templo, algunos de los fariseos, escribas y saduceos habían empezado a llegar hasta la sala de las «piedras talladas». El nerviosismo de los policías, al presentarse ante Caifás sin el prisionero, era más que comprensible. El tiempo se les echaba encima y, por un momento, tanto Judas como los sacerdotes llegaron a contemplar la idea de aplazar al prendimiento. No

disponían de una fuerza lo suficientemente grande y poderosa como para arriesgarse a invadir el huerto y capturar al Maestro.

»Tanto Ismael como yo -dejó entrever José con una gran amargura- llegamos a creer que, de momento, toda estaba resuelto y que Jesús quedaría libre. Vana esperanza... Caifás no es hombre que se dé por vencido fácilmente y su odio hacia Jesús es tal que no dudó en proponer una solución que repugnó, incluso, a sus compinches: solicitar una escolta armada del procurador romano. «De esta forma -argumentó el astuto sumo sacerdote-, el apresamiento de ese impostor no será difícil y, de paso, la responsabilidad de la captura recaerá en las fuerzas extranjeras de ocupación...

»Algunos de los miembros del Sanedrín trataron de que Caifás renunciara a este proyecto, aludiendo a las constantes manifestaciones de Jesús sobre la no violencia. Pensaban, con razón, que el Galileo no permitiría a sus hombres que desenvainaran sus armas. Pero Judas intervino nuevamente. Y su cobardía salió a flote una vez más. Se manifestó de acuerdo con los sacerdotes, pero no admitió que los discípulos llegaran a obedecer al Maestro. «La sugerencia de Caifás -añadió- me parece excelente. Acudamos cuanto antes a la Torre Antonia...»

»Y los sacerdotes designaron una representación del Sanedrín, que acudió de inmediato al cuartel general romano.

»Pero el centurión de guardia se negó a facilitarles una escolta. Era muy tarde y, por otra parte, «esa orden debe partir de Poncio Pilato», les explicó el oficial. Los sacerdotes insistieron y el centurión no tuvo más remedio que llamar a Civilis, el comandante en jefe de la guarnición destacada en Antonia, a quien tú conoces.

»Nuestro común amigo -muy molesto por aquella visita- les preguntó las razones por las que debía proporcionarles la escolta. Y Judas, antes de que los sacerdotes reaccionaran, se enfrentó a Civilis, advirtiéndole que Jesús formaba parte de un grupo de «zelotes», clandestinamente

asentado en la finca de Getsemaní[1].

»Aquella vil mentira del Iscariote hizo dudar al centurión. Los romanos, como sabes, persiguen con saña a los revolucionarios.

1 Cuando consulté con el módulo sobre los «zelotes» o «zelotas», Santa Claus me facilitó la siguiente información:

"Este movimiento revolucionario y clandestino -similar en alguna medida a los actuales grupos terroristas de Europa y América- empezó a desplegar su actividad guerrillera y de acoso al ejército romano en la época de Augusto y acaudillados, en un principio, por un tal Judas ben Ezequías, de Galilea, que ya se había destacado en tiempos de Herodes por el asalto a un arsenal del ejército real y por sus desmanes e incendios. Al tener noticia de estas bandas que asolaban al país, Varo se apresura a llegar desde Antioquía con dos legiones. Arrasa las ciudades de Zippora (Séforis) y Emmaús y los habitantes, partidarios del rebelde Judas ben Ezequías, son vendidos como esclavos. Varo ordena la captura y ejecución de todos los «partisanos» del galileo, crucificando a más de 2 000 guerrilleros. Pero el jefe, Judas «Galileo», logra escapar y, con la ayuda de otro extremista -un fariseo llamado Zadok- inicia tan lento pero profundo movimiento de lucha clandestina contra el Imperio romano. Ya en tiempos de la infancia y juventud de Jesús de Nazaret, este movimiento -que adopta el nombre de «zelotas» o «celadores»- empieza a ganar adeptos, extendiéndose como una mancha de aceite por todo Israel. Galilea, una vez más, fue la cuna y corazón de estos patriotas extremistas, que no cesan en sus hostigamientos contra la legión romana asentada en Cesárea y en el resto de la nación judía. Camuflados bajo un ardiente espíritu religioso, estos «terroristas» del siglo I empuñan las armas, bajo una doctrina que podría sintetizarse en los siguientes principios:

1. El Reinado de Dios sobre Israel es incompatible con cualquier dominación extranjera. Aceptar al César de Roma como rey es violar la ley divina. Dios es el único rey del pueblo.
2. El culto al emperador, en cualquiera de sus formas, es abominable. El celo de muchos de estos «zelotas» llegaba al extremo de no tocar siquiera las monedas romanas que llevasen la efigie del César. El pago de los impuestos a Roma era una idolatría y una apostasía, ya que implicaba un sometimiento a Roma y al Emperador. (Precisamente el nacionalismo «zelota» surge con Judas ben Ezequías a raíz de la orden de Augusto de que toda la nación hebrea se empadrone. Esta operación de censo tenía, en realidad, una motivación económica, más que de estadística. Y ello indignó a los judíos.)
3. Los judíos no debían esperar pasivamente la llegada del Reino de Dios. Era necesaria la colaboración con Dios, mediante la revolución y la guerra santa. Creían en los milagros de Dios y consideraban que éstos debían estar siempre al servicio de esa idea liberadora.
4. El objetivo principal de su lucha armada era conseguir la libertad e independencia política de Israel. Los «zelotas» habían tomado la liberación de Egipto por Yavé como un símbolo y modelo a imitar.
5. Según la filosofía «zelota», la conversión a Dios exigía necesariamente la desobediencia a la autoridad romana y estar dispuesto a sacrificar el dinero, la tranquilidad y hasta la vida en beneficio de estos principios «salvadores».

A la vista de todo esto, es fácil entender la confusión de algunos de los discípulos y apóstoles de Jesús -caso de Simón, el Zelotes, y del propio Judas Iscariote-, que creyeron desde un principio que la doctrina del Galileo tenía mucho que ver con todo este movimiento de liberación nacional.

Los «zelotas» fueron los causantes directos de las sangrientas revueltas contra Roma en los años 68 al 70 de nuestra Era, así como de la registrada en el año 135. *(N. del m.)*

»No obstante, el oficial en jefe de la legión les ordenó que esperasen, mientras acudía

a la
residencia del procurador.
»Total, que entre unas cosas y otras, el Sanedrín perdió una hora.
»Pilato se había retirado a dormir y, en un primer momento, no quiso saber nada del tema.
Pero los enviados de Caifás no cesaron en su empeño, obligando a Civilis a entrevistarse por
segunda vez con Poncio, anunciándole que en el referido campamento se había descubierto un
considerable arsenal de armas y que, si lograban capturar al «jefe» -a Jesús de Nazaret- el
procurador se apuntaría un importante triunfo, de cara al César.
»Al final, y quizá para quitarse de encima a los odiosos sacerdotes, Pilato dio la autorización
y el centurión de guardia encomendó el mando de un pelotón de 30 o 40 legionarios -no sabría
precisarte el número exacto- a su *optio:* un tal Arsenius. Y de esta forma, con grandes prisas,
aquella tropa salió de Jerusalén, guiada por Judas. El resto ya lo conoces...
Sí, lo conocía, pero varios detalles seguían sin explicación. Por ejemplo: ¿por qué el Iscariote
se despegó del pelotón? Lo lógico es que, si debía conducir a los soldados y a los levitas y
sirvientes del Templo hasta la finca de Getsemaní y revelar a la turba la identidad del rabí, no
se hubiese separado en ningún momento de sus secuaces. Además, si la intención del suboficial
romano era capturar a un supuesto «jefe zelota» y a su grupo, ¿por qué Arsenius se contentó
con prender a Jesús de Nazaret? ¿Por qué no asaltó el campamento?
(Como dije, en la mañana del sábado siguiente quedaría despejada la primera de las
incógnitas. En cuanto a la segunda, el propio procurador me daría una explicación en mi
próxima visita a la Torre Antonia.)
José, naturalmente, no puso aclararme estas dudas. Ni él ni Ismael se habían atrevido a
unirse al pelotón que salió del Templo minutos después de la doce y media de la noche por la
puerta Dorada. En cuanto a mi pregunta de por qué el Maestro había sido traído a la casa de
Anás, en lugar de ser trasladado de inmediato ante la presencia de Caifás, el de Arimatea -
evidentemente cansado- comentó:
-Feliz tú, Jasón, que no tienes que vivir las constantes intrigas de estos hombres impuros...
No lo sé con certeza, pero tengo entendido que Anás y su yerno están de acuerdo para retener
al Maestro en este lugar hasta que Caifás consiga reunir a un máximo de sacerdotes adictos. De
esta forma, el juicio será implacable. La ley señala, además, que el Consejo del Sanedrín no
puede reunirse antes de la primera ofrenda.
-¿Y a qué hora tiene lugar ese primer sacrificio?

-A las tres de la madrugada. Como ves, aún tenemos tiempo. Quizá se obre el milagro que
tanto deseamos...
Y José concluyó su detallada exposición, afirmando que aquel reptil llamado Caifás, con el fin
de no levantar sospechas -ni siquiera entre sus propios hombres y servidores-, había ordenado
a dos de sus confidentes que pagaran espléndidamente al *optio* romano para que, en contra
incluso de la opinión del jefe de los policías del templo, condujera a Jesús de Nazaret al
palacete de su suegro, Anás.
El de Arimatea se despidió, indicándome que tenía intención de entrar en la residencia del ex
sumo sacerdote y hacer cuanto estuviera en su mano -incluso sobornar al viejo Anás- para que
Jesús fuera puesto en libertad. Al verlo desaparecer en el interior de la casa no pude reprimir
un sentimiento de tristeza por aquel leal seguidor del Maestro. Estaba en su derecho de alentar
la esperanza. Lo que él no podía saber es que esa esperanza había muerto mucho antes: en el
huerto de Getsemaní...
Semioculto en la oscuridad del patio informé a Eliseo del curso de los acontecimientos,
rogándole que me avisase poco antes del alba. En aquellos instantes eran las tres de la
madrugada.
Volví al fuego. Pedro, encerrado en sus pensamientos, ni siquiera había advertido la llegada
de José de Arimatea. Se había sentado detrás de los levitas, cubriendo su calvicie con el manto.
Supongo que aquel gesto poco tenía que ver con el frío reinante y sí con su ardiente deseo de
que nadie volviera a descubrirle y delatarle.
Los policías y sicarios del Sanedrín seguían dándole vueltas a las tradiciones y leyendas
sobre los demonios. En la residencia de Anás, todo parecía tranquilo. No observé movimiento
alguno ni señal de violencia o agitación. Y supuse -erróneamente- que el interrogatorio del ex
sumo sacerdote se desarrollaba sin incidentes...

Debía llevar algo más de media hora sentado muy cerca de Pedro cuando se aproximó al
corrillo una segunda mujer. Era más joven y, por la indumentaria, deduje que se trataba de
otra sirvienta. Se colocó junto a la portera y ésta, al verla, se inclinó sobre su oído izquierdo,
musitándole algo, al tiempo que señalaba a Pedro con la mano.
La recién llegada forzó la vista. Pero, por la forma de entornar los ojos, supuse que era
miope. Entonces dio unos pasos, rodeando a los congregados al amor de la lumbre. Y al llegar
junto al apóstol retiró de un manotazo el ropón que ocultaba la cabeza de Simón,

gritándole:
-¿No eres tú uno de los fieles de ese galileo...?
La inesperada exclamación de la hebrea asustó por un igual a los levitas y a Pedro. Y el discípulo, pálido como la cal, se levantó a trompicones, encarándose con la muchacha.
-¡No conozco a ese hombre! -gritó con más fuerza que su inquisidora- ¡Y tampoco soy uno
de sus discípulos...!
Pedro había puesto tanta vehemencia en sus frases que las arterias del cuello se hincharon y
su rostro se tomó púrpura. Los ojos del aterrorizado amigo de Jesús se despegaron casi de sus
órbitas, mientras un finísimo hilo de saliva se descolgaba por la comisura izquierda de sus
labios.
La contundencia de Pedro fue tal que la sirvienta retrocedió asustada, escapando del lugar
en dirección a la puerta de la casa.
Esta vez, los sirvientes y policías permanecieron unos segundos con la vista clavada en el
desdichado pescador. Pedro, aturdido, dio media vuelta, separándose del fuego.
Creí que su intención era huir del recinto y poco me faltó para salir tras él. Pero no. Simón, a
pesar de su debilidad, seguía amando al Maestro. ¡Qué poco y qué pobremente se ha escrito
sobre la tortura interna de este primitivo galileo, consciente de sus errores, dominado por el
instinto de la supervivencia y forzado por su temperamento a aquel trágico callejón sin salida!
Tuve que hacer denodados esfuerzos para no correr a su lado y consolarle. Sin embargo, el
objetivo de mi misión logró imponerse y esperé.
Apoyado sobre las rejas del muro, Simón, encorvado y silencioso, golpeaba una y otra vez su
cabeza contra los hierros. Temí por su integridad física. Aquellos cabezazos, secos y
continuados, en lugar de lastimarle, parecieron devolverle una cierta serenidad. Y al rato,
después de secarse las lágrimas con una de las mangas del manto, se reincorporó al grupo.
(Sinceramente, aquella actitud del apóstol -volviendo al fuego- me hizo reflexionar, haciéndome
olvidar incluso su detestable y hasta cierto punto comprensible conducta. Las iglesias -
especialmente la Católica- han juzgado y clasificado este episodio de las negaciones como un
suceso lamentable por parte de Simón Pedro. Pero muy pocos teólogos y moralistas parecen
tener en consideración un «atenuante» que dice mucho en favor del « renegado». Pedro podría
haber abandonado el patio de Anás después de su primera traición. Y no lo hizo. Y tampoco se
retiró después de la segunda y de la tercera y de la cuarta... Porque, aunque los evangelistas
citan tres negaciones, hubo en realidad una más, aunque también es cierto que esa negación

«extra» no tuvo un carácter público. Quiero decir con todo esto que, si bien Pedro no se
comportó dignamente, no es menos cierto que su sola presencia en el lugar le redime en buena
medida de aquellos momentos de debilidad.)
El testarudo galileo no estaba dispuesto a imitar a los compañeros que habían huido monte a
través y, remontando el miedo, se acomodó como pudo entre los sirvientes, los cuales -dicho
sea de paso- en ningún momento se convirtieron en acusadores ni le molestaron. Al menos, los
hombres que, hasta ese momento, se apretujaban en torno a las llamas.
Pero la mala suerte quiso que, al rato, el grupo se viera incrementado por media docena de
sacerdotes, llegados, al parecer, de la residencia de Caifás y que traían la misión de coordinar y
controlar el traslado del Nazareno. Después de solicitar información de los levitas allí reunidos,
cuatro de estos sacerdotes se dirigieron al interior de la casa y los dos restantes permanecieron
junto a la fogata. Desde un primer momento se sintieron atraídos por la animada conversación
sobre las supersticiones del pueblo judío.
Alguien había mencionado a «Lilith» y la polémica se encendió de nuevo. Por lo visto, el tal
«Lilith» era el sobrenombre que recibía uno de los diablos más famosos. La mayoría de los
presentes aceptaba su existencia, clasificándolo como «demonio-mujer». Este curioso
«espíritu» centraba sus ataques, como mujer que era, en los hombres. Y más concretamente,
sobre aquellos varones que se atrevían a permanecer solos en una casa.

Y sólo el Divino, ¡bendito sea su nombre!, sabe cuándo puede presentarse -remachó otro de
los servidores del Sanedrín.
La creencia en cuestión no fue muy bien recibida por uno de los sacerdotes, un tal
Mardoqueo, más conocido en Jerusalén por «Petajia» (y al que ya me referí anteriormente),
como consecuencia de su gran facilidad para las lenguas. (Conocía, según el pueblo, más de
setenta idiomas y dialectos. De ahí su apodo: «Petajia», de la palabra *pataj:* «abría» las
palabras al interpretarlas.)
Este sacerdote, responsable también de uno de los «cepillos» del Templo y hombre de gran
cultura, se burló de tales patrañas. Las risotadas de «Petajía» indignaron a uno de los policías
quien, señalando primero a Pedro y después al interior de la mansión, exclamó:
-Puedes reírte cuanto quieras, pero mira a ese galileo... Tú mismo asististe a su entrada triunfal
en Jerusalén, a lomos de un jumento. No tuvo la precaución de colocar una cola de zorro o un

trapo rojo entre los ojos del borriquillo y fíjate lo que le ha deparado la fortuna...[1]
En ese instante, Simón cometió un nuevo error. Irritado por aquella arraigada superstición
hebrea, intervino en la discusión, intentando aclarar a los presentes que el rabí de Galilea no
necesitaba protegerse con tan absurdas supercherías y que su poderío era tan grande que, si
así lo deseaba, podía hacer bajar fuego de los cielos y arrasar al Sanedrín, sin tocar siquiera a
los inocentes...
Los levitas y servidores del Templo no prestaron mucha atención a la valiente pero
inoportuna defensa de Pedro. Sin embargo, «Petajía» -que había captado al instante el duro
acento galileico del apóstol- se encaró con él, desviando el rumbo de la conversación hacia un
derrotero que abrió de nuevo las carnes de Simón:
-Tú tienes que ser uno de los seguidores del detenido. Este Jesús es un galileo y tu forma de
hablar te traiciona... Hablas como un verdadero galileo.
Antes de que Simón pudiera reaccionar, uno de los sicarios del Sanedrín -aquel que
precisamente había hablado de la milagrosa curación de Malco- refrendó el descubrimiento de
«Petajía», desvelando a todos un hecho que, hasta ese momento, había pasado inadvertido:
Tú, además, -exclamó alarmado- estabas en el camino del Olivete... Yo vi cómo herías a mi
pariente...
Aquello cambió las cosas. Ya no se trataba únicamente de unas más o menos veladas
acusaciones por compartir la doctrina del Galileo. La última afirmación podía arrastrar al apóstol
a un fulminante arresto, como culpable de agresión a uno de los esbirros del sumo sacerdote.
Y entiendo que fue esta circunstancia la que realmente hizo estallar los nervios de Pedro. No
se trataba ya de negar a Jesús sino, sobre todo, de evitar tan peligrosa acusación.
Algunos de los levitas se pusieron en pie, blandiendo sus porras en actitud amenazante. Y
posiblemente hubieran prendido a Pedro, de no haber sido por el torrente de juramentos que
empezó a brotar de su boca. Aquella obscena y agria retahíla de imprecaciones -en la que el
descompuesto amigo del Nazareno llegó a incluir a su propia madre y a sus hijos[2]- frenó los
ímpetus de los policías. Y cuando, finalmente, el acorralado galileo juró por el oro del tesoro del
Templo, abriendo su manto en forma que todos pudieran comprobar que no ceñía espada,
aquellos serviles personajes terminaron por dejarle en paz. (Jurar y poner por testigo al Templo
era importante, pero, hacerlo por el oro de dicho santuario lo era mucho más...)
Cuando Pedro vio alejarse el fantasma de su arresto dio media vuelta y muy despacio -
procurando no levantar nuevas sospechas- se distanció de la hoguera. Arrastrando los pies, sin

fuerzas y con el ánimo duramente castigado, fue a sentarse las escalinatas de mármol de la
puerta. Durante unos minutos no me atreví a moverme del fuego. El desdichado discípulo había
enterrado el rostro entre sus pequeñas y callosas manos, acompañando su evidente
desesperación con una ininterrumpida y rítmica oscilación frontal de su cuerpo.

1 En la primera oportunidad que tuve solicité de Santa Claus información sobre las principales supersticiones de los
judíos de aquella época. Y entre otras figuraba, en efecto, la de no emprender viaje alguno -por corto que fuese- sin
antes haber colocado esa cola de zorro o un trapo rojo entre los ojos de la caballería. Si dos convidados a un banquete,
por ejemplo, se arrojaban sendas bolitas de pan, era seguro que caían enfermos. Otra de las supersticiones,
relacionada con la presencia de los demonios en las letrinas, llegaba a sugerir que se acudiera a dicho lugar en
compañía de un cordero. De esta forma, el judío podía hacer sus necesidades sin problemas. *(N. del m.)*

2 La ley judía permitía este tipo de maldiciones -contra el padre y la madre-, en tanto la maldición no fuera nominal.
En este sentido, Pedro tuvo especial cuidado de no citar los nombres de pila de sus progenitores. *(N. del m.)*

Caballo de Troya

J. J. Benítez

223

Eran las cuatro de la madrugada. La penúltima y tercera negación pública se había consumado...

El silencio seguía dominando a Jerusalén. A lo lejos, muy de tarde en tarde, se escuchaban
algunos de los numerosos perros callejeros que yo había visto a mi paso por la ciudad santa.

Fueron aquellos casi siempre lastimeros aullidos los que trajeron a mi memoria otro hecho que,
precisamente, aún no se había registrado. Pedro había negado a su Maestro por tres veces y,
sin embargo, yo no había oído el famoso canto del gallo.

No es que esta anécdota me preocupara excesivamente. Y mucho menos cuando estaba
viviendo -y sufriendo- las angustias de Simón, totalmente deshecho y abatido junto al portón
de entrada a la residencia de Anás. Sin embargo, y mientras esperaba la llegada del alba,
procuré afinar mis oídos. Meditando sobre este particular comprendí que los gallos de Jerusalén
no podían haber iniciado sus característicos cantos por la sencilla razón de que aún faltaba más
de una hora para el amanecer (aquel viernes, 7 de abril, como ya he citado en otras ocasiones,
la salida del sol se produjo a las 5.42 horas). En algún momento llegué a creer que los
evangelistas habían vuelto a equivocarse. Las tres negaciones, como digo, ya se habían
producido y los cronómetros «monoiónico»1 del módulo marcaban las cuatro de la madrugada.

Pero no. Esta vez no hubo error, aunque las versiones de los escritores sagrados tampoco
coinciden al cien por cien...

Pero debo ajustarme a un estricto orden de los acontecimientos. Cuando estimé que Pedro

podía haberse tranquilizado, yo también me retiré del gnipo de los levitas. Me dejé caer junto al
discípulo y acerqué mi mano a su hombro izquierdo. Pedro se sobresaltó de nuevo. Interrumpió
aquel movimiento, casi catatónico, y, al comprobar que era yo, suspiró aliviado. Durante un
buen rato casi no hablamos. ¿Qué podía decirle?
Al poco, Pedro -que había ido recuperando la normalidad- me miró fijamente, expresando
una idea que aún me dejó más confuso:
-¿Has observado, Jasón, con qué habilidad he destruido las acusaciones de esos serviles
esclavos del Templo?
Una sonrisa mecánica acompañó las inesperadas palabras de Simón. Entonces comprendí
que su máxima preocupación en aquellos momentos no era, como yo había creído, el innoble
hecho de haber renegado de su amigo. Nada de eso. Pedro, en mi opinión, no tenía una
conciencia muy clara de que había traicionado a su Maestro. Lo que le había angustiado y
aterrorizado era la amenaza de un posible encarcelamiento.
Esta sospecha, que fue ganando terreno en mi corazón, se vio confirmada por los sucesivos
comentarios del apóstol, felicitándose a sí mismo por haber sido capaz de evitar su
identificación.
Esas mujeres, además -añadió Pedro, que prácticamente expresaba en voz alta sus
pensamientos- no tienen autoridad moral. No pueden interrogarme. No tienen derecho... No, no
lo tienen... No lo tienen...
El galileo repitió aquella monótona cantilena, como si necesitara justificar su actitud. Y en
ningún momento recordó o se refirió a Jesús. No creo equivocarme si digo que el pescador no
cayó verdadera y definitivamente en la cuenta de su sucio gesto hasta que no escuchó el canto
de los gallos de la ciudad. Sólo entonces recordó la profecía del Maestro y asumió todo el peso
de su infidelidad.
Cuando le interrogué sobre la suerte que habían corrido sus compañeros, Pedro no supo
darme razón. Lo ignoraba todo. Sólo recordaba que, cuando se hallaba a escasos metros de la

1 Caballo de Troya dotó al módulo de un sistema múltiple de relojes, cuyo fundamento no era ya el sistema tradicional de radiación del Cesio 133 de los relojes «atómicos», sino la «manipulación» o «aprisionamiento» de un ion -un solo ion- en un campo magnético, mediante el uso de un finísimo haz de luz láser. Es casi seguro que este nuevo sistema de medición del tiempo -con una precisión 100000 veces superior a la de los relojes «atómicos»- se incorpore definitivamente a la vida del hombre en los próximos años. Merced a este delicado instrumental, el orto o aparición sobre el horizonte del limbo superior del Sol -para Jerusalén: latitud aproximada 32 grados N- fue estimado a las 5 horas y 42 minutos en aquel 7 de abril del año 30 (siempre tiempo local). En cuanto al ocaso o desaparición bajo el

horizonte del citado limbo superior del Sol. fue calculado a las 18 horas y 22 minutos (se tuvo en cuenta la refracción
que en dichos acontecimientos eleva al astro aproximadamente 34 segundos de arco). Para esta latitud, la variación de
las horas de orto y ocaso es aproximadamente de cuatro minutos por cada cinco grados de separación en latitud. *(N. del m.)*

empalizada de piedra del huerto de Simón, algo le obligó a detener su huida. Y ciego de rabia
se ocultó entre los olivos, dispuestos a seguir a la chusma que había capturado al rabí.
Y allí continuamos hasta que, pocos minutos antes del alba, la portera y la sirvienta que
habían comprometido la seguridad del apóstol con sus preguntas, volvieron a la carga. Se
acercaron sin previo aviso hasta nosotros y, sin levantar apenas la voz, la guardesa le comentó
en tono sereno y desprovisto de aquella malicia inicial:
-Estoy segura de que eres uno de los discípulos de este Jesús. No sólo porque uno de sus
lides me pidió que te dejara pasar al patio, sino también porque mi hermano te ha visto en el
Templo con ese hombre... ¿A qué negarlo?
Y por cuarta vez, Pedro volvió a negar cualquier conexión con el Nazareno. Pero, en esta
oportunidad, su negativa fue mucho más fría y calculada. Sus anteriores razonamientos sobre
la falta de autoridad legal por parte de las mujeres para acusarle y la circunstancia de que este
nuevo ataque no hubiera sido hecho en público, fueron, a mi entender, decisivos.
Pero ni Pedro ni yo contábamos con que, justo en esos momentos, cuando la claridad del
nuevo día apuntaba ya por el Este, en el
interior de la mansión empezaran a escucharse algunas voces. Nos pusimos en pie, al tiempo
que uno de los domésticos de Anás salía precipitadamente, alertando a los policías.
Todo sucedió tan rápidamente que apenas si pudimos reaccionar. De pronto, en el umbral de
la puerta apareció el Maestro. Seguía atado. Junto a él, Juan, el legionario y otros dos sirvientes
de Anás.
Por espacio de un minuto, mientras los levitas del templo se organizaban para conducir al
preso, Jesús levantó lentamente la cabeza, girando su rostro hacia nosotros, que seguíamos a
su derecha y a poco más de dos metros. A la luz parpadeante y rojiza de las antorchas, la
mirada del Galileo se clavó única y exclusivamente en la de su amigo Pedro. Jesús no sonrió,
pero de sus ojos partió un profundo y escalofriante mensaje de amor y piedad. Con aquel
gesto, el gigante llegó como nunca hasta el aturdido corazón del renegado. Las

palabras
sobraban. El Maestro parecía saber lo ocurrido durante aquellas casi tres horas en el patio del
ex sumo sacerdote. Y Pedro, al recoger aquel intenso mensaje, empezó a valorar en profundidad la gravedad de su culpa.
En esos momentos, cuando el soldado romano situado a espaldas del Nazareno le empujó
violentamente, obligándole a descender las escalinatas, un gallo de las proximidades rasgó el
silencio del alba con un canto largo y estridente.
Y el amigo del Maestro palideció.
La portera, que permanecía a nuestro lado, se dirigió velozmente hacia la cancela, procediendo a abrir la chirriante puerta de hierro. Y el grupo de levitas, rodeando siempre al
Maestro, salió del palacete de Anás.
Desde ese instante, y durante un buen rato, otros gallos llenaron con sus cantos las primeras
luces de aquel viernes, 7 de abril, que jamás podré olvidar...[1]
Hubiera dado cualquier cosa por seguir al lado de Pedro. Creo que, a partir del canto de
aquel gallo, el apóstol ya no fue el mismo. Es cierto que el inexplicable portento de la resurrección del Maestro le afectó decisivamente. Sin embargo, aquellas negaciones pesarían
ya para siempre en su alma. Allí, estoy convencido, murió, si no toda, sí buena parte del Simón
asustadizo, torpe y engreído. Su espíritu, como digo, había recibido el más duro de los golpes...
Pero la misión me exigía permanecer lo más cerca posible del Nazareno. Y con una breve
carrera me uní a Juan y al soldado romano. Al cruzar la puerta de entrada al palacete del ex
sumo sacerdote me sorprendió ver a Juan Marcos, cubierto esta vez por un manto. ¿Cómo
había llegado hasta allí? No pude detenerme a preguntárselo, pero deduje que, después de
escapar de los legionarios, se habría hecho con aquella prenda, siguiendo a la escolta romana,
al igual que Juan Zebedeo y Pedro.

[1] No era cierto, como han pretendido algunos exegetas que se apoyan en los escritos rabínicos *Baba gamma* (VII, 7 - VIII, 10 y 82b), que la cría de gallinas estuviese prohibida en Jerusalén. (Se pensaba que, al escarbar, podían sacar cosas impuras.) Según la *Misná,* el canto del gallo servía precisamente como señal para el toque de las trompetas. Así lo confirman los textos de la *Sukka* V,4, el *Tamid* 1,2 y el *Yoma* 1,8. Entre las informaciones facilitadas por el ordenador del módulo se aseguraba que la referida *Misná* menciona un gallo de Jerusalén que, según Yuda ben Baba, «había sido lapidado por haber matado a un hombre». Al parecer, dicho gallo había traspasado con su pico el cráneo de un niño.
También en *Tos. B.Q.* VIII, 10 (361,29) se dice que la cría de estas aves domésticas estaba permitida en la ciudad santa, siempre y cuando se dispusiera de un huerto o estercolero donde pudieran escarbar. *(N. del m.)*

La comitiva enfiló las desnudas calles de Jerusalén en el momento en que las trompetas del
Templo procedían a despertar a la población. Pregunté a Juan si sabía a dónde nos dirigíamos.
-Los sacerdotes enviados por Caifás -me dijo- anunciaron al suegro de esa rata que el tribunal del Sanedrín estaba dispuesto. Me temo que pronto lo sabremos...
En ese momento, Eliseo abrió de nuevo su conexión, advirtiéndome que eran las cinco horas
y cuarenta y dos minutos. Su nuevo «parte» meteorológico vino a confirmar lo que ya me había
adelantado el día anterior: constante subida de los barómetros e incremento de la velocidad del
viento, con riesgo de «siroco».
Aquel amanecer, efectivamente, no fue tan fresco como los anteriores.
El pelotón tiraba con prisas del Maestro. Así que me apresuré a interrogar a Juan, el de Zebedeo, sobre lo ocurrido en el interior de la casa del poderoso e influyente Anás.
Tal y como sospechaba -siempre según el testimonio de Juan, que no se apartó un momento
de Jesús-, Anás se tomó el encuentro con el Galileo con una lentitud muy extraña. La presencia
del rabí ante el ex sumo sacerdote carecía prácticamente de sentido, de no haber sido por la
estratagema urdida entre Caifás y su suegro, a fin de retenerle en un lugar seguro hasta que
los saduceos, escribas y fariseos comprometidos en la trampa terminaran de comparecer ante
el sumo sacerdote.
José de Arimatea, que asistió a parte del interrogatorio y que había preferido quedarse con
Anás, completaría horas más tarde la narración de Juan, explicándome que el hábil suegro de
Caifás tenía, desde un primer momento, la secreta intención de liquidar allí mismo aquel
enojoso asunto. Por lo visto, conociendo el carácter violento e impulsivo de su yerno, no
deseaba que la causa contra el Maestro cayera en sus manos. Pero la inesperada postura de
Jesús de Nazaret abortó sus planes...
Anás -me informó el discípulo amado del rabí- conocía al Maestro desde hacía varios años.
Como todo el mundo en Israel, también él había oído hablar de las señales, prodigios y enseñanzas de Jesús.
»Al recibirnos en sus estancias privadas, Anás quiso prescindir del representante del *optio* y
de mí mismo, pero el legionario se opuso, advirtiéndole que se trataba de una orden del
procurador. Como sabes, las relaciones de ese corrompido sacerdote con los romanos son
excelentes y, finalmente, tuvo que resignarse.
«Se sentó en una de las sillas y permaneció un buen rato sin pronunciar palabra, observando
al Maestro con gran curiosidad.
«Después, con su habitual presunción y autosuficiencia, se dirigió a Jesús en los

siguientes
términos:
«-Ya sabes que tengo que hacer algo en cuanto a tus enseñanzas... Estás perturbando la paz
y el orden de nuestro país.
»El Maestro levantó la cabeza y le miró fijamente. Pero no abrió los labios.
«Aquello no le gustó a Anás. Sus nervios empezaron a fallar y sin poder ocultar la rabia le
exigió:
»-¡Dime los nombres de tus discípulos...!
«Pero el Maestro siguió callado. Y, sin pestañear, continuó con sus ojos fijos en los del viejo
reptil.
«Te juro, Jasón, que muy pocas veces había visto tanta majestuosidad en el rostro de nuestro Maestro. Mientras Anás se encolerizaba por momentos, Jesús, en pie y a pesar de estar
amarrado, le demostraba a ese bastardo su verdadera grandeza...
A pesar de las circunstancias, Juan hablaba del Galileo con el mismo o mayor entusiasmo, si
cabe, que lo había hecho en ocasiones como la de su entrada triunfal en Jerusalén.
-Entonces, ante mi sorpresa, y supongo que la de Jesús -prosiguió el joven Zebedeo-, Anás
cambió de táctica. Llegó a sugerir al Maestro que estaba dispuesto a olvidarlo todo, con una
condición.
Aquello también era nuevo para mi y, mientras ascendíamos por las callejas de la ciudad
baja, ya con el claro propósito de llegar hasta la sede del Sanedrín -ubicado en la zona exterior
y suroccidental del Templo (muy cerca de lo que hoy se conserva y denomina como «muro de
las Lamentaciones») presté toda mi atención a las palabras del discípulo.
-¿Sabes de qué fue capaz...? Anás le propuso perdonarle la vida si salía inmediatamente de
Palestina... Pero el Maestro no se inmutó siquiera.

»Aquel nuevo silencio exasperó aún más al ex sumo sacerdote. Y golpeando los brazos de la
silla, le gritó a Jesús:
»-¿No estimas que soy muy bondadoso contigo...? ¿No te das cuenta de cuál es mi poder?
Yo puedo determinar el resultado final de tu próximo juicio...
«Jesús, por primera vez, habló y, dirigiéndose a Anás, le dijo:
»-Ya sabes que jamás podrás tener poder sobre mi sin permiso de mi Padre. Algunos
querrían matar al Hijo del Hombre porque son unos ignorantes y no saben hacer otra cosa. Pero
tú, amigo, sí tienes idea de lo que haces. Entonces, ¿cómo puedo rechazar la luz de Dios?
»La inesperada amabilidad del Maestro para con aquella serpiente derrotó a Anás y me desconcertó.
»Y el viejo se puso a cavilar buscando, supongo -interpretó Juan-, alguna nueva

maquinación para perder a Jesús.
»Al rato le preguntó de nuevo:
»-¿Qué intentas enseñar al pueblo? ¿Quién pretendes ser?
»El Maestro no eludió ninguna de las cuestiones. Y se dirigió a Anás con gran firmeza:
»-Muy bien sabes que he hablado claramente al mundo. He enseñado en las sinagogas muchas veces y también en el templo, donde judíos y gentiles me han escuchado. No he dicho
nada en secreto. ¿Cuál es entonces la razón por la que me interrogas sobre mis enseñanzas?
¿Por qué no convocas a mis oyentes y te informas por ellos? Todo Jerusalén me ha oído. Y tú
también, aunque no hayas entendido mis enseñanzas.
»Antes de que Anás pudiera responderle, uno de los siervos de la casa se volvió hacia el
Maestro y le abofeteó violentamente, diciéndole:
»-¿Cómo te atreves a contestar así al sumo sacerdote?
»¡Ah, Jasón!, ¡cómo me ardía la sangre...!
Cuando me interesé por la reacción de Jesús, Juan se encogió de hombros y señalando al
Maestro, que caminaba a escasos metros por delante nuestro, comentó:
-No vi sombra alguna de odio o resentimiento en sus ojos. Simplemente, se puso frente al
lameculos de los betusianos y con la misma transparencia y docilidad con que se había dirigido
a Anás le manifestó.
»-Amigo mío, si he hablado mal, testifica contra mi. Pero, si es verdad, ¿por qué me maltratas?
Pregunté entonces al discípulo si aquella bofetada había ocasionado alguna hemorragia nasal
a Jesús. Juan lo negó. Evidentemente, cuando vi aparecer al Galileo en la puerta del caserón de
Anás, su rostro no presentaba señales de violencia. Al menos, yo no llegué a distinguirlas.
Hacía un buen rato que venía observando cómo Pedro nos seguía a corta distancia. Pero, al
aproximarnos al arco de Robinson, y en una de las ocasiones en que giré la cabeza para
comprobar si el solitario y desdichado Simón continuaba allí, le vi sentarse al pie de la muralla
meridional que separaba los dos grandes barrios de Jerusalén. Por su forma de dejarse caer
sobre los adoquines y de cogerse la cabeza entre las manos intuí que el apóstol se había dado
por vencido. Su derrota en aquellas horas era total. De no haber conocido el final de aquellos
sucesos, no hubiera puesto mi mano en el fuego respecto a su suerte...
Desgraciadamente, ya no volvería a verle.
Juan, que en esos momentos no estaba al corriente de las negaciones de su amigo, finalizó
así su relato:
-Anás hizo un gesto de desaprobación por el brutal golpe de su siervo al Maestro, pero su
orgullo es tal que no le hizo ninguna observación. Se limitó a levantarse de su asiento

y salió de
la estancia. No le volvimos a ver hasta pasadas dos horas...
-¿Jesús te dijo algo en ese tiempo?
-No -respondió Juan-. El Maestro, los sirvientes, el soldado y yo continuamos allí, sin movernos y en silencio. Al cabo de este tiempo, Anás regresó a la sala y aproximándose a Jesús
reanudó el interrogatorio:
»-¿Te consideras el Mesías, libertador de Israel?
»Jesús levantó nuevamente el rostro y con idéntica calma le dijo:
»-Anás, me conoces desde mi juventud y sabes que no pretendo ser nada más y nada menos que el delegado de mi Padre. He sido enviado para todos los hombres: tanto gentiles
como judíos.
«Pero el ex sumo sacerdote no quedó satisfecho y repitió la pregunta:

»-He oído comentar que pretendes ser el Mesías. ¿Es cierto?
»El Maestro esperó un poco antes de contestar. Por un momento creí que no deseaba hablar.
Pero ya lo creo que lo hizo. ¡Y con qué seguridad, Jasón!
»-¡Tú lo has dicho! -le dijo al fin.
»Entonces fue cuando entraron esos sacerdotes. Venían de parte de Caifás. Y acercándose a
Anás le murmuraron algo al oído. No puedo decirte el qué, aunque supongo que tiene mucho
que ver con el Consejo del Sanedrín. Como te decía, no tardaremos en saberlo.
»El resto ya lo sabes: Anás ordenó que condujeran a Jesús a la presencia de su yerno y
abandonamos la casa...
Poco antes de las seis de la mañana el pelotón que conducía a Jesús se detuvo frente a un
caserón muy rústico, situado a escasa distancia del gran rectángulo del Templo.
Concretamente, junto a la esquina suroccidental, en una reducida zona ajardinada, perfectamente aislada de aquel sector de la ciudad baja por los arcos de Wilson y Robinson al
norte y sur y por la muralla meridional y el muro del Templo, al este y Oeste, respectivamente.
Unas madrugadoras golondrinas aleteaban juguetonas entre los aleros del segundo piso de
aquella casona de algo más de 50 metros de largo por unos 34 o 35 de ancho. Los trinos de
estos negros emigrantes y el sordo y rítmico rugido de la molienda del grano, levantándose
desde todas las casas de Jerusalén, fueron los últimos v agradables sonidos que escuchamos
antes de penetrar en aquel «antro».
Durante esta nueva conducción de Jesús, la posibilidad de que nos dirigiéramos a la tradicional sede del Sanedrín, en el interior del Santuario, me hizo temblar. De haber sido así,
ni el legionario que custodiaba al Maestro ni yo hubiéramos podido tener acceso al mismo.
Afortunadamente -tal y como había sabido por los textos del historiador Flavio Josefo,

pocos
meses antes de iniciarse el año 30, las castas sacerdotales habían «descongestionado» la
célebre sala de las «piedras talladas» (emplazada en uno de los ángulos suroccidentales del
atrio de los Sacerdotes), trasladando el lugar de reunión del Sanedrín a este edificio de gruesas
piedras grises y apenas desbastadas[1]. El juicio que Caifás había planeado -como iremos viendo-
no era muy ortodoxo y, aunque el Consejo Supremo israelita seguía reuniéndose en ocasiones
en el santuario, en esta ocasión -y con gran contento por mi parte-, el sumo sacerdote y sus
correligionarios habían preferido liquidar el asunto en la nueva sede, mucho más discreta que la
cámara de las «piedras talladas».
Los levitas atravesaron un angosto y oscuro pasillo, desembocando en el reducido patio
central del *bouleyterion* o «cuartel general» del Sanedrín. Desde allí, y sin pérdida de tiempo,
penetramos en una sala cuadrada, bastante espaciosa y de alto techo, situada -a juzgar por el
camino que habíamos recorrido- en el ala más occidental del edificio. La escasa claridad que
entraba por las troneras obligaba a mantener encendidas las lucernas de aceite.
Tal y como me temía, nada más pisar la estancia donde debía celebrarse el «juicio» contra el
Galileo, uno de los criados del sumo sacerdote se interpuso en mi camino, exigiendo que me
identificara. Fueron segundos de gran tensión. En mi condición de simple mercader griego, yo
no tenía por qué asistir a dicha asamblea. De cara a aquellos hebreos, mi presencia no era
justificable desde ningún punto de vista. Y cuando creía que todo estaba perdido, el legionario,
que se hallaba aún a mi lado, cortó el suspense, con una oportunísima respuesta:
-¡Alto...! Este hombre viene conmigo. Como yo, representa al procurador romano.
Aquella mentira -consecuencia del denario de plata que había entregado al legado del
suboficial Arsenius- fue determinante. Y sin más explicaciones nos dirigimos al centro de la
cámara.
Algo más de la mitad de aquella sala (de unos 10 metros de lado) se hallaba ocupada por un
banco corrido de madera en forma semicircular o de media luna. Este asiento común, sin
brazos y dotado de altos respaldos, minuciosa y primorosamente labrados, había sido dispuesto
sobre un entarimado de unos 40 centímetros, de tal forma que sus ocupantes pudieran dominar
la estancia.

[1] Tanto Josefo en su obra *Guerras de los Judíos* (V.4,2 y VI.6,3) como la *Misná (Mid.* V.5; *Sanb.* XI.2 y *Tamid* II.5, entre otros documentos) aseguran de forma muy precisa que el Sanedrín se «trasladó» 40 años antes de la destrucción
del templo, de la sala de las «piedras talladas» a una especie de «bazar», adosado prácticamente al

santuario por su
cara oeste. Así lo deja entrever también *Hechos* (23,10). *(N. del m.)*

Frente a estos asientos -cerrando el semicírculo-, observé tres filas de bancos, igualmente de
madera, pero sobre el enlosado del piso y, por tanto, en un nivel mucho más bajo.
Cuando entramos, el asiento en forma de media luna estaba ya ocupado por un total de 23
sacerdotes. Otros seis o siete se habían acomodado en la primera de las tres hileras de bancos
ya mencionadas. Las otras dos filas permanecían vacías. (Posteriormente al contrastar estas
informaciones con las del ordenador central de la «cuna» pude sacar en conclusión que aquella
media docena de saduceos y fariseos que se sentaba fuera del semicírculo había obrado así,
simplemente porque aquel lugar era la sede del llamado «Sanedrín menor»[1], formado única y
exclusivamente por 23 miembros. Caifás había logrado reunir a una treintena de «adeptos» y,
en consecuencia, no todos pudieron tomar asiento en el tribunal oficial.)
Sentados en el filo del entarimado, y frente a cada uno de los dos extremos del semicírculo,
se hallaban dos escribas «judiciales». Vestían sus tradicionales túnicas de lino blanco, portando
en sendas fajas unas cajitas de madera de las que empezaron a extraer sus útiles de escritorio:
plumas de caña, dos reducidos frascos que hacían las veces de tinteros y varios rollos de cuero.
A decir verdad, aquellos dos escribas fueron lo único legal y correcto en todo aquel simulacro
de juicio. (Uno, según la *Misná,* se encargaba de ir recogiendo las alegaciones en favor de la
absolución del detenido o detenidos, y el segundo escribía las propuestas de condenación.)
Jesús, siempre en compañía del legionario que controlaba la cuerda que amarraba sus
muñecas, fue obligado a situarse al píe mismo del entarimado, de cara a los jueces y dando la
espalda a las tres filas de bancos.
Juan y yo, en compañía de otros levitas y domésticos del Sanedrín, tomamos posiciones por
detrás de esas hileras de asientos y a la izquierda del Maestro. Al fondo de la sala, a través de
una puerta situada a nuestras espaldas y que permanecía entreabierta, descubrí un grupo de
hebreos. Pero, a juzgar por su indumentaria, no parecían sacerdotes ni miembros del Sanedrín.
(La incógnita no tardaría en despejarse.)
Desde un primer momento me llamó la atención un personaje que ocupaba el centro de
aquel tribunal. Debía rondar los cincuenta años. No era muy alto y en su cuerpo

sobraba grasa
por todas partes. Su obesidad destacaba especialmente en su cara, redonda y congestionada, y
en una gran papada, sobre la que descansaba una barba canosa. La cabeza, sin el turbante que
lucían algunos de sus compañeros de banco, estaba rematada por un cabello negro y muy
corto, al estilo «juliano».
Su gran humanidad se veía notablemente multiplicada por unas vestiduras muy distintas a
las del resto de los jueces. Mostraba una túnica y unos calzones, todo ello de seda y en una
tonalidad leonada. Su pecho aparecía ceñido por cinco bandas o hazalejas, cada una de un
color: oro, carmesí, grana, cárdeno y leonado.
Aquel individuo era José ben Caifás, sumo sacerdote desde el año 18, por designación del
procurador romano Valerio Grato, antecesor de Pilato.
A derecha e izquierda del yerno de Anás, como digo, se sentaban otros 22 miembros del
Sanedrín, casi todos cubiertos por amplios mantos multicolores. Juan, en voz baja, me fue
señalando a los más venenosos e intrigantes: Semes, Dothaim, Leví, Gamaliel, Jairo, Neftalí y
un tal Alejandro, en su mayoría saduceos.
En los rostros de aquellos individuos -casi todos con edades que oscilaban alrededor de los
60 años- había perplejidad. El porte majestuoso y calmado del Nazareno debió causarles una
honda impresión. Desde el momento en que Jesús fue situado frente a ellos no cesaron en sus
cuchicheos.
Pero Caifás parecía tener prisa, y a una orden suya, algunos de los policías invitaron al grupo
de judíos que aguardaba en la sala contigua a que se aproximara al consejo.
Ante la sorpresa primero, y la indignación después, de Juan, aquellos «testigos» comenzaron
a declarar contra las enseñanzas y la persona del Galileo. Sus ataques, tan exaltados como
desordenados, se centraron fundamentalmente en las numerosas violaciones del sábado y de

1 Santa Claus aportó los siguientes datos sobre la composición oficial del Sanedrín en aquellos tiempos: una institución superior o «Sanedrín mayor», formado por 72 miembros y un «Sanedrín menor», constituido por 23
miembros. Ambos tribunales eran competentes en casos criminales. Los dos miembros más destacados del «gran
Sanedrín» eran el *nasí* o presidente y el *ab bet din* o «padre del tribunal», títulos, al parecer, puramente honoríficos.
Las tres hileras de bancos del «Sanedrín menor» eran destinadas a los discípulos de los sabios. Dadas las características de aquel «juicio» y lo irregular de la hora, era lógico que los «alumnos» de los jueces no estuvieran
presentes. *(N. del m.)*

las leyes mosaicas que -según ellos- habían cometido Jesús y su «grupo de desarrapados
galileos». Los perjuros, a todas luces comprados de forma precipitada por el Sanedrín, se
contradecían incesantemente, convirtiendo la sesión en una farsa. El desfile de falsos testigos
llegó a ser tan lamentable que algunos de los jueces, avergonzados, bajaban la cabeza o se
revolvían nerviosos y violentos en sus asientos.
El Maestro, que en esta ocasión sí había levantado su rostro, permanecía impasible, sobresaliendo sobre sus acusadores, no sólo por su talla sino, sobre todo, por su porte majestuoso. Aquel talante sereno, sin la más débil sombra de orgullo o engreimiento, exasperó
aún más a Caifás y a sus cómplices, que no entendían cómo un hombre podía guardar semejante calma cuando todo apuntaba hacia una posible sentencia de muerte.
-Este profanador del sábado -afirmó uno de los testigos- es reincidente, ya que consta que
fue amonestado por los sacerdotes en varias ocasiones. Por tanto, es reo de exterminio...
(De acuerdo con la *Misná* -capítulo «Sanedrín-Makkot»- el que profanaba el sábado con premeditación y de forma reincidente debía ser muerto por lapidación.)
Otro de los falsos testigos tomó la palabra y señalando al Galileo recordó a la sala la multiplicación de los panes y peces.
-... De acuerdo con nuestra leyes -aseguró-, este hombre es un mago que engaña al pueblo
con sus actos. Aquiba dice en nombre de Yehosúa: «Si dos reúnen pepinos sirviéndose de la
magia, uno de los colectores no es culpable y el otra sí. El que realiza el acto es culpable y el
que sólo engaña la vista no es culpable.» Muchos pudimos ver entonces cómo este enviado del
Príncipe de los demonios llevaba a cabo el acto y sus discípulos le secundaban...
Un murmullo de aprobación se extendió entre los jueces. Pero el Maestro seguía mudo.
-Según el Levítico -argumentó otro de los hebreos-, el reo adquirió impureza por contacto
con cadáveres. Y, por si no fuera culpa suficiente, se atrevió a violar la sagrada creencia de la
resurrección de los muertos, sacando de la tumba a Lázaro...
Algunos de los saduceos, cuya filosofía rechazaba de plano la resurrección de los muertos,
movieron la cabeza negativamente, sonriendo sin disimulo. Caifás, que pertenecía a esta casta,
pasó por alto la impertinencia de los saduceos. No era aquél el momento de entrar en polémicas con los fariseos, que habían fruncido el ceño con claro disgusto por las irónicas y
silenciosas manifestaciones del resto del tribunal. La momentánea tensión entre los jueces se
vio disipada cuando aquel testigo desvió su acusación hacia el nuevo «hecho mágico» de haber
levantado a Lázaro del sepulcro en un tiempo «inferior al toque del sofar». (Aquel dato me hizo
pensar que, puesto que cada uno de estos toques de cuerno de los levitas del templo nunca se

prolongaba más allá de los 15 segundos, la resurrección de Lázaro -desde que Jesús le llamó
hasta que aquél volvió a la vida- pudo suceder en un tiempo de 12 a 15 segundos.
La acusación, como casi todas, resultaba tan pueril y falta de base que el sumo sacerdote -
cada vez más descompuesto- apremió a los siguientes testigos para que continuaran. Pero las
siguientes alegaciones no fueron más brillantes...
Varios de los judíos, acompañando sus palabras con grandes aspavientos, recordaron al
tribunal otro de los «delitos» de Jesús:
«No haber comido el obligado cordero pascual...»
Aquella información sólo podía haber sido suministrada por Judas. El Iscariote, que había
llegado al edificio del Sanedrín mucho antes que nosotros, permanecía detrás del grupo de
testigos, aunque en ningún momento llegó a testificar. (Las normas de aquellas gentes
prohibían que un traidor se dirigiera públicamente al Consejo.) La ley mosaica, efectivamente,
establecía que todos los israelitas estaban obligados a comer cordero o cabrito en la fiesta de la
Pascua. Sólo años más tarde, después de la destrucción del Templo, la *Misná,* en su capítulo IV
(«pesahim»)[1] suaviza las normas, diciendo textualmente que «en el lugar donde no sea
costumbre comer carne, no se coma».
Uno de los últimos acusadores llegó a rizar el rizo en aquella sarta de incongruencias y
despropósitos. Aludiendo a otra de las leyes judías, llego a acusar al Nazareno de «homicidio
frustrado». Su endeble e irrisorio argumento se basaba en otra norma que decretaba la
culpabilidad de aquel que golpease a su prójimo con una piedra, de manera tal que resultase
muerto.

[1] Tras la destrucción del Templo, algunos no comían carne asada para evitar la apariencia de que fuera carne de
sacrificio pascual, prohibido tras la referida destrucción. *(N. del m.)*

El aleccionado testigo expuso entonces el incidente protagonizado por una adúltera, salvada
del apedreamiento popular cuando Jesús, dirigiéndose a la muchedumbre, invitó a que «aquel
que estuviera libre de pecado arrojase la primera piedra».
Para el retorcido hebreo, aquel gesto constituía delito, ya que incitaba al asesinato...
La grotesca escena se vio un tanto distendida cuando, súbitamente, los 23 jueces y el resto
de los miembros del Sanedrín se pusieron en pie. En la sala se hizo un espeso silencio y uno de
los saduceos el que se sentaba a la derecha de Caifás- se retiró de su puesto, cediendo el lugar
a un individuo menudo y encorvado que acababa de irrumpir en la sala.
-Es Anás -me susurró Juan.

Durante mi estancia en el palacete del ex sumo sacerdote no había tenido oportunidad de conocerle. Ahora, al verle subir al estrado ayudado por dos de sus siervos, sentí cierta decepción. El poderoso suegro de Caifás y padre de la influyente familia sacerdotal era en realidad un viejo decrépito, muy próximo a los 70 años y aquejado de una avanzada dolencia de Parkinson. Como *sâgan* o presidente de la cámara de los «ancianos» ocupó el asiento ubicado a la derecha del sumo sacerdote en funciones aquel año. Inmediatamente, el resto de los jueces volvió a acomodarse y Caifás, con un displicente gesto de sus regordetas manos, indicó a los testigos que prosiguieran.

A pesar de su más que probable esclerosis cerebral, Anás o Anano -como lo llama Josefo- conservaba unos ojos de rapaz nocturna, grandes y vertiginosos. Nada más sentarse recorrieron la sala, yendo a posarse en los del Maestro. Y el temblor de sus manos se acentuó.

Jesús sostuvo su mirada y Anás, indeciso, trató de esconder las apergaminadas manos bajo el ropón de púrpura que le cubría. Después, desviando su atención hacia el inquisidor de turno, pareció olvidarse del Galileo.

Este hombre -había empezado a proclamar el testigo- afirmó que destruiría el templo y que en tres días edificaría otro, pero sin la ayuda de la mano del hombre.

Los *archontes* o jefes del templo habían encontrado, al fin, un argumento condenatorio lo suficientemente sólido. Por supuesto, aquello no era lo que había dicho Jesús. Además, ni este testigo ni el siguiente, que ratificó cuanto había dicho su compañero, hicieron alusión alguna al decisivo gesto del rabí cuando, al tiempo que pronunciaba aquellas proféticas palabras, señalaba hacia su cuerpo con el dedo.

Si no recuerdo mal, aquél fue el único testimonio en el que dos sujetos lograron ponerse de acuerdo.

Antes de que concluyeran 105 testigos, el clamor de los *archiereis* o sacerdotes jefes fue general, turbando el orden de la sala con exageradas muestras de desagrado e incredulidad.

Caifás levantó sus brazos pidiendo calma, mientras una cínica sonrisa se dibujaba en su rostro. Y el silencio se restableció poco a poco. En esos momentos, Anás hizo una señal a su yerno. Este se inclinó y el ex sumo sacerdote le comentó algo al oído. Al terminar, ambos tenían los ojos fijos en Jesús. Este seguía imperturbable. Ninguna de las alegaciones había logrado alterar su ánimo.

-¿No contestas a ninguna de las acusaciones? -le gritó de pronto Caifás, con aquella voz

chillona y desagradable.
Los jueces, testigos, levitas y el resto de 105 asistentes, incluido Judas, esperaron la respuesta del Galileo. Fue inútil. El Maestro, con los ojos puestos en Caifás, no despegó sus
labios.
Aquel silencio del acusado, unido a su gran entereza, hizo enrojecer a Caifás. Sus párpados
empezaron a cerrarse y abrirse rítmicamente, presa de un «tic» nervioso. Es muy posible que el
odio de aquel hebreo hacia Jesús de Nazaret alcanzase en aquellos minutos unas cimas extremas. Y estoy casi seguro también que, por encima de las enseñanzas y milagros del
Cristo, lo que verdaderamente alimentaba la venganza del sumo sacerdote era el dominio de
que hacía constante gala el Maestro. Si Jesús se hubiera humillado o adoptado una postura
conciliadora, quizá el simulacro de proceso no hubiera arrastrado tan dolorosas consecuencias
para la persona del rabí de Galilea.
Cuando todo parecía indicar que Caifás estaba a punto de estallar, Anás se incorporó. Extrajo
un rollo de pergamino del interior de su manga derecha y, mientras procedía a desplegarlo,
anunció al tribunal que «aquella amenaza del Galileo de destruir el Templo era razón más que
suficiente como para considerar las siguientes acusaciones...»

Y con voz premiosa y vacilante, pegando casi el documento a los ojos, dio lectura a los cargos que, obviamente, habían sido fijados antes, incluso, de la sesión del Sanedrín:
«... El acusado desvía peligrosamente a las gentes del pueblo y, además, les enseña.
»... El acusado es un revolucionario fanático que aconseja la violencia contra el Templo sagrado y, además, puede destruirlo.
»... El acusado enseña y practica la magia y la astrología[1]. La prueba de que prometa edificar un nuevo santuario en tres días y sin ayuda de las manos es concluyente.»
Juan, estupefacto, me hizo ver algo que estaba claro como la luz:
la redacción de semejantes acusaciones tenía que haber sido hecha de mutuo acuerdo con
los falsos testigos.
Pero las indignidades de aquel consejo no habían hecho más que empezar.
Anás volvió a enrollar el pergamino y aguardó, en pie, la respuesta del reo. Sin embargo,
Jesús no movió un solo músculo.
El anciano, visiblemente contrariado, se dejó caer sobre el banco y aquel denso y amenazante silencio inundó de nuevo la cámara.
En un acceso de ira, Caifás saltó de su puesto y llegando frente al Maestro le conminó con el
dedo, gritándole:
-En nombre de Dios vivo -¡bendito sea!- te ordeno que me digas si eres el liberador, el Hijo
de Dios..., ¡bendito sea su nombre!
Esta vez, Jesús, bajando sus ojos hacia el menguado y colérico sumo sacerdote, sí dejó

oír
su potente voz:
-Lo soy... Y pronto iré junto al Padre. En breve, el Hijo del Hombre será revestido de poder y
reinará de nuevo sobre los ejércitos celestiales.
Las palabras del Nazareno, rotundas, retumbaron en la sala como un mazazo. Caifás retrocedió
dos pasos. Tenía la boca abierta y temblorosa y sus ojos aparecían inyectados desangre, al
igual que su cara y cuello. Sin dejar de mirar a Jesús echó mano de las cinco hazalejas que
rodeaban su pecho y, con un tirón, hizo saltar los pasadores que sujetaban dichas bandas por
la espalda[2].
La sagrada ornamentación del sumo sacerdote cayó sobre el piso, con un casi imperceptible
chasquido de las agujas de marfil al estrellarse contra el enlosado.
Y Caifás, fuera de sí, exclamó con voz quebrada por la congestión, al tiempo que una
involuntaria «lluvia» de gotitas de saliva saltaba por los aires:
-¿Qué necesidad tenemos de testigos...? ¡Ya han oído la blasfemia de este hombre...! ¿Qué
creen y cómo hemos de proceder con este violador?
La treintena de saduceos, fariseos y escribas se puso de pie como uno solo hombre,
vociferando a coro:
-¡Merece la muerte...! ¡Crucifixión...! ¡Crucifixión!
La acelerada palpitación de las arterias del cuello de Caifás demostraban muy a las claras
que su organismo estaba experimentando una importante descarga de adrenalina. Y con la
misma furia con que había desgarrado parte de sus vestiduras volvió a encararse con el
Maestro, lanzando un violento revés a la mejilla izquierda de Jesús. Los sellos de la mano
izquierda del sumo sacerdote (llegué a identificar una piedra de jaspe, un sardio y una
cornerina) hirieron el pómulo y dos finísimos reguerillos de sangre se abrieron paso hacia la
barba.
Pero el Galileo no dejó escapar un solo lamento. Bajó los ojos y ya no volvería a levantarlos
hasta que la policía del Templo le condujo a la sala donde había visto congregados a los
testigos.
El yerno de Anás se retiró a su puesto, mientras el coro de jueces seguía vociferando:
«¡Muerte...! ¡Muerte...!»
Juan se aferró a mi brazo, mordiendo el manto en un ataque de impotencia y desesperación.
Pero nadie, ni siquiera el legionario, movió un solo dedo en defensa de Jesús.

[1] La astrología estaba entonces severamente penada. Rops asegura que era una «ciencia funesta» que engendraba
todas las maldades. *(N. de* J. J. *Benítez.)*

[2] En aquel tiempo, ni los hombres ni las mujeres usaban botones. En Israel no eran conocidos. En su lugar utilizaban pasadores: una especie de aguja grande con un orificio en el centro al que se aseguraba un cordón. Se usaba
insertándolo en la tela y pasando el cordón por detrás de la punta y la cabeza. *(N. del m.)*

El suegro del sumo sacerdote, que fue el único que permaneció sentado y en silencio, solicitó
calma. Y cuando el último de los sanedritas había obedecido la orden de Anás, éste se dirigió al
alterado Consejo sugiriendo que se buscaran nuevas acusaciones. Especialmente, cargos que
pudieran comprometer al Nazareno frente a la autoridad romana. Con una inteligencia mucho
más sutil que la del resto de los allí congregados, el veterano ex sumo sacerdote les dio a
entender que aquellas alegaciones podían no satisfacer a Poncio Pilato.
Pero los sacerdotes, con Caifás a la cabeza, se opusieron rotundamente. Y durante un buen
rato, los jefes del templo, escribas y fariseos discutieron acaloradamente, pisándose la palabra
unos a otros. De aquella agria polémica deduje que los *archiereis* -tal y como ya había
demostrado Caifás- no deseaban demorar el proceso por dos razones básicas:
Primera, porque era el día de la «preparación» de la Pascua y, según la Ley, todos los
trabajos debían concluir antes del mediodía.
Segunda, porque el temor general apuntaba hacia la posibilidad de que el procurador dejara
Jerusalén, regresando a su base: Cesárea.
Este último extremo pesó mucho más que el primero. Si Poncio dejaba la ciudad santa, las
maniobras del Sanedrín habrían resultado estériles.
Anás no pudo controlar la situación y los jueces, imitando al sumo sacerdote, se levantaron,
abandonando la sala. Pero antes, uno tras otro, pasaron por delante del Maestro, escupiéndole
en el rostro. Si no recuerdo mal fueron treinta salivazos. Mejor dicho, esputos y salivazos, quizá
a partes iguales.
Cuando el Maestro pasó a nuestro lado, camino de la estancia donde iba a tener lugar una de
las más salvajes y denigrantes afrentas de aquella jornada, el joven discípulo volvió su cara,
impresionado por las repugnantes expectoraciones que ocultaban casi el rostro y barba del dócil
Jesús. Juan fue presa de una serie de fuertes arcadas, terminando por vomitar en uno de los
rincones de la sala.
De esta forma, en mitad de una gran confusión, se dio por concluida la primera parte de
aquel «juicio». Eran las seis y media de la madrugada...
Aquel alto en el proceso judío a Jesús de Nazaret iba a ser en realidad una nueva y grotesca
caricatura de lo que debería haber ocurrido en un juicio objetivo. Las normas hebreas -como iré
desmenuzando al final de esta doble comparecencia del rabí de Galilea ante el irregular
Consejo

del Sanedrín- eran muy estrictas en todo lo relativo a causas «de sangre». En su «orden
cuarto» (Capítulo V), la *Misná* israelita establece con gran rigor y meticulosidad que, «si el reo
es encontrado inocente, es despedido. En caso contrario, los jueces aplazan la sentencia para el
día siguiente...»
Pues bien, esta importantísima prescripción jurídica no sólo no fue tenida en cuenta por
aquellos treinta secuaces del sumo sacerdote, sino que, además, resultó vilmente manipulada.
De mutuo acuerdo, Caifás y sus partidarios se retiraron de la sala del tribunal, reduciendo las
24 obligadas horas de reflexión y ayuno, previas a la emisión definitiva de la sentencia, a 30
escasos minutos. Una media hora que, en mi opinión, alcanzó una de las más altas cotas de
salvajismo a que pueda llegar un grupo que se autocalifica de «civilizado»...
Es posible que por ignorancia, o por un respeto muy humano, los evangelistas no nos digan
prácticamente nada de lo que padeció el Maestro en aquellos momentos y en aquel lugar.
Personalmente me inclino por la primera razón: la falta de información. Como detallaré de
inmediato, el joven Juan no pudo estar presente en aquella espeluznante media hora. Los
escritores sagrados hacen algunas alusiones -siempre muy superficiales y como no queriendo
entrar en detalles- sobre una bofetada, algunos salivazos y golpes propinados por los siervos
del Sanedrín...
Creo, honestamente, que los evangelistas -quizá en un afán de no mortificar a sus lectores
con los sufrimientos del Cristo- hicieron un flaco servicio a la Verdad no exponiendo con mayor
minuciosidad ese amargo trance del Nazareno. Precisamente al conocer con exactitud lo
sucedido aquella mañana en una de las cámaras del Sanedrín, uno puede llegar a intuir que
aquél fue, quizá, el momento más amargo y humillante de toda la Pasión. Mucho más, por
supuesto, que la flagelación o que la terrorífica escena del enclavamiento... Entiendo que, para
cualquier persona normal -y mucho más, lógicamente, si ese hombre «es» la propia Divinidad-,
los ultrajes y ataques a su dignidad pueden resultar más dolorosos que los golpes o torturas

propiamente dichos. Y esto fue lo que aconteció, mientras los jueces deliberaban en el jardín
central del edificio.

Sin dudarlo un instante me fui detrás del soldado que custodiaba a Jesús, mientras Juan,
muy afectado por aquella repulsiva deshonra de la persona de su Maestro, salía al exterior,
tratando de respirar aire puro y de recuperarse física y emocionalmente.
Pero, a los pocos minutos, lo vi entrar en la sala donde los levitas habían conducido a Jesús.
Nos encontrábamos en un cubículo de reducidas dimensiones, totalmente vacío, desnudo de
muebles y sin ventilación alguna. Dos de los domésticos del Sanedrín sostenían sendas
antorchas que, juntamente con tres pequeñas lucernas de aceite colgadas en los muros de
ladrillo, iluminaban el rectángulo con una luz rojiza y fantasmagórica.
El Nazareno fue situado en el centro del húmedo y maloliente aposento, mientras los policías
y criados del templo -una docena, más o menos- tomaban posiciones, bien recostándose sobre
las paredes o sentándose en el duro suelo.
Mi primera impresión, al comprobar el silencio y total indiferencia de aquellos individuos, fue
relativamente tranquilizadora. Estaba claro que los sicarios de Caifás habían recibido órdenes
de custodiar al reo y esperar la reanudación del proceso. Pero, cuando apenas habían
transcurrido un par de minutos, uno de los levitas que había acompañado al Consejo se asomó
a la puerta, llamando por señas a uno de los que portaban una tea. Después de un breve
cuchicheo, el recién llegado desapareció y el de la antorcha dio unos pasos hacia sus
compañeros de habitación, transmitiéndoles la orden que, sin duda, acababa de traer aquel
policía.
Los criados y levitas formaron un corrillo, dialogando en voz baja y dirigiendo continuas
ojeadas al preso. Algo tramaban...
En esos críticos momentos, Jesús volvió a levantar el rostro, buscando con la mirada. Al fin,
se detuvo en Juan, que seguía muy cerca de la puerta. *Y* sin pronunciar una sola palabra le hizo
un gesto con la cabeza, ordenándole que saliera de la habitación. Aquella señal fue tajante.
Pero el discípulo dudó, respondiéndole con una negativa. El Maestro, por segunda y última vez,
echó su cabeza hacía la derecha, indicándole la puerta. En los ojos del Nazareno había una
fuerza y una seguridad tales que, al final, Juan terminó por ceder, saliendo del lugar.
El legionario, testigo, como yo, de la silenciosa orden del reo, me interrogó con su mirada.
Pero sólo pude encogerme de hombros. En ese instante no podía entender por qué Jesús de
Nazaret había obligado a su inseparable amigo a que nos abandonase. Lamentablemente, no
tardaría en averiguarlo...
Una vez que Juan hubo salido, el Maestro se limitó a observarme durante escasos

segundos.
En aquellos ojos, semientornados como consecuencia de los salivazos -ya resecos-, adiviné una
mezcla de infinita tristeza y resignación. A continuación, el gigante bajó nuevamente la cabeza,
hundiéndose en sus pensamientos.
Aquella tensa calma no tardó en estallar. El grupo de asesinos a sueldo fue rodeando al Maestro. Los de las hachas se situaron uno a cada lado de Jesús y, sin previo aviso, el criado
que había recibido la misteriosa orden se deshizo de su manto, arrojándolo a un extremo de la
cámara. A continuación, situándose a cuatro dedos del pecho del rabí, levantó sus ojos y
comenzó a interrogarle:
-Di, «príncipe de Belcebú»... ¿cómo se llaman tus cómplices?
Pero Jesús no levantó siquiera el rostro.
En ese momento empecé a intuir en qué podía haber consistido aquella orden que acababan
de recibir los policías y servidores del Sanedrín. Si no recordaba mal, Anás le había formulado
esa misma pregunta. Era más que probable que el Consejo de los saduceos, escribas y fariseos,
que se había tomado un receso en el juicio, hubiera decretado que los guardianes del Maestro
trataran de aprovechar aquellos minutos para seguir interrogando y sonsacando al impostor.
-... Conocemos a Judas -añadió el lacayo con una sonrisa que me hizo temer lo peor-,
también a Simón, el Zelota y a ese Juan Zebedeo... Pero, ¿quiénes son los demás...? ¡Contesta!
El Galileo no parpadeó. Su cara, fija en las losas grises del pavimento, estaba ausente.
-... Así que te niegas a responder.
Y el criado le dio la espalda, avanzando un corto paso. Pero, instantáneamente, se volvió,
abofeteándole con la izquierda. El golpe fue tan duro como inesperado. Y el cuerpo entero de
Jesús se tambaleó.

Los restos de los esputos de la mejilla derecha del rabí quedaron adheridos a la palma de la
mano del esbirro quien, con una mueca de repugnancia, sacudió sus dedos una y otra vez,
tratando de liberarse de aquellas inmundicias. Finalmente aproximó su mano al manto del
Nazareno, restregándola sobre la tela.
Cuando el legionario intentó cortar aquel súbito y salvaje ataque, uno de los guardianes del
Templo le tomó por el hombro y, apartándole del rabí, le entregó una pequeña bolsa de cuero,
susurrándole que no interviniese y que repartiese aquellas monedas conmigo. El soborno volvió
mudo y sordo al soldado, quien, a partir de ese momento, no se movió ya de uno de

los
ángulos de la sala. Su satisfacción creció cuando me negué a aceptar mi parte.
A pesar del resentimiento que había empezado a quemar mis entrañas, no pude hacer otra
cosa que observar y tratar de no alterar los acontecimientos, tal y como marcaba el código de
Caballo de Troya...
Y desde ese instante, una lluvia de puñetazos y bofetadas empezó a caer sobre el cuerpo del
Maestro.
De vez en cuando, entre golpe y golpe, algunos de los levitas volvían a interrogarle...
-¡Responde...! ¿Cuántos sois...? ¿Cómo se llaman tus seguidores...? ¿Quién ha tomado el
mando...?
Jesús, con los labios rotos por los impactos, no cedía. Algunos de los puñetazos habían ido a
estrellarse contra sus ojos, provocando una lenta pero alarmante hinchazón.
En medio de aquella iniquidad quedé maravillado una vez más ante la serenidad y fortaleza
física de aquel galileo. Muchos de aquellos golpes, lanzados con frialdad sobre puntos tan
delicados y vulnerables como ojos, labios, oídos, riñones y estómago, hubieran tumbado a un
hombre normal. Sin embargo, el Nazareno -aunque llegó a tambalearse en varias ocasiones- no
dejó escapar un solo lamento, conservando siempre el equilibrio.
El hermético silencio del reo fue avivando el furor de los levitas, que arreciaron en sus
agresiones.
Sudorosos, jadeantes y arrastrados por el paroxismo, aquellos energúmenos, no satisfechos
con el violento castigo que estaban infligiéndole, fueron en busca de una cántara de agua,
sometiendo a Jesús a uno de los suplicios más angustiosos que haya podido inventar el ser
humano.
Uno de los sicarios se situó a espaldas del Galileo, tirando violentamente de sus cabellos.
Automáticamente, el fornido cuerpo se dobló hacia atrás. Y un segundo policía procedió a abrir
los labios de Jesús mientras un tercero, que cargaba el cántaro, comenzaba a vaciar el agua en
la boca del Nazareno. El liquido fue penetrando a borbotones durante varios e interminables
segundos, hasta que, finalmente, el rabí se vio atacado por un seco e intenso golpe de tos que
puso punto final á la tortura. Sin saberlo, aquellas bestias humanas habían aliviado -¡y de qué
forma!- el castigado organismo del prisionero. (A raíz del «stress» registrado en el huerto de
Getsemaní, el Maestro de Galilea había empezado a experimentar un grave y determinante
proceso de deshidratación, que se vería sensiblemente incrementado después de los azotes.)

El doméstico que sostenía el recipiente de barro se echó a un lado y, mientras el levita seguía tirando del pelo del reo, otro de los esbirros levantó su pierna izquierda, lanzando un puntapié contra el bajo vientre del indefenso prisionero.
Fue una de las pocas veces que escuché un gemido en boca de Jesús. El dolor tuvo que ser tan lacerante que, a pesar de hallarse doblado hacia atrás, el tronco y la cabeza del Galileo se enderezaron en un movimiento reflejo, al tiempo que sus rodillas se doblaban. Y en décimas de segundo, el Cristo cayó sobre el piso, golpeándose el rostro contra las losas.
-¡Estúpidos! -intervino el legionario, acudiendo en socorro del inmóvil cuerpo del preso-. ¿Es que pretendéis acabar con él...?
El policía que había estado tirando de sus cabellos soltó el mechón de pelo que había quedado entre sus dedos y arrebatándole el cántaro a su compinche arrojó el contenido sobre la nuca del Nazareno.
Sinceramente, y puesto que Jesús había caído de bruces, no pude comprobar si -como me temía- había perdido el conocimiento. Al seguir con las muñecas atadas a la espalda, tuvieron que ser los criados y levitas quienes, ayudados por el centinela romano, le incorporasen.
Cuando, al fin, acerté a ver su rostro un escalofrío me recorrió el vientre: Jesús había palidecido en extremo y una de sus cejas (la izquierda) se había abierto, posiblemente como consecuencia del encontronazo con el suelo. Su nariz, aunque con algunos hematomas, no parecía

gravemente lastimada por la caída. Ello me hizo pensar que el Maestro aún se hallaba consciente en el instante del choque con el pavimento, pudiendo, quizá, «amortiguar» el violento impacto con un giro de la cabeza. La sangre, sin embargo, había empezado a manar en abundancia, cubriendo en seguida la mitad izquierda de la cara.
Instintivamente, el Nazareno comenzó a inspirar profundamente. Poco a poco fue recuperándose, aunque su rostro no guardaba semejanza alguna con aquel semblante majestuoso y sereno que presentaba al entrar en la sede del Sanedrín.
La sangre había empezado a gotear desde su barba, manchando el manto y parte de la túnica.
Los secuaces de Caifás, algo más apaciguados, se aislaron en uno de los ángulos de la estancia, iniciando otro cambio de impresiones. Y al poco, el que se había desembarazado de su ropón, lo recogió del suelo, lanzándolo sobre la cabeza del rabí. Una vez cubierto, otro de los levitas se aproximó a Jesús, gritándole entre fuertes risotadas:
-¡Profetiza, liberador...! Dinos, ¿quién te ha pegado?
Y blandiendo un bastón de unos cuatro centímetros de diámetro con la mano izquierda descargó un porrazo seco y aterrador sobre el rostro del silencioso Maestro. Este retrocedió

unos pasos como consecuencia del golpe, pero, antes de que pudiera desplomarse, otro de los
criados lo abrazó por la espalda, sosteniéndole.
Las carcajadas se contagiaron rápidamente y, uno tras otro, aquella chusma fue participando
en aquel juego despiadado[1].
Las bofetadas y bastonazos se sucedieron durante los últimos diez minutos. Y a cada golpe,
el agresor entonaba la misma y cínica pregunta:
-¡Profetiza...! ¿Quién te ha pegado...? ¡Profetiza, bastardo![2].
Hacia las siete de la mañana, cuando el Nazareno, encorvado y apoyado contra uno de los
muros, parecía a punto de desfallecer, entraron en la estancia varios levitas, ordenando a sus
colegas que trasladasen al detenido ante el Consejo.
Cuando aquellos salvajes retiraron el manto de la cabeza del Maestro la sangre se me heló
en las venas. De no haber sabido previamente que aquél era Jesús, creo que no hubiera podido
reconocerle. El bastonazo -supongo que el primero-, y a pesar de que el tejido había
«acolchado» el golpe, había caído sobre el pómulo derecho y parte de la nariz, provocando la
hinchazón de ambas zonas. Este garrotazo o quizás los restantes puñetazos y bofetadas habían
ocasionado una aparatosa hemorragia nasal. Los regueros de sangre, ya reseca, salían de
ambas fosas, corriendo sobre los labios y empapando el bigote y la barba.
Los hematomas en ambos ojos eran tan acusados que el rabí apenas si podía abrirlos.
Aquel rostro roto, inflamado y con la mitad izquierda ensangrentada, dejó sin habla a
algunos de los criados y sicarios del Sanedrín. Evidentemente, el castigo había sido brutal. Y
ante mi sorpresa, varios de los levitas, nerviosos, empezaron a discutir sobre la conveniencia
de lavar y adecentar un poco la faz del Maestro. No por misericordia, por supuesto, sino por
temor a posibles represalias o recriminaciones de los jueces y, quizá, de los seguidores del
Nazareno. Y, al fin, uno de los sirvientes apuró el agua de la cántara, empapando un extremo
del ropón o manto con el que le habían cubierto.
En un arranque que nunca he logrado explicarme satisfactoriamente, me adelanté hacia el
policía, identificándome como médico y rogándole que me permitiera proceder al lavado del
rostro del Galileo y, de paso -les dije-, examinar las posibles fracturas.
Los policías accedieron un tanto aliviados, pero sugirieron que fuera diligente en el
«arreglo». El Consejo esperaba.

[1] En los antiguos textos griegos se describe un juego, denominado «muïnda», que consistía en tapar los ojos de uno
de los jugadores (bien con un lienzo o con la propia mano). Este debía adivinar el objeto que se le presentaba o a la
persona que le tocaba. Si acertaba, ocupaba su puesto aquel que había perdido.

[2] El «bastardo», aunque existían diferentes interpretaciones, era, en líneas generales, el hijo nacido del adulterio.
No eran admitidos en la asamblea de Israel y tampoco sus descendientes, «hasta la décima generación». No

podían
contraer matrimonio con ningún miembro legítimo de la comunidad judía, discutiéndose vivamente, incluso, si las
familias de bastardos podrían participar en la liberación final de Israel. Este insulto era considerado como una de las
peores injurias. Aquel que lo empleaba podía ser condenado a 39 azotes. *(N. del m.)*

Obviamente, dentro de los planes de Caballo de Troya no se contemplaba la posibilidad de
que yo «reparase», ni mucho menos, las heridas que pudiera sufrir Jesús de Nazaret. Tal y
como ya he citado, ello estaba rigurosamente prohibido. Sin embargo, y puesto que los levitas
se disponían a asear la machacada faz del prisionero, consideré que aquélla era una irrepetible
ocasión de comprobar de cerca y personalmente los daños exteriores y visibles más graves. Sin
embargo, y a pesar de esta justificación, también hubo «algo» interno que me empujo a tomar
semejante decisión...
Tomé, pues, el pico del tosco manto y con toda la delicadeza de que fui capaz, comencé a
limpiar los grumos de sangre que se habían adherido al pómulo y mejilla izquierdos. Las
hemorragias, tanto la producida por la rotura de la ceja izquierda como la nasal, habían sido
espectaculares, aunque tuve la impresión de que la pérdida de sangre no era importante. A
juzgar por los reguerillos, plastones y sangre acumulada en barba, manto y túnica, no creo que
fuera superior a los 200 o 300 centímetros cúbicos.
Pude deducir igualmente que la capacidad de coagulabilidad de la sangre de Cristo era
normal. Tanto la brecha de la ceja como los cortes de los labios y los dos riachuelos que nacían
en los orificios de la nariz habían coagulado muy rápidamente.
Cuando aquella mitad del rostro quedó prudentemente limpia me deshice del manto y, antes de
que los domésticos de Caifás pudieran reaccionar, introduje mis dedos en el desgarrón que
había ocasionado la daga del bandido que había tratado de asaltarme en la noche del pasado
jueves y, con dos fuertes tirones, conseguí un reducido trozo de mi túnica. Lo introduje en la
boca del cántaro, humedeciéndolo cuanto me fue posible. Y acto seguido regresé a la pared
sobre la que seguía apoyado Jesús, pasando el suave lienzo color hueso sobre la deformada
nariz, labios, cejas y párpados[1].
Al tentar la hinchazón del pómulo derecho deduje que el bastonazo había interesado una
amplia área del hueso malar, alcanzando parte de ese ojo derecho. Si aquel hematoma seguía

prosperando, lo más probable es que el Nazareno terminase por experimentar serias dificultades a la hora de mantener abierto dicho ojo.

En cuanto a la nariz, la lógica imposibilidad de no poder practicar una radiografía me dejó con la duda de si aquel impacto había fracturado los huesecillos «propios» o nasales. Estos dos huesos, como saben todos los médicos, son frágiles, pudiendo ser hundidos con un puñetazo.

En mi opinión, y después de aquella exploración, los trece huesos de la cara de Jesús parecían intactos. Insisto, sin embargo, en mis serias dudas sobre la pareja de nasales. Dada la violencia del golpe, cabía la posibilidad de que hubieran sido dañados. (Entiendo, además, que la famosa profecía en la que se recoge que «ninguno de los huesos del Mesías sería fracturado» bien pudo referirse a los huesos «largos».) Hubo un especial detalle que, con la debida reserva, me inclinó a creer desde el primer momento que dichos huesecillos nasales podían hallarse hundidos.

A lo largo de esta segunda limpieza, y cuando toqué la inflamada masa muscular de la nariz («piramidal» y «transverso», fundamentalmente), al palpar el área del cartílago nasal, el rabí retrocedió levemente. A pesar de mi extrema suavidad, el simple roce del tejido con aquel punto de su nariz multiplicó su dolor.

1 Gracias a aquel gesto, Caballo de Troya pudo hacerse con una Inestimable muestra de la sangre de Jesús de Nazaret. Y aunque los análisis practicados sobre los coágulos que pasaron al trozo de mi túnica no pudieron efectuarse con la velocidad aconsejada en estos casos, si pudimos averiguar, entre otras cosas, que el volumen de eritrocitos por milímetro cúbico de sangre en aquellos momentos (siete de la mañana) era, aproximadamente, de 4 900 000 (algo menos de lo normal, posiblemente como consecuencia de las pérdidas que había empezado a registrar). También observamos algunos leucocitos (muy pocos). A través de análisis comparativos se estableció que, tanto el número de estas células (7000 por milímetro cúbico), como los tipos examinados (neutrófilos, eosinófilos, basófilos, linfocitos y monocitos) correspondían a lo normalmente exigido en un individuo sano. Y aunque el primer análisis fue hecho antes de las 36 horas, no fue posible encontrar plaquetas. Todas habían desaparecido. Sin embargo, sí encontramos restos de trombina y algunos productos propios de la degradación de la fibrina. En uno de los coágulos -que conservaba leves restos de humedad- fue posible detectar algunas proteínas del plasma (fundamentalmente albúminas y globulinas), así como ligeros indicios de glucosa, vitaminas, hormonas y diversos aminoácidos. No pudimos descubrir restos de colesterol. En cuanto a la coagulación, y sólo a través de la observación personal de las heridas, pudimos establecer que era normal. Esta deducción se vio reforzada por el análisis de una de las proteínas del plasma -el fibrinógeno-, que, tras convertirse en fibrina, había quedado degradada. *(N. del m.)*

En ese momento, el gigante -que seguía silencioso- entreabrió como pudo sus ojos, fijando su mirada en mí. Traté de sonreírle y creo que lo conseguí. Era cuanto podía darle. Jesús captó mi pobre pero sincera muestra de amistad y sus labios se estremecieron. Y, de pronto, ante mi desconsuelo, una lágrima resbaló por su ojo izquierdo, hundiéndome aún más en la impotencia...

El sicario que había advertido a los verdugos volvió a asomarse a la puerta y, con un gesto de impaciencia, se abrió paso hasta el reo. Y tomándole por uno de los brazos le empujó hacia la salida.

El Maestro, con paso vacilante, entró de nuevo en la sala del Sanedrín. La falta de sueño, el dolor y el cansancio después de aquella paliza habían empezado a hacer mella en su organismo.

Fui el último en abandonar aquel trágico lugar. Intencionadamente esperé a que hubiera salido el último de los levitas para, agachándome, recoger el mechón de pelo que uno de los policías había arrancado involuntariamente del cráneo de Jesús. Lo oculté en mi bolsa junto al jirón ensangrentado de mi túnica y me apresuré a reincorporarme al Consejo del Sanedrín.

Los jueces habían ocupado los mismos puestos y el Nazareno, escoltado por el legionario y otros dos sirvientes, trataba de mantenerse en pie frente al semicírculo. Su aspecto, a pesar del rápido lavado de su rostro, era tan lamentable que aquella treintena de judíos no pudo reprimir la sorpresa. Durante algunos minutos intercambiaron algunas sarcásticas miradas, imaginando el suplicio a que había sido sometido el impostor y regocijándose, supongo, por el súbito cambio de aquel majestuoso y sereno rostro.

Juan, que se había unido a mí, no acertaba a pronunciar palabra alguna. Sus ojos, espantados, miraban y remiraban el semblante de su Maestro, sin poder dar crédito a lo que, desgraciadamente, sólo era el principio del fin...

Cuando los escribas judiciales tomaron asiento en sus puestos, Anás hizo uso de la palabra y señalando un pergamino que sostenía su yerno entre las manos incidió nuevamente en la idea que ya había expuesto en la primera parte de aquella reunión. Para el ex sumo sacerdote, la acusación de blasfemia carecía de fuerza, al menos de cara al procurador romano. E insistió en la necesidad de redactar una serie de alegaciones que comprometiera al rabí de Galilea con la justicia que representaba Pilato.

Al escuchar al suegro de Caifás imaginé que aquel rollo al que había hecho alusión debía

contener la sentencia definitiva contra Jesús. Y, sin poder reprimir la curiosidad, le pregunté a
Juan qué era lo que había sucedido en la deliberación de los jueces.
El cada vez más desmoralizado discípulo ni siquiera me escuchó. Tuve que zarandearle ligeramente para que, al fin, atendiera mi pregunta. Y con los ojos húmedos me explicó que,
durante la improvisada reunión de los saduceos y fariseos en el patio central del edificio,
«aquellos indignos sacerdotes sólo habían llegado a un acuerdo: ejecutar a Jesús».
Juan, a pesar de haber permanecido muy cerca de los jueces, no llegó a conocer el texto de
la sentencia, redactado por el propio Caifás y después de no pocas discusiones.
Por un momento creí que el sumo sacerdote leería la acusación o acusaciones. Pero no fue
así. Después de varios rodeos y divagaciones por parte de los allí congregados, tres de los
fariseos se levantaron de sus asientos, renunciando a seguir en aquel «proceso». Aunque se
mostraron conformes con dar muerte al rabí, su tradicional sentido de la «pureza» les aconsejaba según manifestaron públicamente- no formar parte de aquella flagrante ilegalidad,
«a menos que el Nazareno fuera conducido ante Poncio, una vez se le hiciera saber por qué
había sido condenado».
Caifás no se conmovió por este desaire de los llamados «santos» o «separados» y, después
de consultar con el resto del tribunal, dio por aplazada la vista.
Y a las siete y media de la mañana, los saduceos, escribas y los escasos fariseos que se
habían mantenido fieles a Caifás desfilaron por segunda vez ante la maltrecha figura de Jesús
de Nazaret.
El Maestro no tardó en seguir los pasos de sus jueces. Fuertemente escoltado, el Galileo
permaneció unos minutos en el jardín interior del edificio del Sanedrín. En una de las esquinas,
Caifás y sus hombres siguieron discutiendo acaloradamente. Volvieron a entrar en el hemiciclo
y, al cabo de un rato, reaparecieron en el patio central. El voluminoso sumo sacerdote llevaba
dos pergaminos en su mano izquierda. Aquello me extrañó.

Acto seguido, Caifás se puso a la cabeza de los levitas y siervos, ordenando que extremaran
el cerco en torno al blasfemo mientras se dirigían al cuartel general romano. Anás y la mayor
parte de los jueces se despidieron de Caifás, regresando al interior de la estancia donde se
había celebrado aquella primera parte del proceso.
Judas Iscariote, que no había cruzado una sola palabra con nosotros, se unió también a la

comitiva.
El sumo sacerdote en funciones, la media docena de saduceos y el pelotón que rodeaba al
Maestro, se adentraron en las calles de la ciudad alta, en dirección a la Puerta de los Peces. Al
cruzar frente a los bazares, las gentes se levantaban, saludando reverencialmente al sumo
sacerdote. En mi opinión, ninguno de los asombrados testigos llegó a reconocer a Jesús. Los
hematomas de sus ojos, nariz y pómulo derecho habían deformado su rostro hasta hacerle casi
irreconocible.
Mientras marchábamos a toda prisa hacia la fortaleza reparé de nuevo en los dos rollos que
portaba Caifás. ¿Qué podían contener? ¿Se trataría de la sentencia que debía mostrar a Poncio
Pilato?
En mi mente giraba sin cesar aquel anuncio del tribunal, prometiendo una segunda parte en
el proceso. Si mis informaciones eran correctas, Jesús no volvería a pisar el Sanedrín. ¿Qué iba
a suceder entonces?
Aunque, bien mirado, y ante el récord de irregularidades que se había alcanzado en aquel
«simulacro» de juicio, ¿qué podía esperarse de una segunda y supuesta vista?
Haciendo un somero estudio del referido juicio, los sanedritas habían infringido, al menos,
doce de las normas básicas que marcaban las leyes hebreas para procesos relacionados con la
pena capital. Veamos algunas de las más irritantes:
1.ª Para empezar, y según la *Misná* (Orden Cuarto, Sanedrín), los procesos llamados de pena capital debían abrirse alegando la inocencia del reo y no su culpabilidad.
2.ª Los procesos de sangre -o donde se presume que puede estar en juego la vida del acusado-
debían celebrarse de día y la sentencia, si era condenatoria, jamás podía pronunciarse durante
la misma jornada. «Por eso -dice la ley judía- no puede realizarse un proceso de sangre en la
vigilia del sábado de un día festivo»[1].
El «pequeño Sanedrín», al reunirse, por tanto, el viernes, 7 de abril, víspera del sábado y de
la Pascua, cometió un doble delito.
3.ª En estos procesos capitales, el juicio debía ser abierto siempre por uno de los jueces que
se sentaba al lado del más anciano, «a fin de que los jueces de menor autoridad no fuesen
influenciados por los ancianos» (en el juicio contra el Maestro fueron los falsos testigos los que
iniciaron la causa).
4.ª Y hablando de los falsos testigos, sólo la actuación de este grupo habría invalidado ya
cualquier otra vista similar. La ley judía era y es sumamente rigurosa en este sentido. Antes de

iniciarse el proceso, los testigos debían ser amonestados severamente: Se les introducía en el
interior de un recinto -dice la *Misná*- y se les infundía temor, diciéndoles: que no hablaran por
mera suposición, por oídas, por la deposición de otro testigo, por la declaración de un hombre
digno de fe que hubieren oído o que no fueran a creer que en último término no sería
examinada y analizada su deposición. «Habéis de saber -se les decía a los testigos- que en los
procesos de sangre, la sangre del reo y la sangre de toda su descendencia penderá sobre el
falso testimonio hasta el fin del mundo...»
Nada de esto sucedió en la sede del Sanedrín. Es más: los sobornados testigos cayeron en
continuas y abrumadoras contradicciones. La misma ley aclaraba que los falsos testigos debían
ser flagelados o, incluso, condenados a muerte. Es obvio, por tanto, que aquellos individuos se
prestaron a semejante riesgo porque, previamente, se les había garantizado su inmunidad y,
naturalmente, alguna sustanciosa cantidad de dinero.
5.ª «Si el reo era encontrado culpable -sigue diciendo la ley mosaica- la sentencia debía ser
aplazada para el día siguiente.» Como ya he mencionado, nada de esto se respetó. A lo sumo,
el tribunal levantó la sesión durante media hora, regresando a la sala de inmediato. «En el
entretanto -prosigue la ley-, los jueces se reúnen de dos en dos, comen muy frugalmente, no

1 Así lo dice la ley *(Misch.,* tratado «Sanedrín», capítulo IV, n.º 1). *(N. del m.)*

beben vino durante todo el día, pasan discutiendo y deliberando toda la noche y, por la mañana, se levantan temprano y van al tribunal.»
6.ª Si después de todo esto siguen considerando al prisionero culpable de la pena capital, la
sentencia definitiva debía emitirse mediante votación. «Si doce lo declaraban inocente y doce lo
declaraban culpable, era declarado inocente. Si doce lo declaraban culpable y once inocente o,
incluso, once lo declaraban inocente y otros once culpable y uno decía "no sé", o incluso si
veintidós lo declaran inocente o culpable y uno dice “no se”, se han de añadir más jueces.»
¿Hasta cuántos habían de añadirse?
«Siempre de dos en dos hasta alcanzar los 71»
En el proceso presidido por Anás y Caifás no se produjo ninguna votación.
7.ª La ley hebrea prohibía que una misma persona fuera juez y acusador. En nuestro caso,
Caifás acaparó ambos puestos.
8.ª Tampoco fue anunciada la sentencia, tal y como prescribía la ley: «... Se escribe (la

sentencia) y se envían mensajeros a todos los lugares, diciendo fulanito de tal, hijo de fulanito
de tal, ha sido condenado a muerte por el tribunal.»
Esta fue una de las razones por la que los tres fariseos que formaban parte del Consejo decidieron retirarse. Y en el colmo de la irregularidad jurídica, ni siquiera el propio procesado
conoció el texto definitivo de dicha sentencia a muerte. (Tal y como veremos más adelante,
Jesús de Nazaret murió sin saber «oficialmente» su culpa...)
9.ª Incluso la respuesta dada por el Maestro a Caifás, cuando éste le conjuró a que declarase
si era el Mesías, no fue motivo de blasfemia, tal y como señalaba la ley. Según la *Misná,* «el
blasfemo no es culpable en tanto no mencione explícitamente el Nombre». En la contestación
de Jesús, como se recordará, no se citaba el «Nombre»; es decir, Yavé, Dios o el Divino. Jesús
dijo: «Lo soy... Y pronto iré junto al Padre. En breve, el Hijo del Hombre será revestido de
poder y reinará de nuevo sobre los ejércitos celestiales.» ¿Dónde aparece en estas frases el
«Nombre» explícito de Dios?
10.ª Y en el caso de que así hubiera sido, la ley especificaba que, «una vez concluido el
juicio, no lo sentenciarán a muerte usando la circunlocución, sino que echarán a todo el público
fuera de la sala del juicio y preguntarán al testigo de más dignidad: "Di, ¿qué oíste de modo
explícito?" Aquél lo dice. Entonces los jueces se ponían en pie, rasgando sus vestiduras que no
podían volver a unir.
El segundo testigo decía: "También yo oí lo que él" y el tercero afirmaba: "También yo (oí)
como él"».
¿Es que en el juicio contra el Nazareno sucedió algo de esto? Ni siquiera Caifás llegó a rasgarse verdaderamente las vestiduras...
11.ª Si el Tribunal consideró que Jesús era un falso profeta -como así ocurrió-, la ley tampoco autorizaba su juicio, a no ser por el «gran Sanedrín», formado siempre por 71 miembros. Y aquél, como ya dije, sólo constaba, oficialmente, de 23.
12.ª Por último, aunque, como digo, el rosario de fallos e irregularidades en esta causa podría ser muy extenso, los jueces no respetaron tampoco las normas legales, que señalaban
los lunes y jueves, como fechas oficiales para las distintas comisiones y asambleas de los
tribunales de justicia (así lo marca la *Misná* en su Orden Tercero, capítulo 1).
Mientras duró mi entrenamiento para esta misión, tuve la oportunidad de investigar en numerosas fuentes, observando cómo, hasta hoy, entre los exegetas y demás autores y
estudiosos de esta parte de la Biblia no existe acuerdo sobre quiénes fueron los responsables
del juicio y posterior condena a muerte del Nazareno. Para muchos (fundamentalmente autores
judíos), el Sanedrín de aquella época gozaba de la prerrogativa de la pena capital. «Y

si Jesús
de Nazaret -dicen- fue ejecutado al estilo romano es porque el conflicto no iba con ellos»[1].

[1] Así piensan y escriben, entre otros, autores como 8. Zeitlin *(The crucifixion of Jesus reexamined»),* H. Mantel *(Studies in the Story of the Sanhedrin),* P. Winter *(On the trial of Jesus),* J. Carmichael *(The death of Jesus),* D. Flusser, J. Isaac, H. Cohn, W. R. Wilson, Catchpole y un largo etcétera. *(N. del m.)*

Para otros, el Consejo Supremo de la comunidad israelita cl Sanedrin- podía juzgar, pero nunca
aplicar y ejecutar la pena máxima. En este supuesto, las castas sacerdotales no tuvieron más
remedio que acudir ante Poncio Pilato, para que confirmase la sentencia[1].
Nunca he podido comprender el porqué de estas diferencias de criterios, al menos entre los
exegetas y escritores católicos. La mayoría se manifiesta conforme con el misterioso y
difícilmente comprobable suceso de la resurrección de Jesús (siempre desde un punto de vista
histórico-científico) y, sin embargo, corren ríos de tinta a favor y en contra de la jurisdicción
penal del Sanedrín. Si profundizasen de verdad en el asunto -amén de las numerosas
referencias históricas sobre la potestad de Roma y de sus procuradores- observarían que,
teniendo en cuenta el odio de Caifás y sus correligionarios hacia Jesús, lo fácil hubiera sido
dictar esa pena capital y ejecutarla sin más. El hecho incuestionable de su visita a la fortaleza
Antonia y e] sometimiento general judío al juicio de Poncio están gritando un hecho objetivo:
era Roma quien, en definitiva, tenía la última palabra. En los casos de las muertes de Esteban
(año 36 de nuestra Era) y de Santiago, uno de los hermanos de Jesús de Nazaret (año 62
después de Cristo), muchos de los defensores de la « culpabilidad romana» en la ejecución del
Maestro de Galilea han pretendido ver dos muestras decisivas de esa capacidad legal del
Sanedrín para dictar y ejecutar sentencias máximas. Entiendo, no obstante, que ambas
lapidaciones o apedreamientos -llevados a cabo, efectivamente, por el Sanedrín- ocurrieron en
sendos períodos en los que la provincia romana de Judea se encontraba temporalmente sin
procurador. En el año 36, Vitelio envió a Pilato a Roma para rendir cuentas ante el emperador
Tiberio y en el 62, según narra Flavio Josefo *(Antigüedades,* XX,197 y ss.), el procurador
romano Festo acababa de morir y su sustituto, Albino> no había llegado aún a Judea.
Existe, además, otro contrasentido. Si el Sanedrín hubiera gozado verdaderamente de esa
capacidad legal para aplicar y consumar la pena de muerte, ¿por qué Jesús no fue ajusticiado al
«estilo judío»?

La ley judía, una vez más, era sumamente cuidadosa en este aspecto. En el Orden Cuarto
(capítulo VII), la *Misná* dice textualmente: «El tribunal podía infligir cuatro tipos de penas de
muerte: la lapidación, el abrasamiento, la decapitación y el estrangulamiento.»
Generalmente, la lapidación o apedreamiento era la pena más dura. Era aplicada -y sigo
citando la ley hebrea- a los siguientes: «al que tiene relación sexual con su madre o con la
mujer de su padre o con la nuera o con un varón o con una bestia; la mujer que trae a sí una
bestia (para copular con ella); el blasfemo; el idólatra; el que ofrece sus hijos a Molok (un
ídolo); el nigromántico; el adivino; el profanador del sábado; el maldecidor del padre o de la
madre; el que copula con una joven prometida; el inductor, que induce a un particular a la
idolatría; el seductor, que lleva a toda una ciudad a la idolatría; el hechicero y el hijo obstinado
y rebelde».
En cuanto al «abrasamiento» -que tuve la oportunidad de contemplar en mi segundo «gran
viaje»-, la ley establecía que eran reos de semejante ejecución «el que tenía relación sexual
con una mujer y con su hija y la hija del sacerdote que había fornicado (después de haber
contraído matrimonio)».
Morían decapitados «el homicida y los habitantes de una ciudad apóstata».
Por último, la pena de estrangulamiento recaía en los siguientes:
«En el que hiere a su padre o a su madre; en el que rapta a una persona en Israel; en el
anciano que se rebela contra la sentencia del tribunal; en el falso profeta; en el que profetiza
en nombre de un ídolo; en el que tiene relación sexual con la mujer de otro; en el que levante
falso testimonio contra la hija de un sacerdote o se acueste con ella.»
Admitiendo, en consecuencia, que el Sanedrín hubiese tenido la potestad para ejecutar a
Jesús, y silos cargos más importantes eran los de «blasfemo», «falso profeta», «mago» y «
profanador del sábado», lo lógico hubiera sido que los hebreos lo hubiesen lapidado o
estrangulado. ¿Por qué pidieron entonces su muerte por crucifixión?
En mi opinión sólo puede obedecer a una doble razón: primera, porque el tribunal sabía que
era el procurador romano quien debía decidir. Y segunda, porque en aquel simulacro de juicio,
la mayor parte de los jueces fueron saduceos. En otras palabras, la rama «dura» de las castas

1 Entre los defensores de esta segunda hipótesis se hallan, por ejemplo, Blinzler *(El proceso de Jesús),* Jeremías, E.
Lohse *(Sunedrion),* Strack-Billerbeck, Mommsen *(Römische Strafrecht),* Sherwin-White *(Roman Society and Roman Law*
in the New Testament), A. Strobel *(Die Stunde der Wharheit),* E. Schurer, etcétera. *(N. del m.)*

J. J. Benítez
241
sacerdotales. Caifás era uno de ellos y supo ganarse a un importante grupo, que fue el que
asistió a la sesión matinal del «pequeño Sanedrín». Como ya cité, los saduceos -calificados en
los *Hechos de los Apóstoles* (5,17) como «el cerco del sumo sacerdote Caifás»- estaban en
abierta oposición a los fariseos, disfrutando de una «teología» y «código penal» propios. Si el
Tribunal hubiera estado constituido por una mayoría de fariseos, posiblemente las cosas
habrían sido muy distintas y Jesús habría terminado su vida apedreado o estrangulado. Pero la
muerte por crucifixión era mucho más vil y humillante que las dictadas por la ley mosaica y es
casi seguro que la mayoría saducea se inclinara por aquélla, apurando hasta el límite su odio
contra el impostor. Sin embargo, la duda seguía llameando en mi cerebro. ¿Por qué los
inquisidores sanedritas habían gritado y volverían a gritar frente a Poncio Pilato la pena de
crucifixión?
Sólo al tener cumplido conocimiento de las acusaciones que, en efecto, figuraban en uno de
los pergaminos que llevaba Caifás pude despejar la incógnita.
Antes, un hecho totalmente imprevisto me obligaría a cambiar los planes de Caballo de Troya...

Caballo de Troya

J. J. Benítez
242
Faltaban pocos minutos para las ocho de la mañana cuando la reducida comitiva dejó atrás
el barrio alto de Jerusalén. Caballo de Troya había creído desde un principio que el encuentro
de los sanedritas con el procurador romano tendría lugar precisamente por el portalón y túnel
de la fachada oeste de la Torre Antonia (aquella por la que yo había tenido acceso en compañía
de José, el de Arimatea). Pero no fue así. Caifás y los saduceos cruzaron ante el muro de
protección situado frente al foso y, sin dudarlo, doblaron la esquina noroeste, en dirección a
otra de las puertas de entrada al cuartel general de Poncio en la ciudad santa. Yo había
convenido con Pilato y su primer centurión, Civilis, que mi ingreso en la fortaleza se produciría
por el puesto de guardia ya mencionado. Y durante algunos segundos, mientras mi cerebro
buscaba una solución, me dejé arrastrar -casi por inercia- por el pelotón. Al doblar aquella
esquina de Antonia, la súbita presencia del anciano José de Arimatea y otro joven hebreo hizo
que olvidara momentáneamente mis dudas. José, lógicamente, estaba al tanto de los pasos de

Jesús y del sumo sacerdote. Aunque no lo había visto en el juicio, deduje que sus «contactos»
le mantenían puntualmente informado. El hecho de estar allí era una prueba.
Caifás tuvo que ver a José. Pasó prácticamente a su lado. Sin embargo, ni siquiera le saludó.
El anciano, al descubrir al Maestro, se sobrecogió. Aunque posiblemente estaba informado
también de la tortura a que había sido sometido, al comprobarlo por si mismo palideció. Sin
levantar demasiadas sospechas fui quedándome atrás, hasta unirme a él y a su compañero. Y
así seguimos al pelotón.
El de Arimatea, que parecía haber perdido las esperanzas que había tratado de contagiarme
en el patio del palacete de Anás, al captar mi desconfianza por la presencia de aquel joven
desconocido me insinuó que hablase abiertamente. Su acompañante era uno de los «correos»
de David Zebedeo. Estaba allí, según me explicó, para transmitir las últimas noticias al cuerpo
de emisarios que había sido centralizado por David en el campamento de Getsemaní.
De esta forma, conforme nos aproximábamos a la puerta norte de la Torre Antonia, José y el
emisario me pusieron en antecedentes de la suerte que habían corrido los restantes discípulos y
de los que no tenía noticia alguna desde el prendimiento.
La mayor parte de los griegos y discípulos que fueron testigos de la captura del Maestro en
el camino que discurre por la falda del Olivete terminó por volver al huerto de Simón, «el
leproso», despertando a los ocho apóstoles y demás seguidores, que permanecían ajenos a lo
que estaba ocurriendo.
Minutos más tarde, era el jovencísimo Juan Marcos quien corría hasta la cima del Monte de
las Aceitunas, poniendo sobre aviso a David Zebedeo, que seguía montando guardia y al
margen de los últimos sucesos.
Tras unos primeros momentos de lógica confusión, el grupo se concentró en torno al molino
de piedra situado a la entrada de la finca, iniciándose una viva polémica. Andrés, como jefe de
los apóstoles, se hallaba tan confuso que no pudo pronunciar palabra alguna. Y fue Simón, el
Zelote; quien, por último, terminó por encaramarse al muro de la almazara, arengando a sus
compañeros para que tomaran las armas y se lanzaran en persecución de los guardias,
liberando a Jesús.
Según el «correo» -testigo presencial de aquellos acontecimientos-, casi todos los presentes
en aquella madrugada en el huerto (alrededor de medio centenar) respondieron con
vehemencia a la invitación del «revolucionario» Simón, miembro activo como ya he insinuado

en alguna ocasión- del grupo clandestino y terrorista de los «Zelota».
Y es muy posible que se hubiesen lanzado monte abajo en busca del Maestro, de no haber
sido por la oportunísima mediación de Bartolomé. Una vez que Simón el Zelote hubo hablado,
Bartolomé pidió calma y recordó a sus amigos las continuas enseñanzas sobre la no violencia
que les había impartido Jesús. El apóstol, con una gran cordura, refrescó la memoria de los
excitados discípulos, hablándoles de las palabras que había pronunciado el rabí aquella misma
noche y a través de las cuales había ordenado que protegieran y conservaran sus vidas, en
espera del momento crucial de la dispersión y de la propagación del reino de los cielos.
La tesis de Bartolomé fue apoyada vivamente por Santiago, el hermano de Juan Zebedeo,
quien explicó también a sus compañeros cómo Pedro, algunos de los griegos y él mismo habían

desenvainado sus espadas en el momento de la captura de Jesús y cómo el Maestro les había
invitado a que guardaran las armas.
Los ánimos, al parecer, fueron apaciguándose. Después intervinieron también Felipe y Mateo
y por último Tomás, que insistió con su característico sentido práctico, en la necesidad de «no
exponerse a peligros mortales», tal y como Jesús había sugerido a su amigo Lázaro. Los
razonamientos de Tomás -rogando a los discípulos, que se dispersasen en espera de nuevos
acontecimientos- terminaron por doblegar el ansia de lucha de los seguidores del Cristo y los
discípulos desaparecieron definitivamente.
Hacia las dos y media o tres menos cuarto de esa madrugada, el huerto quedó desierto. Sólo
David Zebedeo y un reducido grupo de mensajeros continuaron en el campamento,
preparándose para una misión que, como ya insinué, resultaría vital. El intrépido discípulo supo
organizarse de tal forma que, bien a través de Juan Zebedeo, de José de Arimatea y de otros
«agentes», pudo disponer de una notable y precisa información sobre el discurrir de los
acontecimientos. Cada hora, aproximadamente, uno de sus veloces mensajeros se entrevistaba
con los anteriormente citados, trasladando las noticias al improvisado «cuartel general» de
Getsemaní. Desde allí, a su vez, David enviaba a otros «correos» a los puntos donde hablan
acordado ocultarse los apóstoles: cinco de ellos -Bartolomé, Felipe, los dos gemelos y Tomás-
en las aldeas de Betfagé y Betania. Los cuatro restantes -Simón Zelote, Santiago,

Tomás y
Andrés- en Jerusalén.
Cuando pregunté al emisario por Pedro, el joven me tranquilizó. Poco después del amanecer,
David lo había encontrado en los alrededores del campamento, sin rumbo fijo y lleno de
tristeza. Es posible que en aquellos momentos, ni David Zebedeo ni el emisario ni ninguno de
los discípulos supieran la verdadera razón de aquella inmensa angustia del fogoso Simón. El
caso es que David ordenó a uno de los «correos» que le acompañase hasta la casa de
Nicodemo, en la ciudad santa, lugar de concentración de su hermano Andrés y de los otros tres
apóstoles.
Aquel mismo emisario que acompañaba a José de Arimatea me informó también que, poco
después de la partida de Pedro, llegó al huerto Judas, uno de los hermanos carnales del
Maestro. Se había anticipado al resto de su familia y allí supo del trágico arresto de Jesús. A
petición de David Zebedeo, regresó a la carrera por el sendero que atraviesa el Olivete,
reuniéndose con María, su madre, y con los demás componentes de su familia. Las órdenes de
David eran que la familia del Maestro permaneciese, de momento, en la casa de Marta y María,
en Betania. Y así se hizo.
Esto significaba que María, la madre de Jesús de Nazaret, se hallaba ya en las proximidades
de Jerusalén..., y que, por supuesto, debía estar advertida de cuanto ocurría con su hijo.
La posibilidad de ese encuentro con María me estremeció...
El viento soplaba con mayor fuerza. Cuando alcanzamos a Caifás y a sus huestes, uno de los
dos legionarios que montaban guardia en la cara norte del muro exterior que rodeaba la
fortaleza había acudido al interior del cuartel, con el anuncio de la presencia de aquel destacado
grupo de sacerdotes. Al parecer, el sumo sacerdote había advertido al centinela que el
procurador sabía ya de aquella temprana visita. José y yo nos miramos, deduciendo que Poncio
Pilato podía haber tenido conocimiento de este hecho por los judíos que le habían solicitado una
escolta la noche anterior.
Sea como fuere, el caso es que Poncio hacía rato que aguardaba la llegada de esta
representación del Sanedrín.
Mientras esperábamos a las puertas del parapeto de piedra, anuncié al de Arimatea que,
aprovechando la orden que me había extendido el propio procurador, intentaría adelantarme a
Caifás y a su pelotón. José asintió, añadiendo que él tenía intención de seguir al lado del
Maestro y que, presumiblemente, nos volveríamos a ver en el interior de la residencia

del
procurador.
Así que, olvidando mi proyectada entrada en la Torre Antonia por el túnel del ala Oeste,
extraje el salvoconducto, mostrándoselo al legionario. Este, al leer la autorización y escuchar el
nombre de Civilis, me franqueó el paso, señalándome a varios soldados que montaban guardia
al otro lado del foso, junto a una gran puerta practicada en la muralla y flanqueada por dos
torretas de vigilancia.

Al cruzar el puente levadizo, similar al que facilitaba el acceso por el túnel, uno de los
guardias me salió al paso. Tuve que repetir la operación. El centinela revisó la orden del
procurador y me ordenó que esperase. Después salió del puesto de guardia, adentrándose en el
interior de la fortaleza. Aquella monumental puerta, coronada por un arco de medio punto,
estaba provista de dos grandes batientes de madera, asegurados a unos postes verticales,
susceptibles de girar en cajas de piedra. Supuse que, de esta manera, en momentos de peligro
o ataque, los batientes podían cerrarse, siendo atrancados desde el interior.
Pocos minutos después, el legionario me llamaba desde unas escalinatas de piedra
existentes al fondo. Caminé en solitario hacia el centinela, salvando un ancho patio,
perfectamente adoquinado con cantos rodados. Al pie de las escalinatas, el soldado me indicó a
un oficial, comentando:
-Éste te conducirá hasta Civilis...
Y así fue. Al final de aquellos quince peldaños me aguardaba un centurión.
La escalinata permitía el acceso a una especie de terraza rectangular, cuidadosamente
embaldosada y cercada por ambos flancos con una serie de balaustres de mármol de un metro
de altura.
Aquélla era la entrada principal de lo que podríamos denominar la residencia privada del
procurador: un edificio suntuoso y relativamente apartado del conjunto, aunque dentro de la
fortaleza.
El oficial me condujo al interior: un «hall» de extraordinarias dimensiones del que
arrancaban tres escalinatas, todas de mármol blanco.
-Espera aquí -me dijo mientras se dirigía a las escaleras situadas frente a la puerta de doble
hoja del vestíbulo. Al pie de dicha escalinata montaban guardia otros dos soldados, con sus
lanzas y cotas de malla.
Obedecí, contemplando con admiración la serie de grandes vidrieras multicolores que se
alineaban a lo largo de los muros, proporcionando a la estancia una abundante luz natural. En

las paredes, revestidas de granitos procedentes de Siena, habían sido abiertos numerosos
nichos en los que reposaban bustos del emperador, jarrones griegos decorados con escenas
mitológicas y candelabros de plata.
El piso del «hall» había sido recubierto con un extenso mosaico, que nada tenía que envidiar
a los que yo había visto en las ruinas de Pompeya.
Ensimismado con aquella exquisita decoración no me percaté de la llegada de Civilis.
El centurión y comandante de la legión me saludó sonriente. En esta ocasión se tocaba con
un casco de metal sumamente pulido y rematado por un penacho de plumas rojas.
Antes de que pudiera explicarle que deseaba cambiar mis planes, Civilis se adelantó hasta la
puerta del «hall» y señalando el portalón de la muralla me anunció que « el día acababa de
complicarse».
-Poncio deberá recibir esta mañana -me dijo con un gesto de disgusto- a varios representantes del Consejo de Justicia de los judíos...
-Lo sé -repuse- y precisamente quería hablarte de ello...
El centurión me miró sorprendido.
He oído que los judíos tratan de juzgar a un mago. Lo he visto al pasar. Sabes que me intereso por los astros y sus designios y quisiera pedirte y pedirle al procurador un pequeño
cambio de planes.
Civilis siguió escuchándome con atención.
-Tengo entendido -proseguí- que ese hombre al que llaman Jesús de Nazaret ha obrado
grandes portentos y, abusando de vuestra hospitalidad, desearía estar presente cuando sea
presentado a Poncio.
Y antes de que el centurión pudiera responder, remaché mis palabras con una afirmación
que, tal y como esperaba, sólo a medias prendió la curiosidad del romano:
He sabido que hoy mismo, tú, el procurador, yo y toda la ciudad tendremos la oportunidad
de asistir a un extraño suceso celeste...
El pragmático e incrédulo oficial sonrió burlonamente, limitándose a contestar:
-Está bien, Jasón. Se lo diré a Poncio...
Civilis desapareció por la escalinata central, en busca del procurador, no sin antes advertirme que no me moviera de allí.

-Esas ratas -me comentó refiriéndose a los sacerdotes que aguardaban junto al parapeto
exterior- no tienen escrúpulos para pedirnos que se ejecute a uno de los suyos y, sin embargo,
no quieren entrar en el pretorio por miedo a contaminarse y no poder celebrar su maldita
Pascua...
Civilis llevaba razón. Los judíos -y muy especialmente los miembros de las diferentes castas

sacerdotales- tenían prohibido entrar durante la celebración de la fiesta anual de la Pascua en las casas de los gentiles (todas ellas eran sospechosas de albergar alimentos que pudieran contener levadura, y este contacto con sustancias fermentadas estaba rigurosamente prohibido)[1].

Esto me hizo pensar que el procurador y sus hombres no tendrían más remedio que escuchar a Caifás y a los saduceos «a las puertas» del pretorio. (Casi seguro -deduje- muy cerca de esas escalinatas que acabo de subir.) Y dispuse mi «vara de Moisés» para el que iba a ser el primer encuentro oficial de Poncio con los miembros del Sanedrín.

En efecto, hacia las ocho y quince minutos de aquella mañana del viernes, 7 de abril, el obeso procurador apareció en lo alto de la escalera central del «hall» donde yo esperaba. Venía acompañado de Civilis y de tres o cuatro centuriones más.

Al verme se apresuró a bajar las escalinatas, saludándome con el brazo en alto. Poncio había cambiado la indumentaria. En esta ocasión, y dada su calidad de representante del César, se había enfundado en una coraza de metal, corta y «musculada», bellamente trabajada y brillante como un espejo, al estilo de los mejores blindajes griegos de la época. Bajo la armadura lucía una túnica corta de seda, de media manga, de color hueso, meticulosamente planchada y rematada por flecos de oro. El voluminoso vientre del procurador sobresalía por debajo de la coraza, proporcionándole un perfil muy poco caballeresco.

Alrededor de su cuello y colgando por la espalda traía un manto o *sagum* de una tonalidad «burdeos» muy apagada. Pero lo que más me llamó la atención fueron sus piernas: aparecían totalmente ceñidas con bandas de lino. Aquello me hizo sospechar que el procurador padecía de varices.

El centurión jefe le había puesto en antecedentes de mis deseos y de ese «presagio» celeste que había adelantado a Civilis y, sin poder contener su morbosidad, me interrogó, al tiempo que me invitaba a caminar junto a él hacia la puerta de entrada a su residencia.

Le expliqué como pude que «los astros habían anunciado para esa misma mañana un funesto augurio y que, por el bien de todos, extremase sus precauciones...».

No hubo tiempo para más. Poncio Pilato y sus oficiales se detuvieron en la «terraza», mientras uno de los centuriones descendía las escaleras, en busca, sin duda, de Caifás y de aquel galileo que había empezado a estropear la apacible jornada del procurador. El viento despeinó a Poncio, poniendo en dificultades su postizo. Aquello debió acrecentar su ya evidente malhumor. El hecho de tener que salir a las puertas del pretorio para recibir al sumo sacerdote y a los miembros del Sanedrín no le había hecho muy feliz...

Al poco vi aparecer por el arco de la muralla al grupo que encabezaba Caifás.

Inmediatamente detrás de éste, Jesús, el legionario romano que le había custodiado durante
toda la noche, Juan Zebedeo y los levitas y criados del Sanedrín.
Al llegar al pie de la escalinata, los saduceos se detuvieron, advirtiendo al procurador que su
religión les impedía dar un solo paso más. Poncio miró a Civilis y con un gesto de disgusto
avanzó hasta situarse en el filo mismo de los peldaños. Una vez allí, y en tono desabrido, les
preguntó:
-¿Cuáles son las acusaciones que tenéis contra este hombre?
Los jueces intercambiaron una mirada y, a una orden de Caifás, uno de los saduceos respondió:
-Si este hombre no fuera un malhechor no te lo hubiéramos traído...
Poncio guardó silencio. Sujetó su manto y comenzó a descender las escaleras.
Inmediatamente, Civilis y los centuriones se apresuraron a seguirle, rodeándole.
El romano, siempre en silencio, se aproximó a Jesús, observándole con curiosidad El Maestro
permanecía con la cabeza baja y las manos atadas a la espalda. Sus cabellos, revueltos por el
fuerte viento, ocultaban en parte las excoriaciones de su rostro.

1 En su Orden Segundo, la *Misná* establece que en la noche del 14 del mes de Nisán (vigilia de la fiesta de Pascua)
«debía rebuscarse toda sustancia con levadura (generalmente cereales) a la luz de una vela». *(N. del m.)*

Poncio dio una vuelta completa en torno al Nazareno. Después, sin hacer comentario alguno,
pero con una evidente mueca de repugnancia en sus labios, volvió a subir los peldaños. Sin
lugar a dudas -y Civilis me confirmaría esta sospecha poco después-, el procurador había sido
previamente informado de la sesión matinal del Sanedrín, así como de las discrepancias
surgidas entre los jueces a la hora de fijar las acusaciones. (Según Civilis, una de las sirvientas
y el intérprete de la esposa de Pilato, Claudia Prócula, conocían las enseñanzas de Jesús de
Nazaret, habiendo informado al procurador de los prodigios y de las predicaciones del rabí.)
Cuando se encontraba en mitad de la escalinata, Pilato se detuvo y, girando sobre sus talones, se encaró de nuevo con los hebreos, diciéndoles:
-Dado que no estáis de acuerdo en las acusaciones, ¿por qué no lleváis a este hombre para
que sea juzgado de conformidad con vuestras propias leyes?
Aquellas frases del procurador cayeron como un jarro de agua fría sobre los sanedritas, que
no esperaban semejante resistencia por parte de Poncio. Y, visiblemente nerviosos, respondieron:
-No tenemos derecho a condenar a un hombre a muerte. Y este perturbador de nuestra
nación merece la muerte por cuanto ha dicho y hecho. Esta es la razón por la que

venimos ante
ti: para que ratifiques esta decisión.
Pilato sonrió maliciosamente. Aquel público reconocimiento de la impotencia judía para pronunciar y ejecutar una sentencia de muerte, ni siquiera contra uno de los suyos, le había
llenado de satisfacción. Su odio por los judíos era mucho más profundo de lo que podía suponer.
-Yo no condenaré a este hombre -intervino el romano, señalando a Jesús con su mano derecha- sin un juicio- Y nunca consentiré que le interroguen hasta no recibir, por escrito -
recalcó Poncio con énfasis-, las acusaciones...
Sin embargo, el procurador había subestimado a los sanedritas. Y cuando Pilato consideraba
que el asunto había quedado zanjado, suspendiendo así el enojoso asunto, Caifás entregó uno
de los dos rollos que portaba a un escriba judicial que los acompañaba, rogando al procurador
que escuchase las «acusaciones que había solicitado».
Aquella maniobra sorprendió a Poncio, que no tuvo más remedio que detener sus pasos
cuando estaba a punto de entrar en su residencia. Cada vez más irritado por la tenaz insistencia de Caifás y los saduceos, se dispuso a escuchar el contenido de aquel pergamino.
El escriba lo desenrolló y, adoptando un tono solemne, procedió a su lectura:
-El tribunal sanedrita estima que este hombre es un malhechor y un perturbador de nuestra
nación, en base a las siguientes acusaciones:
»1.ª Por pervertir a nuestro pueblo e incitarle a la rebelión.
»2.ª Por impedir el pago del tributo al César.
»3.ª Por considerarse a sí mismo como rey de los judíos y propagar la creación de un nuevo
reino.
Al conocer aquellas acusaciones oficiales comprendí que dicho texto -que nada tenía que ver
con lo discutido en el juicio- había sido amañado por Anás y el resto de los miembros del
Consejo en su segunda entrada en la sala del Tribunal, mientras el Maestro y todos los demás
esperábamos en el patio central del edificio del Sanedrín. Ahora me explicaba el porqué de
aquellas agrias discusiones entre Caifás, Anás y los jueces y la súbita aparición de un segundo
pergamino en las manos del sumo sacerdote, momentos antes de salir hacia la Torre Antonia.
Muy astutamente, los saduceos habían preparado aquellas tres acusaciones, de forma que el
procurador romano se viera inevitablemente involucrado en el proceso.
Poncio pidió a Civilis que se aproximara y le susurró algo al oído. El centurión asintió con la
cabeza. (Aquella consulta confidencial -según supe por el comandante en jefe de la legión- se
había centrado en las informaciones que obraban en poder del procurador y que, tal y como

todos sabíamos, señalaban que el complot contra el Nazareno tenía unas raíces pura y estrictamente religiosas.)
Pilato comprendió al momento que aquel «cambio» en la estrategia de los sacerdotes obedecía únicamente a su fanatismo y ciego odio hacia aquel visionario, que había sido capaz
de desafiar la autoridad del sumo pontífice, ridiculizando a las castas sacerdotales. Sin proponérselo, Caifás y sus esbirros habían conseguido con aquel engaño que Poncio Pilato se
inclinase ya, desde un principio, no en favor de Jesús -a quien prácticamente ignoraba- sino en
contra de aquella «ralea de mala madre», según palabras del propio romano. (Era sumamente

importante tener en cuenta estos hechos, de cara a la conducta y a los sucesivos intentos del
representante del emperador por liberar al Maestro. Nada hubiera satisfecho más su desprecio
hacia la suprema autoridad judía que hacerles morder el polvo, poniendo en libertad al prisionero.)
Pero los acontecimientos -a pesar del procurador- iban a tomar caminos insospechados...
Poncio guardó silencio. Dirigió una mirada de desprecio a los jueces y descendiendo los escalones por segunda vez se abrió paso hasta el Galileo. Una vez allí, ante la expectación
general, preguntó al Maestro qué tenía que alegar en su defensa. Jesús no levantó el rostro.
Civilis, que había seguido los pasos de su jefe, levantó el bastón de vid, dispuesto a golpear
al Galileo por lo que consideró una falta de respeto. Pero el procurador le detuvo. Aunque su
confusión y disgusto eran cada vez mayores, el romano comprendió que aquél no era el
escenario más idóneo para interrogar al prisionero. La sola presencia de los sanedritas podía
suponer un freno, tanto para él como para el reo. Y volviéndose hacia el primer centurión dio
las órdenes para que condujeran al gigante al interior de su residencia.
Civilis hizo una señal al soldado que custodiaba al rabí y ambos, en compañía de Juan Zebedeo y de algunos de los domésticos del Sanedrín, siguieron a Pilato y a los oficiales.
Caifás y los jueces permanecieron en el patio. La contrariedad reflejada en sus rostros ponía
de manifiesto su frustrado deseo de acompañar a Jesús de Nazaret y asistir al interrogatorio
privado. Pero su propio fanatismo religioso acababa de jugarles una mala pasada (por supuesto, dudo mucho que Pilato hubiera autorizado su presencia en el citado interrogatorio).
Al cruzar junto a mí, el procurador me hizo un gesto, invitándome a que le acompañase.
-Dime, Jasón -me preguntó Poncio mientras atravesábamos el «hall» en dirección a la escalinata frontal-, ¿conoces a este mago?... ¿Crees que puede resultar un «zelota»?

Aquél fue un momento especialmente delicado para mí. Hubieran sido suficientes unas pocas
explicaciones para inclinar definitivamente la balanza del inestable procurador a favor del
Maestro. Pero aquél no era mi cometido. Y respondí a su pregunta con otra pregunta:
-Tengo entendido que tus hombres fueron destacados anoche hasta una finca en Getsemaní
y con el propósito de registrar un posible campamento «zelota». ¿Encontraron a esos guerrilleros?
El procurador, a quien le costaba trabajo subir las 28 escaleras, se detuvo jadeante.
-Y tú, ¿cómo sabes eso?
Mientras Civilis dirigía al Nazareno y al reducido grupo por un luminoso corredor de mármol
númida, sembrado a derecha e izquierda de estatuas que descansaban sobre pedestales de
Carrara, tranquilicé a Poncio, narrándole mi «casual» encuentro con los dos legionarios que
perseguían a uno de los simpatizantes del «mago».
El procurador me confesó entonces que sus informes sobre el tal Jesús de Nazaret se
remontaban a años atrás, especialmente desde que uno de sus centuriones le confesó cómo
aquel mago había curado a uno de sus sirvientes más queridos, en Cafarnaúm. Poco a poco,
Poncio Pilato había ido reuniendo datos y confidencias suficientes como para saber si aquel
grupo que encabezaba el rabí era o no peligroso desde el único punto que podía interesarle: el
de la rebelión contra Roma.
Los agentes del procurador cerca del Sanedrín le habían advertido de las numerosas
reuniones celebradas para tratar de prender y perder al Nazareno. Pilato, por tanto, estaba al
corriente de las intenciones de los que esperaban en el patio y del carácter «místico y
visionario» -según expresión propia- del movimiento que encabezaba Jesús.
-¿Por qué iba a satisfacer a esos envidiosos -concluyó Pilato-, deteniendo a unos pobres
diablos cuyo único mal es creer en fantasías y sortilegios?...
Aquellas revelaciones del gobernador de la Judea me abrieron definitivamente los ojos.
Estaba claro que, por mi parte, también había subestimado el poder de Poncio. Era lógico que
en una provincia como aquélla, tan levantisca y difícil, el poder de Roma tuviera los suficientes
resortes y tentáculos como para saber quién era quién. Y, evidentemente, Poncio sabía quién
era el Maestro.
-Sin embargo -tercié con curiosidad-, ¿por qué accediste a enviar un pelotón de soldados a
Getsemaní?
El procurador volvió a sonreír maliciosamente.

-Tú no conoces aún a esta gente. Son testarudos como mulas. Además, mis relaciones...,

digamos «comerciales», con Anás, siempre han sido excelentes. No voy a negarte que la
procuraduría recibe importantes sumas de dinero, a cambio de ciertos favores...
No me atreví a indagar sobre la clase de «favores» que prestaba aquel corrupto representante del César, pero el propio Poncio me facilitó una pista:
-Anás y ese carroñero que tiene por yerno han hecho grandes riquezas a expensas del pueblo y del tráfico de monedas y de animales para los sacrificios... Te supongo enterado del
descalabro sufrido por los cambistas e intermediarios de la explanada del Templo, precisamente
a causa de ese Jesús. Pues bien, mis «intereses» en ese negocio me obligaban en parte a
salvar las apariencias y ayudar al ex sumo sacerdote en su pretensión de capturar al mago...
Aquel descarado nepotismo de la familia Anás -situando a los miembros de su «clan» en los
puestos clave del Templo- era un secreto a voces. La actuación del procurador, por tanto, me
pareció totalmente verosímil.
Al llegar al final del corredor, Civilis abrió una puerta, dando paso a Pilato. Detrás, y por
orden del centurión, entraron Jesús, Juan Zebedeo, otros dos oficiales y yo. El legionario y los
criados permanecieron fuera.
Al irrumpir en aquella estancia reconocí al instante el despacho oval donde había celebrado
mi primera entrevista con el procurador. El ala norte de la fortaleza se hallaba, pues, perfectamente conectada con la sala de audiencias de Poncio. Ahora comprendía por qué no
había visto guardias en aquella puerta: era la que comunicaba posiblemente con las habitaciones privadas y por la que había visto aparecer, en la mañana del miércoles, al sirviente que nos anunció la comida.
Poncio Pilato fue directamente a su mesa, invitando al Nazareno a que se sentara en la silla
que había ocupado José de Arimatea. Juan, tímidamente, hizo otro tanto en la que yo había
utilizado. Los oficiales se situaron uno a cada lado del rabí, mientras Civilis ocupaba su habitual
posición, en el extremo de la mesa, a la izquierda del procurador. Yo, discretamente, procuré
unirme al jefe de los centuriones.
La luz que irradiaba por el gran ventanal situado a espaldas del romano me permitió explorar
con detenimiento el rostro del Maestro. Jesús había abandonado en parte aquella actitud de
permanente ausencia. Su cabeza aparecía ahora levantada. La nariz y el arco zigomático
derecho (zona malar o del pómulo) seguían muy hinchados, habiendo afectado, como temía, al
ojo. En cuanto a la ceja izquierda, parecía bastante bien cerrada. Los coágulos de sangre de las
fosas nasales y labios se habían secado, ennegreciendo parte del bigote y de la barba.
Pilato retomó el hilo de la conversación, indicando al rabí que, para empezar y para su

propia
tranquilidad, «no creía en la primera de las acusaciones».
-Sé de tus pasos -le dijo con aire conciliador- y me cuesta trabajo creer que seas un instigador político.
Jesús le observó con aire cansado.
-En cuanto a la segunda acusación, ¿has manifestado alguna vez que no debe pagarse el
tributo al César?
El Maestro señaló con la cabeza a Juan y respondió:
-Pregúntaselo a éste o a cualquiera que me haya oído.
El procurador interrogó al joven Zebedeo con la mirada y Juan, atropelladamente, le explicó
que tanto su Maestro como el resto del grupo pagaban siempre los impuestos del Templo y los
del César.
Cuando el discípulo se disponía a extenderse sobre otras enseñanzas, Pilato hizo un gesto
con la mano, ordenándole que guardara silencio.
-Es suficiente -le dijo-. ¡Y cuidado con informar a nadie de lo que has hablado conmigo!
Y así fue. Ni siquiera en el texto evangélico escrito por Juan muchos años más tarde se recoge esta parte de la entrevista del procurador romano con Jesús. (Es más, el escritor
sagrado no hace siquiera mención de su presencia en dicho diálogo. Si esta parte del interrogatorio -tal y como se desprende del Evangelio de San Juan- tuvo lugar en el interior del
pretorio y, por tanto, en privado, ¿cómo es posible que el Zebedeo la describa, refiriéndose a
los ya conocidos temas del «reino» y de la «verdad»? *(Juan* 18, 28-38). Sólo podía haber una
explicación: que él, precisamente, hubiera sido testigo de excepción.)
Pilato se dirigió nuevamente al Galileo:
-En lo que se refiere a la tercera de las acusaciones, dime, ¿eres tú el rey de los judíos?

El tono del procurador era sincero. Esa, al menos, fue mi impresión. Y el Maestro esbozó una
débil sonrisa. Al hacerlo, una de las grietas del labio inferior volvió a abrirse y un finísimo
reguerillo de sangre se precipitó entre los pelos de la barba.
-Pilato -repuso el rabí-, ¿haces esa pregunta por ti mismo o la has recogido de los acusadores?
El procurador abrió sus ojos indignado.
-¿Es que soy un judío? Tu propio pueblo te ha entregado y los principales sacerdotes me han
pedido tu pena de muerte...
Poncio trató de recobrar la calma y mostrando sus dientes de oro añadió:
-Dudo de la validez de estas acusaciones y sólo trato de descubrir por mí mismo qué es lo
que has hecho. Por eso te preguntaré por segunda vez: ¿has dicho que eres el rey de los judíos

y que intentas formar un nuevo reino?
El Galileo no se demoró en su respuesta:
-¿No ves que mi reino no está en este mundo? Si así fuera, mis discípulos hubieran luchado
para que no me entregaran a los judíos. Mi presencia aquí, ante ti y atado, demuestra a todos
los hombres que mi reino es una dominación espiritual: la de la confraternidad de los hombres
que, por amor y fe, han pasado a ser hijos de Dios. Este ofrecimiento es igual para gentiles que
para judíos.
Pilato se levantó y golpeando la mesa con la palma de su mano, exclamó sin poder reprimir
su sorpresa:
-¡Por consiguiente, tú eres rey!
-Sí -contestó el prisionero, mirando cara a cara al procurador-, soy un rey de este género y
mi reino es la familia de los que creen en mi Padre que está en los cielos. He nacido para
revelar a mi Padre a todos los hombres y testimoniar la verdad de Dios. Y ahora mismo declaro
que el amante de la verdad me oye.
El procurador dio un pequeño rodeo en torno a la mesa y. situándose entre Juan y el
prisionero, comentó para sí mismo:
-¡La Verdad!... ¿Qué es la Verdad?... ¿Quién la conoce?...
Y antes de que Jesús llegara a responder, hizo una señal a Civilis, dando por concluido el
interrogatorio.
Los oficiales obligaron al rabí a incorporarse y Poncio abrió la puerta, ordenando a sus
hombres que llevaran al Nazareno a la presencia de Caifás. Cuando avanzábamos nuevamente
por el corredor, Pilato se situó a mi altura, haciendo un solo pero elocuente comentario:
-Este hombre es un estoico. Conozco sus enseñanzas y sé lo que predican: «el hombre sabio
es siempre un rey».
Después de aquel razonamiento, deduje que el romano estaba dispuesto a liberar a Jesús. Al
presentarse por segunda vez ante los judíos, su actitud me confirmó aquel presentimiento.
Poco antes de las nueve de la mañana, Poncio se asomaba a la terraza y, adoptando un tono
autoritario, sentenció:
-He interrogado a este hombre y no veo culpabilidad alguna. No le considero culpable de las
acusaciones formuladas contra él. Por esta causa, pienso que debe ser puesto en libertad.
Caifás y los saduceos quedaron desconcertados. Pero, al instante, reaccionaron, gritando y
haciendo mil aspavientos. Civilis interrogó a Poncio con la mirada, al tiempo que echaba mano
de su espada. Pero el procurador volvió a, pedirle calma. Uno de los oficiales regresó
precipitadamente al interior del pretorio, posiblemente en busca de refuerzos.

Muy alterado, uno de los sanedritas se destacó del grupo y ascendiendo tres o cuatro escalones, increpó a Pilato con las siguientes frases:
-¡Este hombre incita al pueblo!... Empezó por Galilea y ha continuado hasta Judea. Es autor
de desórdenes y un malhechor. Si dejas libre a este hombre lo lamentarás mucho tiempo...
Sin pretenderlo, aquel saduceo acababa de proporcionar a Pilato un motivo para esquivar el
desagradable tema, al menos temporalmente. El procurador se acercó entonces a su centuriónjefe,
comunicándole:
-Este hombre es un galileo. Condúzcanle inmediatamente ante Herodes...
Civilis se dispuso a cumplir la voluntad de Poncio y, cuando se dirigía hacia el legionario
encargado de la custodia del Maestro, Pilato se volvió desde lo alto de la plataforma, añadiendo:
-¡Ah!, y en cuanto le haya interrogado, traedme sus conclusiones.

En esta ocasión fue el propio Civilis quien se responsabilizó de la custodia del Maestro. Los
ánimos de los judíos se hallaban tan alterados que, con muy buen criterio, el centurión se rodeó
de una pequeña escolta de diez legionarios, emprendiendo el camino hacia la residencia de
Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y, como Pilato, visitante en aquellas fechas en Jerusalén.
Este Herodes era hijo del tristemente célebre Herodes el Grande, el que había ordenado la
matanza de los niños menores de dos años en Belén y su entorno. Una masacre muy propia del
carácter y trayectoria de aquel rey, odiado por el pueblo y al que llamaban con el despreciativo
de «criado edomita». A través de numerosas pesquisas, Caballo de Troya pudo averiguar que la
sanguinaria matanza de los « inocentes» alcanzó a una treintena de niños[1].
Civilis, a la cabeza, cruzó el puente levadizo. Detrás, los soldados, arropando al Maestro y
formados en dos hileras. Y a escasa distancia, el resto del grupo: Caifás, el puñado de jueces,
Judas Iscariote, Juan Zebedeo, el anciano José de Arimatea y yo.
Mientras salíamos de la fortaleza me volví hacia el portalón abierto en la muralla norte y la
confusión reinó de nuevo en mi cerebro. Según los textos evangélicos, «una gran
muchedumbre» debía acudir hasta las mismísimas puertas del pretorio. Pero, ¿cómo podía ser
esto? De momento, las entrevistas con Poncio Pilato se habían celebrado poco menos que de
forma privada. Sólo aquella reducida representación del Sanedrín había tenido acceso al interior
de la Torre Antonia...
«Además -seguí reflexionando mientras descendíamos en dirección al barrio alto de la

ciudad-, sin el expreso consentimiento del procurador o de sus oficiales, ningún hebreo podía
traspasar el muro o parapeto exterior y, mucho menos, el foso que rodeaba aquella zona del
cuartel general romano.»
¿Qué iba a ocurrir, por tanto, para que la multitud judía pudiera llegar hasta las escalinatas
de la residencia privada de Poncio?
Juan, el discípulo amado de Jesús, informó inmediatamente a José y al mensajero de cuanto
había sucedido al pie del pretorio y en el interrogatorio privado del procurador, evitando, eso si,
su conversación con el romano. El joven Zebedeo había recobrado las esperanzas. Le vi
optimista ante las declaraciones de Pilato. Verdaderamente llevaba razón. Si el proceso se
hubiera mantenido dentro de aquella línea, prácticamente circunscrito al pequeño circulo de los
sanedritas y del gobernador extranjero, quizá la suerte del Maestro hubiera sido otra. Pero las
maquinaciones de Caifás y sus hombres no cesaban...
El «correo», una vez recogidas las últimas noticias sobre Jesús, se despidió de los amigos del
rabí, desapareciendo a la carrera hacia el campamento de Getsemaní.
Fue al cruzar bajo la puerta de los Peces cuando el de Arimatea, al ver cómo un nutrido
grupo de hebreos, presidido por varios jefes del Templo y otros fariseos, se unía al sumo
sacerdote y a los saduceos, expresó su desaliento. Mientras aguardaba frente al parapeto de
piedra de Antonia, José había recibido una información que venía a complicarlo todo: Anás, de
mutuo acuerdo con los jueces, había empezado a repartir secretamente monedas de oro
pertenecientes al tesoro del Templo. Después de anotar los nombres de cada uno de los
sobornados, los tres *gizbarîm* o tesoreros oficiales habían impartido una consigna común:
«clamar ante Poncio Pilato la muerte del impostor de Galilea».
Al ver cómo el grupo inicial de saduceos aumentaba sensiblemente, pregunté al de Arimatea
cómo pensaba Caifás introducir aquella muchedumbre en el recinto de la fortaleza.
-Dudo mucho -le dije- que Pilato y sus tropas lo autoricen.
José despejó mis dudas en un segundo. Casualmente aquella misma mañana del viernes,
víspera de la Pascua, los judíos disfrutaban de una antigua prerrogativa. Cientos de hebreos
tenían por costumbre subir hasta las inmediaciones del Pretorio y asistir a la liberación de un

1 Antes de iniciar la misión, yo habla recibido una completa información sobre quién era este tetrarca o gobernador
de Galilea: Herodes, por sobrenombre Antipas o «igual a su padre». Y la verdad es que dicho apodo encajaba a la
perfección. Herodes Antipas había heredado el gobierno de las tierras del norte (Galilea) a la muerte de su

funesto
padre, Herodes el Grande, en el año menos 4 de nuestra Era. Tenía 17 años. Según el primer testamento de su padre,
Antipas debería de haber recibido el reino de Judea. Pero Herodes el Grande cambió de idea y sustituyó a Antipas por
su otro hijo Arquelao, que se hizo cargo del citado reino de la Judea. Y Herodes Antipas recibió, como digo, Galilea. Un
tercer hijo, Filipo, fue designado también tetrarca de la Perea. Fue precisamente a este último a quien Herodes Antipas
le quitaría su mujer, la no menos célebre Herodias, responsable, al parecer, del asesinato del primo hermano de Jesús
de Nazaret, Juan el Bautista. *(N. del m.)*

preso. Esa gracia, potestad que recaía en el procurador, constituía uno de los gestos de amistad
y simpatía de Roma hacia sus súbditos. Encerraba, en consecuencia, un eminente carácter
festivo y, durante los días precedentes, tanto los vecinos de Jerusalén como los miles de
peregrinos se hacían lenguas, apostando por uno u otro candidato. En esta ocasión, el nombre
que sonaba con más fuerza entre los hebreos era el de «Barrabás». Según José de Arimatea,
un miembro activo del grupo revolucionario «zelota», un «fulano de padre desconocido, vil y
sanguinario, capturado por las fuerzas romanas en una revuelta»[1].
Aquella aclaración del anciano amigo de Jesús me hizo comprender muchas cosas. En primer
lugar, y en pura lógica, la ciudad santa había despertado aquella mañana del viernes, 7 de
abril, sin la menor noticia del prendimiento de su ídolo: Jesús de Nazaret. Sólo unos pocos lo
sabían. En segundo término, la próxima e inminente manifestación de judíos ante la residencia
de Pilato no tenía nada que ver con el Maestro de Galilea. Aunque Jesús no hubiera sido hecho
preso, se habría celebrado de igual forma.
Fueron, como digo, las malas artes del Sanedrín y la casi total ausencia de amigos y
partidarios del Nazareno en dicha reunión multitudinaria, para pedir la liberación de un reo, lo
que desembocó en lo que todos ya conocemos.
El palacio de los antiguos Asmoneos -residencia provisional de Herodes Antipas durante sus
breves estancias en Jerusalén- se hallaba muy cerca de la muralla que corría desde el soberbio
conjunto palaciego de Herodes el Grande (en el extremo occidental de la ciudad) al Templo. Se
trataba de una vetusta construcción, a base de enormes sillares de 20 codos de largo por 10 de
ancho que, en palabras de Josefo, «no podían ser cavadas ni rotas con hierro, ni movidas con
todas las máquinas del mundo».
A las puertas del palacio nos salió al paso una parte de la guardia personal de Antipas,

integrada en su mayoría por mercenarios tracios, germanos y galos. Muchos de ellos habían
servido primero con el padre del actual Herodes[2]. Vestían largas túnicas verdes -de media
manga- con el trono y vientre cubiertos por una especie de «camisa» o coraza trenzada a base
de escamas metálicas. Casi todos portaban a la espalda sendos carcajes de cuero, repletos de
flechas. (Herodes, a la vista del considerable número de soldados que llegué a detectar en el
interior del palacio, debía temer por su seguridad personal.)
Civilis intercambió algunas palabras con los porteros y la guardia abrió paso a la escolta
romana y a un reducido grupo de sacerdotes. El resto, incluido José de Arimatea, tuvo que
esperar frente al edificio.
Una vez más, la fortuna se puso de mi lado. Antes de emprender el camino hacia el interior
del palacio, el centurión me tomó por el brazo, anunciándome que el tetrarca era un entusiasta
de Grecia y que, silo estimaba oportuno, él tendría sumo placer en presentarme a Herodes y
hablarle de mis virtudes como astrólogo al servicio del Emperador. En principio acepté
encantado, aunque en los planes de Caballo de Troya no figuraba precisamente ningún tipo de
entrevista con aquel personaje.
Lógicamente, el centurión no podía imaginar que el interrogatorio de Antipas a Jesús de
Nazaret resultaría tan breve como estéril.
A pesar de lo antiguo de aquel palacio, Herodes se había encargado de embellecerlo hasta
límites insospechados. Desde el patio central, ocupado por un estanque rectangular y sobre
cuyo enlosado picoteaba un sinfín de palomas, varios de los criados, conducidos siempre por un
somatophylax o «guardaespaldas» de la corte herodiana (que respondía al nombre de Corinto),
nos fueron guiando hasta el piso superior. En aquella primera planta del palacio, abierta en su
totalidad hacia el jardín interior y cubierta por un artístico claustro de mármol, se hallaba la
sala de audiencias de Antipas.
Lo primero que me llamó la atención de aquella espaciosa sala, perfectamente iluminada por
tres grandes ventanales orientados hacia el norte, fue un sillón de madera negra,
magistralmente tallado y situado a la derecha de la cámara. Se trataba, sin duda, de un trono.

[1] Al consultar los archivos de Santa Claus, el ordenador central confirmó que el nombre de «Barrabas» era de origen semítico (más exactamente arameo). Podía tener varios significados: Bar, que significa «hijo» en arameo y «Rabba» o maestro y rabí. También cabía la explicación de «Bar Abba» o «hijo de su padre», que era un modo de llamar a cualquiera cuyo padre resultaba desconocido. *(N. del m.)*

[2] Algunos de aquellos galos habían formado parte de la guardia de Cleopatra, reina de Egipto, cifrándose su

número
en más de 400. *(N. del m.)*

Había sido elevado sobre un entarimado, también de oscura madera. A corta distancia, y
ocupando el centro de la sala, se abría una piscina circular de cuatro o cinco metros de diámetro y una profundidad difícil de precisar, a causa del líquido blanco que la llenaba. A los
pies del trono, una veintena de individuos aparecían recostados en voluminosos y blancos
almohadones de plumas. Al vernos se hizo un gran silencio.
Pero, por más que traté de identificar a Antipas, no lo logré. El Maestro fue situado por el
centurión frente al sillón, de madera, entre la piscina y aquella pléyade de acicalados «primos y
amigos» del tetrarca, que miraban estupefactos al galileo y a los legionarios romanos.
Caifás rompió al fin aquel violento silencio. Se adelantó hacia el grupo de cortesanos y extendió el pergamino de las acusaciones a un individuo extremadamente flaco, igualmente
recostado y semioculto entre los cojines.
Al ponerse en pie apareció ante mí un Herodes difícil de imaginar. A pesar de sus 55 años, su
aspecto era el de un viejo. Bajo una túnica prácticamente transparente se adivinaba un pellejo
esquelético, sembrado de costras cenicientas y sucias, que los romanos denominaban la
enfermedad de «mentagra»[1].
Aquellas úlceras -que hoy nos harían pensar en una posible sífilis- se habían hecho especialmente prolíficas en sus manos, cuello y rostro. Para colmo, Antipas lucía un cabello
largo y recortado en la frente, teñido de un rubio aparatoso.
Después de examinar el pergamino, Herodes fijó su mirada en Jesús, al tiempo que el sumo
sacerdote se deshacía en todo tipo de explicaciones sobre el proceso que se había seguido
contra aquel impostor y sobre los deseos del procurador romano de que el tetrarca procediera
al interrogatorio del galileo.
Antipas arrojó el rollo a los pies de Caifás. Este, confundido por la inesperada reacción del
gobernador de Galilea, enmudeció, mientras uno de sus levitas se apresuraba a recoger el
pergamino.
Y sin pronunciar una sola palabra, el enjuto tetrarca comenzó a dar vueltas en torno al Nazareno. Al final se detuvo frente a Jesús, estallando en sonoras carcajadas. Los cortesanos
no tardaron en imitarle y las risas terminaron por retumbar en los muros de mármol de la
estancia.
Herodes levantó entonces sus brazos y las carcajadas cesaron al instante.
Después, bajando sus manos lentamente, comentó divertido:

-Así que, al final, este milagrero presuntuoso ha terminado por visitar a la vieja zorra...
El tetrarca, evidentemente, conocía al Maestro y estaba enterado de aquellas frases pronunciadas por Jesús y en las que le había calificado de «zorra».
Antipas esperó la respuesta del prisionero. Pero el rabí, con la cabeza hundida sobre el pecho, no se dignó mirarle. Durante algo más de un cuarto de hora, el hijo de Herodes el
Grande acosó a preguntas al prisionero. Pero no obtuvo ni una sola respuesta. Una de las
principales preocupaciones de Antipas -a juzgar por sus preguntas- se centraba en la posibilidad de que aquel galileo fuera la reencarnación de Juan el Bautista, a quien él había
ejecutado tres años antes[2]. Saltaba a la vista que los remordimientos y el miedo habían hecho
presa en el alma de aquel gobernante despótico y cruel.

[1] Plinio el Viejo, en su *Historia Natural,* describe esta enfermedad asegurando que las citadas úlceras empezaban
siempre por el mentón. De ahí el nombre de «mentagra». Según nuestro computador, aquella dolencia fue importada
desde Asia por un ciudadano de Perusa. *(N. del m.)*

[2] Cuando Herodes Antipas se enamoró de la mujer de su hermano Filipo, tetrarca como él de la región de Perea, al
este del Jordán, aprovechó un viaje a Roma para unirse a Herodías. Su esposa legítima, hija del jeque árabe Areta,
cuarto rey de los nabateos, tuvo que salir de Israel, regresando con su familia. Desde entonces, Juan el Bautista
aprovechó cuantas oportunidades tuvo para reprochar a Herodes y a su amante, Herodías, su adulterio permanente.
Las críticas del primo hermano de Jesús fueron tan duras que Antipas, posiblemente por consejo de Herodías, mandó
encarcelar al Bautista en una apartada fortaleza situada en la orilla oriental del Mar Muerto y que los beduinos llaman
aún el Mashnaka o «Palacio Colgado». Allí sería decapitado poco después. Desde entonces, Antipas vivió consumido por
el miedo creyendo que el fantasma de Juan el Bautista regresaría algún día para hacer justicia. Según nuestras
investigaciones, era muy improbable que Antípas hubiera accedido a degollar al Bautista a raíz de la famosa danza de
Salomé, la hija de Herodias. En aquella época, Salomé debía ser una adolescente. El verdadero nombre de la hijastra
de Herodes nos es conocido gracias al testimonio de F. Josefo y a la inscripción de una moneda en la que aparece junto
a su marido Aristóbulo. Según los historiadores, la versión más racional v verosímil es que Juan el Bautista fuera
encarcelado y ejecutado como consecuencia de sus agrias críticas contra el tetrarca y contra la esposa de Filipo. *(N. del
m.)*

Decepcionado por el silencio del Galileo, Herodes cambió de táctica. Y señalando a uno de
sus leales, exclamó:
-¡Manaén!... ¡Llama a Herodías!
Y el viejo *syntrophos* o preceptor de Herodes Antipas se apresuró a salir del salón de audiencias, en busca de la amante de su señor.
Herodes, lejos de irritarse por el mutismo del Galileo, parecía íntimamente complacido.
Aquella actitud resultaba muy extraña y, disimuladamente, fui bordeando el filo de la piscina,

procurando no resbalar sobre el pulido pavimento de mármol con incrustaciones de coral rosa.
Su pasión por el helenismo, tal y como me había adelantado el centurión, se notaba, no sólo en
su atuendo y en los hombres que le rodeaban, sino también en la decoración del palacio. Aquel
piso, por ejemplo, primorosamente trabajado a base de diminutas porciones del uniforme v
brillante coral llamado «piel de ángel» -extraído posiblemente del Mediterráneo- era una de las
pruebas más elocuentes del refinamiento de que hacía gala aquel personaje. Los artesanos
fenicios al servicio de Antipas habían logrado formar un gigantesco y hermosísimo «cuadro» de
la legendaria Medusa y de Teseo, su asesino[1], embutiendo en las planchas de mármol miles de
gránulos de coral que daban forma a la citada escena mitológica.
De esta forma me aproximé a un costado de Civilis y, en voz baja, le pregunté por qué el
tetrarca adoptaba aquella actitud. El centurión -que conocía bien la desordenada vida de
Antipas- me sugirió una explicación nada despreciable:
Todo Israel sabe que Herodes temía y respetaba al fogoso profeta que llamaban el Bautista.
En alguna ocasión, este loco llegó a comentar que Jesús de Galilea podía ser Juan. No sería de
extrañar que, al comprobar el silencio del prisionero, su desequilibrada razón haya recobrado la
calma.
De pronto, Antipas salió de sus pensamientos y tomando una copa de cristal se aproximó al
estanque. Se inclinó y la llenó con aquel liquido blanco. Después, situándola a la altura del
rostro del Nazareno, le preguntó con soma:
-Dime, galileo, ¿podrías convertir la leche en vino?
Jesús, inmóvil, no pestañeó. Su cara seguía baja.
Herodes se encogió de hombros y regresó a su colchón de plumas. Uno de los criados,
posiblemente un eunuco, a juzgar por sus anillos en las orejas y sus caderas y ademanes
feminoides, se arrodilló ante el tetrarca, procediendo a calzarle. Aquellas sandalias con cintas
doradas me llamaron la atención. Ambas plantas aparecían cubiertas con una serie de finísimas
almohadillas. Una vez ajustadas, Antipas se puso nuevamente en pie y, ante mi sorpresa, bajo
el peso de su cuerpo, aquellas bolsitas empezaron a rezumar un líquido transparente y oloroso.
¡Eran «vaporizadores»! (una especie de desodorante que había empezado a hacer furor entre
las clases adineradas de Roma y Grecia y que eliminaba en buena medida los desagradables
olores de la transpiración).
Antipas no se rendía y trató de que el Maestro le divirtiera con alguno de sus prodigios.

Tomó una bandeja de plata en la que se alineaban unas pequeñas tiras de carne y presentándosela a Jesús, le increpó en los siguientes términos:
-Si tú has sido capaz de multiplicar panes y peces, supongo que no te resultará muy difícil
hacer otro tanto con estas lenguas de flamenco... ¿Serias tan amable?
El silencio fue la única respuesta. Y Herodes, que había pasado de la burla a la cólera, levantó la pieza de metal, dejando caer su manjar favorito sobre la cabeza y hombros del rabí.
La ocurrencia fue respaldada al momento por las risas de sus acólitos. Pero el Maestro no se
conmovió.
La grotesca escena se vio interrumpida por la súbita llegada de una mujer. Antipas, al verla,
se apresuró a acudir a su encuentro, tomándola por una mano y conduciéndola frente a Jesús.
A pesar de haber cruzado la barrera de los cuarenta, la belleza de Herodías, la amante de
Antipas, resultaba excitante. Su vestimenta constaba únicamente de una serie de gasas de

1 La leyenda griega relata que existían tres hermanas -las Gorgonas- que disponían de un solo ojo y de un solo diente para las tres, pasándoselo una a otras, cuando querían ver o comer. Esto, según la leyenda, simbolizaba que la envidia, la calumnia v el odio veían con un solo ojo y se alimentaban con el mismo diente. Una de estas terribles hermanas, viejas como la Humanidad y con serpientes en lugar de cabellos (Medusa), tenía el poder de convertir en piedra todo lo que miraba. Pero fue muerta por Teseo, que le cortó la cabeza. Y según la mitología, una parte de su sangre fue a caer al mar, convirtiéndose en coral. De ahí que el coral haya tenido siempre una gran aceptación entre estos pueblos, como valiosos amuletos contra el «mal de ojo» y la envidia. *(N. del m.)*

Malta que formaban una doble túnica y que transparentaban una piel aceitunada. Su cabeza
presentaba una cinta blanca que aprisionaba las sienes y sobre las que se alzaban tres pisos de
trenzas tan negras como sus ojos. Aquel complicado peinado estaba rematado en su cúspide
por pequeñas caracolas, hechas de rizos cilíndricos.
Civilis, al verla, fijó sus ojos en los pequeños pechos, perfectamente visibles a través de los
lienzos. Y volviéndose hacia mí, me guiñó un ojo.
Antipas se aproximó a Jesús y sacudiendo con sus dedos algunas de las lenguas de flamenco
que habían quedado enredadas en sus cabellos, tranquilizó a la mujer, asegurándole que aquel
mago no era siquiera la sombra del aborrecido Juan el Bautista. Herodías, con las cejas y
pestañas teñidas con brillantina y los párpados sombreados por alguna mezcla de lapislázuli
molido, observó detenidamente al reo. Después, contoneándose sin el menor pudor, se alejó

del Maestro, buscando acomodo en el trono de madera. Una vez allí, y ante la expectación general, le hizo una señal a Antipas, indicándole que se aproximara. Herodes obedeció al instante. Y tras susurrarle algo, el tetrarca, sonriendo maliciosamente, descendió del entarimado hasta situarse a espaldas del rabí. Acto seguido tomó el filo de la túnica de Jesús, levantándola lentamente, de forma que Herodías y sus cortesanos pudieran contemplar las piernas del Nazareno. Antipas prosiguió hasta descubrir la totalidad de los musculosos muslos del prisionero, así como el taparrabo que le cubría. Los labios de Herodías, de un rojo carmesí, se abrieron con palpable admiración, al tiempo que un oleada de indignación empezaba a quemarme las entrañas.

Civilis notó mi creciente cólera e, inclinándose hacia mí, comentó:

-No te alarmes. La ley judía le concede a ese puerco hasta un total de 18 mujeres, pero su impotencia es tan pública y notoria que esa ramera busca consuelo hasta en los esclavos de las caballerizas... Y Herodes lo sabe. Herodías lo tiene cogido por el trono y por los testículos...

Las palabras del oficial fueron tan acertadas como proféticas. ¡Qué poco sospechaba Antipas que, precisamente aquella mujer, sería la causa de su desgracia final...![1]

La humillante escena fue zanjada por el centurión. El tiempo apremiaba y con amables pero firmes palabras rogó al tetrarca que le comunicara su veredicto respecto al prisionero.

-¿Veredicto? -argumentó Antipas, que hacia tiempo que había comprendido que el Galileo no deseaba abrir la boca-. Dile a Poncio que agradezco su gentileza, pero que Judea no entra dentro de mi jurisdicción. Que sea él quien decida.

Y dando media vuelta se encaminó hacia uno de sus amigos. Le arrebató un costoso manto de púrpura con que se cubría y, sin más explicaciones, lo depositó sobre los hombros del Maestro, soltando una larga y estridente carcajada, que fue aplaudida por sus amigos y parientes.

Caifás y los sacerdotes, tan decepcionados como Antipas, se encaminaron hacia la puerta, mientras Civilis, tras saludar brazo en alto al tetrarca y a Herodías, empujó a Jesús, indicándole que la visita había terminado.

Al abandonar la sala aún resonaban los aplausos de la camarilla de Herodes, sumamente complacida por aquel último gesto de burla y escarnio del edomita.

(Una vez más, el testimonio de algunos exegetas no coincidía con la realidad. Jesús no fue cubierto con un manto blanco, en señal de demencia, tal y como señalan estos comentaristas

bíblicos, sino con uno rojo brillante, que reflejaba la mofa de Herodes Antipas, considerándole
como un «libertador» o un «rey» de pacotilla. Un manto que acompañaría ya a Jesús de

1 Esta fulminante afirmación del mayor me llevó a revisar cuantos documentos me fue posible, en busca del desgraciado final de Herodes Antipas. Con gran sorpresa por mí parte descubrí que el hijo de Herodes el Grande había
sido víctima, finalmente, de la ambición y del dominio de su amante: Herodías. Tras la muerte del emperador Tiberio,
en el año 37 de nuestra Era, otro miembro de la numerosa familia de los Herodes, hermano precisamente de Herodías,
fue sacado de la cárcel de Roma por el nuevo César, Cayo, alias «Calígula» o «Botita». *Y* ante la desesperación de
Antipas y de su amante, Herodes Agripa fue designado rey de todo Israel. Antipas se dejó influir por Herodías y acudió
a Roma, dispuesto a pedir para si el titulo de rey. Pero «Calígula», que se encontraba en aquellas fechas - año 39 de
nuestra Era- en plena campaña militar en las Galias, no sólo no accedió a los deseos del tetrarca de Galilea, sino que,
ante el desconcierto del «viejo zorro», le desposeyó de su título, desterrándole. Flavio Josefo y Tilemont coinciden en
que Herodes Antipas y su mujer, Herodías, se vieron obligados a peregrinar a España, donde posiblemente se
establecieron y murieron. (En aquellas fechas había ya en la península ibérica siete ciudades mediterráneas con
importantes colonias judías, así como otras zonas de Andalucía donde Herodes pudo fijar su residencia.) *(N. de J. J.
Benítez.)*

Nazaret hasta el momento crítico de la flagelación y que, como veremos más adelante, fue el
mismo con el que le cubrieron los legionarios romanos.)
A las diez de la mañana, la escolta se retiró del palacio de los Asmoneos, reemprendiendo el
retorno a la fortaleza Antonia. Al igual que en el camino de ida, un cerrado grupo de hebreos
siguió silencioso y vigilante a los legionarios que protegían al rabí.
En esos momentos, inesperadamente, Judas Iscariote se desligó de la turba que encabezaba
Caifás y me sorprendió con una pregunta...
Al principio titubeó. Miró a su alrededor con desconfianza y, finalmente, se decidió a hablarme. Judas debía pensar que mi constante presencia cerca del Maestro me había convertido en uno de sus seguidores. Sin embargo, terminó por vencer su recelo y apartándome del pelotón de escolta me interrogó sobre el desarrollo del interrogatorio en el
palacio de Antipas. Le relaté lo sucedido y el Iscariote, por todo comentario, lamentó el silencio
de Jesús, añadiendo:
-¡Qué nueva oportunidad perdida...!
Le dije que no comprendía y el Iscariote, evitando mi mirada, me habló de sus tiempos como
discípulo del Bautista y de cómo jamás había perdonado al Maestro que no intercediera en favor
de la vida de Juan. Ahora -según el traidor-, Jesús tampoco había hecho nada por reivindicar la
memoria de su amigo y primo hermano. Aquella confesión me sorprendió. Por lo visto,

el
Iscariote se había unido al Nazareno a raíz del encarcelamiento del Bautista y llegué a pensar
que buena parte de su odio hacia el rabí venía arrastrado precisamente por aquellas circunstancias.
Ambos continuamos en silencio. Yo ardía en deseos de preguntarle la razón de su traición,
pero no tuve valor. Y sólo me atreví a interrogarle sobre la causa por la que se había adelantado al grupo de soldados en la noche del prendimiento. Judas, aislado y humillado por
unos y otros, sentía la necesidad de sincerarse. Pero su respuesta fue una verdad a medias...
-Sé que nadie me cree -se lamentó-, pero mi intención fue buena. Si me adelanté a los soldados y levitas del templo fue para advertir al Maestro y a mis compañeros del campamento
de la proximidad de la tropa que venía a prenderle.
Guardé silencio. Aquella manifestación, en efecto, resultaba difícil de aceptar. Es posible que
Judas, dada su cobardía, hubiera podido maquinar semejante «arreglo». De esta forma, los
discípulos quizá no habrían llegado a desconfiar de su presencia. Pero sus intenciones, si es que
realmente fueron éstas, se vieron truncadas ante la inesperada presencia del Nazareno en
mitad del camino que conducía al huerto.
No hubo tiempo para más. Civilis y sus hombres penetraron de nuevo por la muralla norte
de la Torre Antonia, dirigiéndose hacia las escalinatas del pretorio.
Al llegar a la terraza donde se había celebrado aquella primera parte del interrogatorio, me
desconcertó la presencia de una tarima semicircular sobre la que había sido dispuesta una silla
«curul», destinada generalmente para impartir justicia. El centurión dejó a Jesús al cuidado de
sus hombres y entró en la residencia.
El resto de los hebreos, con el sumo sacerdote en primera línea, aguardó, como de costumbre, al pie de las escaleras. Esta vez, José de Arimatea si había entrado en el recinto de
la Torre.
Pilato no tardó en aparecer y tomando asiento en la silla transportable se dirigió a Caifás y a
los saduceos:
-Habéis traído a este hombre a mi presencia acusándole de pervertir al pueblo, de impedir el
pago del tributo al César y de pretender ser el rey de los judíos. Le he interrogado y no le creo
culpable de tales imputaciones. En realidad no veo falta alguna... Le he enviado a Herodes y el
tetrarca ha debido llegar a las mismas conclusiones, ya que me lo ha enviado nuevamente. Con
toda seguridad, este hombre no ha cometido ningún delito que justifique su muerte. Si consideráis que debe ser castigado estoy dispuesto a imponerle una sanción antes de soltarle.

Juan, sin poder contener su alegría, dio un brinco, abrazándose a José de Arimatea.
Pero, cuando todo parecía inclinarse a favor del Nazareno, el patio existente entre la escalinata y el portalón de la muralla se vio súbitamente invadido por cientos de judíos.
Irrumpieron tranquila y silenciosamente, con un grupo de soldados romanos a la cabeza.
Tal y como me había advertido el anciano de Arimatea, aquella muchedumbre había acudido
hasta la casa del procurador, deseosa de asistir al indulto de un reo. Y es de gran importancia
resaltar que, en el momento en que dicha masa humana llegó frente a la residencia de Poncio -

previa autorización de la guardia-, ninguno de aquellos israelitas sabía lo que estaba ocurriendo. Fue allí, a la vista de Jesús y de los sacerdotes, donde se dejaron arrastrar por la
hábil y oportuna intervención de Caifás y los saduceos. Si el juicio contra Jesús se hubiera
producido en otro momento o en otra jornada, sin la presencia de aquella turba, es posible que
el Sanedrín no se hubiera salido con la suya.
Pilato sabía de la llegada de aquel gentío. De hecho, la colocación de la tarima y de la silla
sobre el embaldosado de la terraza obedecían única y exclusivamente a la ceremonia de la
tradicional amnistía. Pero Poncio, dejándose llevar de su buena fe, cometió un grave error. Tras
evacuar una serie de consultas con sus centuriones se levantó de la silla y, elevando la voz,
preguntó a la multitud el nombre del preso elegido.
«¡Barrabás!», respondió el pueblo como un solo hombre.
Hasta ese momento, ni Pilato ni los jueces habían pronunciado el nombre de Jesús. Aquello
significaba, tal y como suponía, que los hebreos habían llegado hasta el pretorio con la intención premeditada de solicitar la liberación del terrorista y así lo manifestaron antes de que
el procurador les pidiera silencio y les explicara cómo los sacerdotes habían llevado a Jesús a su
presencia y de qué le acusaban. En suma: aquel gentío -aun no estando presente el rabí de
Galilea- hubiera clamado por Barrabás, el «zelota». Pero, como ya anuncié, la oportuna
intervención de Caifás y sus secuaces y el oro que había sido repartido entre un puñado de
judíos, mezclado estratégicamente entre aquella multitud, terminaron por inclinar la balanza
hacia el Sanedrín.
Cuando Poncio terminó de explicar a la muchedumbre la presencia de Jesús en aquel tribunal, dejando bien claro que «él no veía en aquel hombre razones que justificaran dicha
sentencia», formuló una segunda pregunta:

-¿A quién queréis que libere? ¿A Barrabás, el asesino, o a este Jesús de Galilea?
Por un instante, los cientos de hebreos quedaron atónitos. No se produjo una respuesta
fulminante. Aquella gente, eso fue evidente, dudó.
Caifás y los saduceos se dieron cuenta del grave riesgo que suponía aquel silencio y, adelantándose hacia Pilato, gritaron con fuerza:
-¡Barrabás...! ¡Barrabás!
La iniciativa de los sanedritas tuvo un rápido eco. Desde diferentes puntos del atestado patio
se levantaron otras voces, pertenecientes sin duda a los judíos sobornados, que clamaron
también por la liberación del revolucionario. Y en cuestión de segundos, la masa entera imitó a
los sacerdotes, uniéndose al coro de Caifás.
Fue inútil que Juan Zebedeo se quebrara casi la garganta, gritando el nombre de su Maestro.
Su voz quedó sepultada por un «¡Barrabás!» rotundo y generalizado, repetido una y otra vez
hasta que el procurador, levantando los brazos, pidió silencio.
En los ojos de Poncio había una llamarada de odio hacia aquellos saduceos, flagrantes inductores de una masa amorfa e ignorante. Como dije, la irritación del procurador romano no
tenía su origen en el hecho circunstancial de que aquel galileo pudiera ser o no sentenciado. Lo
que le encolerizaba era, precisamente, que su decisión de poner en libertad al Maestro se viera
olímpicamente despreciada por la casta sacerdotal.
Pero el error de Pilato, ofreciendo a Jesús como posible candidato a la liberación, aún era
susceptible de rectificación. Y tomando nuevamente la palabra les recriminó su alevosa conducta:
-¿Cómo es posible escoger la vida de un asesino -dijo señalando directamente a Caifás-
contra la de este galileo cuyo peor crimen es creerse rey de los judíos?
El resultado de aquellas palabras fue totalmente contrario a lo que podía esperar Pilato. Los
jueces se mostraron sumamente ofendidos por lo que consideraron un insulto a su soberanía
nacional, instigando a la muchedumbre a que clamara con mayor fuerza por la libertad del
«zelota». Y así ocurrió. Aquellos hebreos, en su mayoría gente inculta, bataneros, cargadores,
mendigos, peregrinos desocupados y, por supuesto, levitas libres de servicio en el templo,
levantaron de nuevo sus voces, exigiendo a Barrabás.
Aquella súbita explosión popular hizo dudar al procurador, quien, acompañado de sus oficiales, se retiró a deliberar.
Ahora estoy convencido que si Poncio no hubiera mezclado al Nazareno en aquella elección,
seguramente no se habría visto comprometido ante los dignatarios sacerdotales.

Jesús, entretanto, permanecía tranquilo, de cara a la multitud. Aquellos minutos de espera -
y los que siguieron- fueron decisivos para Caifás. Aprovechando la momentánea ausencia del
procurador se las ingenió para que sus compañeros de complot se desparramaran entre los allí
congregados, incitándoles sin cesar a pedir la suelta del popular Barrabás. Era triste y
decepcionante observar a aquellas gentes, muchos de los cuales conocían y habían admirado
las palabras y valor del Galileo «limpiando», por ejemplo, la explanada de los Gentiles del
sacrílego comercio de los cambistas e intermediarios. En un instante y, sin el menor criterio
personal, se habían vuelto contra el indefenso Jesús.
Poncio retornó a su silla y observó al gentío. Había apoyado los codos en los brazos del
asiento, sosteniendo la cabeza sobre sus manos entrelazadas, en actitud reflexiva. Como
medida de precaución, Civilis había dado la orden de que la puerta de la muralla fuera cerrada,
desplegando varias unidades armadas en torno a la muchedumbre. Fue una lástima que los
judíos no se percataran a tiempo de esta maniobra de los romanos. Conociendo como conocían
la crueldad de Pilato, quizá al observar cómo eran sigilosamente cercados se hubieran
preocupado más por su seguridad que por la liberación de nadie.
El comandante en jefe de la legión acababa de cursar órdenes precisas a sus legionarios. Si
el orden se veía amenazado tenían autorización para desenvainar sus espadas.
Durante algunos minutos, el gobernador romano guardó silencio. La multitud le imitó, en
espera de una decisión. Y en eso estábamos cuando uno de los sirvientes del pretorio apareció
en la terraza, entregando una misiva lacrada a Civilis, al tiempo que le comunicaba algo. El
centurión inspeccionó la pequeña hoja de pergamino y avanzó hacia la silla, sacando a Poncio
de sus pensamientos. El procurador abrió la nota y, tras leerla detenidamente, se puso en pie.
Caifás, los jueces y todos los allí reunidos quedamos intrigados. Poncio parecía dudar. Dio un
par de cortos paseos por la terraza y, al fin, parándose ante la multitud, anunció que había
recibido una carta de su esposa, Claudia Prócula, y que deseaba leerla en público. El viento le
obligó a sujetar el pergamino con ambas manos. Y con voz clara y potente procedió a su
lectura:
-Te ruego no intervengas para nada -decía la misiva- en la condena del hombre íntegro e
inocente que se llama Jesús. Esta noche, durante mi sueño, he sufrido mucho por él.
Al conocer el contenido de la carta, José de Arimatea pareció alegrarse sobremanera. Aunque el
anciano no llegó a confesármelo abiertamente, todos los indicios apuntaban hacia el

importante
hecho de que la esposa de Poncio conocía y aceptaba las enseñanzas del Maestro de Galilea
(según pude entender, algunos de sus sirvientes formaban parte del primigenio grupo de
seguidores de Jesús)[1]
Al principio, al notar la intensa mirada de Civilis, no asocié el texto de la misiva de Prócula
con la aguda superstición que dominaba al procurador y con el augurio que yo me habla
atrevido a formular en presencia del centurión. Fue poco después, cuando nos dirigíamos al
patio central de la fortaleza para asistir a la flagelación del Maestro, cuando el oficial-jefe
recordó mis palabras sobre el extraño suceso celeste que yo había pronosticado para aquella
mañana, vinculándolo al misterioso «sueño» de la mujer del procurador. Todo aquello, al
parecer, había influido -y no poco- en Poncio. Quizá por ello, tras la lectura del mensaje de su
esposa, el gobernador, con voz temblorosa, se dirigió nuevamente a la multitud,
preguntándole:
-¿Por qué queréis crucificarle...? ¿Qué daño os ha causado?
Los sacerdotes percibieron inmediatamente la creciente debilidad del representante del César
y se ensañaron con él, vociferando sin descanso:
-¡Crucifícale...! ¡Crucifícale...!
El paroxismo de los judíos llegó a tal extremo que la siguiente pregunta de Poncio apenas si
fue oída:

[1] Aunque en el aquel primer «gran viaje» de Caballo de Troya no llegué a coincidir con Claudia Prócula o Procla,
todas nuestras informaciones señalaban el origen de esta mujer como «distinguido» y, posiblemente, entroncado -
según Tác¡to- en la rama de los Próculos, pertenecientes como Poncio al orden ecuestre. Fueron muy conocidos Ticio
Próculo, amigo dc Sila; Cervario Próculo, que conspiró contra Nerón; Licinio Próculo, servidor de Otón y prefecto del
Pretorio y Volusio Fróculo, que mandó la flota de Mesina. Una de las tradiciones hacía a Prócula descendiente de los
«Claudios», oriundos a su vez de las Galias, y quizá emparentada lejanamente con Tiberio. Si esto fuera cierto, quizá
pudiera explicarse por qué Poncio Pilato fue desterrado a las Galias por Calígula después del fallecimiento de Tiberio.
(N. del m.)

-¿Quién quiere testimoniar contra él?
La muchedumbre sólo sabía repetir una única palabra:
-¡Crucifícale!
En vista de aquel tumulto, Civilis desenvainó su espada y, levantándola por encima de su
casco, se dispuso a dar la señal para que sus hombres entraran en acción. Pero Pilato obligó al
centurión a envainar su arma. Y agitando las palmas de sus manos pidió silencio. Poco

a poco,
aquellos fanáticos fueron recobrando la calma. Y el procurador, haciendo caso omiso de las
anteriores peticiones del populacho, repitió su pregunta:
-Os pido una vez más que me digáis qué preso deseáis que liberemos en este día de Pascua.
La respuesta fue igualmente monolítica y contundente:
-¡Entréganos a Barrabás!
Pilato quedó silencioso y moviendo la cabeza en señal de desaprobación insistió:
-Si suelto a Barrabás, el asesino, ¿qué hago con Jesús?
Aquel nuevo signo de debilidad por parte del gobernador fue acogido con un brutal estallido
de violencia. Y la palabra «¡Crucifícale! » se levantó como un trueno.
La turba, con los puños en alto, siguió clamando, cada vez con más fuerza:
-¡Crucifícale...! ¡Crucifícale...! ¡Crucifícale!.
El vocerío impresionó tanto a Poncio que, asustado, se retiró de la terraza, perdiéndose en el
interior de su residencia. Uno de los oficiales, siguiendo las instrucciones de Civilis, se apresuró
a seguir al procurador. Y al rato, mientras la multitud, poseída por la idea de matar al Maestro,
continuaba con su funesta petición de crucifixión, aquel centurión que había acudido en pos de
Pilato reapareció en la entrada del pretorio, cursando una trágica orden a Civilis.
El centurión jefe asintió con la cabeza y alzando sus brazos en un gesto autoritario ordenó
silencio. La multitud obedeció, consciente del poder y de la extrema dureza de aquel extranjero.
Una vez hecho el silencio, Civilis pronunció unas breves pero dramáticas palabras, que helaron
el corazón de José y Juan:
-La orden del procurador es ésta: el prisionero será azotado...
Y con el más absoluto de los desprecios giró sobre sus talones, haciendo un gesto a sus
hombres para que condujeran al reo al interior del pretorio.
Sin pararme a pensarlo me lancé tras Civilis, uniéndome a la escolta que cruzaba ya el «hall» de la residencia.
Eran las diez y media de la mañana...
Aquella vez, Juan Zebedeo no acompañó al Maestro. Y me alegré profundamente. El
espectáculo que estaba a punto de presenciar hubiera terminado con su decaída moral.
Giramos por la escalinata de la derecha, adentrándonos en un largo y húmedo pasadizo,
apenas iluminado por algunas lámparas de aceite, cuyas llamas oscilaron al paso de la escolta.
El centurión, visiblemente disgustado por el curso que estaban tomando los acontecimientos,
se lamentó de la debilidad del procurador. Si de él hubiera dependido, el proceso contra aquel
galileo habría concluido sin contemplaciones...
-Entre este visionario y un «zelota» asesino -me aseguro mientras salvábamos los últimos
metros del pasadizo-, Roma no hubiera dudado. Y mucho menos cuando ese manojo de

serpientes tiene el atrevimiento de desafiar la autoridad del César...
Al salir de aquel túnel reconocí en seguida el patio porticado que había cruzado en la mañana
del miércoles, cuando José y yo nos disponíamos a entrevistamos con Poncio. Desde el «hall»
del Pretorio podía accederse, por tanto, al mencionado patio y al túnel abovedado de la entrada
oeste de la fortaleza, recorriendo simplemente aquel pasadizo de cincuenta escasos metros. La
salida se hallaba exactamente en la esquina nororiental del patio, a la derecha de las escaleras
de mármol que llevaban al despacho oval de Pilato.
Siguiendo, al parecer, una costumbre harto frecuente, los soldados llegaron al centro del
patio, deteniéndose junto a la fuente circular de la diosa Roma. El centurión advirtió que
retiraran los caballos que estaban siendo cepillados y, mientras los jinetes procedían a desatar
las riendas, varias decenas de legionarios libres de servicio fueron aproximándose. La noticia de
la inminente flagelación de aquel judío -que se autocalificaba como «rey» de los hebreos- se
había extendido rápidamente entre la guarnición, que, lógicamente, no quiso perderse el
acontecimiento.
Civilis me sugirió que me apartase.

-Poncio quiere un castigo... especial -añadió el centurión con una sarcástica sonrisa-. ¡Y por
Zeus que lo va a tener!
Las palabras del oficial me hicieron temblar. Miré a Jesús, pero el gigante seguía ausente e
inmóvil, con los ojos fijos en el chorro de agua que saltaba de la pequeña esfera que sostenía la
diosa en su mano izquierda.
Los cascos de los caballos, alejándose hacia una de las esquinas del recinto, marcaron el
principio de aquella tortura. De entre los legionarios se habían destacado dos, especialmente
fornidos. Ambos sostenían en sus manos sendos *flagrum* o látigos cortos, formados por mangos
de cuero y metal de apenas 30 centímetros de longitud. De uno de ellos partían tres correas de
unos 40 o 50 centímetros cada una, armadas en sus extremos de sendos pares de astrágalos
(tali) o tabas de carnero. El otro verdugo acariciaba los anillos de hierro de su *plumbata,* del
que salían dos tiras de cuero, provistas de un par de bolitas de metal (posiblemente plomo) en
cada punta.
A una señal del oficial en jefe, dos de los soldados de la escolta situaron al Maestro

frente a
uno de los cuatro mojones o pequeñas mugas de cuarenta centímetros de altura, que rodeaban
la fuente y que eran utilizados para amarrar las riendas de las caballerías.
Uno de los legionarios intentó soltar las ligaduras de las muñecas, pero habían sido
dispuestas de tal forma que, tras varios e inútiles intentos, tuvo que echar mano de su espada,
cortándolas de un tajo. Después de casi ocho horas con los brazos atados a la espalda, las
manos de Jesús aparecían tumefactas y con un tinte violáceo.
Una vez desatado, los legionarios le desposeyeron del manto púrpura que había amarrado
Herodes Antipas en torno a su cuello, retirando a continuación su amplio ropón. Con la misma
violencia le despojaron de la túnica. Las ropas del Maestro cayeron sobre uno de los charcos de
orín de las caballerías. Por último, le desataron las sandalias, descalzándole.
Y acto seguido, el mismo soldado que había cortado las ligaduras se colocó frente al
prisionero, anudando sus muñecas por delante con los restos de la maroma que acababa de
sajar.
Jesús, con una total y absoluta docilidad, se dejó hacer. Su cuerpo había empezado a sudar.
Aquella reacción de su organismo me puso en alerta. La temperatura ambiente no era, ni
mucho menos, tan alta como para provocar aquella súbita transpiración. Di un pequeño rodeo a
la fuente, situándome frente a él y comprobé, efectivamente, cómo su rostro, cuello y costados
habían empezado a humedecerse. En ese momento lamenté no haberme encajado las lentes de
visión infrarroja. A juzgar por las cada vez más aceleradas pulsaciones de sus arterias carótidas
y por las sucesivas y profundas inspiraciones que estaba practicando, el rabí había empezado a
experimentar una nueva elevación de su tono cardíaco.
El Nazareno era perfectamente consciente de lo que le aguardaba y su organismo reaccionó
como el de cualquier individuo.
De un tirón, el legionario le obligó a inclinarse hacia el mojón de piedra, procediendo a
sujetar la cuerda en la argolla metálica que coronaba la pequeña columna. La gran altura del
Galileo y lo reducido del mojón le obligaron desde un primer momento a separar las piernas,
adoptando una postura muy forzada. Los cabellos habían caído sobre su rostro, ocultando sus
facciones por completo.
Por un lado me alegré de no poder ver su cara...
El sudor se fue haciendo más intenso, convirtiendo sus anchas espaldas y torso en una
superficie brillante.
De pronto, uno de los sayones se adelantó y agarrando el taparrabo de Jesús se lo arrebató
con un golpe brusco, dejándole totalmente desnudo.

La rotura de las cintas que sujetaban el taparrabo provocó un súbito e intenso dolor en los
genitales de Jesús. Su cuerpo se estremeció y sus rodillas se doblaron por primera vez.
Al verle desnudo, los legionarios estallaron en una carcajada general. Pero las burlas de la
soldadesca fueron zanjadas por la llegada de Poncio. Y sin más preámbulos, el procurador
ordenó a los verdugos que procedieran. En mitad de un silencio expectante, el legionario más
alto, situado a la derecha del Maestro, levantó su *flagrum* de triple cola, lanzando un terrorífico
latigazo sobre la espalda de Jesús, al tiempo que cantaba el primero de los golpes:
-¡Unus!

La descarga fue tan brutal que las rodillas del reo se doblaron, clavándose en el enlosado de
caliza con un sonido seco. Pero, en un movimiento reflejo, el Galileo volvió a incorporarse, al
tiempo que el segundo verdugo descargaba un nuevo golpe con su bífido *fiagmm.*
-¡Tres...!
-¡Quattour...!
Aquellos soldados, consumados profesionales, manejaban los látigos haciendo girar
simplemente sus muñecas. De esta forma, las correas se rizaban, consiguiendo un máximo
efecto con un mínimo de esfuerzo.
-iQuinque!
El entrechocar de los huesecillos y de las bolas de metal fueron el único sonido perceptible
durante los primeros minutos. Jesús, totalmente encorvado, no había dejado escapar aún un
solo gemido. Los astrágalos y las piezas de plomo caían sobre la espalda, arrastrando en cada
retirada algunas porciones de piel. Desde el primer latigazo, varios regueros de sangre habían
empezado a correr por el cuerpo, deslizándose hacia los costados y goteando sobre el
pavimento.
Tal y como sospechaba, después del fenómeno del sudor sanguinolento, la piel del Maestro
había quedado en un estado de extrema fragilidad. Y aquella lluvia de golpes múltiples no tardó
en abrirla, convirtiendo los hombros, espalda y cintura en una carnicería. Poco a poco, a cada
silbido del «flagrum», las tabas y bolas penetraban en la piel, provocando su ablación o
separación, desgarrando los tejidos musculares y arrastrando vasos y nervios.
¡Triginta!
Al llegar al golpe número treinta, el reo se desplomó, manteniéndose de rodillas y con los
dedos fuertemente sujetos al aro de metal de la columna.
La espalda, hombros y zonas lumbares aparecían ya encharcadas en sangre, con un sinfín de

hematomas, azulados y gruesos como huevos de gallina. Las correas, por su parte, hablan ido
dibujando decenas de estrías -similares a arañazos- de una tonalidad vinosa. La presencia de
aquella multitud de hematomas -algunos de los cuales hablan empezado a estallar-, me hizo
sospechar que el dolor que soportó Jesús de Nazaret en aquellos primeros minutos tuvo que ser
de auténtico paroxismo.
Pero, afortunadamente para él, los golpes, descargados con tanta saña como precisión, fueron abriendo muchos de los hematomas, convirtiendo la espalda en un río de sangre y,
consecuentemente, disminuyendo el dolor en cierta medida.
¡Quadraginta!
El latigazo número cuarenta llegó a los cuatro o cinco minutos de haberse iniciado el suplicio.
Pero, lejos de estremecerse, como había ocurrido con los anteriores golpes, el cuerpo del
Nazareno no reaccionó. Civilis levantó su vara de vid, interrumpiendo la flagelación. Y uno de
los sudorosos verdugos se echó sobre el reo, tirando de sus cabellos. Tras comprobar que se
hallaba inerme, soltó la cabeza, que cayó desmayada entre el hueco de los brazos.
El centurión apremió a sus hombres. Uno de los legionarios llenó un cubo con el agua de la
fuente, arrojándolo sobre la nuca del Nazareno. Al contacto con el líquido, la cabeza de Jesús se
movió ligeramente, mientras parte de la sangre escurría hasta el suelo, arrastrada por el agua.
Desde hacía rato, la columna, una amplia franja de la pared circular de la fuente y los rostros, brazos y túnicas de los verdugos aparecían teñidos de rojo. La hemorragia, generalizada ya en espalda y zona de riñones, había empezado a ser preocupante.
Aunque el suplicio había sido detenido en el golpe número 40, coincidiendo así casualmente
con la fórmula judía de flagelación[1], la intención de Pilato -que seguía impasible y silencioso el
desarrollo de la tortura- era que aquella masacre continuase.
Los verdugos aprovecharon el breve descanso para inclinarse sobre el estanque y refrescar
sus caras, al tiempo que refregaban los brazos, tratando de limpiar los lamparones de sangre.
Aunque los legionarios encargados del tormento conocían el latín, estoy casi seguro que -a

[1] La ley judía establecía para el castigo de la flagelación un total de 40 azotes menos uno. Así estaba escrito: «en
número de cuarenta» (El añadido, según R. Yehudá, sería el cuarenta). El reo era azotado can las manos atadas a una
columna. El servidor de la sinagoga le agarraba los vestidos y si se desgarraban, se desgarraban y si se destrozaban, se
destrozaban, hasta que le quedaba el pecho descubierto. Tras él había colocada una piedra y sobre ella se subía el
servidor de la sinagoga teniendo en su mano una correa de ternero. Ésta estaba primeramente doblada en dos y las
dos en cuatro; otras dos correas subían y bajaban en ella. *(N. del m.)*

tenor de sus barbas ralas y abundantes- eran mercenarios sirios o samaritanos. Generalmente,
los romanos designaban a éstos cuando el condenado era un judío. El odio ancestral de aquellos
contra los hebreos les convertía en ejecutores ejemplares...
El Maestro había ido recobrándose. Uno de los verdugos le tomó entonces por las axilas,
tirando de él hacia arriba. Pero el peso era excesivo y tuvo que pedir ayuda. Cuando, al fin,
lograron incorporarlo, otro soldado -con un cazo de latón entre las manos- se situó frente al
destrozado Nazareno, mientras los sayones, sin ningún tipo de contemplaciones, jalaban de sus
cabellos, obligando a Jesús a levantar el rostro. Y así lo mantuvieron hasta que el romano que
portaba el cazo vació el contenido del mismo en la boca del Galileo. Al preguntar a Civilis de
qué se trataba, me explicó que aquel cazo contenía agua con sal.
Por supuesto, el ejército romano conocía muy bien los graves problemas que podían
derivarse de un castigo como aquél. En especial, el referido a la deshidratación. Aunque Jesús
había sido obligado en la sede del Sanedrín a ingerir una considerable cantidad de agua, sus
profusas sudoraciones en el huerto de Getsemaní y ahora, durante la flagelación, unidas a las
importantes hemorragias que llevaba experimentadas tenían que haber mermado sus reservas
o balance hídrico corporal, tanto intracelular como extracelular. Aquella agua con sal, por tanto,
constituía un refuerzo decisivo, si es que Poncio deseaba realmente que el prisionero no
muriese durante los azotes. (También existía el peligro de que la excesiva concentración de
cloruro sódico en el agua -lo ideal hubiera sido una proporción del 0,85 por 100- pudiera
acarrear la aparición de edemas o hinchazones blandas en diversas partes del cuerpo.)
Pero, tal y como había sentenciado Civilis, las pretensiones del procurador eran machacar
hasta el límite al reo, de tal forma que su lamentable estado pudiera satisfacer y conmover los
agresivos ánimos de los saduceos.
Así que, una vez apurado el contenido del cazo, el centurión levantó su bastón y los
legionarios recogieron los *flagrum,* prosiguiendo el castigo.
-¡Unus!
Aquel nuevo golpe y los que siguieron fueron dirigidos especialmente a los muslos, piernas,
nalgas, vientre y parte de los brazos y pecho. La espalda y cintura quedaron en esta ocasión al
margen.
Las descargas de las correas, enroscándose en las piernas del Maestro, obligaron a éste a

una suprema contracción de los paquetes musculares, en especial de los situados en las caras
posteriores de los muslos, que quedaron así sujetos a una mayor vulnerabilidad. Muy pronto, la
piel fue abriéndose, provocando una hemorragia mucho más intensa que la de la espalda.
-¡Decem!
En un titánico esfuerzo por soportar el dolor, Jesús de Nazaret se había aferrado a la argolla
de la columna, levantando el rostro hasta donde le era posible. Los músculos de su cuello,
tensos como la cuerda de un arco, contrastaban con las fosas supraclaviculares inundadas por
un sudor frío que chorreaba sin cesar y que iba destiñendo el rojo encendido de la sangre.
-¡Duo-de-viginti!
El verdugo cantó el golpe número 18, lanzando su látigo sobre el pecho del reo. Y una de las
parejas de huesecillos de carnero debió herir el pezón izquierdo de Jesús. El intensísimo dolor
provocó un vertiginoso movimiento reflejo y el gigante se incorporó con todas sus fuerzas, al
tiempo que sus dientes -sólidamente apretados unos contra otros- se abrían, emitiendo un
desgarrador gemido. Era el primer lamento del rabí.
El tirón fue tan súbito y potente que las cuerdas que le sujetaban a la argolla se rompieron y
el cuerpo del Maestro se precipitó hacia atrás violentamente. Aquello pilló desprevenidos a los
verdugos y al resto de la tropa, que retrocedieron asustados.
El Nazareno cayó pesadamente sobre sus espaldas, resbalando sobre el enlosado y dejando
un ancho reguero de sangre. Cuando los legionarios se precipitaron sobre él, levantándole
pesadamente, la respiración de Jesús se había hecho sumamente agitada.
Yo aproveché aquel momento de confusión para ajustarme las «crótalos» e iniciar una
exhaustiva exploración de los destrozos ocasionados por la flagelación. Pulsé el clavo de los
ultrasonidos a su posición más profunda (7,5 MHZ o megaerz) y me dispuse a rastrear, en
primer lugar, los tejidos superficiales.
Los soldados habían arrastrado al reo hasta la pequeña columna, sujetándolo nuevamente a
la argolla. Y los verdugos reanudaron los azotes, sumamente irritados por aquel contratiempo.

Los golpes, cada vez más implacables, fueron humillando poco a poco el cuerpo del Maestro,
que terminó por doblar las rodillas, mientras sus dedos, chorreando sangre, se crispaban por el
dolor. A cada latigazo, Jesús había empezado a responder con un corto y apagado

gemido.
Una vez «traducidas» las ondas ultrasónicas a imágenes, el resultado de la flagelación apareció
ante nosotros en todo su dramatismo. Los verdugos, consumados «especialistas», sabían muy
bien qué zonas podían tocar y cuáles no. Desde un primer momento nos llamó la atención el
hecho increíble de que ninguna de las costillas hubiera sido fracturada. La precisión de los
latigazos, en cambio, había ido abriendo los costados de Jesús, hasta dejar al descubierto las
bandas fibrosas o aponeurosis de los músculos serratos. El dolor al lastimar estas últimas
protecciones de las costillas tuvo que alcanzar umbrales difíciles de imaginar. En opinión de los
expertos de Caballo de Troya, superiores, incluso, a los 22 «JND»[1].
Por supuesto, amplias áreas de los músculos de la espalda -dorsales, infraespinosos y
deltoides- aparecieron rasgadas y sembradas de hematomas que, al no reventar, tensaron
extraordinariamente lo que le quedaba de piel, multiplicando la sensación de dolor.
En aquel examen de los tejidos superficiales, los investigadores quedaron sobrecogidos al
comprobar cómo los legionarios habían elegido las zonas más dolorosas, pero menos
comprometidas, de cara a una posible parada cardíaca, que hubiera fulminado quizá al
Nazareno. Eligieron principalmente las partes delanteras de los muslos, pectorales y zonas
internas de los músculos, evitando corazón, hígado, páncreas, bazo y arterias principales, como
las del cuello.
Al cambiar la frecuencia de los ultrasonidos, pasando a 3,5MHZ, el análisis de los órganos
internos puso de manifiesto, desde el primer momento, una considerable pérdida de sangre. La
volemia de Jesús (o volumen total de sangre) fue fijado entre seis y seis litros y medio. Pues
bien, después del durísimo castigo de la flagelación, esa volemia había descendido en un 27 por
100. Eso significaba que el Galileo había derramado en total, desde los ultrajes en la sede del
Sanedrín, alrededor de 1,6 litros de sangre. Una cantidad importante, aunque no lo suficiente
como para alterar de forma definitiva -física y psíquicamente- a una persona normal. Y una
prueba de ello es que Jesús de Nazaret aún tuvo fuerzas y claridad de mente para responder a
las preguntas que se le formularon después de los azotes. Sin embargo, aquel derrame
circulatorio tuvo que provocar en él una creciente angustia, palpitaciones esporádicas, debilidad
y, sobre todo, una sed sofocante.
En cuanto a su frecuencia cardíaca, las oscilaciones fueron continuas. En algunos de los
golpes especialmente en uno de los últimos, que caería directamente sobre los testículos-, el

pico alcanzó las 170 pulsaciones por minuto, cayendo rápidamente a 90 y provocando el
segundo desvanecimiento.
La tensión arterial, por la intensa descarga de adrenalina, se elevó también algunos momentos hasta 210 mm H_20 de máxima, si bien luego el progresivo agotamiento de la
adrenalina fue dando lugar a un dominio del sistema vago y su intermediario, la acetilcolina,
que se acompañó de un descenso de la tensión arterial que ya al final del suplicio se tradujo en
un casi total estado de postración.
El análisis del torrente sanguíneo nos permitió también la confirmación de un hecho que
resultaba evidente: el sucesivo aumento de los índices de sodio, cloro y de la presión osmótica
eran señales inequívocas de la importante deshidratación que había empezado a experimentar
el organismo del Hijo del Hombre.
¡Quadraginta!
El golpe 40, que en realidad hacia el número 80, si tenemos en cuenta los 40 primeros, cayó
sobre un hombre prácticamente derrotado. El Maestro, con el cuerpo deformado por los
hematomas y materialmente bañado en sangre, apenas si se movía. Sus imperceptibles
lamentos se habían ido apagando y sólo resonaba ya en el patio el chasquido de los látigos al
clavarse en su carne y el cada vez más agitado resoplar de los verdugos, visiblemente agotados.

1 Un aumento en la intensidad de un estímulo que origina una diferencia perceptible en el grado de dolor recibe la
designación de «diferencia apenas perceptible» o «just noticeable difference» (JND). Aplicando todas las intensidades
de estímulos entre el nivel en que no hay dolor y el nivel del dolor más intenso se ha comprobado que el paciente
medio puede distinguir unos 22 «JND». *(N. del m.)*

Hacía tiempo que el Nazareno se había hecho prácticamente un ovillo, con la cabeza y parte
del tórax reclinados sobre los brazos, en posición fetal. Los golpes, cada vez más lentos y
espaciados, seguían desgarrando sus nalgas, vientre, costados y zonas laterales de las piernas,
hiriendo, incluso, las plantas de los pies.
Algunos de los legionarios, aburridos o conmovidos por aquella salvaje paliza, habían empezado a abandonar el lugar, ocupándose en sus quehaceres habituales.
Civilis, que venía observando el progresivo agotamiento de los verdugos, dirigió una significativa mirada a Lucilio, el gigantesco centurión que yo había visto en el apaleamiento del
soldado romano. El de Pannonia comprendió las intenciones del *primus prior* y, abriéndose paso
a empujones entre los miembros de la cohorte, levantó su brazo capturando al vuelo el

flagrum
del legionario situado a la derecha del Maestro, cuando aquél se disponía a descargar un nuevo
golpe.
La súbita presencia de aquella torre humana, empuñando el látigo de triple cola, fue
suficiente para que ambos verdugos se retiraran, dejándose caer -casi sin respiración- sobre las
losas del patio.
Y la soldadesca, conocedora de la fuerza y crueldad del oficial, guardó silencio, pendiente de
todos y cada uno de los movimientos de aquel oso.
Lucilio acarició las correas, limpiando la sangre con sus dedos. Después, colocándose a un
metro del costado izquierdo del prisionero, levantó su brazo derecho, lanzando un preciso y
feroz latigazo sobre la parte baja de las nalgas de Jesús. El zurriagazo debió tocar el coxis y el
afilado dolor reactivó el sistema nervioso del rabí, que llegó a incorporarse durante algunos
segundos. Pero, en medio de grandes temblores, sus músculos fallaron, hincándose de rodillas.
Los legionarios acogieron aquel estudiado ataque con una exclamación que iría repitiéndose
a cada latigazo:
-¡Cedo alteram!
Un segundo golpe, dirigido esta vez a la corva izquierda, hizo gemir al Maestro, al tiempo
que la soldadesca repetía entusiasmada:
-¡Cedo alteram!
El tercer, cuarto y quinto latigazos cayeron sobre los riñones...
-¡Cedo alteram...! ¡Cedo alteram...! ¡Cedo alteram..!
La violencia de Lucilio era tal que los astrágalos de carnero quedaban incrustados en la
carne, provocando en cada golpe una copiosa hemorragia.
-¡Cedo alteram...! ¡Cedo alteram...!
Las descargas sexta y séptima se centraron en cada uno de los pabellones auditivos de
Jesús. Y casi instantáneamente, por ambos lados del cuello corrieron unos gruesos goterones
de sangre. El Maestro inclinó su cabeza sobre el aro de metal y el centurión buscó el costado
derecho, vaciando toda su furia sobre el ombligo de Cristo.
-¡Cedo alteram!
El salvaje impacto sobre el vientre del reo afectó decisivamente a su ya castigado diafragma,
cortando prácticamente su penosa respiración. Aquel, probablemente, fue uno de los momentos
más delicados del castigo. Durante unos segundos que me parecieron interminables, la caja
torácica del Galileo permaneció inmóvil. Pero, al fin, los músculos intercostales reaccionaron,
aliviando la tensión pulmonar.
-¡Cedo alteram!
El noveno latigazo, propinado por el coloso en el desgarrado costado derecho de Jesús -y

pienso que lanzado con toda intención sobre los abiertos músculos serratos para disparar así la
congelada respiración del reo- emitió un sonido hueco: como si las tabas hubieran golpeado
directamente sobre las costillas.
El ímpetu del oficial, que había empezado a sudar copiosamente por su frente, fue tal que el
cuerpo del Nazareno se desequilibró, cayendo sobre el lado izquierdo.
Es muy posible que en aquellos instantes, otro dolor -difuminado por el atroz calvario de la
flagelación- estuviera golpeando el organismo del Galileo. Me refiero a la vejiga urinaria de
Jesús. Su rebosamiento debía ser tal que, involuntariamente, los esfínteres de los uréteres se
abrieron, provocando una abundante micción. (Aproximadamente, a juzgar por el tiempo que
duró el derrame urinario, la vejiga debía albergar entre 350 y 400 centímetros cúbicos.) Por
fortuna, la orina -aunque sumamente amarilla- no arrastraba sangre.

Pero aquella descarga involuntaria de orina sólo sirvió para provocar las risotadas de los
romanos y un ataque mucho más violento de ira en Lucilio, que tomó aquel gesto como un
insulto personal.
Y levantando el látigo, lo dirigió con rabia hacia los testículos del Maestro. Una de las puntas
del *flagrum* tocó la piel del escroto y las otras dos cayeron sobre la bolsa testicular.
Jesús reaccionó ante el lacerante golpe encogiéndose, al tiempo que sus pulsaciones se aceleraban y un gemido desgarrador se confundía con el último: *¡Cedo alteram!*
Inmediatamente, su pulso bajó a 90 y el Maestro, palideciendo, perdió el conocimiento.
Civilis levantó su vara nuevamente, ordenando a los soldados que inspeccionaran al reo.
Después, aproximándose al procurador, le pidió instrucciones. ¿Debía continuar el castigo?
Y antes de que Poncio tomara una decisión, el brutal Lucilio insinuó al gobernador que, dada
la situación del prisionero, lo mejor seria rematarle allí mismo.
Pilato dirigió su mirada al cuerpo agarrotado y sanguinolento del rabí, dudando. Y el oficial
que había ejecutado aquella última parte de la flagelación echó mano de su espada, convencido
de que el buen sentido de Poncio se inclinaría por la solución que acababa de proponer. Pero el
agua que había sido baldeada nuevamente sobre la cabeza y nuca del prisionero estimuló el
precario estado de Jesús, que, lentamente, fue recobrando el sentido.
Aquella progresiva recuperación del Nazareno inclinó a Pilato a seguir con su plan y antes de
retirarse del patio porticado indicó a Civilis que atendiera al galileo, llevándole a su

presencia en
cuanto fuera posible.
Eran las once de la mañana. Los legionarios soltaron las cuerdas y a duras penas apoyaron
la espalda del prisionero contra la columna que había servido para la flagelación. Uno de los
soldados se colocó en cuclillas por detrás del mojón, procurando sostener por los hombros el
maltrecho cuerpo de Jesús. El gigante, con las piernas extendidas sobre el pavimento, respiraba
aún con dificultades, acusando con esporádicos estremecimientos el sinfín de puntos dolorosos.
Aquellos temblores fueron haciéndose cada vez más intensos y continuados y temí que la fiebre
hubiera hecho presa en el Maestro. No me equivocaba...
Otro legionario, siempre bajo la atenta vigilancia de Civilis, acercó un segundo cazo a los
labios del rabí, obligándole a beber una nueva dosis de agua con sal.
Algunas de las heridas habían empezado a coagular y muchos de los reguerillos comenzaron
a secarse. Las brechas de los costados, sin embargo, seguían manando sangre, que caía a
intervalos sobre las losas, impulsada por cada uno de los movimientos respiratorios, cada vez
más cortos y rápidos.
El centurión movió la cabeza en señal de desaprobación. No hacia falta ser médico para
darse cuenta que el castigo habla sido tan desproporcionado como para temer por la vida del
reo.
Y antes de que fuera demasiado tarde, desconecté el sistema ultrasónico, pulsando el segundo
clavo. Al activarlo, el minicomputador alojado en la «vara de Moisés» dio paso al flujo de rayos
infrarrojos, dispuestos para los análisis de tele-termografía dinámica[1].

[1] La detección de la temperatura cutánea a distancia -base de nuestras experiencias de tele-termografía- se realizaron gracias a la propiedad de la piel humana, capaz de comportarse como un emisor natural de radiación infrarroja o «RI». Tal y como se sabe por la fórmula de la ley de Stephan-Boltzmann ($W = \varepsilon JT4$), la emisión es proporcional a la temperatura cutánea, y debido a que T se halla elevada a la cuarta potencia, pequeñas variaciones en su valor provocan aumentos o disminuciones marcados en la emisión infrarroja. (W: energía emitida por unidad de superficie; ε.: factor de emisión del cuerpo considerado; J: constante de Stephan-Boltzmann y T: temperatura absoluta.)
En numerosas experiencias, iniciadas por Hardy en 1934, se habla podido comprobar que la piel humana se comporta como un emisor infrarrojo, similar al «cuerpo negro» y, en consecuencia, no emite radiación infrarroja reflejada del entorno. (Este espectro de radiación infrarroja emitido por la piel humana es amplio, con un pico máximo de intensidad fijado en 9,6 u.)
Nuestro dispositivo de tele-termografía consistía, por tanto, en un aparato capaz de detectar a distancia mínimas intensidades de radiación infrarroja. Básicamente constaba de un sistema óptico que focalizaba la «RI» sobre un detector. Este se hallaba formado por sustancias semiconductoras (principalmente SbIn y Ge-Hg) capaces de

emitir una
mínima señal eléctrica cada vez que un fotón infrarrojo de un intervalo de longitudes de onda determinado incidía en su
superficie. Y aunque el detector era de tipo «puntual» -capaz de detectar la «RI» procedente de un único punto
geométrico-, Caballo de Troya habla logrado ampliar su radio de acción mediante un complejo sistema de barrido,
formado por miniespejos rotatorios y oscilantes. La alta velocidad del barrido permitía analizar la totalidad del cuerpo
de Jesús varias veces por segundo. Esto, a su vez, posibilitaba la obtención de imágenes dinámicas (de ahí el nombre
de tele-termografía dinámica). Seguidamente a la emisión, la señal eléctrica correspondiente a la presencia de fotones

Como ya señalé anteriormente, las «crótalos», o lentes especiales de contacto, me permitían
dirigir el sistema de tele-termografía hacia las áreas deseadas, pudiendo ordenar así el cúmulo
de exploraciones.
Las imágenes obtenidas por este procedimiento fueron sencillamente dramáticas. La mayor
parte del cuerpo de Jesús, bañado con sangre venosa, ofrecía una tonalidad roja-parduzca,
mientras los hematomas (mucho más calientes) arrojaron un color azul intenso.
El rastreo nos permitió observar cómo la red arterial principal no había sido dañada, aunque
la vascularización cutánea y el sistema venoso superficial (especialmente en extensas zonas
dorsales) presentaban numerosos destrozos. Según los médicos del proyecto, en el supuesto de
que el Maestro hubiera conservado la vida, su recuperación -con las técnicas y fórmulas de
aquella época- se hubiera prolongado por espacio de más de tres meses.
El análisis de las retinas fue satisfactorio. El color amarillento-rojizo de las mismas vino a
demostrarnos que la visión era correcta. No pudo decirse lo mismo de algunas de las
articulaciones -en especial la de la pierna izquierda (hueco poplíteo) y las de los hombros-,
seriamente afectadas por las bolas de plomo y los astrágalos de carnero. La temperatura
dérmica de estas articulaciones, extraordinariamente inflamadas, había aumentado su
temperatura hasta tres grados centígrados.
En cuanto a la alta temperatura general (oscilante entre los 39 y 40 grados), vino a ratificar
mi impresión personal: Jesús había sido presa de la calentura, que ya no le abandonaría hasta
el momento de la muerte.
El minucioso recorrido sobre el cuerpo del Galileo nos permitió distinguir, al menos, 225
puntos «calientes», correspondientes a otros tantos impactos, provocados por los *flagrum.* Las
excoriaciones, hematomas y desgarros habían originado otras tantas áreas inflamatorias,

generalmente circulares, que marcaban con su alta temperatura el trágico «mapa» de los
azotes.
Esta fue la «guía» de la flagelación, pormenorizada por el ordenador central del módulo:
espalda y hombros: 54 impactos; cintura y riñones: 29; vientre: 6; pecho: 14; pierna derecha
(zona dorsal): 18; pierna izquierda (dorsal): 22; pierna derecha (zona frontal): 19; pierna
izquierda (frontal): 11 impactos; brazo derecho (ambas caras): 20; brazo izquierdo (ambas
caras): 14; oídos: un impacto en cada uno; testículos: 2 y nalgas: 14 impactos. A estos
destrozos hubo que añadir un sinfín de estrías o «arañazos», producidos por las correas de los
látigos. La inmensa mayoría de estas lesiones tenía una longitud de tres centímetros, con la
típica forma de «pesas de gimnasia», ocasionadas por los «escorpiones» de las puntas: bolas
de metal y tabas.
En síntesis, un castigo tan brutal que ninguno de los especialistas del proyecto llegó a comprender jamás cómo aquel hombre pudo resistirlo.
infrarrojos era amplificada y filtrada, siendo conducida posteriormente a un osciloscopio miniaturizado. En él, gracias al
alto voltaje existente y a un barrido sincrónico con el del detector, se obtenía la imagen correspondiente, que quedaba
almacenada en la memoria de cristal de titanio del ordenador. Por supuesto, nuestro tele-termógrafo disponía de una
escala de sensibilidad térmica (0,1 0,2 o 0,5 grados centígrados, etc.) y de una serie de dispositivos técnicos adicionales que facilitaban la medida de gradientes térmicos diferenciales entre zonas del termograma (isotermas,
análisis lineal, etc.).
Las imágenes así obtenidas podían ser de dos tipos:
En escala de grises, muy adecuadas para el estudio morfológico de los vasos.
Y en escala de color, entre ocho y dieciséis colores, muy útil para efectuar mediciones térmicas diferenciales con
precisión.
Ambos sistemas, naturalmente, podían ser usados de forma complementaria. Caballo de Troya, después de numerosas pruebas, seleccionó los equipos AGA-661, así como una asociación del Barnes-Pyroscan y los del sistema
CSF-IR-815 como los más adecuados para nuestra misión. *(N. del m.)*

Caballo de Troya

J. J. Benítez

266

-¡Basta ya...! Ponedle en pie y vestidle.
La voz del oficial jefe resonó cargada de impaciencia. Y mientras los infantes tiraban de Jesús, yo desconecté los circuitos de la «vara de Moisés», guardando las lentes de contacto.
Fue menester que dos legionarios apuntalaran el maltrecho cuerpo del Maestro al recuperar
la posición vertical. Su extrema debilidad hizo que sus rodillas se doblasen, obligando a los
soldados a sujetarle por las axilas. Otros romanos, a una orden de Civilis, acudieron en ayuda
de sus compañeros, procurando que el prisionero no se desplomase sobre el enlosado.
Al ser izado, algunas de las heridas -especialmente las de los costados- volvieron a sangrar a

borbotones y los riachuelos de sangre recorrieron rápidamente su vientre, ingles, muslos y
piernas, hasta derramarse sobre las losas.
Alguien recogió sus ropas y, tras enfundarle la túnica, dispuso el manto sobre el hombro
izquierdo, fajando después el tórax. El ropón quedó firmemente sujeto sobre el pecho y espalda
de Jesús, de forma que, juntamente con la túnica, hicieron las veces de vendaje. Aquellos
romanos sabían que aquél era un excelente procedimiento para taponar muchas de las brechas,
cortando así parte de las hemorragias. Sentí un estremecimiento al imaginar lo que podía
ocurrir en el momento en que el Galileo fuera desposeído de sus ropas. Si los coágulos
quedaban encolados al tejido -como así debía ser-, la retirada de la túnica significaría un nuevo
y doloroso suplicio, con la consiguiente apertura de las llagas.
La sangre empapó inmediatamente la túnica blanca, que comenzó a gotear por las mangas y
por el borde interior. Y el esponjoso tejido se vio teñido con innumerables y anárquicos corros
rojizos.
Los soldados obligaron al Nazareno a dar algunos pasos, pero, cuando apenas había
arrastrado sus pies descalzos sobre el pavimento, las fuerzas le abandonaron,
desmoronándose. La rápida intervención de los legionarios de Civilis evitó que cayera al suelo.
El grupo interrogó al centurión con la mirada y éste, desalentado, indicó a sus hombres que le
sentaran en uno de los bancos de madera del pórtico.
Civilis comprendió que, de momento, era inútil conducir al reo hasta la terraza donde debía
esperar el procurador. Hubiera sido absolutamente necesario que varios infantes le
acompañasen y sostuviesen.
Los temblores febriles seguían sacudiendo el cuerpo del Nazareno que, poco a poco, paso a
paso, fue conducido por los romanos hasta uno de los asientos situado en el lado oriental del
patio. Mientras, otros legionarios habían iniciado la limpieza del enlosado y de la columna sobre
los que había tenido lugar la flagelación. Los caballos volvieron junto a la fuente y sus
cuidadores siguieron cepillándoles y restregando los lomos con manojos de poleo, cuyo olor -
según la creencia popular- mataba los piojos.
El centurión se quitó el casco y, tras meditar unos segundos, se alejó del pórtico, en
dirección al túnel que llevaba al pretorio.
Debo señalar que, conforme observaba el renqueante caminar del Maestro, una visible cojera
en la pierna izquierda me llevó a la conclusión de que el latigazo de Lucilio en plena corva había
alterado la articulación de dicha rodilla. (Este extremo sería posteriormente ratificado, como ya
indiqué, por el examen «tele-termográfico».)
Jesús fue sentado, al fin, sobre uno de los bancos. Y al hacerlo, un rictus de dolor se

dibujó
nuevamente en su rostro. Era muy posible que aquel gesto estuviera provocado por los golpes
en el coxis o en los riñones. Al apoyarse en la madera, el hueso inferior de la columna y las
zonas lumbares debieron acusar el contacto con el asiento y el respaldo, respectivamente.
Durante algunos minutos, la actitud de los legionarios fue tranquila; incluso, correcta. Dos
siguieron junto al Nazareno, pendientes de su recuperación y el resto se dirigió a uno de los
corrillos que vociferaba desde una de las esquinas del patio. Al ver que el Maestro se
encontraba algo más tranquilo no pude resistir la tentación y me aproximé también al círculo de
legionarios que, sentados o en cuclillas, centraban su atención en una de las losas del pavimento.
Al asomarse por encima de las cabezas de los soldados comprobé que se trataba de un juego
(una especie de «tres en raya», descrito ya por Plutarco). Usando sus espadas, los miembros
de la guarnición habían trazado un círculo sobre una de aquellas losas, grabando también en el

interior de dicho círculo una serie de toscas figuras y letras. Pude distinguir una «B» -que
servía, al parecer, para la llamada «jugada del Rey» o de «Basileus», en griego- y una corona
real. Todas estas figuras aparecían separadas unas de otras mediante una línea que
zigzagueaba por el interior del círculo. Los participantes utilizaban cuatro tabas, previamente
marcadas con letras y cifras, que eran lanzadas sobre el círculo, cantando las diferentes
jugadas, según las figuras o letras donde acertaran a caer.
El juego fue animándose paulatinamente y varios de los legionarios cantaron jugadas como
la de «Alejandro», «Darío» y el «Efebo».
Por último, uno de los jugadores tuvo la fortuna de que uno de sus huesecillos fuera a rodar
hasta la corona, gritando la «jugada del rey», que equivalía a nuestro «jaque mate» y, por
tanto, al final del entretenimiento.
Los soldados recogieron las tabas y el que había ganado, influido seguramente por aquel
último golpe de suerte, reparó en el Galileo, animando a sus colegas a proseguir el juego,
«pero esta vez con un rey de verdad... » La idea fue acogida con entusiasmo y el grupo se
dirigió hacia el banco, dispuesto a divertirse a costa del que se había autoproclamado «rey de
los malditos y odiados hebreos».
La ausencia de Civilis hizo dudar a los que custodiaban a Jesús pero pronto se unieron

a las
chanzas y groserías de sus compañeros.
De pronto, aquella decena de legionarios aburridos y desocupados se hizo a un lado, dando
paso a otros dos infantes.
Con aire marcial y conteniendo la risa, aquellos dos soldados fueron aproximándose al
Nazareno, que había vuelto a inclinar la cabeza, soportando con su habitual mutismo aquel
nuevo y amargo trance.
Uno de los que había comenzado a desfilar hacia el prisionero traía en sus manos lo que, en
un primer momento, me pareció una cesta de mimbre al revés. Pero cuando llegó a la altura del
Galileo comprendí. No se trataba de una cesta, sino de un complicado «yelmo», trenzado a
base de zarzas espinosas. Tenía forma de media naranja, con un aro o soporte en su base,
formado por un manojo de juncos verdes, perfectamente ligados por otras fibras igualmente de
junco.
Según pude apreciar, el casquete espinoso había sido entretejido con media docena de ramas
muy flexibles, en las que apuntaba un terrorífico enjambre de púas rectas y en forma de «pico
de loro», con dimensiones que oscilaban entre los 20 milímetros y los 6 centímetros,
aproximadamente[1].
Estaba claro que, mientras el grueso de los legionarios centraba sus burlas en Jesús,
aquellos dos individuos habían entrado en alguno de los almacenes de leña de la fortaleza,
ocupándose en la siniestra idea de trenzar una «corona» para el «rey de los judíos».
La ocurrencia fue recibida con aplausos y risotadas. Y el que portaba aquel peligroso «casco»
de delgadas y parduzcas ramas se inclinó, simulando una reverencia. Después levantó la
«corona» a medio metro sobre el cráneo del Maestro, bajándola violentamente e incrustándola
en la cabeza del rabí. Un alarido de satisfacción se escapó de las gargantas de la soldadesca,
ahogando el gemido de Jesús, que, al contacto con las espinas, levantó la cabeza, golpeándose
involuntariamente la región occipital contra el muro sobre el que se hallaba adosado el banco.
Aquel encontronazo con la pared debió hundir aún más las púas situadas en la zona posterior
del cráneo.
El «yelmo», brutalmente encajado, cubrió casi la totalidad de la cabeza del reo. El aro sobre
el que se sustentaba la red espinosa quedó a la altura de la punta de la nariz, dificultando,
incluso, la visión del Maestro.
El agudo dolor de las 20 o 30 espinas que perforaron el cuero cabelludo, frente, sienes,
orejas y parte de las mejillas conmocionó de nuevo al Hijo del Hombre, quien, con los ojos

cerrados en un movimiento reflejo de protección, permaneció durante varios segundos con la
boca entreabierta, intentando inhalar un máximo de aire.

1 En un primer examen ocular, creí identificar aquellas zarzas con las plantas denominadas *Poterium spinosum,* muy
común en Palestina y usada habitualmente como provisión para el fuego. Ello ratificaba la hipótesis del doctor Ha
Reubení, director del Museo Botánico de la Universidad Hebrea de Jerusalén, descalificando otras muchas teorías sobre
el posible origen de la planta utilizada para el trenzado del «casco» de espinas. (La más conocida y popular señalaba al
«ziziphus» o *Spina Christi (Palinurus Aculeatus)* como la zarza utilizada en esta «coronación». *(N. del m.)*

Al ver aparecer seis copiosos regueros de sangre por su frente y sienes temí que aquellas
púas hubieran perforado la vena facial (que discurre desde la barbilla a la zona ocular). Me
aproximé cuanto pude al rostro, pero no llegué a distinguir espina alguna clavada en el sector
que cruza dicha vena. Otras, en cambio, habían perforado la frente y región malar derecha. Una
de aquellas púas, en forma de gancho, había penetrado a escasos centímetros de la ceja
izquierda (en el músculo orbicular), dando lugar a una intensa hemorragia, que cubrió
rápidamente el arco superciliar, inundando de sangre el ojo, mejilla y barba.
La profusa emisión de sangre indicaba que las espinas habían afectado gravemente la
aponeurosis epicraneal (situada inmediatamente debajo del cuero cabelludo). La retracción de
los vasos rotos por las espinas en esta área -extremadamente vascularizada- se hizo notar,
como digo, de inmediato. La sangre comenzó a fluir en abundancia, goteando sin cesar desde la
barba al pecho.
Pero los soldados, no contentos con este bárbaro atentado, fueron en busca del manto
púrpura que había quedado sobre el enlosado, echándoselo sobre los hombros. Otro de los
legionarios puso una caña entre sus manos y arrodillándose exclamó entre el regocijo general:
-¡Salve, rey de los judíos!
Las reverencias, imprecaciones, salivazos y patadas en las espinillas del Nazareno
menudearon entre aquella chusma, cada vez más divertida con sus ultrajes. Uno de los
soldados pidió paso y colocando sus nalgas a escasos centímetros del rostro de Jesús se levantó
la túnica, comenzando a ventosear con gran estrépito, provocando nuevas e hirientes risotadas.
El jolgorio de la soldadesca se vio súbitamente cortado por la presencia del gigantesco
Lucilio, atraído sin duda por el constante alboroto de sus hombres. Observó la escena en
silencio y, con una sonrisa de complicidad, se situó frente al reo. Los legionarios, intrigados,
guardaron silencio. Y el centurión, levantando su faldellín, comenzó a orinarse sobre las
piernas, pecho y rostro de Jesús de Nazaret.

Aquella nueva injuria arrastró a los romanos a una estrepitosa y colectiva carcajada, que se
prolongaría, incluso, hasta después que el oficial hubiera concluido su micción.
Mi corazón se sintió entonces tan abrumado y herido como si aquellas ofensas hubieran sido
hechas a mi propia persona. Abatido me recosté sobre la pared del pórtico, con un solo deseo:
ver aparecer a Civilis.
Por una vez mis deseos se vieron cumplidos. El comandante de las fuerzas legionarias hizo
su entrada en el patio central de la fortaleza Antonia en el momento en que uno de aquellos
desalmados arrancaba la caña de entre las manos del Nazareno, asestándole un fuerte golpe
sobre el «yelmo> de espinas.
Las risotadas y los legionarios desaparecieron al instante, ante la súbita llegada de Civilis.
Cuando el centurión interrogó a los guardianes sobre aquel nuevo escarnio, los soldados se
encogieron hombros, haciendo responsables a sus compañeros. Pero éstos, como digo, se
habían desperdigado entre las columnas y el patio.
Visiblemente disgustado por la indisciplina de sus hombres, el oficial ordenó a los infantes
que pusieran en pie al condenado y que le siguieran. Así lo hicieron y Jesús de Nazaret, algo
más repuesto aunque sometido a constantes escalofríos, comenzó a caminar hacia el túnel,
arrastrando prácticamente su pierna izquierda.
A su lado, y pendientes del Galileo, avanzaron también otros tres soldados, que no se
separarían ya del reo hasta el momento de su retorno al escenario de la flagelación.
Eran las 11.15 de la mañana...
El sol, cada vez más alto, iluminó la gigantesca figura de Jesús al salir del Pretorio. Al verle,
la multitud que aguardaba frente a las escalinatas dejó escapar un murmullo, inevitablemente
sorprendida por el lamentable aspecto del reo.
La escolta se detuvo en mitad de la terraza, a la izquierda de la silla en la que esperaba
Poncio. Este, al ver el casco de espinas sobre el cráneo del Maestro, se revolvió nervioso e
indignado hacia Civilis, interrogándole mientras señalaba con su dedo índice hacia la cabeza del
rabí. Ignoro qué pudo decirle el centurión. Mi atención había quedado prendida en el Galileo. Al
detenerse frente a la multitud, Jesús -encorvado y con los dedos entrelazados, intentando
dominar así la intensa tiritona que le consumía- percibió en seguida la cálida presencia del sol.
Y muy despacio, como tratando de absorber la dulce caricia de los rayos, fue levantando el
rostro, hasta situarlo frente al disco solar. Durante escasos segundos, sus profundas ojeras y la

catarata de sangre que ocultaba su cara, se hicieron perfectamente visibles a todo el gentío.
Pero, al alzar la cabeza, las púas tropezaron en el arranque de la espalda, perforando la nuca
nuevamente. Y el dolor le obligó a bajar el rostro.
Juan Zebedeo, paralizado ante aquel trágico cambio de su Maestro, reaccionó al fin y soltando el brazo de José de Arimatea se precipitó hacia Jesús, arrodillándose y llorando a los
pies del rabí. Los legionarios interrogaron al centurión con la mirada, dispuestos a retirar al
joven amigo del prisionero, pero Civilis, extendiendo su mano izquierda, indicó que le dejaran.
Durante algunos minutos, tanto Pilato como la muchedumbre se vieron sobrecogidos por el
desconsolado llanto del muchacho. Y un respetuoso silencio reinó en el patio.
El Maestro intentó por dos veces inclinarse hacia Juan, tratando de aproximar sus temblorosas y ensangrentadas manos hacia el discípulo más amado, pero la trampa de espinos
y la rigidez del improvisado vendaje se lo impidieron.
- Aquel nuevo gesto de valentía del discípulo y el derrotado semblante del Nazareno conmovieron sin duda al procurador. Y levantándose de su silla, dio unos cortos pasos hacia el
filo de la escalinata. Después, señalando a Jesús y sin perder de vista a Caifás y a los saduceos,
exclamó, tratando de mover la piedad de los acusadores:
-¡Aquí tenéis al hombre...! De nuevo os declaro que no le encuentro culpable de ningún
crimen... Después de castigarle, quiero darle la libertad.
Pilato, una vez más, se equivocaba. Y aunque la muchedumbre no se atrevió a replicar, el
sumo sacerdote y sus hombres si respondieron, entonando el conocido «¡crucifícale! ».
Y poco a poco, la multitud fue uniéndose a las manifestaciones de los sanedritas, coreando
sin piedad:
-¡Crucifícale...! ¡Crucifícale!
Poncio, decepcionado, regresó al tribunal y esperó a que el gentío se apaciguara. El viento,
cada vez más cálido y molesto, había empezado a levantar grandes torbellinos de polvo que
eran arrastrados desde el Este, azotando cada vez con mayor dureza aquella ala norte de la
Torre Antonia. Civilis captó de inmediato aquel cambio atmosférico y, tras comprobar cómo los
centinelas de vigilancia en los torreones de la muralla procuraban refugiarse del viento racheado, me miró fijamente, recordándome con su rostro grave el presagio que le había hecho
esa misma mañana. Yo asentí con un movimiento de cabeza.
Pero nuestro silencioso «diálogo» se vio interrumpido por la voz del procurador. Una vez
calmada la turba, Poncio, con su mano derecha aplastando el peluquín (gravemente

comprometido por el incipiente «siroco»), habló a los hebreos, con un inconfundible tinte de
desaliento en sus palabras:
-Reconozco perfectamente que os habéis decidido por la muerte de este hombre. Pero, ¿qué
ha hecho para merecer su condena...? ¿Quién quiere declarar su crimen?
Caifás, congestionado por la ira, subió las escaleras y, tras escupir sobre Jesús, se encaró
con el gobernador, gritándole:
-Tenemos una ley sagrada por la que este hombre debe morir. Él mismo ha declarado ser el
Hijo de Dios..., ¡bendito sea su nombre!
Y girando la cabeza hacia el cabizbajo reo volvió a lanzarle otro salivazo.
El procurador miró a Jesús con un súbito miedo. La sangre seguía goteando desde su frente,
manchando el manto de Juan, quien, arrodillado y abrazado a los pies de su Maestro, no
parecía prestar atención alguna a lo que estaba ocurriendo.
Caifás retornó con paso decidido a la cabeza de la multitud y Poncio, con la faz pálida y los
cabellos en desorden, golpeó los brazos de la silla con ambas palmas, ordenando a Civilis que
llevara al galileo al interior de su residencia.
Los legionarios hicieron girar al rabí, conduciéndole nuevamente al «hall». Siguiendo un
impulso me agaché sobre Juan, animándole a que se incorporarse y a que cesase en su llanto.
Después, pasando mi brazo sobre sus hombros y apretando su cara contra mi pecho, le llevé al
interior del Pretorio.
Pilato, con las manos a la espalda, había empezado a dar cortos paseos por el centro del
«vestíbulo». Mientras tanto, Civilis y los soldados aguardaban a escasa distancia de la puerta.
Al verme, el procurador interrumpió sus nerviosos pasos y dirigiéndose hacia mí me
interrogó en voz baja, como si temiera que pudieran oírle:
-Jasón, ¿tú crees de verdad que este galileo puede ser un dios, descendido a la Tierra como
las divinidades del Olimpo?

Los ojos claros del romano chispeaban y se agitaban, presa de un miedo supersticioso y, en
mi opinión, cada vez más profundo. Pero Poncio no esperó mi posible respuesta. Después de
alisarse el postizo dio media vuelta, acercándose al Maestro.
Y con voz temblorosa le formuló las siguientes preguntas:
-¿De dónde vienes...? ¿Quién eres en realidad? ¿Por qué dicen que eres el Hijo de Dios...?
El Nazareno levantó su rostro levemente, posando una mirada llena de piedad sobre aquel
juez débil y acorralado por sus propias dudas. Pero los temblorosos labios de Jesús no

llegaron
a articular palabra alguna.
Pilato, cada vez más descompuesto, insistió:
-¿Es que te niegas a responder? ¿No comprendes que todavía tengo poder suficiente para
liberarte o crucificarte?
Al escuchar aquellas amenazantes advertencias, el Galileo repuso al fin con un hilo de voz:
-No tendrías poder sobre mí sin el permiso de arriba...
La extrema debilidad del Maestro hizo que sus palabras llegaran muy mermadas hasta los
oídos del procurador. Y éste, aproximándose cuanto le fue posible hasta los plastones rojizos
que habían quedado prendidos en su barba y bigote, le pidió que repitiese.
-¿Cómo dices?
-No puedes ejercer ninguna autoridad sobre el Hijo del Hombre -añadió Jesús haciendo un
esfuerzo-, a menos que el Padre celestial te lo consienta...
Poncio se echó atrás, con los ojos desencajados por el desconcierto. Pero el Nazareno no
había terminado.
Pero tú no eres totalmente culpable, ya que ignoras el evangelio. Aquel que me ha traicionado y entregado a ti ha cometido el mayor de los pecados.
El romano sabía de sobra a quién se refería el prisionero y aquella inesperada confesión,
descargando en parte a Poncio de su responsabilidad, pareció aliviarle sobremanera. El gobernador se olvidó de sus preguntas y esbozando una sonrisa de agradecimiento salió a la
terraza. La escolta se dispuso a seguirle pero el Nazareno, dirigiéndose a Juan, colocó su mano
sobre la cabeza del discípulo, haciéndole un último ruego:
-Juan, no puedes hacer nada por mí... Vete con mi madre y tráela para que me vea antes de
que muera.
Civilis escuchó también aquellas dolorosas palabras, e intuyendo el fatal desenlace, animó a
Juan Zebedeo para que cumpliera aquella última voluntad del Galileo sin pérdida de tiempo.
Solté al muchacho y disimulando mi angustia asentí con la cabeza, ratificando la noble intención
del centurión. Juan cruzó el umbral del Pretorio, perdiéndose entre la multitud. Previamente, el
oficial ordenó a uno de sus hombres que acompañara al apóstol hasta las puertas de la muralla,
ayudándole a franquear el paso.
Al regresar a la terraza, Poncio -mucho más animado por las recientes frases del reo- había
empezado a hablar a la muchedumbre. El tono de su voz denotaba un firme deseo de liberar a
Jesús. El rostro de José de Arimatea volvió a iluminarse por la esperanza e, incluso Judas, que
había sido uno de los pocos que no se había unido a los gritos de crucifixión, pareció aliviado

por la decidida actitud del procurador.
-... Estoy convencido que este hombre -anunció Pilato- ha faltado solamente a la religión, por
lo que debe ser detenido y sometido a vuestras propias leyes... ¿Por qué esperáis que le
condene a muerte, por estar en conflicto con vuestras tradiciones?
El inesperado cambio del gobernador de Roma exasperó los ánimos de los saduceos, que
formaron un corro, discutiendo acaloradamente. Pilato, sumamente complacido ante la
crispación general de los sacerdotes, se sentó en la silla transportable, haciendo un guiño a
Civilis. Pero, antes de que el procurador pudiera terminar de saborear aquel efímero triunfo,
Caifás, pálido y con los ojos inyectados en sangre, volvió a subir las escaleras y amenazando a
Poncio con su mano izquierda, le soltó a quemarropa:
-¡Si sueltas a este hombre, tú no eres amigo del César...!
La cólera del sumo sacerdote era tal que su voluminoso vientre comenzó a subir y bajar,
arrastrado por su agitada respiración. Aquella sentencia de Caifás hizo palidecer a Poncio.
Y trataré por todos los medios -remachó el astuto yerno de Anás- de que el emperador tenga
conocimiento de ello.
Conociendo como conocía el procurador la oleada de delaciones, arrestos y ejecuciones que se
había cernido en aquellos últimos meses sobre el imperio, el fulminante ultimátum de Caifás

terminó por desarmarle. Aquello, indudablemente, fue un golpe bajo. Tiberio, y más
concretamente el temido Sejano, ya habían tenido noticia de las dos revueltas provocadas por
la intransigente postura de Pilato (una motivada por la colocación de los emblemas e insignias
del emperador en mitad de Jerusalén y la segunda, por la expropiación indebida del tesoro del
templo para la construcción de un acueducto) y ambos sucesos le habían valido sendas
amonestaciones. Si el inflexible general de la guardia pretoriana, que ocupaba el puesto del
César, volvía a recibir inquietantes noticias sobre la conducta de su hombre de confianza en
aquella provincia, la carrera política de Poncio podía verse seriamente alterada. De hecho, poco
tiempo después de la muerte de Jesús de Nazaret, el procurador caería en un nuevo error
político que precipitó su fin[1].
El sumo sacerdote, además, se había referido intencionadamente a su título de «amigo del
César». Y aquella referencia humilló aún más la voluntad del juez romano. (Aunque Poncio
Pilato, indudablemente, era conocido y amigo de Tiberio, la alusión de Caifás llevaba

dinamita.
El jefe de los sacerdotes sabía que el gobernador era miembro del «orden ecuestre», ostentando el título de *aeques illustrior* y la dignidad de «amigo del César»; es decir, una muy especial distinción. Aquel privilegio, precisamente, hacía aún más delicada su situación, de cara a la cúpula del Imperio. El Sanedrín tenía medios para hacer llegar a Sejano y a Tiberio, en la isla de Capri, sus quejas sobre lo que consideraban una nueva irregularidad del procurador. Y Poncio lo sabía.)
En mi opinión, esta astuta maniobra final desmoralizó a Poncio, quien, vacío de un estricto sentido de la justicia y sin tiempo para reflexionar fríamente, cedió. Confundido y sin control se incorporó de la silla curul y señalando a Jesús, dijo sarcásticamente:
-¡He aquí vuestro rey...!
Caifás y los jueces hebreos sabían que acababan de herir de muerte los propósitos del romano y, animando nuevamente a la multitud, respondieron a Pilato:
-¡Acaba con él...! ¡Crucifícale...! ¡Crucifícale!
El gobernador se dejó caer sobre su asiento y prácticamente sin fuerzas exclamó:
-¿Voy a crucificar a vuestro rey?
Uno de los saduceos se situó sobre el segundo escalón y gritó, señalando la fachada del Pretorio:
-¡No tenemos más rey que a César!
Pilato era consciente de aquella hipócrita afirmación, pero no se atrevió a replicar. Llamó a Civilis y, después de intercambiar unas frases con su primer oficial, anunció a los judíos su intención de soltar a Barrabás.
El populacho aplaudió la decisión del gobernador. Pero Poncio, ajeno a este reconocimiento, pidió que le trajeran una jofaina con agua. El centurión, al oír a Poncio, mostró su extrañeza.
Pero obedeció, ordenando a uno de los legionarios que se diera prisa en cumplir los deseos del procurador. Creo que, salvo Pilato y yo mismo, ninguno de los presentes sabía con qué intención había solicitado el romano aquel recipiente.
Jesús, con la cabeza inclinada y víctima de la calentura, asistió en silencio a aquella última parte del debate dialéctico entre los judíos y el representante del César.
Cuando el soldado regresó a la terraza, portando una ancha vasija de barro, rebosante de agua, se situó frente a Poncio y esperó. El procurador introdujo sus regordetas manos en el recipiente, frotándolas durante unos segundos. A continuación, ante la atónita mirada del centurión, de sus legionarios y de la multitud, ordenó al soldado que se retirara. Y levantando los brazos por encima de su cabeza, gritó de forma que todos pudieran oírle con nitidez:

1 Pocos años después de la muerte de Cristo, numerosos samaritanos se congregaron en torno a un supuesto

Mesías, que les prometió descubrir los vasos sagrados enterrados por Moisés en uno de los montes de Samaria. Pilato supo de esta multitudinaria manifestación en el monte Garizim y, rodeando con sus tropas a los samaritanos, dio la orden de cargar sobre ellos, dando lugar a una gran mortandad. Samaritanos y judíos se dirigieron entonces a Vitelio, supremo gobernador de la provincia de Siria, acusando a Pilato del horrible asesinato de miles de samaritanos. Vitelio no tenía autoridad para juzgar al procurador de Israel y le envió a Roma, con el fin de que compareciese ante el emperador. Pero, durante el viaje, Tiberio murió, haciéndose cargo del imperio Cayo, alias «Calígula». Éste, al conocer los hechos, desterró a Poncio y a su familia a las Galias donde, al parecer, murió. (Algunas tradiciones apuntan hacia el hecho de que Pilato terminó por refugiarse en lo que hoy conocemos por Lausanne, en Suiza, suicidándose.) *(N. del m.)*

-¡Soy inocente de la sangre de este hombre! ¿Estáis decididos a que muera...? Pues bien, por mi parte no le encuentro culpable...

El gentío volvió a aplaudir, al tiempo que se escuchaba la voz de otro de los sanedritas:

-¡Que su sangre caiga en nosotros y sobre nuestros hijos!

Y la multitud, coreó un solo hombre, coreó aquella trágica sentencia, ignorante de las gravísimas horas que viviría la ciudad santa 40 años más tarde y en las que, justamente, la sangre de muchos de aquellos hebreos y la de sus hijos sería derramada por las legiones de Tito. Aunque a primera vista, la autojustificación del saduceo y del populacho pudieran parecer una simple manifestación emocional, propia de aquellos momentos de odio y ceguera, la verdad es que la citada afirmación encerraba un significado mucho más profundo y trascendental. Los jueces ignoro si sucedía lo mismo con aquella masa humana, inculta y vociferante- conocían muy bien lo que decía la ley mosaica a este respecto. La *Misná,* en su «Orden Cuarto», especifica textualmente que «en los procesos de pena capital, la sangre del reo y la sangre de toda su descendencia penderá sobre el falso testigo hasta el fin del mundo».

Otra de las tradiciones judías afirma también «que todo aquel que destruyere una sola vida en Israel, la Escritura se lo computa como si hubiera destruido todo un mundo y todo aquel que deja subsistir a una persona en Israel, la Escritura se lo computa como si dejara subsistir a un mundo entero».

Los sanedritas, por tanto, eran plenamente conscientes del valor y de la gravedad de su sentencia, pidiendo que la sangre de Jesús cayera sobre ellos y sobre su descendencia.

Pilato secó sus manos con la parte inferior del manto y, dando la espalda a Caifás y a la muchedumbre, saludó al Nazareno con el brazo en alto. Inmediatamente, al tiempo que se

encaminaba hacia la puerta del Pretorio, volvió su rostro hacia Civilis, diciéndole:
-Ocupaos de él.
Y los legionarios, con el centurión a la cabeza, siguieron los pasos del procurador, retirándose de la terraza.
La suerte había sido echada.
A partir de aquellos momentos, los hechos se sucedieron en mitad de una gran confusión.
Por un lado, yo perdí de vista a Juan Zebedeo y a José de Arimatea y, por supuesto, a todos los seguidores y simpatizantes del Maestro. Sólo después de abandonar la fortaleza Antonia lograría entrevistarme de nuevo con el anciano José y animarle a que siguiera de cerca la decisiva visita de Judas Iscariote a la sede del Sanedrín. Y digo «decisiva» porque, como tendré oportunidad de relatar, las circunstancias que rodearon y acorralaron al traidor fueron más complejas y extensas de como fueron descritas por los evangelistas.
La escolta que rodeaba a Jesús tomó el camino del túnel, desembocando nuevamente en el patio porticado. Pilato, ante mi sorpresa, se hallaba presente cuando los legionarios se detuvieron junto a la fuente. El procurador tenía prisa por acabar con aquel fastidioso asunto y urgió a Civilis para que el reo fuera trasladado de inmediato al lugar de la ejecución. Al parecer, y después de la pública derrota sufrida por el gobernador frente a los dignatarios del Sanedrín, su propósito de regresar a Cesarea se había convertido poco menos que en una obsesión.
Poncio era consciente de que acababa de cometer un atropello y no tuvo valor para mirar siquiera a Jesús.
El centurión cambió impresiones con varios de sus oficiales y, finalmente, fue designado un tal Longino, un veterano soldado, natural de Túsculo, ciudad enclavada en los montes Albanos y paisano y amigo del que fuera senador del emperador Augusto, Sulpicius Quirinius[1]. Junto a este legado, Longino había combatido precisamente en la guerra contra los homonadenses, una tribu levantisca que habitaba en la cordillera del Tauro, en la actual Asia Menor. Era, a juzgar por sus modales, hombre parco en palabras, de mirada cálida y directa y buen conocedor de aquellas gentes y de la tierra. En aquellos momentos -gracias a su valor y probada honestidad- había alcanzado el grado de *quartus princeps posterior* o centurión

[1] El famoso gobernador «Cirino», como se le conoce a través de los escritos romanos, desempeñó un papel destacado a las órdenes de Augusto, siendo el responsable de los dos censos efectuados bajo el mandato del citado César en la entonces provincia romana de Siria. El primero de estos censos tuvo lugar entre los años 10 y 7 antes de Cristo, y file, precisamente, el que movilizó a José y Maria en dirección a Belén. El segundo censo ocurrió entre los años 6 y 7 de nuestra Era. En esta segunda ocasión, Sulpicius Quirinius o «Cirino» fue enviado por Roma en

compañía de
Coponio, primer procurador de Judea. *(N. del m.)*

de la segunda centuria, del segundo manípulo, de la cuarta cohorte. Por su edad -posiblemente rondaría los 55 o 60 años- debía estar a punto de cesar en el servicio. Sus cabellos apuntaban ya numerosas canas y sobre su pómulo y ceja derecha discurría una profunda cicatriz, fruto, sin duda, de alguna de las contiendas en las que se había visto envuelto desde su juventud.

Civilis, en mi opinión, estuvo sumamente acertado al elegir a Longino como capitán y responsable de la escolta que debía acompañar al Maestro hasta el Gólgota. Por un momento temblé ante la posibilidad de que dicha designación hubiera recaído, por ejemplo, en el cruel Lucilio, alias *Cedo alteram.*

En total fueron nombrados cuatro legionarios y un *optio,* o suboficial como patrulla encargada de la custodia y posterior ejecución. Mi sorpresa fue considerable al comprobar que el *optio* o lugarteniente de Longino era precisamente Arsenius, el romano que había dirigido el apresamiento del Nazareno en la falda del Olivete.

Todo parecía decidido. Longino encomendó a uno de sus hombres que procediera a la medición de la envergadura del reo, mientras otro soldado se encaminó al puesto de guardia de la entrada Oeste, en busca de un objeto cuyo nombre no acerté a escuchar.

Pilato estaba ya a punto de retirarse cuando Civilis, tras consultar con el responsable del pelotón que debía conducir a Jesús, le sugirió algo que, en principio, no estaba previsto: ¿por qué no aprovechar aquella oportunidad para crucificar también a los dos terroristas, compañeros de Barrabás?

El procurador dudó. Al parecer, la ejecución de aquellos asesinos había sido fijada inicialmente para los días siguientes a la celebración de la Pascua.

Poncio hizo un mohín de desagrado, pero el centurión-jefe insistió, haciéndole ver que -tal y como estaban las cosas-, aquella crucifixión colectiva simplificaría los posibles riesgos que arrastraba siempre la muerte de unos «zelotas». Buena parte del pueblo judío protegía y animaba a estos revolucionarios y era muy posible que la condena de tales guerrilleros pudiera significar la alteración del orden público. Después de la implacable insistencia de los sacerdotes en la promulgación de la pena capital para el Galileo, era dudoso que se registraran protestas si la ejecución de los miembros del movimiento independentista tenía lugar al mismo tiempo que la del supuesto «rey de los judíos».

El procurador escuchó en silencio los razonamientos de su comandante y, moviendo las

manos displicentemente, dio a entender a Civilis que tenía su aprobación, pero que actuara con
rapidez.
Con un simple movimiento de cabeza, el centurión indicó a Arsenius que se ocupara del
traslado de los «zelotas». En ese momento, Pilato reparó en mi presencia y, mientras los
oficiales esperaban la llegada de los nuevos reos, el voluminoso procurador me tomó aparte,
diciéndome:
-Jasón, ¿qué dice tu ciencia de todo esto...? No he tenido tiempo de preguntarte con
detenimiento sobre ese augurio que pronosticabas para hoy... Háblame con claridad... ¡Te lo
ordeno!
La curiosidad y el miedo consumían a Poncio a partes iguales. Así que no tuve más remedio
que improvisar.
-Esta medianoche pasada -le mentí-, cuando me encontraba en el monte de las Aceitunas
presentí algo... Y tras buscar un lugar puro, un «augurale», me volví hacia el septentrión,
trazando en tierra con mi cayado el *templum* o cuadrado. Después, como sabes, tomé este
lituus -señalándole mi «vara de Moisés»- e hice el ritual de la descripción de las regiones[1]. Y
una vez situada imploré a los dioses una señal...
Pilato, conteniendo la respiración, me animó a que prosiguiera. El cielo, estimado
procurador, se había vuelto sereno y
transparente como los ojos de una diosa. Afortunadamente -volví a mentirle-, el viento se
había detenido. Todo hacía presagiar una respuesta... Y súbitamente, las infernales aves

[1] Afortunadamente para mí, yo había sido instruido en el arte de los antiguos augures y arúspices griegos y romanos. Una vez en el *templum* o espacio del cielo que debía observarse, el augur tomaba su *lituus* y se volvía hacia
el sur, trazando una línea sobre el cielo -de norte a sur-, llamada *cardo.* Después hacia otro tanto de este a Oeste
(decumanus), repartiendo así en cuatro áreas la parte visible del cielo. Enseguida, tirando dos líneas paralelas a las dos
trazadas anteriormente, formaba un cuadrado que, proyectado sobre la tierra, constituía el citado prisma o *templum.*
La zona que quedaba delante de él se denominaba *antica* y la que quedaba atrás, *postica. (N. del m.)*

«inferae» surgieron por mi izquierda. Su vuelo rasante y la dirección de las mismas fueron
determinantes...
-Pero, ¿qué? -estalló Poncio-. ¿Qué quieres decir con esto?
Adopté una falsa calma y mirándole fijamente, le respondí, haciendo mía una sentencia de
Ennio:
-Entonces, en el colmo del infortunio, tronó a la izquierda, estando el cielo enteramente
sereno.

Pilato abrió sus grandes ojos, espantado. Él sabía bien el significado de aquellas patrañas,
maravillosamente criticadas en su día por el propio Cicerón. Y con la faz pálida me suplicó que
le descifrara el augurio.
-En mi humilde opinión -rematé-, Júpiter, y por razones que no alcanzo a comprender -le
mentí por tercera vez-, está desolado. Y es posible que manifieste su ira sin demasiada tardanza. El cielo será testigo de cuanto te he revelado...
-¿Hoy mismo?
Asentí con rostro grave, al tiempo que desviaba mi mirada hacia el Nazareno. Poncio giró
también su cabeza, conmoviéndose. Después, olvidando la conversación y a mí mismo, regresó
junto a sus centuriones.
Me disponía a solicitar de Civilis que me autorizase a seguir a la comitiva y a presenciar las
ejecuciones cuando irrumpió en el patio, procedente de una de las múltiples puertas que se
abrían bajo las columnatas, el legionario que había medido la envergadura de Jesús. Para ello,
el soldado, muy acostumbrado a este menester a juzgar por su soltura, había tomado una de
las lanzas y, mientras otro compañero sostenía los brazos del Galileo en posición de cruz, el
portador del *pilum* se colocó a espaldas del reo, midiendo la distancia total entre las puntas de
ambas manos.
Ahora, una vez realizada la macabra medición, el romano había vuelto al patio central,
cargando un pesado madero; un tronco sumamente tosco, sin cepillar, con un grosero vaciado
u orificio en su mitad. Este burdo agujero, de unos 10 centímetros de diámetro, cruzaba el
madero de parte a parte, siguiendo el sentido de su espesor.
El legionario, que venía provisto de una larga y gruesa cuerda, hizo descansar el *patibulum*[1],
apoyando una de sus caras -perfectamente aserrada- sobre el enlosado. Y esperó.
Al situar el madero en esta posición vertical pude comprobar que su longitud era casi de dos
metros (posiblemente, 1,90). En cuanto a su espesor, calculo que rondaría los 25 centímetros.
Era, en definitiva, un sólido leño, con un peso que no creo que bajase de los 30 kilos.
Simulando una gran curiosidad me aproximé al legionario, preguntándole para qué servía aquel
tronco. El soldado sonrió irónicamente y señalando primero a Jesús, me hizo después un
significativo signo con su dedo pulgar. Lo colocó hacia abajo, a la manera de los Césares
cuando decretaban el remate de los gladiadores.
Acaricié la rugosa superficie del *patibulum* y deduje que se trataba de una sección de un árbol, de alguna de las especies de pino, tan frecuentes en Palestina o quizá importado de los
bosques del Líbano. (No estoy seguro, pero quizá fuese el denominado *Pinus halepensis,*

de una
madera casi incorruptible.)
Ensimismado en el análisis no me percaté de la llegada de los dos «zelotas». El *optio* y los
legionarios los habían conducido, maniatados, hasta el procurador y los restantes centuriones.
Nada más verlos, Civilis ordenó que les arrancaran las mugrientas túnicas y que iniciaran el
obligado castigo previo a la crucifixión. Y cuatro legionarios se hicieron con otros tantos
flagrum, procediendo a azotar a los guerrilleros. Uno de ellos, casi un muchacho, se clavó de
rodillas frente a Poncio, gimiendo e implorando piedad. Pero el gobernador se apresuró a dar
media vuelta, alejándose del prisionero. En ese instante, mientras los látigos chasqueaban
nuevamente en mitad del recinto, el legionario que había desaparecido en el túnel abovedado
de la puerta Oeste de Antonia regresó a la carrera, entregando a Longino una tablilla de
madera de unos 60 x 20 centímetros, totalmente blanqueada a base de yeso o albayalde. El

1 El origen del *patibulum* se remonta a la viga que servia para atrancar las puertas en Roma. Al quitarse, se abría
dicha puerta. De ahí el nombre.(N. *del m.)*

centurión tomó la tablilla y una especie de pequeño tizón, pidiendo al soldado que consiguiera
dos nuevas planchas.
A continuación llamó la atención del gobernador, mostrándole la tablilla y el afilado trozo de
carbón, recordándole que la escolta debería situar sobre las cruces la identidad de cada uno de
los condenados y la naturaleza de sus crímenes.
La emoción volvió a sacudirme. Estaba a punto de asistir a la redacción del llamado «INRI».
También en este asunto, y aunque sólo fuera en el aspecto circunstancial de la redacción, los
cuatro evangelistas se habían manifestado discrepantes. ¿Cuál de ellos había acertado en el
texto?
Marcos había dicho: «el Rey de los Judíos» *(Mc.* 15,26). Mateo, por su parte, añade: «Este
es Jesús, el Rey de los Judíos» *(Mt.* 27,37). En cuanto a Lucas, su «INRI» dice así: «Este es el
Rey de los Judíos» (Lc. 23,38). Por último, Juan Zebedeo, llamado «El Evangelista», reprodujo
el siguiente texto: «Jesús Nazareno el Rey de los Judíos» *(Jn.* 19,19).
¿Quién tenía la razón?
Discretamente me asomé por encima del hombro del procurador y noté cómo su mano
temblaba. Tenía la tablilla en posición horizontal y firmemente apoyada sobre la

reluciente
coraza. Había tomado el carboncillo con la derecha pero su rostro se había desviado de la
superficie del encalado rectángulo de madera. Me di cuenta que miraba a Jesús por el rabillo del
ojo. El Maestro, que no despegó los labios en todo el tiempo, había conseguido regularizar su
ritmo respiratorio, pero continuaba encorvado y tembloroso. La sangre, aunque en menor
proporción, seguía goteando por los bajos de su túnica, formando un cerco alrededor de sus
pies.
Uno de los guerrilleros -el más adulto- se retorcía sobre las losas, aullando a cada latigazo.
Los legionarios habían desgarrado su túnica, dejando al descubierto la totalidad del tronco. Y a
pesar de hallarse con las manos amarradas a la espalda y controlado por otro soldado, que
sostenía entre sus manos el extremo de la maroma con la que había sido maniatado, el
«zelota», en su desesperación y dolor, se revolcaba sobre el pavimento, poniendo en apuros a
este último infante.
El más joven, con las vestiduras igualmente rasgadas, se había enroscado sobre sí mismo,
tratando de cubrir la cabeza entre sus piernas. Pero los golpes eran tan violentos y seguidos
que no tardó en situarse de rodillas, ofreciendo la espalda a los verdugos y emitiendo unos
alaridos que hicieron asomarse al cuerpo de guardia a numerosos legionarios.
De pronto, Pilato -cada vez más nervioso- comenzó a escribir con su característica letra
cuadrada...
«Jesús de Nazaret...»
Aquellas primeras palabras fueron trazadas en arameo, de derecha a izquierda. Tenían unos
30 milímetros de altura y ocupaban toda la parte superior de la tablilla.
Poncio volvió a dudar. Parecía no saber qué añadir. En realidad, él era consciente de la
falsedad de aquellas acusaciones y, lógicamente, acababa de tropezar con un serio problema.
El «zelota» más joven levantó la cabeza y con el rostro sudoroso y descompuesto buscó a
Jesús. Después, a pesar de los tirones de su guardián, se arrastró sobre sus rodillas hasta el
rabí. Y al llegar a sus pies, en medio de una lluvia de furiosos latigazos, hundió la cara en los
goterones de sangre que se escapaban por el filo de la túnica del rabí, exclamando entre
sollozos:
-¡Maestro...! ¡Ten misericordia de nosotros...! ¡No nos dejes morir!
Jesús entreabrió sus inflamados y amoratados ojos, mirando a aquel desdichado con una
infinita ternura. Pero, antes de que pudiera responderle, el soldado que sujetaba la cuerda de

este reo, propinó al Maestro un violento empujón, haciéndole retroceder y tambalearse. Uno de
los sayones dirigió entonces su *flagrum* hacia Cristo, dispuesto a herirle, pero Civilis, atento a
cuanto ocurría, se interpuso, sosteniendo al Nazareno por las axilas y evitando que se desplomase.
A continuación se volvió hacia el pelotón, ordenándoles que no flagelasen al «rey de los
judíos».
-Este ha recibido ya su castigo -manifestó.
Los verdugos prosiguieron su despiadado ataque, abriendo nuevas heridas sobre las espaldas, piernas y costados de los «zelotas». Mientras el que se había aproximado al Galileo
seguía de rodillas, con la cabeza clavada sobre las losas, su compañero, en un arranque de

desesperación, se incorporó lanzando un frenético puntapié contra el bajo vientre de uno de sus
fustigadores. El romano se dobló como un muñeco, cayendo al suelo entre aullidos de dolor.
Poncio, de espaldas a aquella sanguinaria escena, volvió a escribir:
«... Rey de los Judíos,).
Juan, por tanto, era el único evangelista que había sido absolutamente fiel en la transcripción del INRI («Jesus Nazarenus Rex Judaeorum »).
E inmediatamente, de forma casi mecánica, el procurador repitió la frase «Jesús de Nazaret,
Rey de los Judíos» en griego y, por último, en latín. Y devolviendo la tablilla a Longino se
sacudió las palmas de las manos, haciendo una ostensible mueca de repugnancia.
Pero el legionario enviado por el centurión en busca de otras dos planchas de madera regresó al punto. Y Poncio, muy a pesar suyo, tuvo que repetir la operación. Esta vez fue
mucho más breve. Tras preguntar los nombres de los condenados, escribió sobre los blancos
tableros: «Gistas. Bandido» y «Dismas. Bandido». Todo ello, por supuesto, en las tres lenguas
de uso común en aquellos tiempos en Palestina: arameo en primer lugar, griego (el idioma
«universal», como lo podrían ser hoy el inglés o el español) y latín, lengua natal de Pilato.
El procurador dio unos pasos hacia el estanque circular y se enjuagó las manos. Cuando se
disponía a retirarse me adelanté y le supliqué que me permitiera asistir a las ejecuciones.
« Si en verdad debe ocurrir algo sobrenatural -argumenté-, quiero estar presente... »
Pilato se encogió de hombros y, mecánicamente, como sumido en otros pensamientos, transmitió mi ruego a Civilis. Éste se encargó de presentarme a Longino, anunciándome como
un augur, amigo de Tiberio. Estimo que la primera calificación no debió impresionar excesivamente al veterano centurión. Pero la segunda fue distinta. En ese instante, la intervención de Arsenius, participándole al capitán de la escolta que me había conocido

en la
noche anterior, revistió también su importancia.
Y Poncio,. levantando el brazo con desgana, saludó a sus oficiales, retirándose.
Civilis no tardaría mucho en seguirle.
Cuando los restantes legionarios vieron cómo su compañero caía víctima de la patada proporcionada por el terrorista, los *flagrum* no fueron ya los únicos instrumentos de tortura.
Con una rabia inusitada, los restantes sayones, a los que se habían unido otros curiosos,
acompañaron los latigazos con un sin fin de puntapiés, que terminaron por doblegar al revolucionario. Una vez en tierra, las suelas claveteadas de los romanos se incrustaron una y
otra vez sobre el cuerpo del reo y a los pocos segundos, un hilo de sangre brotó por entre las
comisuras de sus labios.
La llegada de dos nuevos maderos, algo más cortos que el destinado a la cruz del Nazareno,
interrumpió la flagelación.
Pero aquel momentáneo respiro sólo fue el prólogo de una angustiosa «peregrinación»...
Sin ningún tipo de contemplación o miramiento, los soldados, bajo la atenta vigilancia de
Longino y de su *optio,* situaron los dos troncos sobre los hombros y últimas vértebras cervicales
de los «zelotas», al tiempo que otros legionarios obligaban a los prisioneros a extender sus
brazos hasta pegar las caras dorsales de sus manos a la áspera superficie de los maderos. El
revolucionario más joven siguió de rodillas, mientras su compañero, semiinconsciente, era
atado al *patibulum* en la misma postura en que había quedado:
tendido y boca abajo.
Ninguno de los dos tuvo fuerzas suficientes para resistirse. El que había pedido clemencia
siguió sollozando lastimeramente, mientras una larga y gruesa maroma inmovilizaba sus
muñecas, brazos y axilas. Los romanos iniciaron la sujeción del primer reo por el extremo
derecho del *patibulum.* Después fueron aprisionando los brazos hasta concluir en la muñeca
izquierda. Y desde allí, la cuerda cayó hacia el pie izquierdo del condenado, siendo anudada
alrededor del tobillo. Con esta misma cuerda, y una vez rematada la colocación de aquel primer
madero, los verdugos incorporaron al segundo guerrillero, repitiendo la maniobra.
Finalmente, los soldados, portando unos cuatro metros de soga (los últimos de la larga maroma), se dirigieron al Maestro. Jesús los vio llegar y mansamente, antes de que los legionarios le golpearan o tiraran de sus cabellos para que se inclinase, echó el cuerpo hacia
adelante, ofreciendo sus destrozados hombros. Pero la estatura del rabí rebasaba con mucho la
de los verdugos y su voluntaria inclinación del tórax no fue suficiente. Así que uno de los

infantes, ante la imposibilidad de empujar su cabeza, agarró sus barbas, tirando de ellas hacia

el suelo. Y así lo mantuvo, en espera de que sus compañeros de armas depositaran el *patibulum* sobre sus espaldas.
Otros dos legionarios extendieron los brazos del rabí y un tercer y cuarto soldados se hicieron con el grueso tronco. Lo izaron por ambos extremos y lo encajaron de golpe sobre la nuca del Galileo. Pero las múltiples ramificaciones del casco de espinas constituyeron un obstáculo: el espeso cilindro de madera no se ajustaba con precisión sobre los músculos trapecios, rodando por la espalda. Por tres veces, los romano -cada vez más sofocados- golpearon el cuello de Jesús hasta que, al fin, presa de nuevos dolores, el propio reo se inclinó aún más, facilitando el depósito del *patibulum* sobre las áreas altas de las paletillas. En cada uno de aquellos salvajes intentos de colocación del madero experimenté una especie de latigazo que me recorrió las entrañas. Las púas situadas en la nuca y región occipital se clavaron un poco más en cada empeño, desgarrando el cuero cabelludo y, posiblemente, hundiéndose en el periostio craneal (lámina que envuelve a los huesos). (Los traumatólogos saben muy bien qué clase de dolor produce la perforación de dicha lámina.)
El intenso y mantenido dolor hizo que Jesús gimiera en cada uno de los tres impactos. Y en cuestión de segundos, su cabellos y cuello volvieron a brillar, profusamente ensangrentados.
Los verdugos tensaron los brazos bajo la zona inferior del tronco y procedieron a su anclaje, anudando la cuerda -de derecha a izquierda-, rematando la sujeción en el tobillo izquierdo.
El notable peso del *patibulum* -al menos para un hombre tan sumamente castigado-, hizo que el cuerpo del rabí se inclinara peligrosamente, obligándole a flexionar las piernas. Jesús trató de elevar la cabeza. Sus músculos y arterias parecían a punto de estallar bajo la piel enrojecida del cuello. Pero, a cada intento de remontar y vencer el peso del leño, su nuca se emparedaba con la corteza rugosa del *patibulum* y el dolor de las espinas, entrando sin piedad en la cabeza, le vencía, humillando el rostro.
Comprendiendo que todo esfuerzo por recobrar la verticalidad era inútil, el Maestro pareció resignado. Su respiración se había hecho nuevamente agitada y temí que, en cualquier momento, aquel esfuerzo desembocara en un nuevo desfallecimiento. (Los evangelistas,

lógicamente, ya que ninguno se encontraba presente en aquel dramático momento de la carga del *patibulum,* no reflejaron jamás en sus escritos lo duro y crítico de aquel instante. El mermado organismo de Jesús de Nazaret se vio aplastado súbitamente por un madero, dejando a sus músculos en la posición en que se encontraban en el momento de la descarga sobre sus hombros y nuca. No hubo «pre-calentamiento» ni posibilidad alguna de que los principales paquetes musculares pudieran reaccionar convenientemente. Ello, en suma, precipitó las frecuencias cardíacas y arterial, disparándolas por enésima vez. En cuestión de tres a cinco minutos -desde el momento en que los soldados lograron amarrar el tronco a sus brazos-, su corazón pudo latir a razón de 170 pulsaciones por minuto, elevándose la tensión arterial máxima alrededor de 190. En mi opinión, aquel fue un golpe que consumió las escasas energías que aún podían quedarle.)

Al verle en aquel lamentable estado me pregunté cuánto podría resistir con el *patibulum* a cuestas...

Pero un nuevo hecho estaba a punto de provocar otro desgarrador sufrimiento en el organismo del gigante de Galilea.

Mientras Arsenius procedía a clavetear las tres tablillas sobre el fuste de madera de uno de los *Pilum,* otro legionario reparó en las sandalias del Maestro. Se las mostró a Longino y éste, en un gesto de honradez y conmiseración hacia el reo, ordenó al soldado que le calzara. El infante se situó en cuclillas ante el rabí y, al obligarle con ambas manos a levantar el pie izquierdo, con el fin de depositar la planta sobre la sandalia, el cuerpo del Nazareno se desequilibró hacia el lado contrario, provocando una aparatosa caída de Jesús. El incidente fue tan rápido como inesperado. El Galileo, con los brazos amarrados, no pudo evitar que el *patibulum* se venciera y, tras golpear las losas con el extremo derecho, fue a estrellarse de bruces contra el pavimento, quedando aplastado bajo el travesaño de la cruz.

Al ver y escuchar el violento choque contra las losas temí lo peor. Cuando los soldados se apresuraron a levantarle observé que, afortunadamente, el «yelmo» de espinas había actuado como protector, evitando que los huesos de la cara se astillasen. A cambio, las púas de la frente, sienes y mejillas habían perforado un poco más la carne, dejando al descubierto en

algunas áreas parte del tejido celular subcutáneo y dando lugar a nuevas e intensas

hemorragias.
A pesar de la violencia de la caída, el Nazareno no llegó a perder el sentido. Dos verdugos
izaron el *patibulum,* apuntalándolo con sus hombros, mientras el torpe legionario terminaba de
calzar a Jesús.
Una vez concluida la desgraciada operación, los verdugos soltaron el madero y el rabí volvió
a acusar el peso, inclinándose por segunda vez. La imposibilidad de que pudiera echar atrás la
cabeza mermó notablemente su campo visual, limitándolo prácticamente al terreno que pisaba.
En varias ocasiones, mientras duró aquella corta pero accidentada caminata hasta el Calvario,
observé cómo el Maestro forzaba la vista hacia lo alto. Pero, al arrugar la frente, las púas
desgarraban las heridas y el intenso dolor le obligaba a bajar los ojos.
Hacia la hora sexta, Longino dio la orden de emprender la marcha. La escolta había sido
incrementada con otros legionarios, todos ellos fuertemente armados. Ocho se situaron en
ambos flancos de los prisioneros y el resto, hasta un total de doce, se repartió en la cabeza de
la comitiva, inmediatamente detrás del centurión y de su lugarteniente y en la cola. A cada reo,
por tanto, le había sido asignado un contingente de cuatro soldados, expresamente encargados
de su vigilancia y posterior crucifixión. Uno de estos infantes cargaba, además, con un
mugriento saco de cuero que colgaba de un palo acabado en forma de horca y que se apresuró
a echar sobre el hombro. Cerraba el cortejo una pareja de romanos que sostenía una escalera
de mano de unos cinco metros.
Cuatro de los infantes situados a derecha e izquierda de los «zelotas» desenroscaron sus
látigos, reanudando la flagelación de aquellos desdichados, tal y como tenían por costumbre
antes de la ejecución. Entre gemidos y con el cuerpo ensangrentado, los dos primeros reos
comenzaron a caminar, tambaleándose bajo el peso de los troncos. Siguiendo unas rígidas
normas de seguridad, los tres prisioneros, corno digo, habían sido atados por los tobillos a una
misma cuerda. De esta forma, cualquier posible intento de fuga resultaba extremadamente
problemático.
Al ponerse en marcha, el condenado situado en el centro dio un tirón de la maroma,
obligando al Nazareno -que ocupaba el tercer y último lugar- a seguirle. Las pronunciadas
oscilaciones del leño que cargaba el rabí y sus pasos vacilantes, inseguros, con aquel penoso
arrastre de su pierna izquierda, nos hicieron temer a todos una nueva e inmediata caída y, lo

que era mucho peor, una posible parada cardíaca. Y digo «a todos» porque, desde el principio,
los cuatro legionarios que cerraban conmigo la escolta cruzaron algunas miradas de preocupación, confirmando con significativos movimientos de cabeza que aquel prisionero no
estaba en condiciones de llegar al Gólgota. Pero, de momento, nadie dijo nada.
Los reos salvaron los 25 primeros metros y el pelotón entró en el túnel abovedado de la
puerta Oeste; aquél por el que yo había accedido a Antonia en la compañía del anciano de
Arimatea. Allí, desafortunadamente, se produciría un nuevo problema...
Algunos de los centinelas se habían asomado con curiosidad a la puerta del cuerpo de guardia, asistiendo entre risitas al paso de los condenados. Cuando el guerrillero que marchaba
en medio llegó a la altura de los guardianes, aprovechando que los legionarios habían cesado
en sus azotes a causa de la penumbra y de lo angosto del pasadizo, el tal Gistas se volvió hacia
la izquierda, lanzando un salivazo sobre el romano más próximo. Y antes de que sus verdugos
pudieran ponerle la mano encima arremetió con el filo del *patibulum* contra el legionario que
caminaba a su derecha, dirigiendo el tronco hacia su rostro. El soldado cayó hacia atrás,
precipitándose sobre Jesús. Ambos rodaron sobre el oscuro y húmedo empedrado del túnel. En
esta ocasión, el impacto hizo que el Galileo se desplomara de espaldas. El revuelo fue indescriptible. Varios miembros del cuerpo de guardia y algunos de los romanos de escolta se
ensañaron con el guerrillero, hundiendo las astas de sus lanzas en el vientre, costillas y dientes
del provocador, hasta hacerle caer de rodillas.
Longino y Arsenius acudieron de inmediato al centro del pasadizo, tratando de poner orden
en aquel revuelo. Otros soldados ayudaron al compañero que había sido golpeado con el
madero. Una de las aristas le había abierto el pómulo izquierdo, provocando una aparatosa
hemorragia. El centurión examinó la brecha, ordenando que fuera relevado de inmediato. Su
puesto fue ocupado por otro de los centinelas. Mientras tanto, Jesús permanecía inmóvil, boca

arriba e impotente para levantarse. Las espinas habían vuelto a herir la nuca y el Maestro, con
un rictus de dolor, intentaba adelantar la cabeza, evitando así el contacto con la madera.
Algunos de los legionarios que portaban los *flagrum,* cegados por la ira, se revolvieron también hacia el rabí y comenzaron a golpearle, insultándole y exigiéndole que se incorporase.
Pero aquellas demandas fueron tan inútiles como absurdas. Nadie, en aquella posición,

hubiera
podido elevar el tronco por sus propios medios. En un desesperado intento por obedecer, el
Nazareno llegó a doblar las piernas, tensando sus músculos. Pero, a los pocos segundos,
vencido y agotado, desistió. Antes de que la lógica y el buen juicio se impusieran entre la
confusa soldadesca, otro de los romanos se inclinó sobre el Maestro y agarrándole por la barba
comenzó a tirar de él, en medio de un torrente de imprecaciones y blasfemias. La rabia del
verdugo era tal que, en uno de aquellos salvajes tirones, los crispados dedos del legionario se
despegaron del rostro de Jesús, llevándose un mechón de pelo. Con aquella porción de la
barba, el soldado arrancó también parte de la epidermis y del corión o capa interna de la piel,
dejando al descubierto -entre borbotones de sangre- las bandas fibrosas del músculo cuadrado
(en su zona derecha). Con un fuerte lamento, el Galileo dejó caer su cabeza sobre el *patibulum,*
presa del insoportable dolor que suponía el desgarro de un sinnúmero de papilas nerviosas.
(Resulta importante anotar que, entre los minúsculos órganos violentamente desprendidos, se
hallaban los conocidos como intérpretes de la «sensibilidad dolorosa»: unos receptores
específicos para el dolor y que se ramifican en terminaciones nerviosas libres, que se arborizan
en los intersticios del epitelio cutáneo.)
La sorpresa o el susto del centinela fue tal que no volvió a agredir a Jesús. El *optio,* con más
sentido común que sus hombres, dispuso que se le incorporase. Y la comitiva prosiguió su
marcha, con dos revolucionarios masacrados a latigazos y golpes y con un Jesús de Nazaret
irreconocible, consumido por la fiebre y con una debilidad galopante.
Al pisar la cubierta metálica del puente levadizo, el sol, casi en el cenit, iluminó de lleno la
figura del Maestro. Las caídas habían abierto algunas de sus heridas, empapando nuevamente
la túnica, que había perdido su color original. Varios regueros de sangre corrían sin descanso
por sus tendones de Aquiles, encharcando las sandalias.
Arrastrando los pies, el Maestro fue aproximándose al parapeto exterior de la Torre Antonia.
Su respiración era cada vez más fatigosa y su cabeza y tronco iban inclinándose centímetro a
centímetro.
En la boca del muro, cuando llevábamos recorridos algo más de 45 metros desde el centro
del patio porticado, el pelotón se detuvo nuevamente. Lo estrecho del acceso obligó a los
legionarios a inclinar los troncos de los reos, de forma que pudieran cruzar el recinto

exterior
del cuartel general.
A partir de allí, las cosas podían complicarse y los soldados cerraron filas, guardando una
mínima distancia entre sí y con los condenados. Longino hizo una señal a su lugarteniente y
éste se puso a la cabeza de la comitiva, enarbolando con ambas manos el *pilum* sobre el que
habían sido dispuestas las tres tablillas con los nombres y crímenes de los que eran llevados al
patíbulo.
Nada más abandonar la fortaleza fuimos sorprendidos por un viento racheado, mucho más
intenso que el que yo había percibido durante los debates de Poncio en la terraza del Pretorio.
Aquel viento, procedente del Este, llegaba cargado de polvo y arena. Intrigado por el súbito
empeoramiento del tiempo pulsé la conexión auditiva y pregunté a Eliseo qué noticias tenía
sobre la anunciada inestabilidad en los altos niveles de la atmósfera, en las proximidades de la
frontera del actual Irak con la Arabia Saudí. Mi compañero -a quien tema poco menos que
abandonado desde hacía horas- me reprochó este silencio, aunque comprendió que las
circunstancias no habían sido óptimas como para mantenerle informado.
E inmediatamente pasó a explicarme que la turbulencia se habla convertido en un «haboob»[1]
o tempestad con un viento violento, alimentado por el contacto entre una corriente «en chorro»
y otro sistema de presión barométrica distinto. La tempestad había ido aumentado,
especialmente en la periferia occidental de la depresión bárica, localizada, como dije, al sur del

[1] Se denomina «haboob», en términos meteorológicos, a una tempestad de polvo que se forma sobre los desiertos
durante un periodo de inestabilidad convectiva. El término «haboob« se deriva de otro árabe que significa «viento
violento». Son notables y famosos los «haboobs» del Sudán, con velocidades de hasta 85 kilómetros por hora. *(N. del
m.)*

Irak. Los sistemas electrónicos de la «cuna» habían detectado corrientes cónicas de partículas
suspendidas en el aire, moviéndose hacia el Oeste-Noroeste y en frentes que oscilaban
alrededor de los 100 kilómetros. Las bandas de este «haboob» se habían ido enroscando y
ensanchándose, hasta alcanzar los 500 kilómetros, levantando a su paso gigantescas nubes de
arena, procedentes de los desiertos arábigos de Nafud y Dahna. Las rachas, según los
detectores del módulo, alcanzaban los 25 y 30 nudos por hora. En contra de lo que presumía
Eliseo, la llegada de aquella tormenta había elevado la humedad relativa, estimándose también

un ligero descenso de la temperatura.
La visibilidad en el interior del polverío -añadió mi hermano- ha sido estimada por Santa
Claus en unos 300 metros. Tiempo previsto para el barrido de la ciudad por el lóbulo central del
«haboob»..., entre 30 y 45 minutos, a partir de ahora mismo.
Aquello significaba que, si la comitiva conseguía alcanzar el lugar de la crucifixión antes de la
entrada de la tormenta en el área de Jerusalén, las « tinieblas» -provocadas por las bancos de
arena en suspensión- se echarían sobre nosotros en plena ejecución. Qué poco podía imaginar
en aquellos instantes que las famosas «tinieblas» descritas por los evangelistas poco tenían que
ver con el oscurecimiento del sol por el polvo...
A corta distancia del parapeto de piedra que rodeaba aquella zona de la Torre Antonia
esperaba un grupo de judíos (calculé unos doscientos), entre los que se hallaban unos pocos
saduceos -los mismos que habían asistido a la condena de Jesús frente al Pretorio- y, por
supuesto, José de Arimatea, en compañía de otro joven emisario de David Zebedeo. Este último
acababa de comunicar al anciano que María, la madre del Maestro y otros familiares venían ya
hacia Jerusalén y que, probablemente, se encontrarían con Juan en el camino de Betania.
Caifás y el resto de los sanedritas -según José- se habían dirigido al templo, dispuestos a dar
cuenta al resto del Sanedrín de lo acontecido aquella mañana y de la inminente muerte del rabí
de Galilea. Pero la máxima preocupación del de Arimatea no era la suerte de su Maestro. El
sabia que la sentencia del procurador era ya inapelable y que sólo los poderes divinos de Jesús
podrían librarle de una muerte segura. Sus pensamientos estaban ocupados, como digo, por
otro problema. Una vez logrado el pronunciamiento de Poncio contra el Galileo, los sacerdotes
salieron de la fortaleza, discutiendo y preparando su próxima acción: el apresamiento y
aniquilación de los discípulos de Jesús. José había advertido al «correo» sobre dicha maniobra y
le urgió para que saliera hacia Getsemaní y pusiera sobre aviso a David y a cuantos seguidores
y amigos pudiera localizar. Y así lo hizo.
Yo me atreví a insinuarle que su presencia cerca del sumo sacerdote y de los saduceos podía
resultar mucho más útil que en aquel trágico cortejo. Y José, sin poder contener las lágrimas,
asintió con la cabeza, mientras observaba atónito el rostro ensangrentado del Nazareno y su
cuerpo, cada vez más agotado y flexionado bajo el peso del tronco.
Los dirigentes judíos, al leer el «INRI» de Jesús se interpusieron en el camino del *optio*

y del
pelotón y, airadamente, protestaron por la inscripción. Longino trató de calmar los exaltados
ánimos de los hebreos, haciéndoles ver que aquellas tablillas habían sido escritas de puño y
letra por el propio procurador.
Fue inútil. Los saduceos exigieron que el centurión cambiase el texto, retirando la expresión
«rey de los judíos». La tensión llegó al máximo cuando algunos de aquellos desarrapados
tomaron piedras, arrojándolas contra los soldados. Varios legionarios se adelantaron, cubriendo
a Longino y al *optio* con sus escudos. El centurión, sin perder los nervios, apartó al infante que
le protegía y levantando la voz advirtió al grupo que se disolviera. Después, señalando el tercer
tablero -el correspondiente a Jesús Nazareno- recordó a los sanedritas que, si deseaban
cambiar la inscripción, volvieran a Antonia y discutieran el asunto con Poncio. Aquellas palabras
de Longino apaciguaron la cólera de los judíos y tres de los jueces se retiraron
apresuradamente en dirección al Pretorio, dispuestos a negociar lo que consideraban un insulto
a su nacionalismo.
Yo no volvería a ver a Pilato en aquel primer «gran viaje». Sin embargo -y adelantando
acontecimientos- puedo señalar que en nuestra segunda «aventura», Civilis me relató aquel
nuevo encuentro con los «despreciables sacerdotes», congratulándose de la actitud de Poncio.
Por una vez, el gobernador se mostró inflexible, recordando a los hebreos que dicha acusación
había formado parte de las inculpaciones que habían motivado la condena. Al parecer, cuando
los saduceos se convencieron de la dura e intransigente postura del romano, le sugirieron que,
al menos, modificase el texto, cambiándolo por otro que dijese: «Ha dicho: soy el Rey de los

Judíos. » La respuesta de Poncio fue idéntica a las anteriores: « Lo que he escrito, escrito está
por mí.» Y la representación del Sanedrín no tuvo más remedio que retirarse, no sin antes
amenazar al gobernador con un sinfín de maldiciones y castigos divinos...
Una vez cancelado el incidente, el centurión dio orden de proseguir. Desenvainó su espada y
sin titubeo alguno se abrió paso entre la turba. Aquellos cientos de fanáticos, en su mayoría
desocupados, gente comprada por el Sanedrín o, simplemente, morbosos sedientos de sangre,
se echaron atrás al momento, abriendo un pasillo por el que desfiló el pelotón con los
condenados. Por más que miré no pude descubrir a uno solo de los amigos o discípulos

de
Jesús. En cuanto a la muchedumbre que había gritado la liberación de Barrabás y la crucifixión
del Galileo, ¿dónde estaba? Aquellos hebreos constituían una mínima parte de los dos mil o tres
mil que podían haberse congregado minutos antes frente a las escalinatas de la residencia del
procurador. Este súbito desinterés por cl final del «odiado rey de los judíos» confirmó mi
hipótesis. La inmensa mayoría de los judíos que subió esa mañana hasta el Pretorio sólo llevaba
una intención: solicitar la tradicional liberación de un preso. En el fondo les daba igual en quién
recaía la gracia. Si los jueces hubiesen clamado por la libertad de Jesús, el gentío,
probablemente, hubiera coreado el nombre del Nazareno. Una vez satisfecha su curiosidad, los
miles de peregrinos y vecinos de Jerusalén se retiraron, olvidándose prácticamente del
condenado.
Pero el tropiezo con aquellos doscientos cobardes sí influyó en algo. Longino, hombre de
gran experiencia, pensó sin duda que la conducción de los «zelotas» y del «rey» a través de las
calles de la ciudad alta de Jerusalén podía revestir complicaciones para sus hombres y para él y
con buen criterio varió el camino que tradicionalmente venían siguiendo este tipo de
procesiones. En general, los futuros ajusticiados eran paseados por las intrincadas callejuelas
de la ciudad, tratando así de ejemplarizar a las masas. En esta ocasión, insisto, el centurión se
decidió por un camino mucho más corto. Siento defraudar a cuantos han creído y creen en una
« vía dolorosa» a través de las estrechas calles del barrio alto. Nada de eso. El centurión y los
soldados se desviaron hacia el norte, entrando en el polvoriento camino que conducía a Cesarea
y que discurría casi paralelamente al valle del Tyropeón. (Hoy, esa misma vía atraviesa -algo
más al norte- la Puerta de Damasco, en la muralla septentrional.)
Los primeros sorprendidos por este cambio en el itinerario fueron los hebreos que habían
arrojado las piedras contra la escolta romana. Al poco, encabezados por los saduceos,
comenzaron a seguir a Longino y a los legionarios. Supongo que aquella extraña variación en la
ruta tradicional de los reos movió aun mas su curiosidad.
Según mis cálculos, Jesús llevaba caminados unos 100 metros desde el patio de la Torre
Antonia cuando el centurión, de improviso, salió de la calzada, echándose a la izquierda e
iniciando el descenso por la mencionada quebrada del Tyropeón, en dirección a una de las
esquinas de la muralla norte de la ciudad. El viento levantaba en aquella zona exterior de
Jerusalén grandes masas de polvo y tierra, dificultando el ya penoso caminar del

Maestro y de
los «bandidos». Estos habían vuelto a ser azotados, aunque aquella pendiente y lo irregular del
terreno restaban precisión a los golpes de los verdugos.
Fue precisamente al bajar por aquella corta ladera, sembrada de cardos y abrojos espinosos,
cuando el renqueante y humillado cuerpo del Nazareno perdió nuevamente el equilibrio,
cayendo en tierra entre una nube de polvo. Esta vez, Jesús logró adelantar sus rodillas, que
fueron a estrellarse entre las piedras.
La tercera caída del prisionero obligó a detener la comitiva. Dos de los verdugos
retrocedieron y, a latigazos, intentaron que el Maestro se incorporase. Con la boca abierta,
resoplando y en mitad de una nueva elevación del ritmo cardíaco, el gigante -que había
quedado de rodillas- logró al fin elevar la pierna derecha. Pero la izquierda, destrozada por el
flagrum, no respondió. El Hijo del Hombre apretó los dientes con todas sus fuerzas. Los
músculos del cuello volvieron a tensarse, produciéndose una peligrosa contractura del
esternocleidomastoideo. Sus ojos cerrados reflejaban un firme deseo de vencer el peso del
madero, pero el agotamiento, la sed y el cada vez más preocupante descenso de la volemia (en
aquellos momentos era muy posible que el rabí hubiera perdido unos dos litros de sangre),
pudieron más que su voluntad y, a pesar de los latigazos, el cuerpo del reo, lejos de
recuperarse, fue inclinándose más y más, hasta que la barbilla tocó la rodilla derecha. En ese
crítico instante, la voz del centurión detuvo a los legionarios. Y el propio Longino, ayudado por
otros dos soldados, se encargó de empujar el *patibulum,* aliviando así la recuperación del

prisionero. Una vez en pie, la comitiva continuó el descenso hasta llegar al fondo de la vaguada.
A partir de allí, y hasta el Gólgota, el camino fue mucho más dramático. Según mis cálculos, la
depresión del Tyropeón se hallaba en la cota 745. Habíamos descendido cinco metros (la cota
de la fortaleza Antonia y de la pista de Cesarea era de 750 metros) y el Calvario se encontraba
a 755 metros de altitud sobre el nivel del mar. Eso significaba, a partir de esos instantes, un
camino en continua pendiente...
Pero, ante mi sorpresa, el Nazareno logró descender por el repecho con menos dificultades
de lo que imaginaba. Tambaleándose y respirando por la boca, consiguió cubrir otro centenar
de metros. Aquello sumaba alrededor de 250 desde nuestra salida de Antonia.
Sin embargo, yo mismo me estaba engañando. La triste realidad no tardó en

imponerse. De
pronto se detuvo. El leño osciló nerviosamente a uno y otro lado y Jesús cayó sobre sus
rodillas, presa de convulsiones más intensas. Esta vez, afortunadamente para él, la comitiva
apenas si se detuvo unos segundos. El rabí prosiguió el avance, arrastrando las rodillas sobre la
áspera pendiente.
No pude evitar un sentimiento de admiración. Aquel hombre, en el declive de su vida, era
capaz de continuar -del modo que fuera- hacia su propio fin...
Longino había elegido el perímetro exterior de la muralla norte, evitando así las
multitudinarias calles de Jerusalén y, al mismo tiempo, acortando el camino.
A pesar de ello, el agotamiento físico, y estimo que mental, de Jesús estaba rozando
nuevamente el estado de shock. Las puntas de sus dedos habían empezado a teñirse con una
tonalidad violácea, señal inequívoca de una pésima circulación en sus extremidades superiores,
fruto del agarrotamiento prolongado. Aunque fue imposible verificarlo en aquellos angustiosos
momentos, era más que seguro que sus brazos y hombros hubieran iniciado una tetanización,
sumando con ello un nuevo y punzante dolor, consecuencia de la progresiva cristalización de los
microscópicos cristales de ácido láctico de sus músculos. (Este proceso de tetanización sería
uno de los más arduos suplicios a que debería enfrentarse el Maestro durante los primeros
minutos de la crucifixión.)
Con la cabeza y el tronco flexionados, el Galileo fue ganando cada palmo de terreno,
envuelto en oleadas de arena y levantando en cada arrastre de sus rodillas pequeñas columnas
de polvo. La sangre que empapaba su túnica fue cargándose de tierra, así como sus cabellos,
barba y rostro.
La respiración fue haciéndose más y más rápida y, cuando había
ganado otros cincuenta escasos metros, un sudor frío bañó las sienes y cuello. Jesús
avanzaba ya con movimientos muy bruscos, casi a sacudidas, con una típica marcha
«espástica», consecuencia de la rigidez muscular.
De pronto le vi levantar el rostro por dos veces, procurando inhalar un máximo de aire. Y sin
que nadie pudiera evitarlo se desplomó, estrellándose contra el terreno.
Los soldados no lo dudaron. Y antes de que el centurión tuviera tiempo de intervenir la
emprendieron a patadas con el inerme cuerpo del Nazareno. Los catorce clavos en forma de
«5» de las suelas fueron abriendo nuevas heridas en las piernas y, supongo, en casi todas las
áreas donde descargaron los puntapiés: riñones, costillas y espalda. El pie izquierdo había
quedado orientado hacia la derecha y uno de los furiosos verdugos lo pisoteó por dos veces. En
el segundo impacto, la uña del dedo grueso saltó limpiamente.
Allí, cuando faltaban escasos metros para coronar la pendiente, las fuerzas habían

abandonado definitivamente al reo.
La llegada de Longino zanjó aquella estéril paliza. Y digo estéril porque el Maestro había
perdido el conocimiento.
El oficial, que estaba enterado de la dura intervención de los legionarios en la flagelación,
reprochó a los soldados aquel absurdo comportamiento. Se agachó y colocando sus dedos en la
arteria carótida comprobó el pulso.
-Aún vive -exclamó aliviado.
Los cuatro guardianes que le habían sido adjudicados procedieron a levantar el *patibulum.*
Pero Jesús quedó materialmente colgado del leño, con la cabeza hundida sobre el pecho.
Uno de los soldados sugirió al centurión que soltaran el tronco. Longino dirigió su mirada
hacia el polvoriento horizonte y al comprobar que nos hallábamos muy cerca de la puerta de
Efraím, rechazó la idea, ordenando que transportaran al reo y al *patibulum* hasta el pie mismo
de la muralla. Así se hizo. Sin pararse en contemplaciones de ningún tipo, el pelotón reanudó la

marcha. remontando el repecho en dirección a la citada entrada noroeste de la ciudad. Dos de
los verdugos depositaron los extremos del madero en sus respectivos hombros, cargando así
con el cuerpo desmayado del prisionero. Los pies de Jesús, durante estos nuevos 80 o 100
metros, fueron arrastrando sin piedad por entre la maleza y las pequeñas formaciones rocosas,
ulcerando aún más los tejidos.
Una vez junto a la muralla, al pie mismo de la referida puerta y del sendero que partía desde
aquel ángulo hacia Jaffa, los soldados sentaron al Maestro, recostándolo sobre los bloques del
alto muro. Mientras dos de ellos sostenían el tronco, otro soltó la maroma, desatando a Jesús.
Sus brazos, exánimes, cayeron sobre sus costados. Y otro tanto ocurrió con su cabeza, que
quedó inclinada sobre el tórax.
Los verdugos que habían venido azotando a los «zelotas» aprovecharon aquel descanso para
sentarse al filo del camino, mientras los guerrilleros, exhaustos, se derrumbaban igualmente.
El tropel de curiosos no tardó en asomar por el repecho. Pero, al ver que el pelotón se había
detenido, se mantuvo a una prudencial distancia, pendiente de todos y cada uno de los
movimientos de los romanos.
El tránsito de caminantes por aquella calzada era intenso. Nos encontrábamos muy cerca de

la tradicional celebración de la cena pascual y los peregrinos apresuraban el paso, arreando las caballerías y los rebaños de corderos. Mucho de ellos se detenían bajo el arco de la puerta de Efraím, sorprendidos por el espectáculo de aquellos hombres ensangrentados, medio desnudos y hundidos bajo el peso de los troncos. Pero la tormenta de polvo y arena seguía arreciando y la mayor parte, tras echar un vistazo, se retiraban de inmediato. Supongo que muy pocos llegaron a reconocer al Nazareno.

El centurión y su lugarteniente volvieron a examinar a Jesús. Ambos se mostraban seriamente preocupados. No deseaban que el reo perdiera la vida en el traslado. Aquello les hubiera complicado las cosas. A petición de Longino, el legionario que había cargado el saco de cuero extrajo de éste un cántaro de barro envuelto en una redecilla trenzada a base de cuerdas y, protegiéndolo del polvo con su propio cuerpo, llenó una cazoleta de metal, de un remoto color verdoso, con un líquido incoloro. El centurión aproximó el recipiente a los labios de Jesús que, al contacto con lo que en un principio identifiqué con agua, reaccionó favorablemente. Al fijarme apreció cómo los labios se hallaban agrietados, con las típicas manchas amarillentas en sus bordes, propias de la deshidratación. Lentamente, el Galileo fue apurando el brebaje. Al terminar, su boca quedó entreabierta, con el cuerpo estremecido por la fiebre y la consiguiente sensación de frío. Entonces, al reparar en su boca, comprobé con espanto que la hermosa dentadura del rabí aparecía rota. Me situé en cuclillas, al lado de Longino y tocando con mis dedos el labio inferior descubrí la dentadura. Uno de los incisivos inferiores había desaparecido y el segundo presentaba sólo una parte de la corona. Aquellas pérdidas sólo podían haber ocurrido en alguna de las cuatro caídas. En mi opinión, en la primera o en la cuarta y última.

Al notar la suave presión de unos dedos, bajando su labio inferior, Jesús abrió como pudo sus ojos. El izquierdo se hallaba prácticamente cerrado por los hematomas y la rotura de la ceja. Mi mirada debió ser tan intensa y compasiva que adiviné una chispa de agradecimiento en aquella pupila. La «hipotonía» o blandura del globo ocular era tan evidente que me reafirmé en la gravísima deshidratación que padecía.

La temperatura del labio era muy alta y, sin poder remediarlo, comenté con el oficial el delicado estado del reo. Longino se incorporó y con un gesto de preocupación se dirigió al camino, observando a los transeúntes. Al principio me extrañó aquella reacción del

capitán de
la escolta. Después comprendí por qué se había alejado del pelotón.
Mientras observaba cómo el Galileo iba recobrando el aliento, un grupo de veinte o treinta
mujeres apareció bajo el arco de Efraím. Indudablemente venían al encuentro del Maestro
porque, al descubrirlo al pie de la muralla, se detuvieron. Avanzaron tímidamente y, cuando se
hallaban a tres metros, uno de los legionarios les cortó el paso con su lanza.
Me puse en pie y busqué con ansiedad a la madre del Maestro, pero pronto caí en la cuenta
que aquel intento de identificación era ridículo. Yo no conocía a María. Las mujeres rompieron a
llorar. Fueron unas lágrimas amargas y silenciosas.
El Galileo giró entonces su cabeza y al contemplar al grupo de judías inspiró profundamente.
Después, ante la sorpresa general, exclamó con una voz ronca.
-¡Hijas de Jerusalén...! No lloréis por mí. Llorad más bien por vosotras mismas y los vuestros...

El viento golpeaba los mantos de las hebreas, que no cesaban de sollozar. Y Jesús, tras una
breve pausa, añadió:
-Mi misión está casi cumplida. Muy pronto me iré con mi Padre... pero la época de terribles
males para Jerusalén no ha hecho más que empezar...
Los escalofríos arreciaron y, haciendo un último esfuerzo, concluyó:
-Veréis llegar días en los que digáis: «Benditas las estériles y aquellas cuyos senos no amamantaron a sus pequeños...» En esos días pediréis a las rocas que caigan sobre vosotras
para libraros del terror de vuestras tribulaciones.
Aquellas mujeres habían sido valientes. Mucho más que los discípulos y amigos del Maestro.
A excepción de Juan Zebedeo, de José de Arimatea y del joven Marcos -a quien encontraría
pocos minutos después-, el resto no había tenido el coraje suficiente para seguir a su Maestro,
ni siquiera de lejos. El Nazareno, en mitad de su turbación, tuvo que darse cuenta y quizá por
ello dirigió aquellas palabras al puñado de seguidoras.
El soldado, sujetando el *pilum* con ambas manos, obligó a retroceder a las judías. Pero una
de ellas, en lugar de obedecer, se adelantó hasta el infante, mostrándole una moneda. Después
susurró algo al oído del verdugo. Este aceptó el dinero y tras comprobar lo que encerraba la
mujer en su otra mano la dejó pasar. La hebrea, a quien yo había visto en las faenas domésticas del campamento de Getsemaní, corrió hacia el rabí y, clavando sus rodillas en el
suelo, extendió su mano izquierda, depositando algo en los labios del Nazareno. ¡Eran pasas!

¡Pasas de Corinto! Uno de los frutos preferidos de Jesús...
La buena mujer logró introducir hasta tres pasas en la boca del Maestro. No hubo tiempo para más. El mismo legionario que le había dejado pasar, una vez apartado el grupo, volvió sobre sus pasos, forzando a la hebrea a abandonar el lugar.
Conmovido por aquel postrer gesto de amor hacia el Hijo del Hombre no vi llegar a Longino.
Junto a él se hallaba un hombre corpulento, de unos 50 años y de piel blanca, aunque ligeramente cetrina. Se tocaba con un turbante y sus ropajes se diferenciaban del común de los hebreos por unos pantalones de color verdoso brillante, muy holgados y recogidos en la mitad de la pierna.
Por lo que pude apreciar hablaba sólo griego y con evidentes dificultades. A una orden del centurión cargó el *patibulum* de Jesús y los legionarios se incorporaron, reanudando sus latigazos sobre las espaldas de los «zelotas». El *optio* volvió a la cabeza del pelotón mientras Longino señalaba a dos de sus hombres que se ocuparan del tercer prisionero. Los infantes colgaron sus escudos en bandolera y auparon al Galileo, sujetándole por las axilas.
La comitiva se dividió entonces en dos partes. En primer lugar, los rebeldes, con Arsenius abriendo el cortejo. Detrás, a cosa de cinco o diez metros, otros cuatro verdugos; dos de ellos, sosteniendo al rabí. E inmediatamente, cerrando el pelotón, el llamado Simón, natural de Cirene, un país situado entonces en el norte de África, entre Egipto y Tripolitania.
Durante el tiempo en que el Cristo permaneció colgado de la cruz, tuve ocasión de intercambiar algunas palabras con aquel cireneo, elegido por el centurión por su fuerza física.
Según me relató, Longino se fijó en él cuando, en compañía de otros amigos y peregrinos como él desde Cirene, se dirigía por la ruta de Jaffa, desde el campamento que les servía de provisional refugio, hacia el Templo. Como judío tenía intención de asistir a los oficios rituales de aquel viernes. Pero sus propósitos se vieron arruinados por la inesperada llamada del oficial romano.
No venía, por tanto, de ninguna heredad, como han explicado numerosos comentaristas bíblicos. Aquel Simón, como otros muchos peregrinos, había acudido a la fiesta de la Pascua y, al no disponer de un mejor albergue, había montado su tienda muy cerca de las murallas. De ahí el error de Marcos (15,21), cuando afirma que «volvía del campo».
Por supuesto, en aquel tiempo, Simón de Cirene no conocía prácticamente a Jesús. Algo había oído, sí, sobre sus prodigios y curaciones, pero, al menos en aquellos históricos momentos, la tragedia del Hijo del Hombre no le afectó lo más mínimo. Cumplió con lo que le habían ordenado, permaneciendo después durante algún tiempo cerca de las cruces

por pura
curiosidad.
Años más tarde, sin embargo, tanto él como sus hijos Alejandro y Rufus se convertirían en
eficaces propagadores del evangelio en el norte de África.
Envueltos en la silbante tempestad de arena, los soldados cruzaron el camino, dispuestos a
salvar los últimos metros que nos separaban del lugar de ejecución.

Los hombres que ayudaban al Nazareno habían pasado los brazos de éste por encima de sus
respectivos hombros, sujetando al reo por la cintura y por ambas muñecas.
Y así, inválido, arqueando la pierna derecha con dificultades y con la izquierda inutilizada,
aquel despojo humano fue socorrido y trasladado hasta el pie del Gólgota. De acuerdo con mi
cómputo, la «vía dolorosa» -nunca mejor empleado el calificativo- había supuesto un total de
480 metros, aproximadamente.
Eran las 12.30 horas del viernes, 7 de abril.
Medio cegado por las partículas de polvo y tierra, a punto estuve de tropezar con las rocas
calcáreas que se derramaban en aquel paraje, al noroeste de la ciudad. Sin saberlo me
encontraba ya al pie del «Rás» o «Cabeza», también conocido por Calvario y Gólgota[1].
Aunque la visibilidad era aún aceptable, los remolinos de arena dificultaron mi primera
exploración de aquel lugar. Sólo después del fallecimiento del Nazareno -una vez calmada la
tormenta y «libre» el sol del singular fenómeno que se registraría pasadas las 13.30 horas-
pude analizar con un cierto sosiego el punto donde realmente me hallaba.
El centurión y sus hombres conocían bien aquel cerro rocoso porque de eso se trataba en
realidad- y se apresuraron a alcanzar la cima. El primero y más grande de los peñascos (puesto
que la formación abarcaba dos moles prácticamente contiguas) tenía una altura máxima de seis
o siete metros, tomando como referencia el nivel del sendero que lamía casi las bases de
ambos promontorios.
Al ir ascendiendo por las erosionadas costras de carbonato de cal, lo primero que me llamó la
atención fue la escasísima vegetación existente en el lugar y lo redondeado del cerro en
cuestión. Era muy probable que aquella desnudez de la roca -observada desde una cierta
distancia- hiciera volar la imaginación de los habitantes de Jerusalén, denominando a aquel
peñón con el referido nombre de «cráneo»[2].
El lugar, por supuesto, resultaba ideal para este tipo de ejecuciones públicas. Se levantaba a
un centenar de metros de la mencionada puerta occidental de Efraím y, como digo, al

pie
mismo del transitado camino hacia Jaffa. Si realmente se pretendía impresionar a los habitantes
y peregrinos de la ciudad santa, aquél constituía un punto de notable interés.
En lo que concierne a las dimensiones del Gólgota o «Cabeza» (y hago referencia a esta
denominación -«Râs»- porque se trata de la última explicación ofrecida por el prestigioso
arqueólogo Vicent, en base a lo que pudo escuchar de un viejo habitante del barrio del actual
Santo Sepulcro), el cabezo más voluminoso, sobre el que iban a practicarse las crucifixiones,
estimo que sumaría entre 20 y 30 metros de diámetro en la base, con una corona o cima
redondeada de otros 12 a 15 metros, aproximadamente. En cuanto al peñasco situado
inmediatamente y hacia el norte, sus dimensiones eran sensiblemente menores.

1 El término *Gulgultha* es la forma aramea del hebreo *Gulgoleth,* que quiere decir «cráneo». Por eliminación de una
de las «1» aparece la expresión griega *Gólgotha y* la siríaca. *Gugultha.* La versión latina se lee *Calvarium.* De ahí la
denominación final de Calvario. *(N. del m.)*

2 De las diversas interpretaciones que yo había estudiado durante mi entrenamiento para la misión Caballo de Troya
sobre este lugar, sólo la que asociaba la forma del peñasco con la palabra «cráneo» me pareció la más verosímil. Y no
estaba equivocado. Para algunos, entre los que se encontraba San Jerónimo, el Gólgota tomaba aquel nombre por ser
éste el lugar donde se ajusticiaba y sepultaba a los criminales. Craso error, ya que los judíos tenían por costumbre
enterrar a los ejecutados en una fusa común o, incluso, arrojarlos a las barrancas de la Gehenne o Hinnom, al sur de
Jerusalén, donde eran devorados por los perros, ratas y otros animales. Una segunda teoría -más peregrina que la
anterior- alude a una vieja leyenda, según la cual, aquel promontorio fue denominado así porque en una caverna
inferior se hallaba el cráneo de Adán. Así lo creyeron, por ejemplo, personajes tan relevantes como Orígenes, san
Atanasio, san Ambrosio, santa Paula, etc. En este sentido, una vidente llamada Ana Emmerich llegó a escribir lo
siguiente en su obra *La dolorosa Pasión de Nuestro Señor Jesucristo:* «En cuanto al origen del nombre calvario, he aquí
lo que sé. La montaña que tiene ese nombre, se me apareció en tiempo del profeta Eliseo. Entonces no estaba como en
el tiempo de Jesús; era una altura con muchas murallas y grutas que parecían sepulcros. Vi al profeta Eliseo bajar a
esas grutas (no sé silo hizo realmente o si era simplemente una visión). Lo vi sacar un cráneo de un sepulcro de piedra,
donde reposaban huesos. Uno que estaba a su lado, y o creo que era un ángel, le dijo: "Es el cráneo de Adam". El
profeta quiso llevárselo, mas el que estaba con él, no se lo permitió. Vi sobre el cráneo algunos pelos rubios esparcidos.
Supe también que el profeta, habiendo contado lo que le había sucedido, el sitio recibió el nombre de "Calvario". En fin,
yo vi que la cruz de Jesús estaba puesta verticalmente sobre el cráneo de Adam.» Con todos mis respetos para la
citada vidente, sus «informaciones» no concuerdan con los estudios arqueológicos ni con la propia naturaleza de la
humilde roca. *(N. del m.)*

Aquél, en definitiva, iba a ser el escenario de toda una serie de trágicos y desconcertantes
sucesos.
¿Cómo describir aquel lugar y aquel momento? ¿Cómo transmitir la inmensa soledad de
Jesús de Nazaret al pisar la calva pedregosa del Gólgota?
Hoy, al enfrentarme a esta parte de mi diario, be estado a punto de abandonar. A mí también me fallan las fuerzas, estremecido por los recuerdos. Y si he vuelto al relato de este
primer «gran viaje» ha sido por respeto a la promesa hecha a mi hermano Eliseo... Espero que
aquellos que lleguen a leer este testimonio sepan perdonar la pobreza de mi lenguaje.
La ascensión hasta la redondeada plataforma que coronaba el peñasco -que creo haber anotado ya como de unos 12 a 15 metros de diámetro- fue muy breve. Los soldados tomaron
una especie de canal situado en el lado este y que, en realidad, no era otra cosa que una
hendedura natural, consecuencia de algún remoto agrietamiento de la enorme masa pétrea.
Fueron suficientes veinte pasos para tomar posesión de la zona superior, a la que me resisto a
dar el calificativo de cima.
Al pisar aquel lugar, mi espíritu se encogió. Las ráfagas de viento, más que silbar, ululaban
entre media docena de altos postes, firmemente hundidos en las fisuras de la roca. ¡Eran los
stipes, palus o *staticulum,* como se designaba a los maderos verticales de las cruces!
¿Fue miedo lo que experimenté al ver aquellos rugosos troncos? Ahora, en la distancia, supongo que tuvo que ser una mezcla de terror y decepción. Terror por su negro y puntiagudo
perfil y decepción porque, influenciado quizá por las incontables tradiciones e imágenes sobre la
Cruz bíblica por excelencia, en mi mente se había fraguado una estampa muy distinta a la que
tenía ante mis ojos. Aquello no tenía nada que ver con las majestuosas, pulidas y hasta
esmeradas cruces que han sido y son representadas por las iglesias o por casi todos los
maestros universales de la pintura y de la imaginería.
Frente a mí, en el centro casi del lomo convexo del Gólgota, sólo había seis «árboles» mutilados, desnudos, mostrando aquí y allá las «cicatrices» circulares y blanquecinas donde
antaño habían florecido otras tantas ramas. Aún conservaban la cenicienta y áspera corteza
propia de las coníferas, con algunos reguerillos resinosos, solidificados entre los vericuetos de
sus superficies.
Casi todos presentaban en su parte baja un sinfín de muescas, que permitían ver la sólida
cara de la madera. Pero, en aquellos instantes no supe adivinar a qué se debían.
En sus extremos, los *stipes* -cuyas alturas oscilaban entre los tres y cuatro metros- aparecían afilados muy toscamente. Como si los responsables del patíbulo hubieran pretendido

«sacarles punta» a base de machetazos... Eran las únicas zonas claras de aquellos siniestros
fantasmas, alineados en dos filas casi paralelas. En las puntas, los seis árboles presentaban
sendas hendeduras, a la manera de horquillas. La separación entre poste y poste -en la primera
hilera- no llegaba a los tres metros. En cuanto a los otros palos, habían sido clavados cuatro o
cinco metros más atrás y uno de ellos, el situado hacia el Oeste, se hallaba inclinado. Sin duda,
las cuñas de madera que servían para estaquillar el árbol habían cedido.
Dos de ellos -y esto me extraño también- habían sido perforados, como a un metro del suelo, por sendas barras de hierro, que quedaban al descubierto por uno y otro lado de los
cilíndricos postes.
Los «sediles» en cuestión (fue la única identificación que me vino a la memoria) habían sido
dispuestos en el madero central de la primera hilera y en el que se levantaba a la izquierda de
éste; es decir, en el que ocupaba el extremo este de la citada primera fila de *stipes.* Yo no
podía saberlo entonces, pero la presencia de aquel último «sedile»[1], resultaría de cierta trascendencia en lo que podría calificar de «diálogo» entre el Galileo y uno de los «zelotas».
Durante unos minutos que me parecieron interminables, tanto los «bandidos» como Jesús
permanecieron con la vista fija en aquellos troncos. El silencio, quebrado por la tempestad, fue
dramáticamente significativo.

[1] El «sedile» venía a ser una pieza de madera o de metal -generalmente de hierro- que se colocaba en ocasiones en
las zonas bajas de la *stipe.* Era usado cuando se deseaba prolongar la agonía del crucificado. En esta pieza, que
adoptaba formas diversas -desde una simple barra hasta un taco de madera, pasando por una estructura similar a un
cuerno-, el reo podía apoyar los pies y, en consecuencia, el peso de su cuerpo. Tertuliano lo cita en una ocasión,
llamándolo *sedilis excelsus* o asiento elevado. *(N. del m.)*

Pero aquella tensa situación duraría poco. Siete de los soldados tomaron posiciones,
rodeando los tres primeros árboles, mientras el que había cargado con el saco de cuero se
apresuraba a revolver en su interior, rescatando una serie de herramientas. La sangre se me
heló en las venas al ver un manojo de clavos (creo recordar que conté 15), dos martillos
provistos de grandes cabezas cuadrangulares de madera, unas tenazas de mugrientos mangos
de cuero, una cadena de un metro de longitud y un machete de cortas dimensiones y ancha
hoja.
Los terroristas, hipnotizados al pie de los *stipes,* salieron pronto de su mutismo. Dos
miembros de la patrulla habían empezado a soltar la maroma que amarraba al

patibulum al
más viejo de los «zelotas». Aquella fue la chispa que encendió uno de sus últimos ataques de
histerismo y desesperación. Al intuir que él había sido elegido como primera víctima, comenzó a
aullar, sacudiendo el madero con sus brazos y propinando patadas a los legionarios. Longino,
que parecía esperar aquella reacción, ordenó algo a un tercer soldado. Este se situó por detrás
del reo y agarrándole por el pelo dio un fuerte tirón, inmovilizándole. Sin perder un segundo, el
centurión se hizo con una de las lanzas y tras apuntar con la base del fuste a la cabeza del
prisionero, le propinó un golpe seco que le hizo perder la conciencia.
Una vez liberado de las ataduras, y mientras era sostenido por los dos infantes, el que le
había inmovilizado terminó de desgarrarle la maltrecha túnica, respetando, sin embargo, el
taparrabo. Con una precisión y soltura que me dejó perplejo, aquellos romanos tumbaron boca
arriba al inconsciente guerrillero, extendiendo (la expresión más exacta sería tensando) sus
brazos sobre el madero. Al tratarse de un *patibulum* perfectamente cilíndrico, cada uno de los
legionarios encargados de tirar de los brazos se arrodilló frente a ambos extremos del leño,
sujetándolo con sus rodillas y muslos. De esta forma se lograba una aceptable estabilidad
durante el proceso de enclavamiento.
Cuando los verdugos consideraron que el *patibulum* se hallaba perfectamente retenido,
hicieron una señal con la cabeza y el soldado responsable de la impedimenta acudió hasta la
cabecera, arrodillándose también sobre la blanca roca. Sus musculosas rodillas hicieron presa
en la cabeza del reo, aplastando prácticamente sus oídos. Simultáneamente, aunque aquella
última medida de seguridad no parecía necesaria en el caso del inerme «bandido», un cuarto
legionario unió los tobillos, rodeándolos con la cadena.
El soldado que se había apostado por detrás del reo, controlando su cabeza, extrajo uno de
los dos largos clavos que había dispuesto en el interior de su cinturón. A su derecha, sobre la
costra del Gólgota, descansaba uno de los voluminosos mazos.
El Maestro, que al verse desasistido había caído de rodillas sobre el Calvario, continuaba en
la misma postura, dentro del círculo que formaba el pelotón y de frente a los *stipes.* Sin
embargo, no creo que llegase a contemplar aquella escena. Su cabeza y su vista estaban
dirigidas hacia tierra y así continuó hasta que fue reclamado por los hombres de Longino.
Con una minuciosidad propia de un profesional de dilatada experiencia en aquel funesto

menester, el ejecutor romano tomó el clavo en su mano derecha y fue palpando con la afilada
punta los diversos huesecillos del carpo o muñeca izquierda por su cara palmar. Noté cómo
localizaba las arterias radial y cubital, presionando suavemente la vena que lleva este último
nombre. Después, una vez seguro, hizo un pequeño rasguño en la piel. Cambió el clavo de
mano y lo situó verticalmente sobre el punto elegido. Acto seguido agarró el martillo y levantó
la vista, esperando que el oficial le autorizase a golpear. Longino asintió con una leve
inclinación de cabeza y el legionario aproximó la maza hasta tocar suavemente la base de
cobre. Izó a continuación el martillo por encima de su oreja derecha, lanzándolo con fuerza
sobre el clavo.
La sección cuadrada -de unos ocho milímetros- penetró limpiamente, atravesando la muñeca
y abriendo también la madera del *patibulum.* El clavo -de unos 20 o 25 centímetros de
longitud-, se había inclinado ligeramente, al enterrarse en el carpo. Su cabeza aparecía ahora
en dirección a los dedos. En aquel momento, con el corazón bombeando aceleradamente, no
reparé en un detalle que decía mucho en favor de la pericia del verdugo...
Con una segunda descarga -mucho menos violenta que la primera-, el clavo entró un poco
más. La base del mismo había quedado a unos 10 centímetros de la piel. La sangre tardó dos o
tres segundos en brotar.
El guerrillero, que seguía inconsciente, no reaccionó. Y el verdugo se dio prisa en repetir la
operación sobre la muñeca derecha. En esta ocasión no miró siquiera al centurión. Con otros

dos martillazos fue suficiente para fijar al reo al madero. Curiosamente, la base del clavo volvió
a situarse oblicuamente. Entonces caí en la cuenta de cómo ambos pulgares se habían doblado
bruscamente hacia el centro de la palma de las manos. Los restantes dedos, en cambio, apenas
si habían quedado flexionados. (Al dirigir los ultrasonidos sobre las muñecas del Maestro se
pudo formular una hipótesis confirmada por estudios anatómicos posteriores- sobre la causa de
este fenómeno.)
Al perforar las muñecas del «zelota», dos borbotones de sangre emergieron lentamente,
rodando por la corteza del leño y formando sendos charcos sobre la roca. Aunque las
hemorragias no fueron preocupantes, la visión de la sangre y el enclavamiento de su
compañero provocaron el estallido del mermado sistema nervioso del joven terrorista. Con el

rostro suplicante logró arrastrarse de rodillas hasta Longino. Una vez a sus pies hundió la
cabeza en el suelo, pidiendo a gritos que tuviera compasión de él. Durante décimas de segundo, los ojos del centurión se empañaron con una sombra de piedad. Alzó las manos en
señal de impotencia y, procurando que el reo no se percibiera de ello, pidió su *pilum* al legionario más cercano. Longino no podía evitar la crucifixión del muchacho, pero sí que
sufriera las dolorosas acometidas de los clavos en sus muñecas. Y levantando la lanza con
ambas manos se dispuso a aporrear el cráneo del aterrorizado prisionero.

-¡Alto...! ¿Qué buscáis aquí?

Los gritos de uno de los centinelas segó los propósitos del oficial. Al volverse vio a un grupo
de seis o siete mujeres que ascendía con paso decidido por la grieta del montículo. Longino se
olvidó del reo, adelantándose hacia las hebreas. Las mujeres intercambiaron algunas frases con
el centurión, mostrándole una pequeña cántara de barro rojo.

El jefe de la patrulla tranquilizó a sus hombres, permitiendo que las judías llegaran a lo alto
del Calvario. Una vez arriba, la que cargaba la vasija se dirigió hacia el guerrillero que acababa
de ser atravesado. Le siguió una segunda mujer y el resto permaneció en silencio en el filo del
patíbulo, protegiéndose de las aceradas rachas del viento con sus amplios mantos negros y
verdes.

Al darse cuenta que aquel hombre yacía inconsciente, las decididas mujeres se volvieron
hacia Longino. El centurión, adelantándose a sus pensamientos, les señaló al segundo reo, que
continuaba bajo el peso del *patibulum,* desangrándose y llorando desesperadamente.

Pero antes de que las hijas de Jerusalén abrieran la cántara y cumplieran con el viejo consejo del libro de los Proverbios -«dad bebidas fuertes al que va a perecer y vino al alma
amargada»-, el oficial indicó a los legionarios que concluyeran el levantamiento del primer
«bandido». La escalera fue apoyada contra una de las *stipes* de la primera hilera (la situada al
Oeste), mientras otros dos infantes levantaban, no sin dificultades, el leño al que había sido
clavado el condenado. Sin pérdida de tiempo, el verdugo responsable de las perforaciones
amarró una maroma alrededor del tórax, practicando a continuación dos rápidos nudos en cada
uno de los extremos del *patibulum.* Por último, haciendo gala de una gran destreza, remató el
amarre con una lazada central.

Un cuarto soldado se situó en lo alto de la escalera y los que sostenían al guerrillero lo transportaron hasta el pie del madero vertical. El autor del anclaje tendió la soga al compañero
situado sobre la escalera y éste la introdujo en la ranura superior del árbol.

Inmediatamente, el
legionario comenzó a tirar de la gruesa cuerda, ayudado desde tierra por el *optio.* A cada tirón,
la maroma, al contacto con la *stipe,* emitió un agudo chirrido que vino a confundirse con los
desgarradores alaridos del segundo «zelota».
En cuestión de minuto y medio, el *patibulum* fue izado hasta lo más alto. El lugarteniente de
Longino tensó al máximo la cuerda y antes de que el romano que se había encaramado a la
escalera soltase la maroma, los tres infantes que vigilaban la ascensión del reo acudieron en
ayuda de Arsenius, sosteniendo en el aire al preso y su *patibulum.*
Al deshacerse de la soga, el legionario de la parte superior hizo presa en los dos ramales de
la lazada central, arrastrando el orificio del tronco hacia la punta de la *stipe.* Una vez ensartado
el *patibulum,* el infante dio un grito y los cuatro romanos dejaron en libertad el largo cabo. Con
un crujido, el leño se deslizó hacia abajo hasta quedar encajado en el palo vertical.
El cuerpo del «bandido» cayó también a peso, produciéndose un estiramiento máximo de sus
brazos, que quedaron formando un ángulo de 65 grados con la *stipe.* Este terrorífico frenazo
hizo que las heridas de las muñecas se desbocaran, provocando también la distensión de los
ligamentos de las articulaciones de los hombros y codos.

El dolor tuvo que ser tan insoportable que el infeliz reaccionó, recobrando el sentido. Sus
ojos querían salirse de las órbitas. Pero lo forzado de la posición había bloqueado casi su
aparato respiratorio y la boca, desencajada, no acertó a emitir sonido alguno. Sin embargo, los
soldados no parecían tener ya unas excesivas prisas. Antes de descender de la escalera, el
legionario tomó el mazo y asestó varios martillazos al *patibulum,* asegurándolo. A continuación
recogió de manos del *optio* la tablilla en la que se leía el nombre de Gistas y procedió a clavarla
sobre el tramo superior de la recién formada cruz, a una cuarta por encima del madero
transversal.
Los doscientos curiosos que habían seguido a la patrulla, y que ahora habían ido tomando
posiciones alrededor de la roca, prorrumpieron en gritos y exclamaciones de protesta al ver
cómo el soldado terminaba de clavetear el «inri» del «zelota». Efectivamente, Longino llevaba
razón. Si la comitiva se hubiera aventurado por las calles de Jerusalén con los dos
«partisanos», quién sabe de lo que hubiera sido capaz el populacho.
Poco a poco, el grupo inicial de observadores judíos fue multiplicándose con otros

peregrinos
que iban y venían por la ruta de Jaffa. Muy cerca, en primera fila -como a 10 metros en línea
recta- distinguí a varios de los saduceos. Y entre éstos, a Judas Iscariote, con la cabeza
cubierta con el manto. (Ignoro si por miedo a las posibles represalias de los amigos y
seguidores del Maestro o para protegerse, como otros muchos testigos, de los torbellinos
arenosos que barrían aquellos extramuros de la ciudad.)
Sinceramente, al ver al traidor, mi deseo fue bajar del Gólgota y unirme a él. Su extraño
suicidio era uno de los sucesos que me hubiera gustado aclarar. Pero la misión especificaba con
claridad que no debería separarme de Jesús en aquellos críticos momentos.
El encargado del enclavamiento recibió al vuelo el martillo y, situándose frente al condenado,
hincó la rodilla derecha en tierra. Extrajo otro clavo de su cinto e hizo una señal a sus
compañeros. Uno de ellos tomó el pie derecho del reo, estirando la pierna y acoplando la planta
a la superficie de la *stipe.* Esta maniobra dejó a ras de piel uno de los huesos del tarso -el
astrágalo-, que sirvió de referencia al hábil verdugo. Situó el clavo sobre dicho hueso y de un
solo martillazo lo cosió a la madera. El dolor ascendió por el cuerpo de Gistas, transformándose
al instante en un aullido. Y antes de que otro de los romanos flexionase la pierna izquierda del
«zelota», aplastando la planta del pie contra el palo vertical, un chorro de sangre asomó por
debajo del pie recién clavado, precipitándose por el árbol hacia las cuñas que lo apuntalaban.
Al aullido siguieron una serie de berreos entrecortados. El diafragma del «zelota» había
empezado a resentirse y su respiración entró en una angustiosa decadencia. A los pocos
minutos, entre berrido y berrido, el desesperado reo comenzó a jadear, multiplicando sus
cortas y dramáticas inspiraciones de aire.
Aquellos gritos -mezcla de espanto, dolor y rabia- sacaron de su aislamiento al joven
terrorista. Levantó penosamente la cabeza y al ver a su compañero palideció, comenzando a
sudar.
Los legionarios terminaron el enclavamiento del prisionero, cuyo pie izquierdo quedó a unos
10 o 15 centímetros por encima del derecho.
La sangre, corriendo en abundancia por la *stipe,* terminó por provocar intensas arcadas en el
segundo guerrillero, que no tardó en vomitar.
Longino apremió a sus hombres para que desataran a Dismas. El infeliz, aturdido y
temblando de miedo, no opuso resistencia. Una vez desnudo, bañado en un sudor frío, las
mujeres recibieron del centurión la señal para que le suministraran aquella pócima. Pero antes,
cuatro legionarios rodearon al reo, clavando casi las puntas de sus lanzas en sus

riñones,
espalda y vientre. Los temblores del «bandido» fueron en aumento y sus rodillas comenzaron a
oscilar.
Contagiadas del pavor del prisionero, las judías llenaron con manos temblorosas un hondo
tazón de madera con el líquido amarillento-verdoso contenido en la cántara. Al acercarme
llegué a oler el brebaje, identificando entre sus ingredientes el olor particular de la hielo bilis de
toro. Al interesarme por la naturaleza de la mezcla, la que sostenía la jarra me indicó con cierto
temor -confundiéndome posiblemente con algún alto personaje extranjero- que consistía
básicamente en un vino aguardentoso al que se le añadía el contenido de una o varías vejigas
biliares de buey recién sacrificado. Lejos de contener algún tipo de droga o somnífero, los
hebreos utilizaban para estos menesteres un procedimiento mucho más corriente y natural.
Preparaban primeramente un extracto de la hiel, echando sobre un filtro de bayeta el contenido

de las mencionadas vejigas. Después lo hacían evaporar al baño de maría, sin dejar de agitarlo.
De esta forma se obtenía el extracto deseado, que podía conservarse indefinidamente. Cuando
aquella piadosa « asociación »de mujeres recibía la noticia de una ejecución, vertían el extracto
de hiel de buey en un vino o aguardiente de elevada graduación alcohólica. La fulminante
acción metabólica de la bilis «liberaba» el alcohol del vino, provocando así en el reo una rápida
y notable embriaguez que embotaba su cerebro, aliviando en cierta medida sus sufrimientos y
enervando o debilitando sobre todo su consciencia.
Mateo, por tanto, fue el único acertado al relatar este pasaje evangélico. Marcos (15,23)
asegura que las mujeres dieron a probar a Jesús «vino con mirra». Esto es inexacto. Entre
otras razones, porque la mirra, por su naturaleza excitante, tónica y emenagoga,
probablemente hubiera actuado de forma contraria al fin deseado. (En aquel tiempo era
empleada generalmente como bálsamo, como pomada para ciertos tumores articulares, como
elemento dentífrico y, sobre todo, como perfume.)
Aquella hebrea puso la mano derecha sobre el cuenco de madera, procurando que el polvo y
la tierra arrastrados por el viento no contaminasen el vino. Miró a Longino y éste volvió a
señalar al prisionero, autorizándole a que se acercase. La mujer llegó hasta Dismas y

le tendió
el brebaje. Acosado por el terror, el muchacho no reaccionó. Sus ojos, enrojecidos por el llanto,
se desviaron hacia el centurión, interrogándole con la mirada.
-¡Bebe! -le ordenó Longino.
Y el «zelota» alzó los brazos, asiendo el tazón. Pero sus convulsiones eran ya tan acusadas
que una parte del líquido se derramó. Al fin consiguió llevar el cuenco hasta sus labios,
apurando los 250 o 300 centímetros cúbicos que contenía.
Las hebreas se retiraron, incorporándose al resto del grupo y el reo fue conducido a
empellones frente a las dos *stipes* que quedaban libres en la primera hilera y a cuyos pies había
sido transportado el *patibulum.*
Dismas fue colocado de espaldas a los tres árboles y, mientras dos de los legionarios tiraban
de sus brazos hacía atrás, un tercero le zancadilleó, derribándole de espaldas. El centurión,
situado por detrás del reo, dispuso una lanza, dispuesto a golpear el cráneo del prisionero en
caso de necesidad. Levantó la contera del *pilum* y esperó.
Sin embargo, el terrorista apenas si ofreció resistencia. Aparentemente parecía haber
asumido su suerte. El miedo, además, había agarrotado sus músculos. Al reclinarlo sobre el
leño levantó la cabeza y con un hilo de voz empezó a clamar por su madre. Pero sus incesantes
llamadas desaparecieron cuando el verdugo le asestó el primer martillazo. Un chillido se elevó
desde la roca. Y la multitud acogió el nuevo enclavamiento con fuertes pitidos y protestas.
El prisionero, con los ojos desencajados y los músculos anteriores y posteriores del cuello
tensos como cuerdas de violín, se estremeció, dejando caer su cabeza por detrás del tronco. En
ese instante, un fuerte hedor fue arrastrado por el viento. El legionario que sujetaba los pies del
reo con la cadena estalló en mil imprecaciones e insultos contra el «zelota». Presa de un pánico
insuperable, los esfínteres del muchacho se habían abierto, dejando libres sus excrementos.
Al perforar su muñeca derecha, el joven perdió el sentido. Y los verdugos aprovecharon su
inconsciencia para acelerar su levantamiento sobre la *stipe.* Cuando se disponían a izar el
patibulum surgió una duda. ¿En cuál de los dos maderos libres debían crucificarlo? Los
legionarios preguntaron al oficial y éste se encogió de hombros. Fue el encargado de los clavos
quien aportó una solución, bien recibida por todos.
-Dejemos al «rey» en el centro... -comentó divertido.
Y así se hizo. Fue ésta la razón por la que los llamados «ladrones» quedaron a derecha e
izquierda del Maestro.
Cuando le tocó el turno al pie izquierdo del guerrillero, el verdugo lo atravesó de tal forma

que los dedos quedaron sobre uno de los brazos del *sedile* de hierro que, como dije, atravesaba
el árbol de parte a parte. Esta circunstancia proporcionaría a Dismas un cierto alivio a la hora
de luchar por unas más profundas bocanadas de aire. El pie derecho, en cambio, fue fijado algo
más bajo y sobre la cara frontal de la *stipe.* El segundo «brazo» del *sedile* -que quedaría
paralelo al *patibulum,* como en la cruz de Jesús- no fue utilizado. Es mi opinión que este
relativo «descanso» pudo influir decisivamente en este crucificado, hasta el punto que le
permitió una mejor oxigenación y, en consecuencia, una mayor claridad de ideas.
Concluida la crucifixión de Dismas, los soldados, sudorosos y manchados de sangre,
recuperaron la cuerda que había servido para el izado del reo y clavaron sus ojos en Jesús de

Nazaret. Mi corazón volvió a estremecerse al distinguir unas sarcásticas sonrisas en algunos de
los rostros de los romanos.
Eran las 13 horas...
La súbita intervención de Eliseo me distrajo momentáneamente. El módulo detectaba el
«ojo» del «siroco» a poco más de 15 minutos de Jerusalén. La velocidad de «haboob» había
descendido ligeramente, pero el arrastre de arena era muy considerable, levantando lenguas de
partículas hasta 2 000 y 2 500 metros del suelo. Para mi compañero, lo más preocupante de
aquella tormenta seca era la posibilidad de que el viento arrastrase agentes biológicamente
activos que podrían afectarme.
Sinceramente, la advertencia de Eliseo no me preocupó. Mi corazón y mis cinco sentidos se
hallaban a cuatro metros de mí mismo: en la figura de aquel hombre de 1,81 metros de
estatura, ahora encorvado y maltrecho.
El Maestro fue levantado sin más dilaciones. Le fue retirado el manto púrpura que aún
conservaba sobre los hombros, amarrado a la altura del cuello, tocándole después el turno al
ropón. Al desenrollarlo quedó al descubierto la parte superior de la túnica. Y al verla cerré los
ojos. Era una mancha informe, sanguinolenta y encolada al cuerpo sobre las heridas de la
flagelación. Tragué saliva. ¿Qué ocurriría en el momento de desnudarle?
Pero ese angustioso trance se vio retardado por un problema con el que nadie había
contado: el casco espinoso.
Cuando uno de los soldados se disponía a retirar la túnica, otro de los guardianes reparó en
el trenzado de púas, haciendo notar que, o desgarraban la prenda o había que retirar primero el
yelmo.
Los infantes se enzarzaron en una discusión. Supongo que aquello se habría

prolongado
indefinidamente de no haber sido por el *optio.* Con un sentido práctico bastante más acusado
que el de sus hombres se limitó a tocar el tejido y, al apreciar que se trataba de una túnica
inconsútil o sin costura, ordenó a los verdugos que le despojaran de la «corona». Al principio
me pareció absurdo que los legionarios discutieran por algo que podía haber tenido una fácil y
drástica solución: sencillamente, romper la vestidura. Después comprendí. Al parecer era
costumbre «no oficial » que los verdugos se repartieran la ropa del ajusticiado[1].
Así que uno de los romanos se situó frente a Jesús, introduciendo lentamente sus dedos por
dos de los huecos del casco. Cuando las manos habían agarrado el haz de juncos a la altura de
las orejas dio un violento tirón hacia arriba.
El Galileo se estremeció. Pero el yelmo de espinas no terminó de desprenderse. Algunas de
las largas y afiladas púas estaban sólidamente incrustadas en la carne y aquel primer intento
sólo consiguió desgarrar aún más los tejidos, provocando el nacimiento de nuevos hilos de
sangre.
Arsenius movió la cabeza con impaciencia, recordando al infante que primero debería estirar
horizontalmente y después tirar hacia lo alto. El Nazareno apretó los labios y esperó el segundo
tirón.
Al jalar hacia los lados, en efecto, muchas de las espinas de las áreas parietales y frontal se
desprendieron. Y el verdugo repitió la maniobra. El empuje vertical fue tan violento que el
yelmo saltó, pero las púas ubicadas sobre las mejillas y nuca arañaron la piel y dos de las
espinas -clavadas en el tumefacto pómulo derecho y en el músculo elevador izquierdo- se
partieron, quedando alojadas en ambas regiones del rostro.
Un gemido acompañó aquella brutal retirada y los saduceos, pendientes del Maestro,
acogieron la maniobra con aplausos y aclamaciones.
Antes de que el rabí tuviera ocasión de recuperarse de los nuevos y agudos dolores, dos de
los soldados levantaron sus brazos, mientras un tercero procedía a desnudarle, recogiendo la
túnica desde el filo inferior.
Al descubrir las piernas sentí cómo mi corazón aceleraba su ritmo. Se hallaban cruzadas y
recorridas en todos los sentidos por regueros de sangre, coágulos, hematomas azulados o
reventados y una miríada de pequeños círculos, la mayoría abiertos por los clavos de las
sandalias romanas. En cuanto a las rodillas, la izquierda presentaba una considerable

[1] A partir del emperador Adriano (117-138) se hace oficial esta costumbre, denominada *pannicularia* o

"propina»,
por decreto recogido en el Digesto. *(N. del m.)*

hinchazón. La derecha, aunque menos deformada, se hallaba abierta en la cara anterior de la
rótula, con desgarros múltiples y pérdida del tejido celular subcutáneo, pudiendo apreciarse
incluso, parte del periostio del hueso. Era incomprensible cómo aquel ser humano había
conseguido caminar y arrastrarse sobre sus rodillas hasta la muralla. Las fuerzas -lo confieso-
empezaron a fallarme de nuevo.
Pero aquel martirio no había empezado siquiera...
El crujido de la túnica al ser despegada del tronco de Jesús me hizo palidecer.
El legionario, al comprobar que el tejido se hallaba pegado a las brechas, no lo dudó. Giró la
cabeza y, sonriendo maliciosamente a sus compañeros, fue elevando la túnica con lentitud. El
lino fue desgajándose de las heridas, arrastrando grandes plastones de sangre. Enrojecí de ira.
Y me aferré a la «vara de Moisés» hasta casi estrujarla. Unas gruesas gotas de sudor
empezaron a rodar por mis sienes y tuve que morder una de las mangas de mi manto para no
saltar sobre aquellos sádicos.
Al fin, cuando la túnica estuvo replegada a la altura de la cara del Nazareno, los soldados
bajaron los brazos y la cabeza del rabí, retirando su última vestimenta.
Y el Hijo del Hombre quedó totalmente desnudo, ligeramente inclinado y bañado por nuevas
hemorragias. Al ver aquella espalda abrasada por los hematomas y desgarros, Longino quedó
perplejo. El refinado desencolamiento de la túnica había abierto muchas de las heridas,
haciendo estallar otra aparatosa sangría. A pesar de la indudable protección de los dos mantos
y de la túnica, el madero había erosionado la zona superior de la espalda, ulcerando las áreas
de la paletilla derecha y la piel situada sobre el paquete muscular izquierdo del «trapecio». En
esta última región observé un abrasamiento de unos nueve por seis centímetros, con bordes
irregulares y arrollamiento de la piel, producido posiblemente en alguna de las violentas caídas
(quizás en la segunda, al desplomarse de espaldas en el túnel de la fortaleza Antonia).
Los codos se hallaban también prácticamente destruidos por los golpes y caídas. En cuanto
al antebrazo izquierdo, la fricción con la corteza del *patibulum* había deshilachado el plano
muscular, con pérdida de sustancia y amplias áreas amoratadas.
Pero la visión más terrorífica la ofrecían los costados. Las patadas habían reventado algunos
de los hematomas y masacrado muchas de las fibras musculares vitales en la función

respiratoria.
La sangre corría de nuevo por aquella piltrafa humana, que, al ser desposeída de sus ropas,
había empezado a tiritar, acusando los duros embates del viento y del polvo.
La indefensión, abandono y amargura de aquel hombre alcanzaron en aquellos instantes uno
de sus puntos culminantes.
Los curiosos y transeúntes que habían ido engordando el grupo inicial de testigos rompieron
aquellos dramáticos momentos, burlándose y acogiendo con largas risotadas la desnudez del
Galileo. Los sacerdotes, sobre todo, fueron los más corrosivos. Algunos, incluso, llegaron a
saltar sobre las peñas inferiores del Gólgota, gesticulando e imitando a Jesús, quien, humillado
y con la cabeza baja, ocultaba con ambas manos su región pubiana.
Libres de la tenaza del yelmo de espinas, sus cabellos empezaron a flotar al viento,
descubriendo las huellas de los latigazos de Lucilio sobre sus orejas. A pesar de los 17,5 grados
centígrados que registraba el módulo en aquella hora en Jerusalén, el Maestro seguía
temblando de frío. Al quedar sin la protección de sus ropas, amplias zonas de sus brazos, tórax,
vientre y piernas ofrecían el conocido aspecto de «piel de gallina». La fiebre, en lugar de ceder,
seguía acosándole.
¡Qué lejos había quedado la majestuosa figura del Galileo! Aunque sus discípulos y amigos
no se hallaban presentes, estoy convencido que muy pocos le habrían reconocido. Los dolores,
el agotamiento y la sed debían ser insufribles; sin embargo, al contemplarle allí, solo, ultrajado
y sin el más fugaz respiro. o muestra de amistad o aliento, estimo que su verdadera y más
profunda tortura no eran los padecimientos físicos, sino, como digo, esa sensación de
aniquilamiento moral que invade siempre a un hombre injustamente condenado. Pero éstas
sólo son reflexiones personales de un mero observador. ¿Quién hubiera podido adivinar los
pensamientos de Jesús de Nazaret en aquellas circunstancias? Lo cierto es que su fin se hallaba
muy próximo.
Mientras los soldados disponían el *patibulum* cerca de la *stipe* central, Longino se dirigió al
grupo de mujeres y les invitó a que repitieran con el rabí el suministro de hiel y vino. Y las

mismas hebreas, con paso presuroso, se dirigieron hacia el Maestro. Al despegarse del resto de
sus compañeras, justo detrás de las encargadas de la bebida, había aparecido el joven Juan
Marcos. Ignoro cómo pudo llegar hasta allí pero, antes de que cometiera alguna locura,

le hice
señas para que se acercara.
Las judías colmaron por segunda vez la taza de madera, ofreciendo a Jesús el apestoso líquido. El Nazareno levantó la cabeza y miró a las mujeres. Estas, extrañadas por el silencio
del reo, hicieron un ligero movimiento con el cuenco, animándole para que bebiera. Pero el
encorvado gigante no se decidía. Sus manos no se habían movido de sus genitales. Y
respetando el pudor del Galileo, la que sostenía el brebaje lo situó entre sus labios, inclinando
el recipiente de forma que pudiera apurarlo sin necesidad de utilizar las manos. El Maestro
entreabrió la boca, probando apenas el mejunje. Nada más gustarlo y percatarse de su naturaleza, Jesús retiró la cara, negando con la cabeza. La actitud del prisionero dejó atónitas a
las hebreas y al centurión. Aquéllas miraron a Longino y éste volvió a encogerse de hombros,
dando por finalizado el asunto.
Al verme, el rostro de Juan Marcos se iluminó. Cruzó a la carrera los escasos metros que le
separaban de mí, abrazándome. Tenía las mejillas marcadas por sendos churretes, señal
inequívoca de su llanto. El pequeño, gimoteando y con un ataque de hipo, me rogó que salvara
a su Maestro. No pude hacer otra cosa que sonreírle. ¿Cómo podía explicarle quién era y en qué
consistía mi misión? No voy a ocultarlo pero, a lo largo de aquel viernes, llegué a pensar en esa
posibilidad. ¿Qué hubiera sucedido si, en mitad de aquel promontorio, yo hubiera dado la orden
a Eliseo de movilizar el módulo y de que pusiera rumbo al Gólgota? Hubiera sido sencillísimo
descender sobre la roca y arrebatar al Galileo de las garras de aquella patrulla. Pero éstos sólo
fueron sueños imposibles...
Antes de que los legionarios llamaran la atención del muchacho
me las arreglé para persuadirle de que se alejara de allí, responsabilizándole de un trabajo
que -pocas horas después- resultaría altamente importante para mí. Juan Marcos no lo entendió, pero obedeció. El *optio,* alertado por uno de los soldados que montaba guardia
alrededor del patíbulo, se acercó hasta nosotros, aconsejándome con cortesía pero con una
firmeza que no dejaba lugar a dudas que echara de allí al niño. No fue necesario que lo repitiera. Juan Marcos se escabulló, mezclándose entre las mujeres que descendían ya del
Gólgota. Al poco le vi junto a Judas Iscariote, tal y como yo le había pedido.
Aquel gesto de Jesús, rechazando el aguardiente bilioso me desconcertó. Al abrir la boca, su
lengua, con las mucosas secas como estropajo, estaba pregonando a gritos el angustioso
suplicio de la deshidratación. Sus labios, agrietados como el casco de un viejo barco varado,

debían soportar una sed sofocante. No pude entender que el Maestro volviera la cara ante el
cuenco de vino. Si realmente lo hizo -como sospecho- para sostener al máximo su amenazada
lucidez mental, sólo puedo descubrirme, por enésima vez, ante su coraje.
-Es la hora -advirtió el centurión.
Y sumiso, con sus manos ocultando los testículos, el Nazareno empezó a arrastrarse -más
que caminar- en dirección a las cruces. Longino y otro legionario le escoltaron, tomándole por
los brazos.
Un sudor frío empezó a envolverme. El guerrillero que había sido clavado en primer lugar
seguía aullando, convulsionándose a ratos. Pero los soldados no le prestaban la menor
atención. Arrodillado frente al *patibulum,* el verdugo responsable del enclavamiento esperaba
con uno de aquellos terroríficos clavos de herrero en su mano derecha. Era prácticamente
similar a los utilizados anteriormente: de unos veinte centímetros de longitud -quizá un poco
más- y con la punta afilada, aunque no tanto como sus «hermanos». Hubo otro detalle que lo
distinguía también de los precedentes: aunque la sección era cuadrangular, las aristas se
hallaban notablemente deterioradas, formando ligerísimas rebabas y dientes.
Los soldados colocaron al Maestro de espaldas al leño y separando sus brazos le empujaron
hacia tierra, al tiempo que un tercer legionario repetía la zancadilla. En esta ocasión, la extrema
debilidad del reo fue más que suficiente para acelerar su caída.
Una vez con las paletillas sobre el madero, los verdugos apoyaron los brazos del Maestro
sobre el *patibulum,* al tiempo que sujetaban los extremos del rugoso cilindro con las rodillas.
Las palmas quedaron hacia arriba, con las puntas de los dedos levemente flexionadas,
temblorosas y -como el resto de los brazos y antebrazos- salpicadas de sangre reseca.

La pierna izquierda, inflamada a la altura de la rodilla, había quedado doblada. Pero el
encargado de la cadena se preocupó de estirarla, abajándola con un seco palmetazo sobre la
rótula. El Galileo acusó el dolor, abriendo la boca. Pero no emitió gemido alguno. Longino, en su
rutinario puesto -junto a la vencida cabeza del reo, que tocaba la roca con sus cabellos- se
preparó, apuntando con el asta del *pilum* hacia la frente de Jesús.
Los ayudantes del verdugo principal tensaron los brazos y el que se hallaba sobre la punta
izquierda del tronco, desenvainando la espada, aplastó la hoja sobre los cuatro dedos largos del
Maestro. Aquella «novedad», al parecer, facilitaba la labor de fijación de la extremidad superior

al *patibulum.* Si el prisionero intentaba forcejear, al aferrarse al filo se hubiera cortado irremisiblemente. El grado de crueldad y pericia de aquellos legionarios parecía no tener límites...

Los numerosos regueros de sangre que bañaban los gruesos antebrazos del Nazareno dificultaron en cierta medida la exploración de los vasos. Finalmente, el verdugo pareció distinguir las líneas azuladas de las arterias y venas, señalando el punto escogido para la perforación.

Antes de levantar la vista hacia el centurión, el soldado que se disponía a martillear el clavo -sumamente extrañado ante la docilidad del «rey de los judíos»- miró a sus compañeros, rubricando su sorpresa con un significativo levantamiento de cejas. Los otros, igualmente atónitos, respondieron con idéntica mueca.

Longino, cansado de sostener la lanza, había bajado el arma, autorizando el primer golpe con otro leve movimiento de cabeza.

Y el verdugo, sosteniendo el clavo totalmente perpendicular en el centro de la muñeca (a la altura del conglomerado de huesecillos del carpo), lanzó el mazo sobre la redonda cabeza. La punta, algo roma, se perdió al instante en el interior de los tejidos. La piel que rodeaba el metal estalló como una flor, brotando al instante una densa corona de sangre.

La punta del clavo, al abrirse paso entre los tendones, huesos y vasos, debió rozar el nervio mediano, uno de los más sensibles del cuerpo, provocando una descarga dolorosa difícil de comprender.

Instantáneamente, los brazos se contrajeron y la cabeza de Jesús se disparó hacia lo alto, permaneciendo tensa y oscilante, paralela al suelo. Los dientes, apretados durante escasos segundos, se abrieron y el reo, cuando todos esperábamos un lógico y agudo chillido, se limitó a inhalar aire con una respiración corta y anhelante.

Los legionarios, que esperaban una reacción violenta, no salían de su asombro.

Al fin, derrotado por el dolor, el Maestro dejó caer su cabeza hacia atrás, golpeándose con la roca. Todos creímos que había perdido la conciencia. Pero, a los pocos segundos, abrió su ojo derecho, acelerando el ritmo respiratorio.

¡Cómo no me había dado cuenta mucho antes! Jesús sólo tomaba aire por la boca. Aquello me hizo sospechar que su tabique debía presentar alguna complicación -fruto de los golpes-, dificultando la inspiración por vía nasal.

El verdugo cambió de posición, inclinándose esta vez frente al brazo derecho. Pero esta segunda perforación iba a presentar complicaciones...

La sangre había empezado a brotar con extrema lentitud, formando un brazalete rojizo alrededor de la muñeca izquierda del Nazareno. Evidentemente, el clavo estaba sirviendo como
tapón, dando lugar a la hemostasis o estancamiento del derrame sanguíneo. Pero la escasa
hemorragia constituía un arma de doble filo. Los médicos saben que, en estas situaciones, el
dolor aumenta.
Arsenius y el oficial se miraron, sin comprender la ausencia de gritos y del pataleo clásico de
todo hombre que se sabe al borde de la muerte. Por el contrario, aquel reo, lejos de ocasionar
problemas, había empezado a despertar una profunda admiración en Longino y en su lugarteniente. El contraste con aquel «zelota» que colgaba de la cruz y que desgarraba el aire
con sus berridos y juramentos era tan extraordinario que el oficial, al caer en la cuenta que aún
sostenía entre sus manos la lanza, la arrojó violentamente contra la base de las cruces,
súbitamente indignado consigo mismo.
El segundo mazazo fue tan preciso como el primero. El clavo se inclinó igualmente, apuntando con su cabeza hacia los dedos del Maestro. Pero, en lugar de penetrar en la madera
del *patibulum,* siguiendo la dirección del codo, la pieza apenas si arañó el tronco.

En este segundo enclavamiento, el rabí no levantó siquiera la cabeza. Gruesas gotas de
sudor habían empezado a resbalar por las sienes, tropezando aquí y allá con los coágulos. Se
limitó a abrir la boca al máximo, emitiendo un ahogado e indescifrable sonido gutural.
-¿Qué sucede? -preguntó el centurión al ver cómo el clavo sobresalía más de 14 centímetros
por encima de la muñeca derecha.
El verdugo despegó el brazo y examinó la cóncava superficie del leño. Al pasar las yemas de
los dedos sobre la corteza movió la cabeza contrariado. Y dirigiéndose a Longino le explicó que
había dado con un nudo.
Sentí cómo me ardían las entrañas.
Sin perder la calma, el legionario depositó nuevamente la taladrada muñeca sobre el *patibulum* y sujetando las aristas del clavo entre sus dedos índice y pulgar se dispuso a vencer
la resistencia del inoportuno obstáculo con un nuevo golpe.
El impacto fue tan terrorífico que la sección piramidal del clavo se quebró a escasos centímetros de la ensangrentada piel del reo.
El nuevo contratiempo llegó aparejado con una soez imprecación del legionario.
Arrojó el mazo a un lado y ordenó a sus compañeros que sujetaran el antebrazo. Después,
aprisionando como pudo el extremo del metal, hizo fuerza, intentando sacar lo que quedaba del
clavo. Fue en vano. La punta había conseguido perforar el nudo y el metal se resistió.

Entre nuevas maldiciones, el enojado infante se incorporó. Pisó la zona cúbito-radial de Jesús
con su sandalia izquierda y comenzó a remover el clavo, haciéndolo oscilar a un lado y a otro.
Hasta Longino palideció a la vista de aquella nueva masacre. Los bruscos tirones del verdugo,
buscando la liberación del metal, ensancharon el orificio de la muñeca, desgarrando tejidos e
inundando de sangre sus propios dedos, el *patibulum* y la roca.
Es muy probable que el dolor se viera difuminado en parte por la profusa hemorragia. De lo
contrario, no puedo explicar el comportamiento del Galileo. A cada movimiento pendular del
soldado, en su afán por extraer la pieza, Jesús de Nazaret respondió con un lamento. Cinco,
seis..., ocho sacudidas y otros tantos gemidos, acompañados de algunos resoplidos y de varios
movimientos de cabeza. Pero aquel gigante no estalló; no protestó...
Al fin, después de una eternidad, el verdugo separó la punta del tronco. Y tras sacar la
enrojecida y goteante barrita metálica del carpo, se dirigió al saco de cuero, enredando en su
interior. Al volver junto al Nazareno observé que traía una especie de barrena corta, con una
manija de madera.
Retiró el brazo del Galileo y tras escupir sobre la mancha de sangre que cubría el madero,
limpió con la mano la zona donde se ubicaba el nudo. Tomó la herramienta e introdujo la rosca
en espiral en el orificio practicado por el clavo. Y apoyando todo el peso de su cuerpo sobre la
manija, hizo girar el vástago de hierro, taladrando la casi pétrea rugosidad con movimientos
lentos pero firmes.
La operación fue laboriosa. Mientras, la sangre del rabí siguió corriendo, formando un
extenso charco sobre la blanca superficie del Gólgota. A juzgar por la velocidad de escape del
torrente, no creo que las aristas en sierra del clavo llegaran a rasgar ninguna de las arterias o
venas principales. Sin embargo, aquella pérdida empezaba a ser dramática. Jesús palidecía por
minutos y temí que entrara en un nuevo estado de shock.
Cuando el soldado consideró que había barrenado el *patibulum* suficientemente, buscó en su
cinto y se hizo con otro clavo. Antes examinó la punta y la cabeza. Una vez satisfecho llevó el
antebrazo del reo a la posición inicial. Sin embargo, en contra de lo que suponía, antes de
tomar el mazo, atravesó la muñeca por el holgado orificio. Cuando la punta amaneció por la
cara dorsal, el verdugo la introdujo en el agujero que acababa de formar y sólo entonces repitió
el martillazo. Salvado el nudo, el clavo ingresó sin problemas en el leño. Con un segundo golpe,

el brazo derecho del Maestro quedó definitivamente fijado. La base del clavo, al igual que había
ocurrido con la de la muñeca izquierda, no llegó a tocar la carne. Ambas cabezas -horas
después comprendería por qué- sobresalían entre 8 y 10 centímetros.
Al igual que había sucedido con los guerrilleros, al registrarse el enclavamiento de las muñecas, los pulgares del Cristo se doblaron, saltando y colocándose hacia el centro de las
palmas de las manos, en dirección opuesta a la de los cuatro dedos, ligeramente flexionados.
Mientras la herida de la muñeca izquierda -de forma oval- apenas si alcanzaba los 15 x 19
milímetros, la de la derecha era mucho más espectacular, con casi 25 milímetros de longitud,
en el sentido del eje del antebrazo.

Aquella holgura me hizo temer incluso por la estabilidad del Maestro una vez que fuera levantado sobre la *stipe.* ¿Se produciría un desgarramiento de los tejidos?
Los soldados obedecieron al oficial. Aquello se estaba demorando en exceso. Así que, ayudados por el *optio,* izaron el *patibulum* al crucificado con él, actuando con ligereza a la hora
de enroscar al prisionero en la soga que debería servir para auparlo hasta lo alto del árbol.
Al pasar la maroma por la ranura del extremo de la *stipe* y empezar a tensaría, el madero -
controlado por los legionarios para que no perdiera su posición horizontal- inició un lento y
exasperante ascenso. Pero las fuertes ráfagas de viento, acuchillando el
cuerpo del Nazareno con sucesivas cargas de polvo y tierra, empezó a poner en dificultades
el levantamiento.
El centurión reclamó a gritos la presencia de dos de los hombres que mantenían la seguridad
del Gólgota, distribuyéndolos al pie de la escalera de mano en apoyo del soldado que tiraba
desde lo alto.
Mientras el Galileo conservó sus pies sobre la roca, la posición de sus brazos pudo mantenerse más o menos en el eje del *patibulum.* Poco a poco, su cabeza recuperó la verticalidad, cayendo en ocasiones sobre el mango o extremo superior del esternón.
En uno de aquellos tirones, tras inhalar una fuerte bocanada de aire, Jesús levantó fugazmente la cabeza y dirigiendo la mirada hacia el turbulento cielo, exclamó:
-¡Padre!..., ¡perdónales!... ¡No saben lo que hacen!
Los infantes, al escuchar la quebrantada voz, se detuvieron. El Maestro había hablado en
arameo. Creo que, salvo uno o dos legionarios, el resto no le entendió. Pero, lamentablemente,
preguntaron el significado. La pareja que sí había comprendido se miró de hito en hito y antes
de que tradujeran las frases del reo, uno de los soldados cruzó el rostro de Jesús con una
bofetada.

-¡Maldito hebreo! -masculló el que le había abofeteado-... ¡Ni muertos ni vivos son dignos de
piedad!
La versión del traductor fue correcta, pero los incultos legionarios interpretaron sus frases
erróneamente.
-Así que no sabemos lo que hacemos... -le gritó el que había practicado las perforaciones-.
¡Pues espera y verás!
Y dirigiéndose al centro del Calvario recogió del suelo el yelmo de espinas, regresando en el
acto ante el Galileo.
El centurión tampoco había acertado a comprender el sentido de la expresión y vaciló ante la
irritada postura de sus hombres. Supongo que no se atrevió a intervenir. En el fondo, él
también se sintió ofendido por lo que parecía una burla hacia su profesionalidad.
El verdugo separó el cráneo del Maestro del *patibulum* y de un golpe le encasquetó el capacete de púas en la cabeza. El ajuste, quizás por temor a herirse con las espinas, no fue
excesivamente violento, y la masa espinosa quedó medio bailando sobre las sienes del prisionero.
La multitud, que en aquellos momentos debía oscilar alrededor de las 2 000 o 3 000 personas, aulló de placer al ver el gesto del romano.
El Maestro permaneció con la cabeza baja y sus torturadores continuaron con el izado del
tronco.
La gran estatura y el peso de Jesús -posiblemente alrededor de los 80 kilos- fueron otro
«handicap» para los sudorosos verdugos, que no tardaron en animarse mutuamente, acompasando cada tirón a otros tantos «¡ey!»...
Palmo a palmo, la soga fue jalando del crucificado, en un ascenso interminable y sobrecogedor. Para colmo, el gentío -cada vez más excitado- se unió a las interjecciones de los
legionarios. animándoles con sus «¡ey!».
Pero los poderosos brazos de los tres soldados que tiraban desde el suelo y en lo alto de la
escalera no eran suficientes. Temiendo que reo y madero se precipitaran a tierra, Longino y
Arsenius no tuvieron otra opción que formar con los soldados, añadiendo sus fuerzas al levantamiento.
«¡Ey!... ¡ey!...»

El cuerpo del Galileo se despegó finalmente de la roca y ahí dio comienzo la demoledora
«cuenta atrás» hacia una escalofriante agonía.
Al perder el apoyo de sus pies, los brazos del gigante se tensaron y los crujidos de sus huesos se unieron durante algunos segundos al chirriar de la maroma sobre la horquilla del palo
vertical.
Al momento, las clavículas, esternón y costillas se dibujaron bajo la piel y regueros de

sangre, mientras los músculos pectorales, de los hombros, cuello y brazos se esculpían embravecidos, a un paso de la dislocación. Pero la fortaleza de aquellos paquetes musculares era aún grande y evitaron la luxación de los hombros y codos. Las fibras de los antebrazos, especialmente los músculos extensores de las manos y de los dedos, se afilaron como sables y cerré los ojos, temiendo que saltaran en alguno de aquellos tirones.

Jesús colgaba ya a medio metro del suelo. La fuerza de la gravedad hizo que, desde el primer momento de la suspensión absoluta, los brazos girasen y, arrastrados por el peso del cuerpo, se deslizaron hasta formar un ángulo de unos 65 grados con la *stipe*[1].

El formidable peso que soportó el Nazareno en cada una de las grietas de las muñecas, unido al desbocamiento de las heridas y a la suprema tensión de los ligamentos de hombros y codos tuvo que multiplicar sus dolores (suponiendo que le quedara capacidad para ello) hasta el enloquecimiento.

En varias ocasiones, acorralado por el sufrimiento, echó la cabeza atrás, buscando aire y, sobre todo, un punto de apoyo. Pero esos puntos sólo podía encontrarlos en un lugar. Mejor dicho, en dos: en los clavos que le atravesaban los carpos. Pero, ¿cómo elevarse sobre unas piezas de metal, estando suspendido?

Las púas, en cada retroceso del cráneo, se incrustaban más y más en la región occipital, haciendo desistir al Maestro. Estas sucesivas derrotas por ganar unos gramos de oxígeno fueron transformando su respiración en un desacompasado y agitado tableteo del tórax, cada vez menos efectivo. El fantasma de la asfixia había empezado a planear sobre el Hijo del Hombre...

«¡Ey!... ¡ey!»

Cuando los soldados detuvieron el pesado avance de la cuerda, el cuerpo de Jesús se balanceaba a unos 90 o 100 centímetros de tierra. Sus pies, chorreando sangre, palparon la corteza del tronco vertical y se pegaron a él desesperadamente. Pero las hemorragias le hicieron resbalar una y otra vez. Y en cuestión de minutos, la cara frontal del árbol se tiñó de rojo, impregnada desde la zona de los omoplatos hasta los talones.

El legionario situado en el extremo superior de la *súpe* apretó los dientes y comenzó a jalar de la lazada central. Pero el *patibulum* no se movió un solo centímetro. El peso del madero y del reo (algo más de 110 kilos) era excesivo para el agotado infante. El centurión y Arsenius, casi al unísono, le gritaron para que forzara el izado final. Fue inútil. El romano, jadeante, hizo

una señal de impotencia con su mano derecha, dejándose caer sobre la horquilla de la *stipe.*
Miré a Jesús y conté la frecuencia respiratoria: ¡Treinta y cinco cortísimas inspiraciones por
minuto! Las puntas de sus dedos habían empezado a tomar una coloración azulada. La cianosis
o deficiente oxigenación de la sangre había hecho acto de presencia. Examiné alarmado sus
labios. Pero la hipoxia (disminución de la cantidad normal de oxígeno en sangre) no se manifestaba aún en la mucosa labial ni en las orejas.
El bombeo del cansado corazón del Maestro aumentó su ritmo, pero dudo que fuera suficiente para irrigar las partes más periféricas del cuerpo. Si Longino y sus hombres no
actuaban con rapidez, la falta de riego y el consiguiente déficit de oxígeno en el cerebro podían
desembocar en la pérdida primero de la razón de Jesús y su fulminante fallecimiento. Y,
honestamente, en algunos de aquellos críticos segundos llegué a desearlo con todas mis
fuerzas. Aquella hubiera sido una forma de segar de plano sus torturas.

1 Un sencillo cálculo matemático nos proporciona la terrorífica imagen del peso que tuvo que soportar Jesús de
Nazaret durante este angustioso elevamiento. Repartiendo el peso total del Maestro entre ambos brazos (unos 40 kilos
para cada uno) la fuerza de tracción ejercida sobre cada uno de ellos es igual a 40/coseno de 65º = 40 : 0,4226 = 95
kilos, aproximadamente. *(N. del m.)*

Pero el oficial, sin perder los nervios, ordenó a los que permanecían al pie de la *stipe* que
colaborasen con el legionario encargado de encajar el *patibulum.* «Pero, ¿cómo? -pensé-, si
sólo hay una escalera de mano...» La solución llegó al momento.
Dos de aquellos diestros soldados, ágiles y entrenados, se aferraron con sus manos al palo
vertical mientras otros dos se encaramaban a sus respectivos hombros, alcanzando así los
extremos del madero transversal. A una señal del que había vuelto a sujetar el nudo central,
empujaron el leño hasta que la afilada punta del árbol entró en el agujero central del *patibulum.*
-¡Ahora! -gritó el infante situado en lo alto de la escalera. Los soldados saltaron sobre la
roca, al tiempo que el centurión y el resto dé los verdugos soltaban de golpe la maroma.
Y el palo horizontal se precipitó hacia tierra. Pero, a unos cuarenta centímetros de la horquilla, quedó encajado en el grueso perímetro de la *stipe.*
El frenazo fue recibido por la muchedumbre con grandes vítores y aplausos. El Maestro acusó
el impacto con un lamento más fuerte. Su respiración se detuvo algunos segundos y las
brechas de las muñecas se hicieron ostensiblemente más grandes. Los dedos,

agarrotados,
apenas si reaccionaron ante la bárbara tracción.
Longino alargó la tablilla al infante y éste procedió a clavarla por encima del *patibulum.*
Mientras remataba el ajuste del palo transversal, otro de los romanos tiró con fuerza de la
pierna derecha de Jesús, forzando el abajamiento del hombro y de toda esa mitad del cuerpo
del Nazareno. Jesús, al sentir el tirón, inclinó aún más la cabeza, separando el tronco y las
nalgas del madero. Su rodilla derecha se dobló involuntariamente, pero el verdugo que se
disponía a clavar el pie se la aplastó con un súbito mazazo. El compañero que había jalado de la
pierna obligó la superficie de la planta hasta que ésta -completamente plana- tocó la *stipe.* Y un
tercer clavo taladró el pie del Nazareno, entrando en el dorso por un punto próximo al pliegue
de flexión. (Al examinar de cerca la entrada y salida del clavo estimé que el legionario había
perforado el ligamento anular anterior del tarso. De esta forma, la pieza se deslizó entre el
tendón del músculo extensor propio del dedo grueso y los del extensor común de los dedos,
penetrando por fuerza entre los huesos calcáneo y cuboides y el astrágalo y escafoides por
dentro. Los cuatro huesos quedaron hábilmente separados y el clavo se dirigió hacia atrás y
hacia abajo, quedando más cerca del talón que de los dedos.)
En esta ocasión, a pesar de la destreza del verdugo, la punta o las aristas del clavo
desplazaron o aplastaron algunos de los ramales de las arterias digitales o de la vena safena
externa, causando una hemorragia que me atemorizó. La sangre brotó a borbotones, anegando
materialmente el metro escaso existente entre el citado pie derecho y el suelo del Gólgota. Es
de suponer que aquel destrozo pudo afectar también al nervio tibial anterior, lacerando pierna y
muslo, y provocando un insoportable dolor reflejo en las ramificaciones y de los nervios
denominados plexo sacro y lumbar, en pleno vientre.
A pesar de los horribles dolores, el Galileo siguió consciente. ¡No podía explicármelo!
El enclavamiento del pie derecho, aunque parezca mentira, alivió el ritmo respiratorio del
Nazareno, al menos durante los primeros minutos de su crucifixión. Al apoyar el peso del
cuerpo sobre el clavo, repartiendo así los puntos de sustentación, sus pulmones lograron
capturar un volumen mayor de aire, ventilando algo más los alvéolos. Pero, ¿a costa de qué
índice de sufrimiento se consiguió esta momentánea regularización respiratoria?
Aquella inspiración más profunda duró unas décimas de segundo. Casi instantáneamente, el
cuerpo del Galileo volvió a caer, hundiendo el diafragma y entrando en una nueva y

angustiosa
fase de progresiva asfixia. Sus inhalaciones, siempre por la boca, se hicieron vertiginosas,
cortas y a todas luces insuficientes para llenar y ventilar los pulmones.
Algo más tranquilo, el verdugo situó el cuarto clavo sobre la zona delantera del pie izquierdo.
El golpe en los ligamentos posteriores de la rodilla, como dije, había hinchado y amoratado toda
la región donde se insertan el fémur, la tibia y el peroné. Y a pesar de la rigidez de dicha
pierna, el legionario la dobló violentamente, haciendo chasquear las masas óseas.
El clavo entró sin problemas, resaltando -como en el caso del pie derecho- entre cinco y seis
centímetros por encima del dorso. La sangre fluyó en menor cantidad, bien porque el metal no
llegó a tocar vasos importantes o porque, sencillamente, la volemia del Nazareno había descendido notablemente.
La pierna izquierda había quedado flexionada, formando con el palo vertical un ángulo de
unos 120 grados y abierta hacia la izquierda de la cruz,

Aunque el árbol disponía, como ya adelanté, de una barra de hierro o *sedile,* atravesada a
cosa de 1,20 metros del extremo inferior de la *stipe* y paralela al *patibulum,* en esta ocasión
resultó ineficaz. *La* considerable talla del reo hizo que los pies de éste quedaran por debajo del
apoyo que quizá -en el supuesto de haber coincidido- sólo hubiera servido para dilatar su
agonía.
Al ver consumada la crucifixión del rabí, la muchedumbre comenzó a gesticular, subrayando
la macabra labor de los legionarios con una cerrada salva de aplausos. Los sacerdotes, sobre
todo, mostraban una especial satisfacción. Toda su anterior cólera se había convertido en
júbilo. Su venganza estaba casi saciada. Y digo «casi» porque, incluso después de muerto, el
cadáver del Hijo del Hombre se vería amenazado por aquella perturbada ralea sacerdotal...
Mi atención quedó fija en el Iscariote. Nada más ver cómo atravesaban el segundo pie del
Maestro, el traidor se alejó del gentío, perdiéndose por el polvoriento camino, rumbo a
Jerusalén. Juan Marcos también desapareció de mi vista, por lo que supuse que habría seguido
los pasos de Judas.
El triste espectáculo había entrado en su último acto. Los curiosos comenzaron a desfilar,
retirándose hacia la ciudad santa. Jesús de Nazaret y los «zelotas» -clavados en dirección Sur-
eran sólo un despojo...

A las 13.30 horas de aquel viernes, 7 de abril, comuniqué a Eliseo el final del duro enclavamiento. Y tanto mi hermano como yo guardamos silencio. Un doloroso silencio. Si el texto que figuraba en la tablilla de Jesús Nazareno hubiera sido otro -a gusto de los sacerdotes judíos-, la mofa hacia el recién crucificado quizá hubiese sido menor. Cuento esto porque, a partir de la elevación del Maestro sobre la *stipe,* las risas y sarcasmos de la concurrencia menudearon durante un buen rato y, al parecer, según averiguaciones posteriores, como vengativa contrapartida por el conocido «inri». Al fracasar ante Pilato, los jueces tuvieron especial cuidado de intoxicar a la multitud, ridiculizando al Maestro y, de esta sutil forma, quitándole seriedad a las tres inscripciones, evitar que los testigos pudieran tomar en serio lo de «rey de los judíos».

Así que, volviéndose hacia la cada vez menos numerosa masa humana, algunos de los saduceos comenzaron a señalar la cruz del Galileo, exclamando a voz en grito:

-¡Ha salvado a los demás, pero no puede salvarse a sí mismo!

Y el gentío aprobó esta nueva manifestación de burla con fuertes y repartidos aplausos. Al poco, otra voz se destacaba entre la turba, preguntando al Nazareno:

-Si eres el Hijo de Dios, ¡bendito sea su nombre!, ¿por qué no desciendes de tu cruz?

Jesús, al igual que la patrulla y que yo mismo, pudo escuchar estas exclamaciones, teñidas de la más cruel y mordaz ironía. Al encontrarse a un metro escaso del suelo y a poco más de diez de la primera fila de judíos no era muy difícil retener estos gritos e, incluso, las conversaciones que sostenían los legionarios en el menguado círculo de piedra del Gólgota.

Estos, finalizada la laboriosa crucifixión, se tomaron un respiro. El *optio* levantó el cordón inicial de seguridad que bordeaba la circunferencia del promontorio, formado como dije por seis infantes, reduciendo la vigilancia a un primer turno de cuatro soldados. Cada uno se situó en los puntos cardinales, rodeando a los tres condenados y al resto del pelotón. Los demás -excepto dos- se apresuraron a sentarse a unos tres metros de las cruces. Y contemplaron con desgana cómo sus dos compañeros procedían a retirar la escalera de mano, enrollando minuciosamente la maroma y recogiendo las diversas herramientas utilizadas en el enclavamiento. A la vista de aquellos preparativos, todo apuntaba hacia una larga espera. Eso, al menos, creían Longino y sus hombres. En realidad, según me informó el centurión, el relevo no llegaría hasta el ocaso.

-¿Distingues ya desde tu posición los primeros frentes del «haboob»?

Las palabras de Eliseo me recordaron la inminente proximidad del «ojo» del «siroco». Protegí la vista con la mano izquierda, en forma de visera, y, efectivamente, en la lejanía -por detrás del Olivete- descubrí unas masas negruzcas y oscilantes que se abatían sobre un extenso

frente.
El oficial también reparó en aquellas amenazantes nubes de polvo y, como buen conocedor
de este tipo de fenómeno meteorológico, alertó a los legionarios. La primera medida
precautoria fue comprobar la estabilidad de las cruces. Las *stipes,* en principio, parecían
sólidamente plantadas en las grietas de la roca. Sin embargo, Arsenius ordenó que las
cuñas de

madera fueran incrustadas al máximo. Después, los soldados rasgaron los restos de las túnicas
de los «zelotas», convirtiéndolas en estrechas tiras. Y sin pérdida de tiempo, el oficial fue
distribuyéndolas equitativamente entre los doce infantes. Hasta que no vi a uno de ellos
cubriéndose las desnudas piernas con aquellas bandas de tela no comprendí el sentido de la
operación. Prudentemente, los romanos trataban de proteger su piel del azote de aquel viento
terroso. Por último, la media docena de escudos de los hombres libres del servicio de vigilancia
del Calvario fue tumbada en el suelo, uno junto a otro, formando una hilera y con la cara
cóncava hacia arriba.
Alguien recordó al pelotón las vestiduras del Nazareno, que yacían aún en el extremo sur del
gran peñasco. Pero, cuando los soldados las recogieron, dispuestos a trocearías, los cuatro
legionarios, responsables de la custodia y enclavamiento de Jesús, protestaron, aludiendo -con
toda razón- que aquellas prendas les pertenecían y que, dado su buen estado, las reclamaban
para sí.
El resto de la tropa cedió y, precipitadamente, antes de que la tempestad de arena cayera
sobre Jerusalén, el oficial hizo inventario, repartiendo las vestimentas entre el «cuaternio». A
uno le correspondía la capa de púrpura que le diera Antipas; a otro, el cinto. Al tercero el par
de sandalias y el último se vio recompensado con el espléndido manto. Pero quedaba la túnica.
¿Qué hacer con ella? Algunos insistieron en la primitiva idea de romperla, pero el suboficial se
opuso. A pesar de su deplorable aspecto -cuajada de sangre seca, mojada por el agua y la orina
de Lucilio, sucia del polvo del camino y con algunos deshilachados a la altura de las rodillas-,
aquella prenda, tejida a mano, merecía un final más honorable que el de fajar las piernas de los
romanos. La solución fueron los dados.
El soldado responsable del saco de cuero no tardó en regresar junto al grupo, haciendo
tamborilear en una de sus manos un trío

de dados. Formaron un cerrado círculo y, uno tras otro, fueron arrojando los pequeños cubos
de madera de dos centímetros de lado sobre el suelo del patíbulo. Del uso, las piezas habían
perdido su primitivo color blanco, así como el filo de sus aristas. La mugre había terminado por
darles un lustre característico. Los valores de cada cara -perforados mediante alguna
herramienta o instrumento al rojo- se hallaban repartidos de forma que, siempre la suma de los
dos lados opuestos diera siete.
Y como digo, se produjo el lanzamiento: 1-5-3 (en la primera caída de los dados); 6-3-4 (para
el segundo jugador); 1-3-5- (en el tercero) y 1-5-3 en la última jugada[1].
El ganador plegó cuidadosamente «su» túnica mientras, entre la multitud, se escuchaban
frases hirientes contra el Maestro:
-Tú, que querías destruir el Templo y reconstruirlo en tres días..., ¡sálvate a ti mismo!
-Si tú eres el Rey de los Judíos -interrogaban otros-, baja de la cruz y te creeremos...
-Se ha confiado a Dios -bendito sea- para que le liberara y ha llegado a pretender ser su
Hijo... ¡Miradle ahora!: crucificado entre dos bandidos.
El autor de aquella última frase -otro de los sacerdotes de Caifás- no consiguió el efecto
apetecido. La muchedumbre, por supuesto, no consideraba a Gistas y Dismas como ladrones y
apenas si coreó al malintencionado saduceo.
Mientras los soldados guardaban las prendas del Maestro, me asaltó un pensamiento: ¿Qué
ocurriría con aquellas vestiduras? ¿Dónde irían a parar?

[1] Aunque no soy entendido en los misterios de la llamada Cábala o *Qabbalah* (vocablo hebreo equivalente a «conocimiento» o «tradición»), invito a quien pueda leer este diario a someter las sucesivas numeraciones aparecidas en los dados al método de conversión utilizado por Cagliostro y que supone una pretendida correspondencia entre los números y tas letras, según los alfabetos hebreo y latino. Yo lo he hecho y he quedado sorprendido ante las palabras que parecen formar los números « 153-634-135-153»... No sólo aparece el nombre «cósmico» de Jesús -siempre según el Esoterismo-, sino que, sobre todo, cuando esa secuencia numérica es «traducida» o «convertida» en letras (las del alfabeto hebreo), los expertos en Cábala descubrieron con asombro todo un «mensaje». A través de este sistema conocido en la ciencia cabalística como «gueematria»-, estos números (en el mismo orden que aparecen en el texto) fueron «descifrados» e interpretados, obteniendo, como digo, un «mensaje múltiple». No voy a desvelar aquí y ahora este increíble «mensaje». Prefiero que sea el lector quien trabaje sobre este apasionante enigma y descubra por sí mismo el «secreto» de dicha numeración. Sólo añadiré algo: en mi deseo de comprobar y analizar cuantos datos aparecen en este Diario, sometí las referidas tiradas de los dados a un frío y riguroso examen, por parte del catedrático de Ciencias Matemáticas y Estadísticas, J. A. Viedma, y de un grupo de especialistas en Informática, encabezados por mi buen amigo José Mora, todos ellos residentes en Palma de Mallorca. Pues bien, según estos expertos, el cálculo de probabilidad matemática de que puedan salir dichos números, y en ese orden, es de 1 : 1.679.616 = 0,00000059537.
Es decir, la probabilidad resultaba bajísima. *(N.* del *m.)*

De algo sí estoy seguro: que los legionarios no regalarían ni se desprenderían así como así de lo
que, según la costumbre, les pertenecía. Por otro lado, además, seguir la pista de dichos
vestidos no era cosa fácil para los discípulos de Jesús. La mayoría de aquellos romanos
regresarían pronto a su campamento-base, en la ciudad de Cesarea y, con el paso de los
meses, muchos cambiarían de destino o serian licenciados. Todo esto me hizo sospechar que -
al contrario de lo que ocurriría con el lienzo que sirvió para su enterramiento-, Jesús de Nazaret
no era muy partidario de que sus discípulos guardaran estas reliquias, susceptibles siempre de
convertirse en motivos de adoración supersticiosa, con el consiguiente riesgo de olvidar o
relegar a segundo plano su verdadero mensaje...[1]
Concluido el reparto de las vestiduras, Longino pidió a su lugarteniente que examinara
también las fijaciones de los reos. El *optio* se aproximó primero a la cruz de la derecha y tocó la
cabeza del clavo del pie izquierdo del guerrillero. Parecía sólidamente clavado. El «zelota», con
el cuerpo desmayado y violentamente encorvado hacia adelante, no había parado un momento
de aullar y retorcerse, intentando sobrevivir. Pero las penosas, cada vez más duras, condiciones
para robar algunas bocanadas de aire, sólo habían añadido nuevos dolores y mayores
hemorragias a su organismo.
Al ver a Arsenius al pie de su cruz, Gistas hizo un supremo esfuerzo y tensando los músculos
de sus hombros logró elevar los brazos. Inspiró y, al momento, mientras expulsaba el escaso
aire conseguido, lanzó un salivazo, mezclado con sangre, contra el suboficial, insultándole.
Indignado, el ayudante del centurión se hizo con una lanza, replicando con el fuste de madera
en plena boca del estómago del «zelota». El castigado diafragma se resintió aún más.
hundiendo al condenado en un proceso más acelerado de asfixia. Sin dejar de mirar hacia
arriba, desconfiando, el *optio* repitió la comprobación en los pies de Jesús y, finalmente, con los
clavos del tercer crucificado. Este había ido recobrando el sentido, aunque su mirada
consecuencia posiblemente del aguardiente- se había tornado opaca y extraviada. El dolor le
había sacado de su inconsciencia y los gemidos no cesarían ya.
De pronto, entre berrido y berrido, Gistas, con el rostro bañado por un sudor frío, giró su
cabeza hacia la izquierda, gritándole al
Maestro:
-Si eres el Hijo de Dios... ¿por qué no aseguras tu salvación y la nuestra?
Al instante, sofocado por el esfuerzo, cayó sobre los puntos de apoyo inferiores,

jadeante y
empeñado en nuevas y rapidísimas inspiraciones.

1 Como saben bien los seguidores de las iglesias -especialmente de la Católica-, el número actual de reliquias, supuestamente relacionadas o pertenecientes a la Pasión del Galileo, supera el millar. Esto, desde un punto de vista objetivo, arqueológico y científico, es tan absurdo como imposible. En la basílica de Saint-Denis, en Argenteuil, al norte de Paris, se conserva, por ejemplo, una supuesta «túnica sagrada». Y Otro tanto ocurre en la catedral de Tréveris. Con los debidos respetos a los que creen en ambas «túnicas«, ninguna de las dos puede ser la que lució el Maestro de Galilea. En la primera, aunque las dimensiones son aproximadas a las reales (1,45 metros de longitud por 1,15 de anchura), careciendo incluso de costuras, el tejido, en cambio, lo constituye un burdo entramado de hilos de estopa de cáñamo, que nada tiene que ver con la naturaleza de las prendas utilizadas habitualmente por los hebreos en aquella época: algodón, lana y lino. (Por una túnica confeccionada con una tela tan raída como tosca, los legionarios no hubieran perdido el tiempo sorteándola.) En cuanto a la segunda, aún resulta más difícil de identificar. Se trata de una serie de trozos de un tejido muy fino y parduzco, envueltos y protegidos contra la polilla entre dos telas. Una de éstas es de seda adamascada, fabricada posiblemente en Oriente entre los siglos vi y ix. Con los clavos y la cruz de Cristo ocurre algo parecido. Según la tradición, la piadosa emperatriz santa Elena los desenterró en el siglo IV. (Para empezar, dudo que las fuerzas romanas perdieran el tiempo y el dinero sepultando las *stipes* y *patibulum,* así como los clavos, después de cada ejecución, como pretenden algunos exegetas, en defensa de la tradición de la mencionada madre del emperador Constantino.) Según estas mismas leyendas, santa Elena mandó hacer un freno con uno de los clavos para el caballo de su hijo (hoy se conserva en Carpentras). Con otro formó un circulo para el casco de Constantino y se dice que aquel círculo forma ahora parte de la corona de hierro de los reyes lombardos, conservada en Monza. Con el tercer clavo dícese que sirvió para apaciguar una tempestad en el Adriático... El caso es que, en la actualidad, en varias iglesias de Europa se veneran supuestos clavos de la Pasión, hasta un total de ¡diez!: dos en Roma, uno en Santa Cruz de Jerusalén, en Santa María del Capitolio, en Venecia, en Tréveris, en Florencia, en Sena, en París y en Arras.
Respecto a los maderos de la cruz de Jesús, el asunto se complica mucho más. El mundo de los cristianos está materialmente sembrado de astillas de todos los tamaños, todas ellas supuestamente extraídas de la verdadera Cruz.
Como decían Breckhenridge y Salmasio, entre otros, «sí se juntasen estas reliquias podríamos plantar un bosque...»
Quizá el trozo más voluminoso es el que se venera en España: en Santo Toribio de Liébana, en la provincia norteña de Santander. La tradición asegura que este *lignum crucis* fue traído desde Jerusalén por santo Toribio, obispo de Astorga, en España, y contemporáneo de san León 1 el Grande. lino de los datos a favor de este supuesto resto de la cruz en la que fue colgado el Maestro es el tipo de madera: pino. Pero, desde un punto de vista científico, las dudas siguen envolviendo su origen. *(N. del m.)*

Pero el Maestro no respondió. Silo hizo en cambio el otro guerrillero. Apoyado como estaba

con la punta de su pie izquierdo sobre la mitad del *sedile,* su mecánica respiratoria no resultaba
tan fatigosa como la de sus compañeros de cruz. Y con voz balbuceante le reprochó a su
amigo:
-¿No temes tú mismo a Dios?... ¿No ves que nuestros sufrimientos... son por nuestros actos?...
Dismas hizo una pausa, luchando por una nueva inhalación y, al fin, continuó:
¡Pero... este hombre sufre injustamente!... ¿No sería preferible que buscáramos el perdón de
nuestros pecados... y la salvación... de nuestras... almas?
Los músculos de sus brazos se relajaron y el vientre volvió a inflarse como un globo.
Jesús de Nazaret, que había escuchado las palabras de ambos «zelotas», abrió los labios
unos milímetros, con evidente deseo de responder. Pero su cuerpo, despegado de la *stipe* y
muy caído sobre las extremidades inferiores, no le obedeció. Sin embargo, el gigante no se
rindió. Aceleró el número de inspiraciones bucales -llegué a sumar 40 por minuto, cuando el
ritmo normal e inconsciente de respiraciones de un ser humano es de 16- e intentó contraer los
potentes músculos de los muslos, en su afán de elevarse unos centímetros y hacer entrar aire
en los pulmones. Sin embargo, aquellos cinco o diez primeros minutos en la cruz habían ido
quemando el escaso potencial de todos 105 paquetes musculares de muslos y piernas -
utilizados por el Señor en el imprescindible apoyo sobre los clavos de los pies para tomar
oxígeno- y los bíceps, sartorios, rectos anteriores, vastos y gemelos se negaron a funcionar. La
rigidez de todas estas fibras musculares me llevó al convencimiento de que la temida
tetanización se había iniciado antes de lo previsto. (Este dolorosísimo cuadro -la tetanización-
se registra siempre al entrar los músculos en un proceso anaerobio o de falta de oxígeno. En
estas condiciones, el ácido láctico existente en las fibras musculares no puede metabolizarse,
cristalizando. El organismo se ve sometido entonces a un dolor lacerante, bien conocido por los
atletas.)
Al comprender que sus piernas habían empezado a fallar, el Maestro -presa de las primeras
convulsiones y espasmos musculares, propios de la incipiente pero irreversible tetanización-
forzó las articulaciones de los codos, al tiempo que, buscando apoyo!, en los clavos de las
muñecas, pedía a la musculatura de sus antebrazos que le sirviera de «puente» para elevar, a
su vez, la de los hombros.
Entre jadeos, inspiraciones y lamentos entrecortados -provocados por el roce o
aplastamiento de los nervios medianos de las muñecas con el metal que perforaba sus

carpos-,
aquel ejemplar humano venció al fin la fuerza de la gravedad, izándose sobre si mismo y
relajando el diafragma. Los deltoides, duros como piedras, transformaron sus hombros en
«manos» y la boca del Nazareno se abrió temblorosa, ganando a medias la batalla de la
inspiración del aire polvoriento que nos azotaba.
Al observar el titánico esfuerzo de Jesús, el «zelota» que le había defendido volvió a hablarle:
-¡Señor! -le dijo con voz suplicante-. ¡Acuérdate de mí... cuando entres en tu reino!
Y al tiempo que expulsaba parte del aire robado en la última inhalación, el Galileo, con las
arterias del cuello tensas como tablas, acertó a responderle:
-De verdad... hoy te digo... que algún día estarás junto a mi... en el paraíso...
Los músculos de los hombros, brazos y antebrazos se vinieron abajo y con ellos, toda la masa
corporal del Nazareno que quedó nuevamente doblado «en sierra» y sin esperanzas inmediatas
de repetir semejante y agotador «trabajo»[1].

[1] Los hombres de Caballo de Troya, en un informe posterior a este primer «gran viaje» y en base al peso de Jesús, a
las longitudes de sus brazos, a las distancias hombro-clavo y al ángulo de 30 grados que formaban sus miembros
superiores con la horizontal, expusieron, entre otras, las siguientes consideraciones teóricas: la distancia entre los
clavos de las muñecas y una línea horizontal (imaginaria) que pasara por el centro de ambas articulaciones de los
hombros, era de 26,5 centímetros, aproximadamente. Esta era, en suma, la escalofriante altura a la que debía elevarse
el Maestro cada vez que practicaba una de estas inspiraciones algo más profundas. Pensando que el músculo deltoides
(que se extiende desde la clavícula y el omoplato al húmero) está diseñado para elevar el citado miembro superior,
cuyo peso es de un kilo y pico, el esfuerzo a que se vio sometido en el caso del Galileo es sencillamente excepcional. Si
hacemos actuar el citado deltoides en forma inversa -haciendo fijas sus inserciones en el húmero, tirando hacia arriba
de los hombros para elevar el peso del cuerpo- comprobaremos las enormes dificultades que ello supone,
perfectamente patentes en ese ejercicio gimnástico, único, que se lleva a cabo con las anillas y que, popularmente, es
conocido como «hacer el Cristo». Al no contar con la ayuda de los músculos de las extremidades inferiores, la
musculatura del hombro tenía que elevar el peso correspondiente a la cabeza, tronco y vientre, hasta la raíz de los

Por mi parte, en vista de la acelerada degradación del organismo del gigante, me dispuse a
acoplar sobre mis ojos las «crótalos» e iniciar una de las más delicadas y vitales operaciones de
seguimiento médico de aquella misión.
Pero dos hechos -uno de ellos absolutamente imprevisto y desconcertante- retrasarían esta
nueva exploración del cuerpo del Galileo...
Hacia las 13.40 horas, la voz de Eliseo se escuchó "5 x 5" en mi oído. Con una cierta
excitación me adelantó algo que, tanto los hebreos como el pelotón de vigilancia en el

Gólgota
y yo mismo, teníamos a la vista y que no tardaría en convertir la ciudad santa y aquel paraje en
un infierno. El primer frente del «haboob» acababa de caer como una negra y tenebrosa niebla
sobre la falda oriental del monte Olivete. La «cuna», como medida precautoria, había activado
su «cinturón» de defensa. Las rachas de viento, a su paso sobre el módulo, alcanzaban los 35
nudos.
El gentío, al distinguir los sucios lóbulos de la tempestad, avanzando por el Este como una
«ola» y gigantesca, empezó a movilizarse, huyendo precipitadamente hacia la muralla. Muchos
de ellos se perdieron por la puerta de Efraím y otros, buenos conocedores de esta especie de
«siroco», buscaron refugio al pie del alto muro que cercaba Jerusalén por aquel punto. El sol
seguía brillando en lo alto, en mitad de un cielo azul y transparente. Creo que esta matización
resulta sumamente interesante: en contra de lo que dicen los evangelistas, aquella
muchedumbre no se retiró de las proximidades del Calvario como consecuencia de las
«tinieblas» a las que aluden los escritores sagrados. Éstas, sencillamente, aún no se habían
producido. Y hay más: en aquellos momentos tampoco detecté miedo. El fenómeno -no me
cansaré de insistir en ello- era molesto, incluso peligroso, pero frecuente en aquellas latitudes.
Los judíos, por tanto, estaban acostumbrados a tales tormentas de polvo y arena. En principio
no era lógico que cundiera el pánico. Sin embargo, ese terror que citan Mateo, Marcos y Lucas
se produjo. Pero, tal y como pasaré a narrar seguidamente, el origen de dicho miedo no estuvo,
repito, en el «siroco»...
A los pocos minutos, de aquellos cientos de personas que contemplaban a los crucificados
sólo quedó un mínimo contingente de sacerdotes y curiosos. Quizá medio centenar. La mayoría,
como si se tratase de una medida habitual de protección, empezó a sentarse sobre el terreno,
cubriendo sus cabezas con los pesados y multicolores mantos. Aquel pequeño grupo, en
definitiva, era una prueba más de lo que afirmo. Sabían que se echaba encima una tempestad
seca y, sin embargo, se tomaron el asunto con filosofía. Por supuesto, eligieron y apostaron por
el macabro espectáculo de los reos, debatiéndose entre la vida y la muerte.
Tentado estuve de aprovechar aquellos instantes para extraer mis lentes especiales de
contacto y proceder al chequeo del cuerpo del Maestro. Pero la inminente llegada de los densos
y negruzcos penachos me hizo desistir. A semejante velocidad -unos 70 kilómetros a la hora-,

las partículas de tierra y los gránulos de arena hubieran dañado la delicada superficie de las
«crótalos», arruinando aquella fase de la misión e, incluso, poniendo en peligro la integridad
física de mis ojos. Así que opté por aplazar el registro ultrasónico y tele-termográfico. Según
Eliseo, el hocico del «haboob » y los dos o tres lóbulos que corrían detrás no eran muy profundos, estimándose su duración en unos 15 a 20 minutos.
miembros inferiores. Es decir, suponiendo que la masa total de Cristo fuera de unos 82 kilos, la mencionada musculatura debía correr con la elevación de los 2/3 del peso corporal. En otras palabras: con unos 54,6 kilos. De
acuerdo con la expresión peso = masa x gravedad, se obtuvo que 54,6 x 9,8 = 535,73 julios. Al cronometrar el referido
ascenso de 26,5 centímetros (0,265 metros) en unos 1,5 segundos, Caballo de Troya dedujo que la aceleración sufrida
por Jesús de Nazaret fue de aproximadamente, 0,2355 metros por segundo en cada segundo. (Se tuvo en cuenta,
obviamente, los siguientes parámetros: «e» = espacio o distancia recorrida; «V_0» = velocidad inicial, en este caso cero;
«a» = aceleración y «t» = tiempo invertido.
O, lo que es lo mismo: $e = V_0 + 1/2\ a\ t_2$. Esto significaba lo siguiente: $0{,}265 = 1/2\ a.\ 1{,}5_2$.)
También fue calculada la fuerza que tuvo que hacer el Maestro en cada una de estas violentas elevaciones en
vertical: peso-fuerza = masa X aceleración. Es decir, 535,73- F = 54,6 x 0,2355. El resultado fue de F = 522,87 julios.
En cuanto al «trabajo» desarrollado, he aquí la escalofriante cifra: trabajo = fuerza x distancia (T = 522,87 x 0,265
= 138,56 newtons). Ello arrojó una potencia de ¡92,37 watios! (potencia = trabajo/t¡empo o 138,56/1,5).
Si comparamos esos 92,37 watios con los 2,5 que normalmente realiza la misma musculatura para elevar simplemente el brazo, empezaremos a intuir el gigantesco y dolorosísimo esfuerzo que, como digo, desarrolló Jesús de
Nazaret en la cruz. *(N. del m.)*

Caballo de Troya

J. J. Benítez

304

No fue necesario que el centurión diera demasiadas indicaciones. Cada hombre sabía cómo
debía comportarse ante aquella contingencia. Al comprobar la masiva retirada de los judíos,
Longino permitió a los centinelas que se agrupasen en el extremo sureste de la cima del
Gólgota, de cara a la tormenta. Juntaron los cuatro escudos, formando un parapeto, y clavaron
sus rodillas en la roca, sujetando esta improvisada defensa mediante las abrazaderas interiores
de cada escudo. El resto de la patrulla levantó la hilera de escudos que había sido dispuesta
sobre la superficie del patíbulo, formando un segundo «muro» defensivo. Y la totalidad del
pelotón -incluidos el oficial y Arsemus- se agazaparon dando la cara al cada vez más próximo
temporal.
Longino, al verme en pie e indeciso, me hizo una señal con la mano para que buscara refugio
junto a la piña que formaban sus hombres. Así lo hice sin pérdida de tiempo. Pero, en lugar de
acurrucarme como los legionarios, en dirección al «sirocco», me senté de espaldas a la patrulla,

sin perder de vista a los crucificados.
El viento, de pronto, se volvió más cálido y silbante. El primer torbellino del «haboob» se
precipitó sobre Jerusalén, y sobre el peñasco donde nos encontrábamos, con una estimable
violencia. En cuestión de segundos, una masa deshilachada y blanquecina, formada por
toneladas de arena y polvo en suspensión, arrasó el lugar, repiqueteando en su choque contra
las partes convexas de los escudos.
A pesar del manto que cubría mi cabeza, una minada de granos de una arena fina empezó a
acosarme, penetrando por todos los huecos de mis vestiduras e hiriendo la piel -especialmente
las piernas- como alfileres. El bramido de aquel tornado fue incrementándose con su velocidad.
Al poco, tanto los soldados como yo, nos vimos obligados casi con desesperación a cerrar los
ojos y proteger la boca, oídos y fosas nasales de aquella angustiosa polvareda.
Conforme el «siroco» fue arreciando, los gritos de los «zelotas» -encarados al viento y casi
desnudos- se hicieron más y más estentóreos. Las rachas habían empezado a ensañarse con
sus cuerpos indefensos, asaeteándoles con millones de partículas de tierra, añadiendo así un
nuevo e insoportable suplicio. Levanté la cabeza como pude y, entre las columnas de polvo,
más que ver, escuché a uno de los guerrilleros, pidiendo entre aullidos que le rematasen. En
cuanto a Jesús, casi no pude distinguir su figura, pero imaginé el sofocante tormento que
estaba soportando.
Dudo mucho que nadie en el Gólgota ni en sus alrededores, ni tampoco en la ciudad, pudiera
levantar la vista durante aquella pesadilla. Los sucesivos frentes del «haboob», cuyo «techo»
resultaba poco menos que imposible de fijar en semejantes condiciones, se elevaban -eso sí- a
una altitud suficiente como para difuminar el disco solar, al menos para cualquier observador
que se encontrase inmerso en el tornado. Sin embargo, yo no aprecié una oscuridad o
debilitamiento de la luz diurna suficiente como para clasificarlo de « tinieblas». Hubo,
naturalmente, un descenso de la visibilidad, como consecuencia del arrastre de arena y polvo,
pero no esa cerrada negrura que parece desprenderse de los textos evangélicos. Cualquiera
que haya vivido una de estas experiencias sabe que, por muy espeso que sea el fenómeno
meteorológico en cuestión, difícilmente desemboca en tinieblas. Fue después cuando ocurrió
«aquello» que sí «oscureció» un amplio radio...
Una vez alejados los tres o cuatro lóbulos «de cabeza», Eliseo abrió de nuevo la conexión

auditiva, anunciándome que la «cola» del «siroco», muy debilitada ya, necesitaría otros cinco o
diez minutos para cruzar la región. Las masas de tierra en suspensión eran menos consistentes,
aunque los vientos en superficie mantenían velocidades no inferiores a los 20025 nudos.
El centurión, al notar cómo el torbellino principal parecía decrecer, se incorporó
parcialmente, inspeccionando a los cuatro soldados que se resguardaban a escasos metros de
nuestra «empalizada». No debió observar demasiadas anomalías porque volvió a acurrucarse
de inmediato, en espera de los últimos coletazos del «haboob». Eliseo no estaba equivocado.
Alrededor de las 14 horas, la fuerza del tornado disminuyó, así como el polverío.
Afortunadamente el cuerpo principal del «siroco» había ido despedazándose desde su
nacimiento en los desiertos arábigos, alcanzando las tierras de Palestina con una «cabeza» cuya
longitud fue valorada por los instrumentos del módulo en unos 20 kilómetros y un frente de casi
125. Las ráfagas, sin embargo, no cesarían hasta bien entrada la tarde.
Cuando la tormenta cesó, el espectáculo que se ofreció a mi alrededor era sencillamente
dantesco. Todos los legionarios, y yo mismo, naturalmente, aparecíamos cubiertos de arena. El
polvo había blanqueado las cejas, cabellos y ropajes de los soldados, así como los mantos de

los cincuenta escasos judíos que habían preferido aguantar el azote del viento al pie del
Gólgota.
En cuanto a los crucificados, al verlos mudos y con las cabezas inmóviles sobre el pecho, lo
primero que pensé es que habían perecido por asfixia. Longino debió imaginar lo mismo porque
se precipitó hacia las cruces, palmoteando sobre sus ropas y sacudiéndose la tierra acumulada.
Sin embargo, al situarnos bajo los condenados, comprobamos -yo, al menos, con alivio-
cómo seguían vivos. Las costillas flotantes de Jesús registraban esporádicas oscilaciones, señal
de una débil ventilación pulmonar. Las heridas y regueros de sangre se hallaban acribillados por
infinidad de partículas de tierra y arena, llegando a taponar las profundas brechas de los
costados y el desgarro de la rótula. Los cabellos de su cabeza, axilas y pubis, así como el del
pecho, eran irreconocibles. Se habían convertido en masas encanecidas. Su cabellera, sobre
todo, encharcada por las hemorragias, era ahora, con el polvo, un viscoso y ceniciento colgajo.
Quedé aturdido al ver su barba y bigote cargados de polvo y sus labios, con una costra

terrosa
que desdibujaba las mucosas e, incluso, las profundas fisuras.
Las heridas de los clavos, tanto en el Maestro como en los «zelotas», habían sido poco menos que taponadas por el «haboob». Aquel viento infernal, que acababa de atentar contra el
hilo de vida que aún flotaba en lo alto de aquellos árboles, había logrado lo que parecía un
milagro: detener la pérdida de sangre del Nazareno (aunque, sinceramente, a aquellas alturas
de la crucifixión ya no sé qué hubiera sido mejor). De todas formas, el destino es muy extraño...
Los guerrilleros y Jesús de Nazaret se hallaban sin conocimiento. En el fondo era lo mejor
que les podía haber ocurrido.
Y sucedió. A las 14.05 horas, mi compañero en el módulo -con una excitación similar a la
que había experimentado durante mi permanencia en la finca de Getsemaní- abrió súbitamente
la conexión, anunciándome algo que hizo tambalear mis esquemas mentales.
¡Ahí está otra vez...! ¡Jasón, lo tengo en pantalla...! El radar registra un eco... ¿Dirección...?,
afirmativo: procede del Este. ¡Esto es de locos!
Me volví hacia el lugar, pero, una vez más, no observé nada anormal. Era lógico. Aunque la
«ola» de polvo se había extinguido, aquel objeto se hallaba aún, según el «Gun Dish» de a
bordo, a 135 millas del «punto de contacto» donde reposaba la «cuna».
No viene muy fuerte -prosiguió Eliseo, que debía tener la nariz pegada a la pantalla del radar-. Calculo que a unos 400 nudos... oh...!
La voz de mi hermano se cortó. Rodeado como estaba por los 12 legionarios y los dos jefes
no pude pulsar mi conexión y dirigirme a él. ¿Qué demonios pasaba en el módulo?
-... ¡Jasón, nunca nos creerán...! El eco acaba de hacer una ruptura de casi 90 grados... Lo
tengo en rumbo 190... Si sigue así pasará casi sobre tu vertical... Pero, ¿cómo ha podido...?,
¿qué clase de «cosa» puede hacer un giro así...? Jasón, entiendo que no puedes hablarme.
Seguiré informando... ¡Reduce, afirmativo, reduce su velocidad! ¡Y también el nivel...! A ver...,
en electo... ¡Roger!, pasa de 400 nudos a 275... ¿Nivel...? 300 y sigue bajando... Te doy
«pegeons»[1] al módulo: 90 millas y mantenido en 190... ¡Un instante...! ¡Acelera...! Afirmativo,
está acelerando: ¡400..., 700..., 900 nudos...! ¡No es posible...! Se ha estabilizado en nivel 120
(cuatro mil metros)... Lo tendrás a la vista en seguida si mantiene esa velocidad... Entiendo
que a las «dos» de tu posición...
Efectivamente, a los cinco minutos y seis segundos, la voz de Eliseo irrumpió de nuevo en mi
cabeza. Pero, esta vez silo tenía a la vista: al principio como un punto brillante. Después,

conforme fue aproximándose, perdió luminosidad, convirtiéndose en una especie de «luna
llena», de un color mate.
Los soldados no tardaron mucho en verlo. Y el centurión, levantando la vista, quedó tan
perplejo como yo.
-... ¡Jasón...! ¿lo tienes? Yo lo veo casi a mis «12» y alto... Sigue a 12000 pies. ¡Se
detiene...! ¡Afirmativo!, ¡ha hecho estacionario...!
Las últimas palabras desde el módulo, cargadas de emoción, terminaron por contagiarme.
Me restregué los ojos, pensando en una posible alucinación... Pero pronto caí en la cuenta que
aquella

1 «Pegeons»: entre pilotos y astronautas, proporcionar distancia y rumbo. *(N. del m.)*

hipotética explicación era ridícula: Longino, los legionarios y yo podíamos sufrir algún tipo de
trastorno pero, ¿y el radar?
Aquella «cosa », según Eliseo, se había estabilizado a unos 4000 metros sobre la vertical de
Jerusalén. Y así permaneció por espacio de dos o tres minutos. A juzgar por la altura a la que
se encontraba y por su tamaño aparente -superior al de diez lunas- sus dimensiones eran
enormes.
Mientras observaba boquiabierto aquel fenómeno pasaron por mi mente un sinfín de posibles
explicaciones, que, por supuesto, no terminaron de satisfacerme. Era el segundo objeto volante
que veía en las últimas 14 horas. ¿Cómo podía ser? ¿Qué significaba aquello? Y, sobre todo,
¿quién o quiénes lo tripulaban?
Pero mis elucubraciones se vieron definitivamente pulverizadas cuando mi hermano, después
de verificar hasta tres veces el diámetro de aquel artefacto, me anunció sus dimensiones: ¡1
757,9 096 metros! ¡Casi un kilómetro y ochocientos metros! Es decir una superficie ligeramente
superior a la de toda la ciudad santa...
La presencia de aquel monstruoso disco, totalmente silencioso y flotando en el cielo como
una frágil pluma, hizo pasar a la escolta y a los hebreos de la estupefacción al miedo. En un
movimiento reflejo, el centurión y algunos de sus hombres desenfundaron sus espadas,
replegándose hacia la base de las cruces. Pero ninguno acertó a expresarse. Un pánico
irracional se había enroscado en sus corazones y lo mismo ocurría entre el medio centenar de
curiosos que permanecía junto al Gólgota. Las miradas de todos estaban fijas en aquella «luna»
misteriosa.

A las 14 horas y 8 minutos, según los cronómetros del módulo, el objeto osciló ligeramente -
como si «temblase»- y, despacio, en un ascenso que me atrevería a calificar de majestuoso, se
dirigió hacia el sol. Al alcanzar el nivel 180 (18000 pies) volvió a hacer estacionario.
Un alarido colectivo se escapó de las gargantas de los judíos cuando vieron cómo aquel artefacto empezaba a interponerse entre el disco solar y la Tierra. Y lo hizo de Este a Oeste
(siempre considerada la observación desde el Calvario y sus inmediaciones).
En segundos, con una precisión que me secó la garganta, el formidable objeto tapó el ardiente circulo, dando lugar a un progresivo oscurecimiento de Jerusalén y de un dilatado
radio en el que, naturalmente, me encontraba.
Esta interposición con el sol, milimétrica y magistralmente desarrollada por quienes gobernaban aquel inmenso aparato, se produjo con cierta lentitud, pero sin titubeos. Hoy, al
recordarlo, tengo la sensación de que los responsables de dicha operación quisieron que el
«eclipse» pudiera ser observado paso a paso.
En menos de 120 segundos, el astro rey desapareció y, con él, la claridad. Mejor dicho, un
ochenta por ciento de la fuente luminosa. Obviamente, aunque la gran masa metálica - confirmada por el radar- proyectó al instante un gigantesco cono de sombra sobre la ciudad
santa y sus alrededores, las radiaciones solares siguieron presentes, formando una «corona» o
«aura» luminosa que abarcaba toda la curvatura del enigmático objeto. Las «tinieblas», en
electo, se hicieron sobre Jerusalén, aunque no con el carácter absoluto de una noche cerrada,
por ejemplo. La claridad existente alrededor del disco era suficiente como para que pudiéramos
distinguir el entorno con un índice de luminosidad muy similar al que suele seguir a una puesta
de sol. Y así se mantuvo hasta que llegó el momento fatídico...
(No creo necesario extenderme en profundidad sobre esa ilógica explicación científica, que
trata de resolver este fenómeno de las «tinieblas» con ayuda de un eclipse total de sol. Basta
recordar que en aquellas fechas se registraba precisamente el plenilunio y, en consecuencia, tal
eclipse de sol era imposible. La luna, a las 14 horas del 7 de abril del año 30 se hallaba aún
oculta por debajo del horizonte oriental. Los astrónomos saben, además, que un eclipse de esta
naturaleza siempre se inicia por la cara Oeste del disco solar. Aquí, en cambio, ocurrió al revés.
El oscurecimiento del sol se inició por el Este.)
Eliseo, una vez consumado el ocultamiento solar, verificó los parámetros de a bordo, confirmando que aquella especie de «superfortaleza» volante había quedado «anclada» a 18
000 pies de altura, manteniendo una velocidad de desplazamiento de 1 431,055 km/ hora. En

los 45 minutos que duró el fenómeno de las «tinieblas», aquel objeto cubrió un total de 1

073,2912 kilómetros, siempre a una altitud de 6 000 metros. (El diámetro solar aparente
correspondía a un arco cuyo valor aproximado era de 33 minutos y 10 segundos.)[1]
Al consumarse el «eclipse», que insisto, sólo pudo tener una proyección puramente local,
muchos de los judíos –espantados- cayeron rostro en tierra, golpeándose el pecho con ambas
manos y profiriendo alaridos de terror. Los saduceos, desconcertados, no sabían cómo
reaccionar. Al fin, la mayoría de los hebreos escapó hacia la puerta de Efraím, mientras los
dirigentes judíos -no demasiado convencidos- intentaban retenerles, gritándoles que «todo
aquello sólo podía obedecer a algún encantamiento del crucificado o a un fenómeno celeste...»
Fue inútil. La turbación de los incultos y supersticiosos enemigos de Jesús era tal que ni
siquiera escucharon los razonamientos de los sacerdotes. Y allí permaneció el desamparado
puñado de jueces, mucho más pendiente de lo que ocurría en los cielos que en el patíbulo.
Supongo que, si siguieron al pie del Gólgota no fue porque les sobrara valentía, sino por
obediencia a Caifás y al resto del Consejo.
El oficial romano tuvo que hacer un supremo esfuerzo para calmar su nerviosismo y el de
sus hombres. Si los hebreos eran temerosos de este tipo de manifestaciones, los romanos aún
lo eran mucho más. A fuerza de imperiosos gritos, Longino logró finalmente que sus soldados
ocuparan los puestos de vigilancia asignados por el *optio* antes de la tormenta de arena. A
juzgar por el vocerío que se levantaba más allá de la muralla, la confusión y el miedo entre los
peregrinos y habitantes de Jerusalén tenían que ser extremos. Mientras aquella área
permaneció en la penumbra, muchos curiosos llegaron a asomarse bajo el arco del portalón de
Efraim, intrigados y, supongo, ansiosos por saber si todo «aquello» tenía alguna vinculación con
el prodigioso Maestro de Galilea. Pero ninguno tuvo valor para aproximarse. Mejor dicho, hubo
un grupo que silo hizo...
A los pocos minutos de iniciarse las «tinieblas», por el camino que partía de Jerusalén se
destacó una veintena de personas. Con paso ligero y decidido fue acercándose al filo de la gran
roca. A causa de las sombras no pude distinguir al joven apóstol Juan hasta que se detuvo a
escasos metros de donde me encontraba. Al fin había vuelto. Le acompañaba otro

hombre y
unas 18 mujeres, todas ellas semiocultas por sus ropones. Pero no supe reconocer a ninguno
de los amigos del Zebedeo.
Era sumamente extraño. En realidad, todo lo era desde la aproximación de aquel objeto, que
seguía fijo e imperturbable sobre nuestras cabezas. Precisamente a raíz de su aparición en el
espacio -aunque no me percaté de ello hasta la llegada de Juan y su grupo-, el viento había
cesado. Y con él, todos los sonidos propios y naturales del campo. Al menos, los que
habitualmente venía percibiendo. Incluso, los fugaces trinos de las golondrinas y demás aves y
el zumbido de los insectos y de aquellas nubes de moscas verdes y gruesas como monedas de
un centavo que, antes del paso del «haboob», habían empezado a posarse a decenas sobre la
sangre de los crucificados.
Cuando estaba a punto de descender por el canal, a fin de reunirme con Juan, un súbito
gemido del Galileo me detuvo. El Maestro parecía haber recobrado la conciencia. El centurión y
yo caminamos unos pasos y, efectivamente, comprobamos cómo el crucificado se esforzaba
nuevamente en sostener un acelerado ritmo respiratorio. La forzada caída del diafragma había
hinchado su vientre y su tórax aparecía rígido como el madero del que colgaba. A pesar del
polvo y la tierra que le cubrían -casi como un fatídico adelanto de su sepultura-, los signos de la
cianosis eran cada vez más palpables. Las escasas uñas de sus pies que no se hallaban bañadas
por la sangre habían empezado a tornarse de una típica coloración azulada. Otro tanto ocurría
con las puntas de sus dedos. La tetanización de los miembros inferiores era ya galopante. Los
músculos de los muslos y piernas seguían registrando espasmos, aunque cada vez más
espaciados. Los dedos gruesos de ambos pies habían entrado ya en aducción, desviándose
hacia el plano central del cuerpo del Nazareno.
De pronto, una mano se posó sobre mi hombro izquierdo. Era Juan. Con su coraje habitual
había ascendido hasta lo alto del Calvario. Venía solo. La verdad es que ni siquiera se entretuvo

1 No puedo resistir la tentación de recordar al lector otro suceso que parece guardar una estrecha relación con éste:
el sol que «bailó» en Fátima en 1917. En cuanto al objeto que provocó las »tinieblas» sobre Jerusalén y su entorno, el
computador del módulo estimó que giraba geosincrónicamente sobre la ciudad santa (paralelo estimado para Jerusalén:
5 463 kilómetros). *(N. del m.)*

en contemplar a su Maestro. Sus ojos se hallaban hundidos y el rostro, marcado por las largas
horas de insomnio y sufrimiento. Parecía un viejo...
Con voz temblorosa se dirigió a Longino, suplicándole que, aunque sólo fuera un instante,
permitiera a la madre de Jesús de Nazaret aproximarse a la cruz y dar el último adiós a su hijo
primogénito. Juan acompañó su petición dirigiendo su brazo derecho hacia el reducido número
de mujeres que esperaba a escasa distancia de los saduceos.
A pesar de cuanto llevaba vivido y sufrido en aquella misión, al oír al Zebedeo mis rodillas
temblaron. ¡María estaba allí!
Longino no tuvo valor para negarse. Y autorizó al discípulo a que acompañara a la madre del
Maestro hasta lo alto del patíbulo, con la condición de que el resto siguiera donde estaba y de
que la permanencia al pie de la cruz fuera lo más breve posible.
Juan agradeció el humanitario gesto del centurión y se apresuró a volver junto al grupo.
Intercambió unas palabras con las mujeres y, seguidamente, una de las hebreas comenzó a
subir por entre las rocas, asistida por Juan y el otro hombre.
Conforme se aproximaban, mi pulso se aceleró. A los pocos segundos tuve ante mi a la madre terrenal de aquel gigante...
Los legionarios, algo más tranquilos, habían descendido por el segundo peñasco,
entregándose a la búsqueda de leña seca con la que poder encender una fogata. Ellos,
lógicamente, no podían prever la duración de la oscuridad y Arsenius, prudentemente, ordenó a
los infantes que se hicieran con una buena provisión de combustible. Faltaban cuatro horas
para el ocaso y la custodia de los condenados podía ser larga.
En el instante en que María llegaba al pie de la cruz central, dos de los soldados depositaron
sobre la roca sendos haces de ramas de la llamada retama «de escobas», muy ligera y de
excelente calidad para sus propósitos.
Apoyándose en los antebrazos de Juan y del segundo hombre (que resultó llamarse Jude o
Judas y que, según pude averiguar al día siguiente, era hermano carnal de Jesús), aquella
hebrea de rostro extremadamente pálido se detuvo a un metro del árbol en el que se hallaba
clavado su hijo. No era muy alta. Su cabeza, levantada hacia el Maestro, había quedado poco
más o menos a la altura de las rodillas del Nazareno. Posiblemente mediría entre 1,60 y 1,65
metros. Contaba alrededor de 50 años, aunque su figura frágil, algo encorvada y las arrugas
que nacían de sus hermosos ojos almendrados la hacían más venerable. A pesar de la
oscuridad me llamó la atención su frente alta y despejada, rematando un rostro ovalado en el
que apenas despuntaba una nariz pequeña y recta. Cubría su cabeza con un manto

marrón
claro que no me permitió ver sus cabellos. Sin embargo, á juzgar por el color de sus cejas -
finas y ligeramente arqueadas-, debían ser de un negro azabache. La túnica, de una tonalidad
similar a la del manto, aunque algo más apagada, rozaba casi la superficie del Gólgota.
Nadie dijo nada. Juan rompió a llorar, aferrándose al brazo de la Señora. Longino,
conmovido, se retiró.
Sin embargo, ante mi sorpresa, María no derramó una sola lágrima. Sólo el temblor de sus
largas y encallecidas manos, bajo cuya piel serpenteaba una maraña de venas azules y
pronunciadas, reflejaba su aflicción.
Mis problemas se vieron aliviados cuando el oficial, en otro gesto que decía mucho en su
favor, regresó hasta nosotros, portando una tea recién encendida.
Cuando Longino aproximó la improvisada antorcha al cuerpo del Maestro, con el fin de que
su madre pudiera contemplarle mejor, el Galileo, alertado quizá por el resplandor rojizo del
fuego, despegó la barbilla del pecho, descubriendo a su familia. Su respiración volvió a agitarse
y su ojo derecho se abrió al máximo.
La mujer, al igual que Juan y el hermano de Jesús, no despegaron ya sus miradas del rostro
del crucificado.
La boca del gigante se abrió ligeramente, intentando hablar, pero sus pulmones -disminuidos
en su capacidad vital por las múltiples lesiones de los músculos respiratorios y por la angustiosa
falta de apoyo- se hallaban ante una gravísima insuficiencia ventilatoria restrictiva. (Pocos
minutos más tarde, al ajustar los ultrasonidos a su tórax, Caballo de Troya recibiría información
sobre esa delicada situación, certificando mis sospechas: la capacidad vital de Jesús se hallaba
muy por debajo del 80 por 100 del valor teórico normal, estimado -como se sabe- en 5,50
litros.)

A pesar de ello, el Nazareno, en un titánico esfuerzo, contrajo los músculos abdominales y,
casi al unísono, la agotada musculatura de los antebrazos y hombros comenzó a palpitar,
buscando la energía necesaria para elevar la parte superior del cuerpo esos imprescindibles y
kilométricos 26,5 centímetros. Pero las reservas del Cristo estaban casi agotadas y su voluntad
no fue suficiente. En esos dramáticos momentos sucedió algo casi insignificante, poco menos
que imperceptible para los que se hallaban al pie de la cruz, pero que para mi, como médico,

me heló el corazón. Jesús arqueó el diafragma por segunda vez y tensó de nuevo los músculos
elevadores y extensores, haciéndolos vibrar. Al mismo tiempo, su muñeca izquierda giró apenas
un centímetro sobre el eje del antebrazo. Aquel movimiento del carpo sobre el clavo colaboró
decisivamente en la elevación de los hombros. La cabeza del rabí se clavó en el *patibulum* y su
barba apuntó hacia el cielo, mientras el violento dolor provocado por el mínimo giro de la
muñeca izquierda hacía latir con precipitación las paredes de la vena yugular externa,
marcando las fosas supraclaviculares y los músculos del cuello como jamás he visto en ser
humano. Al instante, de la semicegada herida de la muñeca izquierda surgieron dos reguerillos
de sangre, finísimos y divergentes, que corrieron hacia el codo.
El Maestro -a qué precio- había logrado su propósito. Al elevarse, su boca se abrió al máximo
y una bocanada de aire fresco penetró en sus pulmones, al tiempo que el hundimiento del
vientre dejaba al descubierto la cresta ilíaca de la cadera derecha.
El cuerpo del crucificado volvió a caer y Jesús, bajando el rostro, esbozó una sonrisa extraña.
Aquel rictus me alarmó: no se trataba en realidad de una sonrisa, sino de otro síntoma de la
tetanización que le acosaba y que en Medicina se conoce por «sonrisa sardónica»: labios
apretados, con las comisuras hacia afuera y hacia abajo.
María, al contemplar el desesperado esfuerzo de su hijo, bajó la cara y sus piernas
flaquearon. Pero Juan y Judas la sostuvieron. Sus labios, apenas sombreados por la luz de la
antorcha, empezaron a aletear y las profundas ojeras que corrían por encima de sus altos y
afilados pómulos se confundieron con la oscura e insondable amargura de unos ojos que, a
pesar de todo, conservaban una singular belleza.
-¡Mujer...!
La renqueante voz del Maestro hizo que María y todos los demás levantaran el rostro. Y el
semblante de aquella hebrea se iluminó.
-¡Mujer -repitió Jesús-, he aquí a tu hijo!
Juan se secó las lágrimas con la palma de su mano derecha, mirando a su Maestro sin
acertar a comprender.
Después, desviando el rostro hacia el apóstol exclamó, casi sin fuerzas:
-¡Hijo mío..., he aquí a tu madre!
La menguada inhalación del crucificado estaba casi agotada. Su respiración entró en déficit y
apurando sus últimas posibilidades, ordenó entre jadeos:
-Deseo..., que abandonéis este... lugar.
Su abdomen había vuelto a deformarse y su cabeza, al igual que los músculos de los brazos
y hombros, se desplomaron.
Los hombres hicieron intención de dar media vuelta y retirarse, pero María, siempre en

silencio, avanzó un paso hacia el crucificado. Se inclinó muy lentamente y besó la rodilla
derecha de Jesús. Después, ocultando su rostro entre las manos, abandonó el peñasco, prácticamente sostenida por Juan y su hijo.
Creo que, tanto el centurión como yo quedamos impresionados por la entereza de aquella
mujer. Una hebrea a la que tendría oportunidad de volver a ver y de cuya conversación obtendría una magnífica y sensacional información.
La pequeña, casi insignificante, sombra de María, la madre del Maestro, no tardó en
difuminarse en la penumbra. Juan y Jude la acompañaron en su camino de regreso a Jerusalén.
Pero el resto de las mujeres continuó a corta distancia, pendiente del agonizante crucificado.
Allí estaban, entre otras seguidoras y creyentes, Ruth, también hermana carnal del Nazareno;
Salomé, la madre de Juan; Mirián, esposa de Cleopás y hermana de la madre de Jesús; Rebeca
y María, la de Magdala, más conocida hoy por «Magdalena».
Hacia las 14.25, el *optio* autorizó al que hacía las veces de intendente a que repartiera la
cena entre los hombres de la patrulla: cerdo salado, queso, pan y una ración de agua con
vinagre, conocido por el nombre de «posca». Todos los soldados, a excepción de los que
montaban guardia, se reunieron en torno a la hoguera, dando buena cuenta de las viandas.

Durante aquellos breves momentos de distensión pregunté al oficial por qué los legionarios
habían apilado sendos montones de ramas en la base de cada una de las cruces. Longino,
invitándome a degustar aquel vino fermentado, me explicó que consistía en una simple medida
de gracia. En caso necesario, si así se ordenaba o si la agonía de los reos se prolongaba en
demasía, deberían prender fuego a la leña. El humo remataba a los crucificados, asfixiándoles
en cuestión de minutos.
Algunos de los infantes, tratando de apaciguar el miedo que, sin duda, aún les atormentaba,
empezaron a gastar bromas a cuenta de los prisioneros. Uno de ellos, más osado que el resto,
se volvió hacia Jesús, brindando con su jarra de latón:
-¡Salud y suerte al rey de los judíos!
La ocurrencia contagió al resto, que también levantó su «posca» hacia la cruz del Galileo.
Jesús, interrumpiendo su jadeante respiración, exclamó:
-¡Tengo sed!
El *optio* consultó al centurión y éste le autorizó a que acercara al Galileo el tapón que
cerraba la cántara con el agua avinagrada. Arsenius tomó el cierre y después de clavarlo en la

punta de una de las azagayas de la escolta llegó al pie del madero, levantando la lanza de
forma que el tapón, previamente empapado en la «posca», tocara los polvorientos labios del
Maestro. Naturalmente, no desperdicié aquella ocasión. Jesús abrió la boca, mordiendo
ansiosamente el corcho. El líquido limpió la tierra pero, al penetrar en las grietas, el ácido hirió
nuevamente la carne del Nazareno, que retiró en seguida la cabeza. Arsenius bajó el *pilum* y, al
observar que el prisionero no hacía intención de repetir el humedecimiento de su boca, se
retiró.
Los labios del rabí acusaban con sus temblores un incremento de la crisis febril. Tomé
entonces una antorcha y, al aproximaría al rostro de Jesús, descubrí cómo la tetanización había
empezado a reducir el brillo del esmalte dentario, aumentando en cambio la opacificación del
cristalino. Su ojo izquierdo seguía cerrado por los hematomas. (La insuficiencia paratiroidea,
provocada por la tetanización, debía ser ya alarmante, con un acusado descenso de la
concentración de calcio en sangre.)
No había tiempo que perder. Me alejé unos pasos, hasta llegar al filo sur del promontorio y,
de espaldas a los legionarios, ajusté las «crótalos » a mis ojos. Segundos antes, cuando extraía
las lentes de contacto de la bolsa de hule, vi cómo Juan y su compañero regresaban de la
ciudad, uniéndose a las mujeres.
Advertí a Eliseo del inminente chequeo, anunciándole que, si no me equivocaba, Jesús de
Nazaret estaba entrando en pleno proceso pre-agónico y que, a fin de sincronizar la exploración
médica con el tiempo real, ajustara los cronómetros del módulo con la activación del circuito
ultrasónico, recordándome la hora cada cinco minutos.
Retrocedí de nuevo, plantándome a tres metros de la cruz central y activé las ondas
ultrasónicas.
Eran las 14.30 horas...
Mi primera preocupación fue averiguar la pérdida general de sangre. Las constantes
hemorragias -en especial después del enclavamiento- me hacían sospechar un grave descenso
de la volemia. Las ondas de 3,5 MHZ buscaron las principales arterias y el «efecto Doppler» en
las cavas y aorta confirmaron mis temores: en aquellos momentos, el volumen total de sangre
fue estimado en un 47 por 100. Jesús, por tanto, a las 14.30 horas había experimentado una
pérdida de 2,82 litros. (Estos datos, y otros más complejos que he preferido ahorrar en mi
diario, fueron obtenidos, como ya apunté en su momento, después de la culminación de aquella
primera parte del «gran viaje».)
El Nazareno, por tanto, había perdido casi la mitad de su volemia. Si seguía

desangrándose y
sin posibilidad de reponer, al menos, parte del plasma perdido -hecho éste francamente difícil-,
la anemia galopante terminaría por provocar un desfallecimiento del que no podría recuperarse.
En aquellos momentos, suponiendo que esto hubiera sido posible, el cuerpo del Maestro debería
haber sido colocado en posición horizontal.
-14.35 horas...
El inmediato «rastreo» del bazo sólo vino a ratificar el prácticamente mermado circuito generador de glóbulos rojos o eritrocitos. Al descender éstos a la alarmante cifra de 2 700 000
por milímetro cúbico de sangre, el bazo había ido liberando sus reservas, pero pronto quedó

agotado. En cuanto a la aceleración de la entropoyesis en la médula ósea y la estimulación de
la síntesis proteica, hacía tiempo que habían quedado «bajo mínimos».
Estas pérdidas en el torrente sanguíneo y la no ingestión de líquidos compensadores desde
que fuera izado sobre el madero vertical estaban originando una sed aplastante -quizá uno de
los peores sufrimientos- y, consecuentemente, un desmesurado y casi sostenido gasto cardíaco.
La rudimentaria ventilación pulmonar, cada vez más degradada, había hecho saltar todas las
«alarmas» y el corazón, en un esfuerzo supremo, luchaba por bombear sangre a las musculaturas de hombros, brazos e intercostales. Estos últimos, sobre todo, se habían hecho
cargo prácticamente del 90 y, a veces, del 100 por 100 de la responsabilidad respiratoria.
El músculo cardiaco, en definitiva, que en una persona normal trabaja a razón de 60 a 70
pulsaciones por minuto, golpeaba la caja torácica de Jesús a un promedio de 120-130 latidos,
agobiado ante la dramática solicitud de oxigeno y de fuerza por parte de las áreas nobles del
organismo: cerebro, riñones y, en estas circunstancias, de la musculatura que peleaba por la
entrada de aire en los pulmones. El instinto de supervivencia estaba imprimiendo al corazón un
gasto que Caballo de Troya estimó entre 30 y 40 litros por minuto. Sin embargo, conforme iba
corriendo el tiempo, las formidables palpitaciones del Nazareno fueron oscilando, con sensibles
descensos, consecuencia de la menor actividad del bulbo raquídeo, que empezaba también a
flaquear, enviando muchos menos impulsos nerviosos al corazón. Esto, en suma, provocaría un
circulo vicioso de carácter irreversible.
-14.40 horas...

El Maestro, con las costillas tensas como ballestas y las arterias pulsando sin descanso, despegó la barbilla del tórax. Su ojo derecho empezaba a apuntar un ligero estrabismo o
desviación divergente. Frunció las cejas y con un gemido suplicante exclamó:
-¡Tengo sed!
Longino repitió la maniobra pero, en esta ocasión, los apergaminados labios apenas rozaron
el cierre esponjoso de la cántara. El centurión hizo oscilar la antorcha a la altura de la cara del
Galileo, con lentos movimientos de derecha a izquierda. Pero la pupila, muy dilatada, no llegó a
moverse. ¡Jesús había empezado a perder visión! La mirada vidriosa me hizo pensar en la
posible formación de un edema papilar o hinchazón del nervio óptico en el fondo de aquel ojo,
seguramente como consecuencia de la hipertensión intracraneal o por el menor flujo sanguíneo
en aquella región de la cabeza.
El oficial examinó detenidamente el rostro del rabí. Su nariz, a pesar del hematoma y la
posible desviación o fractura de los huesos propios, había empezado a adquirir un sombreado
afilado (signo inequívoco de la fase premortal). También sus cuencas orbitales se hallaban más
acusadas, registrándose un hundimiento de la bolsa adiposa del pómulo derecho. El izquierdo
se hallaba tan tumefacto y ensangrentado que resultaba imposible distinguir señal alguna.
Este -comentó Longino- está listo.
Y retornó junto a sus hombres, moviendo la cabeza con un cierto desaliento.
Me situé en cuclillas y dirigí el finísimo láser rojizo por debajo del último segmento del
esternón o apéndice xifoides, procurando evitar así el choque de los ultrasonidos con las
costillas falsas y flotantes. Al encontrar la masa esponjosa y elástica de los pulmones, la
catástrofe respiratoria apareció en todo su dramatismo. El pulmón izquierdo se hallaba casi
colapsado, a causa de un derrame pleural. Los latigazos y sucesivos golpes y patadas en los
costados -y concretamente en el izquierdo- habían originado, sin duda, la acumulación de
líquido en la parte inferior del «saco» pleural que envuelve al pulmón.
Al medir los más importantes parámetros de la respiración[1] de Jesús de Nazaret, la
computadora encargada de las valoraciones y registros -una Dataspir, sistema «on line, EDV
70»- estimó que, en aquellos momentos (14.40 horas), tal y como suponía, la capacidad vital
del Galileo se hallaba en fase crítica: con un déficit superior al 70 por 100.
Esta disminución generalizada de las funciones respiratorias había ocasionado igualmente un
descenso en el volumen residual de aire, estimado en condiciones normales en 1,67 litros. En

[1] Utilizando el llamado «Sistema 1», basado en tablas francesas elaboradas en Nancy, fueron desarrollados

alrededor de 40 parámetros. Por ejemplo, la «VC» o capacidad vital; «VT« o volumen corriente; «RV« o volumen
residual; «TLC» o capacidad pulmonar total; «MV» o volumen minuto; transferencia o difusión pulmonar del oxígeno;
«RAW» o resistencia de vías aéreas; distensibilidad pulmonar y torácica, y «PST» o presión de retracción elásticopulmonar.
(N. del m.)

definitiva, las mermas en la capacidad vital, volumen residual y «TLC» o capacidad pulmonar
total habían provocado en Jesús la formación del llamado «pulmón pequeño». Por descontado,
el incremento de la frecuencia respiratoria -por encima, incluso, de las 40 respiraciones por
minuto- sólo permitía una pobre aireación de los llamados «espacios muertos»: boca, tráquea,
etc., resultando muy poco efectiva a la hora de transportar oxígeno a los alvéolos pulmonares.
Y, consecuentemente, la hipoventilación que se derivaba de la existencia del «pulmón
pequeño» arrastró de inmediato el incremento del $C0_2$ o anhídrido carbónico, que contribuyó a
un progresivo envenenamiento e intoxicación del rabí. Esta alta dosificación de $C0_2$ no tardaría
en deprimir el sistema nervioso central. Caballo de Troya estimó que el aumento de anhídrido
carbónico había alcanzado valores superiores a los 50-60 mmg de presión a los 30 minutos de
haber sido colgado en la cruz. El aumento del $PaCO_2$ opresión arterial del anhídrido carbónico
tuvo, sin embargo, una repercusión que podríamos calificar como «relativamente beneficiosa»
para el Nazareno: al multiplicarse la presencia de este tóxico, el organismo de Jesús entró en
una fase de adormecimiento que, sin duda, hizo más «llevadero» el tormento.
-14.45 horas...
La baja saturación de oxígeno en hemoglobina estimuló una vez más el instinto de
supervivencia del Maestro. E izándose de nuevo sobre los clavos de las muñecas aspiró la que
sería su penúltima bocanada de aire. A partir de esos instantes, presa de una taquicardia
mucho más agresiva, el Galileo -consciente de sus escasos minutos de vida- comenzó a recitar
lo que me parecieron pasajes de las Sagradas Escrituras. El centurión y varios legionarios se
aproximaron, intrigados. Pero su lenguaje era casi ininteligible. Las fuerzas se le escapaban a
borbollones y sólo de vez en cuando sus palabras llegaban con un mínimo de nitidez a mis
oídos. Al retener algunas de aquella frases caí en la cuenta de que el Maestro no trataba de
decirnos nada. Simplemente, ¡estaba rezando!
Así pude escuchar, por ejemplo: «Sé que el Señor salvará su unción...» o «Tu mano

descubrirá a todos mis enemigos» y, sobre todo, la impresionante y polémica «¡Dios mío, Dios
mío!, ¿por qué me has abandonado?»
Al retornar al módulo consulté el libro de los Salmos y, efectivamente, comprobé cómo el
Maestro había estado recitando algunos de los pasajes de este texto sagrado. Entre los que yo
acerté a identificar se hallaban párrafos de los salmos XX, XXI, y XXII. Este último (salmo 22,2)
dice exactamente: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado? Lejos están de la
salvación mis rugidos.»
No pude por menos que sonreír. Los teólogos, exegetas y moralistas de todas las Iglesias
han escrito durante siglos ríos de tinta, tratando de interpretar y acomodar estas últimas
palabras de Jesús.
Para algunos, sobre todo para los Padres latinos, este supuesto lamento del Nazareno era
sólo una expresión metafórica: «Jesús -dicen- habla en nombre de la Humanidad pecadora y en
su persona, los pecadores son abandonados de Dios.» Así pensaban, por ejemplo, Orígenes,
Atanasio, Gregorio Nazianzeno, Cirilo de Alejandría y Agustín, entre otros.
Una segunda hipótesis -defendida por Eusebio y Epifanio- llegó a proponer lo siguiente: «La
naturaleza de Jesús habla a su naturaleza divina, quejándose al Verbo de que vaya a
abandonar a la naturaleza humana en el sepulcro por algún tiempo.»
Por último, una tercera teoría apunta hacia el hecho de que el Cristo llegó a sentirse
verdaderamente abandonado por el Padre. Así dicen, al menos, hombres tan prestigiosos como
Tertuliano, Teodoreto, Ambrosio, Jerónimo, santo Tomás y un sinfín de teólogos modernos.
En mi opinión, el Maestro, angustiado por la sombra de la muerte, se refugió en algo que
resulta común a muchos humanos cuando se ven en un trance semejante: la oración.
-14.50 horas...
El fulminante ascenso de la acidosis fue otro anuncio del inminente final del Nazareno. Al
revisar el torrente sanguíneo observamos un alarmante descenso del pH. De 7,20-7,30 en el
momento de la crucifixión había bajado a 7,15. El riñón aún seguía fabricando angiotensina,
luchando por subir la tensión, pero todo era poco menos que inútil. En realidad aquellas últimas
respiraciones de Jesús de Nazaret, cada vez más breves y aceleradas, estaban sostenidas ya
por la hipoxia o baja carga de oxígeno en la hemoglobina de la sangre. Pero este último y sabio
estímulo de la naturaleza humana tenía los minutos contados.

La cianosis dominaba ya todas las mucosas y partes «acras»: puntas de los dedos de las manos y de los pies, lengua, labios e, incluso, algunas áreas de la piel.

De pronto, el ritmo galopante del corazón se encrespó aún más, pulsando a razón de 169 latidos por minuto. El Cristo, con los dedos agarrotados, había iniciado la que sería su última elevación muscular. La muñeca izquierda giró por segunda vez pero, en esta oportunidad, el golpe de sangre fue mucho más viscoso y amoratado. A pesar de ello, los regueros escaparon por el antebrazo, goteando hasta la roca del Calvario cuando toparon con el codo. El cuello se hinchó y los músculos intercostales experimentaron nuevos espasmos, mientras el rostro ganaba altura, milímetro a milímetro. Con el ojo y la boca muy abiertos, el Maestro parecía querer atrapar la vida, que ya se le iba...

La caja torácica, a punto de estallar, inhaló el aire suficiente para que Jesús de Nazaret, con una potencia que hizo volver la cabeza a todos los legionarios, exclamase:

-¡He terminado! ¡Padre, pongo en tus manos mi espíritu!

Al instante, su cuerpo se desplomó, haciendo crujir todas las articulaciones.

La voz de Eliseo me anunció las 14.55 horas...

Al escuchar la retumbante frase del reo, el oficial se precipitó hacia el pie de la *stipe.* Y antes de que me olvide de ello, deseo precisar que, tal y como señala Juan en su Evangelio (único testigo de entre los cuatro escritores sagrados), no hubo grito, en el sentido literal de la palabra. Su voz se propagó estentórea, eso sí, y quizá por ello, con el paso de los años, las mujeres y el propio centurión pudieron confundir esta postrera manifestación del Maestro con un grito. Tal y como dice San Juan, Jesús no profirió semejante grito. Dicho esto, prosigamos.

Longino acercó de nuevo la tea al rostro del Nazareno. Tenía el ojo abierto y la pupila dilatada.

En la revisión de las filmaciones se pudo precisar cómo minutos antes de esta última pérdida de conciencia, la córnea del ojo se había vuelto opaca. Fue una lástima ¡que el ojo derecho se hallara cerrado. Muy probablemente, los analistas de Caballo de Troya habrían detectado el llamado signo de Larcher[1].

Externamente había cesado toda evidencia respiratoria. El Maestro, con la barbilla hundida sobre el esternón, permanecía con la boca entreabierta.

Me apresuré a dirigir los ultrasonidos sobre la región cardíaca. Caballo de Troya estimó que, a partir de las 14.54 horas -cuando el tableteo del corazón llevaba unos tres minutos, aproximadamente, con una frecuencia vertiginosa (que alcanzó su pico máximo en las ya

mencionadas 169 pulsaciones-minuto)-, el pulso bajó en picado. El nódulo senoauricular (que late normalmente a razón de 72 veces por minuto) se colocó muy por debajo de los 60 impulsos y, en cuestión de segundos, todo el miocardio entró en una fibrilación ventricular. A los 30 segundos de arritmia, el Maestro cayó fulminado, aunque la parada cardíaca final no se produjo hasta dos minutos y medio después. Según estas apreciaciones, el fallecimiento de Jesús de Nazaret pudo ocurrir a las 14.57 horas y 30 segundos, aproximadamente, del viernes, 7 de abril del año 30.

A pesar del gasto cardíaco, el riego sanguíneo que llegaba al cerebro fue insuficiente, provocando, entre otros efectos, el referido desmayo o pérdida de conciencia del que no habría retorno.

-Ha muerto...

El centurión pronunció aquellas dos palabras con una cierta piedad. Como si la desaparición de aquel ajusticiado hubiera representado algo para él... En realidad, como he dicho, la muerte clínica del Nazareno no se produciría hasta pocos segundos más tarde. Pero esto no podía saberlo Longino.

El Maestro no tardaría en entrar en la muerte biológica. Suspendido por los clavos de las muñecas, su vientre aparecía muy hinchado. El tórax había quedado hundido y los músculos pectorales -que no habían cesado de oscilar y convulsionarse- yacían rígidos, desmayados.

Entre las ramas y púas del casco se apreciaba ya, cada vez más marcado, un círculo violado alrededor de la deformada nariz. Las sienes, semiocultas por los cabellos, se hallaban hundidas y la oreja derecha, algo visible, se había retraído. La piel situada inmediatamente por encima de la barba se arrugó y el globo ocular se fue oscureciendo, como silo cubriera una especie de

1 Esta «señal», que suele preceder a la muerte, bien conocida de los médicos, presenta generalmente en el ojo derecho una opacidad de la esclerótica algo más pálida que en la del izquierdo. Casi siempre se registra esta «mancha ocular» con cierta antelación en un ojo que en el otro. *(N. del m.)*

tela viscosa. Por las heridas de los clavos -especialmente en la del pie derecho- seguía manando sangre, aunque la coloración era ya mucho más rosada. (La volemia en el instante del fallecimiento había rebasado la barrera del 50 por 100. Es decir, el Cristo había derramado más de la mitad de su volumen sanguíneo.)

Justo en aquellos momentos se registró la relajación de sus esfínteres, que añadieron al ya

tétrico aspecto de Jesús el fétido olor de unos excrementos casi líquidos y amarillentos que se
deslizaron por las caras interiores de sus piernas.
Dudé a la hora de utilizar el circuito «tele-termográfico». Sin embargo, a pesar de mi aturdimiento, cumplí lo establecido por el proyecto. De aquel último y rápido examen pudo
deducirse, por ejemplo, que la acumulación de sangre en las extremidades inferiores -a pesar
de la ruptura de una de las arterias del pie derecho- había sido considerable. A los pocos
segundos de la muerte, la temperatura de dichas extremidades inferiores como consecuencia
de la sobrecarga sanguínea era de un grado centígrado por encima de lo normal.
Al chequear los tejidos superficiales se comprobó también que el agudo y decisivo proceso
de tetanización había inutilizado las piernas y muslos del Nazareno a los 12 minutos de su
elevación y enclavamiento en el árbol. Esto confirmaba mis impresiones sobre los titánicos
esfuerzos que tuvo que desarrollar el rabí de Galilea cada vez que luchaba por una bocanada de
aire. Al fallar los hipotéticos puntos de apoyo de los clavos de los pies, como dije, fue la
musculatura superior (hombros, antebrazos y músculos intercostales) los que corrieron con el
gasto energético. Pero estas fibras se verían bloqueadas también por la tetanización pocos
minutos después: a los 18, los deltoides, vastos externos de los brazos y supinadores, palmares
mayores, cubitales y ancóneos de los antebrazos. A los 20 minutos, aproximadamente, quedaron diezmados los grandes pectorales y la potente red muscular de la zona superior de la
espalda: los trapecios. Esta casi «congelación» de la formidable musculatura del Galileo
precipitó su muerte, bajo el signo principal y horrible de la asfixia. Entre la pléyade de déficits
circulatorios, ventilatorios, renales y del sistema nervioso central que confluyeron y le empujaron hacia el fin, Caballo de Troya consideró siempre que la raíz y causa básica del óbito
(si es que a esta muerte se le puede dar el calificativo de «natural>)) del Maestro fue la asfixia.
Hacia las 14.55 horas, el cerebro de Jesús ingresó en el coma «Depasé», con las trágicas
consecuencias que ello significa...
Las áreas de las perforaciones de los carpos y pies arrojaron un color azul intenso, señal
evidente del importante proceso inflamatorio que habían padecido y, consecuentemente, de
una mayor temperatura.
Para cuando situé el láser en el ojo de Jesús, la dilatación de la pupila ofreció únicamente
una mancha oscura, signo claro de una pérdida de visión. La temperatura de las estrechas

zonas periféricas de la córnea, sin embargo, aún conservaban calor y fue posible registrar unos
breves «anillos» azules. El cristalino, en definitiva, aparecía opacificado, y el iris asimétrico.
En realidad, poco más se podía hacer. El general Curtiss luchó para que los técnicos perfeccionasen el sistema de «resonancia magnética nuclear», que nos hubiera permitido
rastrear los movimientos atómicos de algunas zonas claves del cerebro del Nazareno, pero los
trabajos no llegaron a tiempo.
Tristemente, aquel Hombre, a quien yo había empezado a admirar y querer, había muerto. A
pesar de todo mi entrenamiento, al despojarme de las «crótalos», me dejé caer sobre la dura
superficie del Gólgota. La melancolía fue germinando en lo más intrincado de mi alma y sentí
cómo parte de mí mismo se iba con aquel ser. Una melancolía sin horizontes que, lo sé, no se
desprenderá de mi angustiado corazón hasta que la muerte cierre definitivamente mi pobre
existencia. Mientras, como aquel día junto a las cruces, sigo llorando.
Ni Eliseo ni nadie del proyecto lo supo jamás. A partir de aquel fatídico momento de la muerte de Jesús, algo se hundió en lo más profundo de mi ser. Mis últimas horas en Palestina
no tuvieron casi sentido. Cumplí con lo programado por Caballo de Troya, pero casi como un
autómata. Y lo peor es que jamás pude rehacerme...
A las 14 horas, 57 minutos y 30 segundos -justamente cuando el corazón del Nazareno se
detuvo para siempre-, ocurrió lo inesperado. Con una sincronización que aún me aterra, y que
sólo puede tener una explicación, aquella «luna» gigantesca comenzó a moverse. Y con la
misma lentitud con que había cubierto el sol, así fue desplazándose hacia el Este, devolviéndonos la transparente luminosidad de aquel viernes.

Mi compañero en el módulo se apresuró a confirmar lo que yo estaba viendo. Poco a poco,
sin prisas, como dejándose ver, el objeto se dirigió hacia Levante, desapareciendo por detrás
del monte de las Aceitunas.
Aquel singular «amanecer» fue acogido por los legionarios y por el escaso grupo de mujeres
y saduceos que seguían junto al peñasco con vivas muestras de alegría y asombro. Otro tanto
ocurrió en la ciudad. Sus habitantes estimaron esta «liberación» del sol como un signo de buen
augurio.
Fue entonces, mientras el gigantesco disco rompía su estacionario, alejándose, cuando el
centurión, volviéndose hacia la cruz en la que colgaba el Maestro, golpeó la coraza que

protegía
su tórax con el puño derecho y, sosteniendo esta actitud de saludo, sentenció:
-¡Ciertamente era un hombre integro...! Realmente ha debido ser el Hijo de Dios...
Los soldados, inquietos, pidieron instrucciones al *optio* y al oficial. Pero ni Arsenius ni
Longino supieron qué hacer. Sencillamente, como medida de seguridad, doblaron la guardia.
Algo intuían aquellos hombres cuando actuaron así. Y no se equivocaban...
Al desaparecer la penumbra, la luz del sol iluminó a los crucificados, desvelando todo el
horror de aquellos cuerpos desangrados, grotescamente convulsionados y cubiertos de arena.
Los «zelotas» continuaban inconscientes y así siguieron -afortunadamente para ellos- hasta que
llegaron aquellos tres nuevos legionarios...
La piel del Galileo, a pesar de la gruesa película de polvo que se había adherido a sus
desgarros, cabellos, coágulos y manchas de sangre, pronto empezarla a resaltar con la típica
tonalidad marmórea de los cadáveres. El olor de las heces hacía insoportable la estancia junto a
la cruz y los infantes que no montaban guardia se retiraron hasta el filo del patíbulo. La
situación se hizo algo más llevadera cuando, nada más «salir» el sol, el viento volvió a soplar
desde el Este, aunque. mucho más debilitado que en las horas precedentes. Es ahora, con la
perspectiva del tiempo, cuando me he hecho una pregunta que entonces no llegué a intuir
siquiera: ¿Tuvo algo que ver la presencia de aquel formidable objeto con la extraña quietud que
sobrevino al mismo tiempo que las «tinieblas» y con el posterior recrudecimiento del viento? El
científico no tiene respuesta pero el hombre intuitivo que también llevo dentro me dice que sí...
Noté una lógica alarma entre las mujeres y en Juan y el hermano de Jesús. La absoluta
inmovilidad de su Maestro empezaba a extrañarles. Mi estado de ánimo era tan menguado que
me volví de espaldas, no deseando tropezar con la mirada del joven Zebedeo. Entonces, hacia
el Oeste, percibí una curiosa agitación entre las bandadas de pájaros que anidaban
generalmente en los muros de la ciudad. A pesar del viento, habían remontado el vuelo,
dispersándose en total desorden. Me encogí de hombros. Sin embargo, casi a la par, una
confusa algarabía me hizo volver la cabeza hacia la muralla. Lo que vi me dejó perplejo. Por la
puerta de Efraím había empezado a salir un tropel de perros, ladrando lastimeramente. Yo
sabía que había canes en Jerusalén, pero nunca creí que fueran tantos. Parecían nerviosos, muy
excitados y, sobre todo, atemorizados. Como si algo o alguien les hubiera puesto en fuga
repentinamente. Pero ¿quién?
Longino y yo nos miramos sin comprender e igualmente alarmados. ¿Qué estaba

ocurriendo
en Jerusalén?
Los chuchos cruzaron a la carrera por delante del peñasco, en dirección a los campos del
norte y noroeste. Algunos, jadeantes y husmeando el terreno sin cesar, treparon a lo alto del
Gólgota, pero fueron rápidamente expulsados por los legionarios.
A los pocos segundos, una comunicación desde la «cuna» me estremecía, explicando en
parte el anómalo comportamiento de aquellos animales: los sensores de a bordo habían
empezado a detectar una serie de gases, con alto contenido de azufre, así como un ligero
incremento de la temperatura a nivel del suelo.
Eliseo no estaba seguro pero era posible que se avecinara un movimiento sísmico. Aquella
hipótesis sí podía aclarar en parte la inquietud de las aves y perros. (Los animales, y también el
hombre, aunque en una proporción menor, tienen capacidad para inhalar los gases que frecuentemente preceden al estallido de un terremoto. Al registrarse las primeras
perturbaciones en el interior de la Tierra, los gases son expulsados a través de, las estrechas
fisuras del suelo y los animales pueden inhalarlos. Estos segregan al instante en sus cerebros
un volumen de serotoninas muy superior al normal y las citadas hormonas disparan los mecanismos de excitabilidad del individuo. En el caso de los perros, habían salido huyendo,
retirándose de las peligrosas áreas de edificios de Jerusalén.)

Sin embargo, los dos sismógrafos «Teledyne» y «Geotech», instalados por Caballo de Troya
para medir y valorar el terremoto a que hace alusión el evangelista Mateo en su texto sagrado
(27,51) -y del que yo, sinceramente, me había olvidado por completo- no registraban señal
alguna. Ambos, especialmente diseñados por los especialistas del Centro Nacional de Terremotos y Meteorología de Tokio –y en los que colaboró decisivamente el profesor Nagamune, jefe de Información de Pronósticos de Terremoto-, fueron ubicados por los expertos
en dos de los soportes o « trenes» de aterrizaje de la «cuna». En el delicado proceso de
miniaturización y adaptación a nuestra nave, uno de los aparatos fue convertido en sismógrafo
«horizontal», y el segundo en «vertical». Los pesados péndulos fueron sustituidos por sendos
haces de luz láser, capaces de registrar las ondas de sismos profundos (hasta 720 kilómetros)
y, naturalmente, las procedentes de movimientos intermedios o someros, con una profundidad
límite de 7 kilómetros bajo la superficie. En el «horizontal» -especialmente programado para los

movimientos de vaivén o de «rodillo» del terreno-, el espejo tradicional que sirve como registro
fotográfico había sido eliminado. Los impulsos del láser quedaban codificados al instante sobre
un papel especial, pudiendo ampliar las vibraciones por encima de las 100000 veces. En cuanto
al de «péndulo-láser» de conformación vertical, preparado para los movimientos de
comprensión, se hallaba en contacto con un papel térmico y un registro tradicional de cinta
magnética.
Fue poco después -a las 15.01 horas- cuando sentimos aquella primera sacudida. Recuerdo
un pequeño detalle que, en las primeras décimas de segundo, contribuyó aún más a duplicar mi
confusión. Uno de los legionarios, por orden del *optio,* había tomado entre sus manos la vasija
encerrada en la malla de cuerdas y se disponía a arrojar parte del agua de la misma sobre las
llamas de la hoguera. Y así lo hizo. Pero, en el instante en que vertía el líquido sobre la fogata,
el primer «tirón» del terreno le desequilibró y el chorro de agua fue a estrellarse sobre el rostro
de otro compañero, que permanecía sentado muy cerca del fuego.
El legionario cayó sobre la roca y también la cántara, que se quebró en pedazos.
Aquella oscilación del suelo produjo la fulminante incorporación de los soldados que se
hallaban sentados, quienes, aturdidos, no tuvieron tiempo ni de mirarse unos a otros. Aunque
en las comprobaciones posteriores se estimó que la primera onda sísmica apenas si tuvo una
duración de 16 segundos, el desplazamiento horizontal de los estratos -en forma de vaivén-,
llevaba una potencia suficiente como para derribar a varios de los infantes. En mi caso, lo que
más me consternó en aquellos segundos iniciales fue el agobiante mareo que empecé a
experimentar. Parecía como si una fuerza invisible estuviera agitando mi cerebro...
Al notar la sacudida, las mujeres rompieron a chillar, víctimas del mismo pánico que nos
inundaba a todos.
Pero, súbitamente, de la misma forma que había llegado, así desapareció aquel movimiento.
Longino y el suboficial, pálidos como la piel de Jesús, esperaron unos segundos. Sus miradas
estaban fijas en los extremos superiores de las cruces. Pero las *stipes,* al cesar el temblor,
habían quedado tan inmóviles como antes del sismo. Y el oficial, con muy buen criterio, se
dirigió a sus hombres, gritándoles:
-¡Abajo...! ¡Vamos, todos abajo...!
La patrulla, incluidos los centinelas, obedeció al momento, precipitándose por el canalillo de
acceso al Gólgota. En la atropellada huida del patíbulo, algunos de los soldados olvidaron sus

escudos y cascos. Cuando el oficial estaba a punto de descender hacia el camino, se detuvo, y,
girando sobre sus talones, regresó hasta la hoguera, apagándola a base de pisotones. En ese
momento, mi corazón se astilló por el miedo: un bramido sordo y lejano comenzó a levantarse
por el Este. Casi simultáneamente se dejó sentir la segunda y más vigorosa sacudida. Todo el
peñasco tembló y osciló -no estoy muy seguro de si sólo fue uno de estos movimientos o los
dos a un mismo tiempo- y me sentí violentamente desplazado, cayendo sobre la vibrante
superficie del Calvario. (Es curioso pero, al ver y sentir aquellas vibraciones de la roca, me vino
a la memoria la escena de los espasmos de la carne de vaca recién sacrificada...)
Desde el suelo, impotente para levantarme, distinguí cómo el centurión había caído también
y cómo las cruces acusaban aquella segunda réplica con una especie de traqueteo rapidísimo
que hizo estremecer los cuerpos de los judíos. Una de las *stipes* situada por detrás de los
crucificados -la que se hallaba ligeramente inclinada- se bamboleó como un junco agitado por el
viento, desplomándose.

El pánico y el sofocante mareo fueron tales que -a pesar de necesitarlo- no supe o no pude
gritar ni pronunciar palabra alguna. Tumbado boca abajo y aferrado a las irregularidades de la
roca, sólo fui capaz de formular un pensamiento: ¡sobrevivir! Las sucesivas convulsiones del
terreno me golpeaban sin cesar, llegando, incluso, a levantarme en vilo a varios centímetros del
suelo.
Hoy, después de la amarga experiencia, recuerdo muy bien cómo las piedras sueltas del
peñasco saltaban como pelotas de goma, se desplazaban horizontalmente como proyectiles y
chocaban violentamente contra las bases de las cruces y contra mi cuerpo y el del oficial.
Sumergido en un pavor incontrolable e irracional, aquellos segundos no tuvieron tiempo ni
medida. Fueron, sencillamente, eternos. El trueno que parecía nacer de cada centímetro
cuadrado del suelo y la violenta agitación de la Naturaleza tuvieron, sin embargo, una duración
relativamente corta: 47 segundos, según el instrumental del módulo. A mí, aquellos 47
segundos se me antojaron siglos...
Al cabo de ese tiempo, todo volvió a serenarse. Y un silencio de muerte cayó sobre la peña y
sus alrededores.

Cuando acerté a levantarme tuve que apoyarme en la «vara de Moisés». Ahora era el estómago el que me daba vueltas, con una angustiosa necesidad de arrojar. Un sudor frío llenó mi cuerpo casi simultáneamente. Hoy sé que buena parte de ese malestar era consecuencia del miedo...

Longino permaneció unos instantes de rodillas, con la vista fija en el suelo de la roca, como esperando una tercera sacudida. Pero el sismo no se repetiría.

Al observar cómo el nuevo temblor no terminaba de llegar, el oficial se incorporó, haciéndome un gesto con el brazo para que le siguiera. Creo que jamás he obedecido tan ciegamente a una persona. A los pocos segundos, el centurión y yo, más que correr, volábamos por el callejón del Calvario, saliendo a campo abierto y uniéndonos al pelotón. La casi totalidad de las mujeres se hallaba caída en tierra, gimiendo y profiriendo unos gritos que terminaron de erizarme los vellos.

Juan y Jude, tan aterrados como el resto, no sabían si correr hacia la campiña o regresar a la ciudad. Pero, poco a poco, conforme el terremoto se fue distanciando en la memoria, los ánimos empezaron a recobrarse y se impuso el sentido común. Al menos, por parte de los oficiales romanos y del joven Zebedeo. La trágica realidad de los crucificados -olvidada durante los temblores- se presentó en seguida a los ojos de los amigos y familiares del Maestro.

Pero, antes de seguir adelante, quiero reseñar un hecho, altamente misterioso, detectado desde el módulo.

Según los datos recogidos en los registros permanentes o «sismogramas» de la «cuna", los dos temblores habían sumado un total de 63 segundos. La primera onda, mucho más débil que la segunda, correspondía al tipo «L», también llamadas «largas» o «superficiales». Los sismógrafos detectaron un predominio de la variante «Love», más de acuerdo con la naturaleza uniforme de los estratos superficiales de aquella zona geológica. La velocidad estimada fue de 3.3 kilómetros por segundo. Sin embargo, en este primer sismo cuya magnitud no fue excesivamente importante: 4,1 en la escala de Richter-, los aparatos no recibieron, como hubiera sido de esperar, las series de culebreos de las ondas «P» o «primarias» ni tampoco el zizgagueo posterior de las ondas «S», más lentas que las «P»[1]

[1] La energía liberada en un terremoto se desplaza por la roca en forma de ondas. Dicha roca actúa como un cuerpo elástico. Las partículas individuales en los estratos rocosos vibran de una parte a otra con gran rapidez a medida que se transmite el movimiento ondulatorio. Aunque sus patrones resultan sumamente complejos, constantemente modificados por las propiedades de reflexión, difracción, refracción y dispersión de las ondas, internacionalmente han sido divididas en tres grandes grupos: Onda »P» o «primaria», «de empuje«, «compresional» o

«longitudinal», que
viaja por el interior de la Tierra a gran velocidad (entre 6 y 11,3 kilómetros por segundo), siendo la primera en llegar a
la estación registradora. Se transmite, como las ondas sonoras, por compresión y expansión alternas del volumen de la
roca a lo largo de la dirección de viaje de las ondas. Puede atravesar sólidos, líquidos y gases. Onda «S» o
«secundaria», «de sacudida», «de esfuerzo cortante», «distorsionales» o «transversales». Forman un cuerpo de ondas
más lento que las «P»,viajando entre 3,5 y 7,3 kilómetros por segundo. Son las segundas en llegar a los sismógrafos.
Viajan también a través del interior de la Tierra, siendo transmitidas -al igual que las ondas de luz- por vibraciones
perpendiculares a la trayectoria en que viajan las ondas en las rocas. Su velocidad es proporcional a la rigidez del
material que atraviesan, no pudiendo cruzar los líquidos.
Por último, las ondas «L», también conocidas por los nombres de «largas o superficiales». Son lentas -alrededor de
3,5 kilómetros por segundo-, variando su desplazamiento con la elasticidad de la roca. Tienen una naturaleza

Ante el desconcierto general, solamente surgieron las ondulantes, lentas y superficiales «Love» (que de «amorosas» no tuvieron nada).
En la segunda sacudida, en cambio, sí aparecieron las ondas «P» y «S» y, por último, las «L».
Los científicos, a la vista de los datos acumulados por los sismógrafos, cifraron este segundo y
más intenso sismo en una magnitud de 6,8[1].
Hasta aquí, todo casi «normal», dentro de lo que es y supone un cuadro sísmico, excepción
hecha de la ya mencionada ausencia de las ondas «de empuje» y de las «secundarias». Pero el
desconcierto de los hombres de Caballo de Troya llegó al límite cuando, muy por detrás del
segundo temblor y de los correspondiente «paquetes» de ondas, el módulo entero se
estremeció y crujió por tercera vez. En esta ocasión, sin embargo, los sismógrafos ya habían
enmudecido. Lo que hizo vibrar la «cuna» -según los datos del instrumental de a bordo- fue
¡una onda expansiva! Y lo más increíble es que aquella onda expansiva -viajando a razón de
300 metros por segundo- tenía su «nacimiento» en la misma área donde los expertos en
Sismología habían ubicado el epicentro del terremoto: a unos 750 kilómetros al sur-sureste de
Jerusalén, en pleno desierto, muy cerca del actual limite entre Jordania y Arabia y al sur de la
actual población de Sakaka.
Cuando se ultimaron las comprobaciones, el general Curtiss y todos nosotros nos vimos
desbordados por los resultados: aquel tipo de onda expansiva y parte de las ondas sísmicas
obedecían a los efectos de una explosión nuclear subterránea. Sinceramente, quedamos mudos
por la sorpresa...
Al hecho incuestionable de la escasa sismicidad de Palestina -muy inferior a las de

Grecia,
Italia y España, por poner algunas comparaciones (en el período comprendido entre 1901 y
1955, por ejemplo, se registraron en Israel y zonas limítrofes del actual Líbano y Siria un total
de 13 seísmos[2]. Según Karnik, que hizo públicos los datos en 1971, de éstos, 10 fueron de una
magnitud comprendida entre 4,1 y 5,1, siempre según la escala de Richter. Dos oscilaron entre
5,2 y 5,6 y sólo uno rozó los 6,2 grados de intensidad- tuvimos que añadir este nuevo e
inesperado factor. Si ya resultaba improbable que un seísmo «coincidiera» casi con la muerte
de Jesús de Nazaret, el problema se agudizó cuando, como digo, los instrumentos captaron la
enigmática explosión nuclear subterránea. (No quiero, ni debo extenderme más en este
fascinante suceso por la sencilla razón de que éste, justamente, fue otro de los motivos que
impulsó a Caballo de Troya a programar y ejecutar el segundo «gran viaje».)
A los diez o quince minutos del seísmo, Longino y los soldados regresaron a lo alto del
Gólgota, reanudando la custodia de los crucificados. Minutos antes, el joven Juan se había
aproximado al centurión, interrogándole acerca de la suerte de su Maestro. Al verle mover la
cabeza negativamente y bajar los ojos, el apóstol comprendió que no había nada que hacer.
Pero en su corazón no quedaban lágrimas y, simplemente, se limitó a rogar a las mujeres que
se retiraran de aquel lugar. En medio de un estallido de dolor, la mayor parte del grupo -que
creía firmemente que Jesús obraría un prodigio y se salvaría- obedeció al Zebedeo, retirándose
en compañía de Judas hacia la casa de Elías Marcos, «cuartel general» de los más allegados al
Maestro desde la definitiva dispersión de David Zebedeo y sus «correos» ante la llegada de los
levitas del Templo. Pero trataré de no adelantar acontecimientos, ajustándome al más estricto
orden cronológico de los hechos.

ondulante, moviéndose fundamentalmente bajo la superficie terrestre. Se conocen dos clases principales: las ondas «Love», en sólidos uniformes, y las «Raleigh», en sólidos no uniformes. *(N. del m.)*

1 Como base puramente comparativa, el famoso terremoto de 1755 en Lisboa, cuya magnitud fue estimada en 9, provocó una ola sísmica o maremoto denominada «tsunami», que arrasó la capital portuguesa y sus alrededores, ocasionando 60 000 muertos. Se trata del seísmo más fuerte de la Historia Moderna. Hasta lago Lomond, Escocia, se balanceó a causa del temblor. *(N. del m.)*

2 Uno de los testimonios más antiguos de que se dispone en la actualidad sobre seísmos en Israel procede de Flavio Josefo. En su libro I, capitulo XIV, de la *Guerra de los Judíos* y bajo el titulo «De las asechanzas de Cleopatra contra Herodes, y de la guerra de Herodes contra los Árabes, y un muy grande temblor de la tierra que entonces aconteció»,

el historiador dice: «... Persiguiendo (Herodes el Grande) a los enemigos le sucedió por voluntad de Dios otra desdicha
a los siete años de su reinado, y en tiempo que hervía la guerra Acciaca, porque al principio de la primavera hubo un
temblor de tierra, con el cual murió infinito ganado y perecieron treinta mil hombres, quedando salvo y entero todo su
ejército porque estaba en el campo.» El terremoto ocurrió, por tanto, hacia el año 35 antes de Cristo, justamente 64 o
65 años antes del seísmo que mencionan los Evangelios. *(N. del m.)*

Juan siguió a la sombra del Gólgota, en unión de cuatro o cinco hebreas que se negaron a
regresar a Jerusalén.
Mientras ascendía nuevamente a lo alto del peñasco, me fijé en los saduceos. El pánico les
había paralizado. Pensé que, una vez consumada la muerte del «odiado impostor», se
retirarían. ¡Qué equivocado estaba...!
Cuando Jude y las mujeres se alejaban por el polvoriento sendero, Longino y Arsenius, que
se ocupaban con varios hombres en la comprobación de daños y en la estabilidad de las cruces,
se sobresaltaron nuevamente. La puerta de Efraím había empezado a vomitar un río de gente,
enloquecida y vociferante que, al parecer, huía de la ciudad. Ante la terrible posibilidad de un
nuevo seísmo, miles de ciudadanos y peregrinos, a quienes las dos sacudidas habían
sorprendido en Jerusalén, eligieron el inmediato abandono de las callejuelas de la ciudad santa,
en busca de terreno abierto. Cientos de hombres, mujeres y niños -muchos de ellos cargando
voluminosos bultos o tirando de caballerías y rebaños- empezaron a desfilar apresurada e
ininterrumpidamente junto al Calvario, rumbo a las cercanas lomas de Gareb. Los soldados
interrumpieron su inspección, reforzando la vigilancia periférica del peñasco. Pero, a decir
verdad, aquellos rostros desencajados por el miedo no repararon siquiera en Jesús y en los «
zelotas». Su verdadero problema era escapar, retirarse lo más rápido posible de los muros de la
ciudad. Poco antes de la puesta del sol, cuando, al fin, tuve oportunidad de entrar en Jerusalén,
consulté sobre los posibles daños ocasionados por los temblores. Según Elías Marcos y José de
Arimatea, las sacudidas habían provocado mucho más miedo que destrozos materiales. Las
edificaciones, casi todas de una o dos plantas y de materiales ligeros, habían aguantado las
acometidas. Se produjeron algunos pequeños derrumbes pero, afortunadamente, los lesionados
no eran muchos ni de consideración. Uno de los hechos que sí provocaría un sinfín de
comentarios -llegando a ser registrado, incluso, por los evangelistas- fue la ruptura de uno de

los dos grandes velos o cortinajes situados frente al *Debir* o «lugar santísimo» (también llamado «oráculo») y al *Hekal* o «lugar santo», que precedía al primero. Al hallarse ambos en el
interior del Santuario me fue imposible verificar los rumores, aunque todas las noticias -
pronunciadas por los hebreos en voz baja y con una alta carga de superstición- hacían referencia al primero y más importante[1]: el que cerraba el paso hacia la siempre misteriosa
estancia cúbica de 9 metros de lado, considerada la «morada de Dios» y en la que se levantaban los dos querubines de 4,50 metros de altura, bellamente esculpidos en madera de
olivo y chapados en oro. ¡Cuánto hubiera dado por poder penetrar en dicho recinto y examinar
el interior del arca de la «alianza», depositada en el centro del piso y bajo las alas extendidas
de los «ángeles»! Pero éste también era un sueño imposible...
Cuando la patrulla se convenció que aquella multitud sólo intentaba poner tierra de por medio y que ni siquiera se detenía a su paso junto a los jueces, el oficial y sus infantes reanudaron la inspección ocular del patíbulo, tratando de hacer inventario de los posibles daños
originados por el terremoto.
Yo me uní a ellos, centrando mi atención en los crucificados. Las *stipes* habían soportado
bien las convulsiones de la roca, salvo la plantada hacia el Oeste y por detrás de los reos. Los
legionarios la apuntalaron de nuevo. Al concluir, el que se había responsabilizado de la recogida
de los trozos de la cántara de agua se fijó en algo y llamó a Longino. A pocos pasos de las
cruces, en dirección Sur, el peñasco aparecía abierto. Se trataba de una hendidura no muy
larga -de unos 25 centímetros- pero si bastante profunda. Quizá de dos o más metros. No
obstante, ninguno de los soldados pudo certificar si aquella brecha estaba allí antes del seísmo
o de si, por el contrario, se acababa de abrir. Ni el centurión ni el resto de los romanos le
concedieron demasiada importancia. Y cada cual volvió a lo suyo. Por mi parte, tampoco puedo
dar fe de que la resquebrajadura en lo alto del Gólgota fuera consecuencia del temblor. Lo que
sí es cierto es que la pequeña sima no seguía la dirección de la estratificación natural del
promontorio. Al contrario: cortaba la superficie de la roca transversalmente.
Hacia las 15.35, la salida de hebreos de la ciudad santa empezó a menguar
considerablemente. La calma fue restableciéndose y aquellas gentes, acampadas en los
alrededores de Jerusalén, empezaron a deambular, indecisas y acosándose mutuamente a

[1] De las dimensiones de este gran vacío nos da idea cl siguiente dato del escrito rabínico *Middot* (III, 8): «si el velo
del Templo ha sido manchado, se debe arrojar en un baño que necesita la presencia de 300 sacerdotes». *(N. del m.)*

preguntas. Entiendo que el paulatino regreso de las aves a las murallas del Templo y de la
ciudad contribuyó decisivamente a sosegar los temblorosos ánimos. Muchos recibieron con
alborozo este masivo retorno de palomas y golondrinas a Jerusalén y se animaron a cruzar de
nuevo el umbral del portalón de Efraím. El centurión, Arsenius, sus hombres y yo mismo
respiramos también con alivio cuando, de repente, un puñado de aquellas palomas grisazuladas
hizo un alto en su vuelo hacia la ciudad santa, posándose en los maderos
transversales de las cruces. ¡Qué triste y significativa me pareció aquella imagen! Tres o cuatro
pacíficas aves descansaron sobre el *patibulum* de Jesús de Nazaret, remontando el vuelo segundos más tarde.
La vuelta de la espantada muchedumbre a Jerusalén fue mucho más tranquila. En esta ocasión sí llegaron a detenerse frente al patíbulo, observando en silencio o interrogando a los
saduceos. Estos aprovecharon la oportunidad para anunciar a los cuatro vientos que el Galileo
había muerto y que, «casi con seguridad, el responsable de aquel terremoto era Jesús, aliado
de Belcebú...» La mayoría no prestó demasiada atención a semejante palabrería, pero algunos
-arrastrados por la vehemencia de los sacerdotes-volvieron a insultar al Maestro, engrosando el
número de los curiosos que permanecía al borde de la gran roca.
La atención del oficial y de los legionarios se vio súbitamente desviada por la llegada al patíbulo de tres soldados procedentes de la fortaleza Antonia. Después de saludar a Longino le
explicaron el motivo de su presencia en la roca: traían órdenes expresas del procurador de
rematar a los condenados y trasladar los cuerpos a la fosa común abierta en el valle de la
Géhenne, al sur de la ciudad.
El oficial interrogó a los legionarios sobre la razón que había impulsado a Poncio a tomar una
decisión tan aparentemente precipitada. Según explicaron, poco antes del seísmo, un grupo de
sanedritas había visitado de nuevo al gobernador, exponiéndole lo que ellos denominaron «el
deseo del pueblo de Jerusalén»; a saber: que los cuerpos de los ejecutados fueran descolgados
antes de la caída del sol, tal y como ordenaba la Ley, ya que aquél, como es sabido, era el día
de la Preparación. Pilato -cuyo estado de ánimo se hallaba fuertemente impactado por las
«tinieblas»- accedió, cursando las órdenes oportunas a Civilis para que enviara algunos hombres.
Longino no disimuló su extrañeza. Si aquellos mensajeros, en lugar de ser legionarios, hubieran sido sanedritas, probablemente no habría aceptado. A él, en el fondo, las

costumbres
judías le traían sin cuidado. Por un lado, aquel cambio de planes le molestaba profundamente.
Apenas habían transcurrido dos horas y media desde que iniciaron los laboriosos trabajos de
izado y enclavamiento de los «zelotas» y se le exigía la no menos engorrosa y desagradable
tarea de desclavarlos y transportarlos a la tumba común de los criminales...
Claro que, por otra parte, aquella contraorden también presentaba un cierto atractivo. Si las
operaciones se desarrollaban con presteza, aquella noche no transcurriría al raso, expuestos a
nuevas tormentas ni al rigor de la vigilancia.
Así que, dispuestos a terminar con el caso, el oficial y Arsenius ordenaron el descendimiento
de los «zelotas» y del Galileo. Longino advirtió a los recién llegados que el prisionero del centro
ya había muerto. Y los tres legionarios, que venían provistos de sendos bastones, idénticos a
los que yo había visto utilizar en el apaleamiento del soldado romano, tomaron posiciones. Dos
frente a Dismas y el tercero a la derecha del segundo guerrillero, también, como sus
compañeros, a medio metro escaso de las extremidades inferiores de Gistas. Un cuarto
legionario, espada en mano, completó el cuadro, apostándose frente a la pierna izquierda del
«zelota» más viejo.
No hubo señal alguna. Los cuatro romanos asentaron bien sus sandalias en la dura costra de
la roca y, blandiendo los bastones y la espada, descargaron cuatro secos y tremendos golpes
sobre las piernas de los infelices. El crujido de las tibias, pulverizadas a la altura del tercio
inferior, fue seguido de una serie de cortas y violentas convulsiones. Los « zelotas » habían sido
« despertados» por el dolor. Probablemente, los mazazos habían afectado también al peroné
porque, al instante, las piernas se inflamaron y los cuerpos, sin el arduo consuelo siquiera del
apoyo de los clavos de los pies, se desplomaron unos centímetros, mientras los desgraciados,
entre aullidos, abrían sus bocas desesperadamente, en pleno e irreversible proceso de asfixia.
Gistas, en esta ocasión, había llevado la peor parte. La espada del soldado le había seccionado
la pierna. En cuestión de segundos el shock traumático y una posible embolia aceleraron la
muerte por asfixia.

A las 15.45, ambos dejaban de existir.
A pesar de la advertencia del centurión, uno de los soldados, encargado de rematar a los

condenados, se situó bajo el cadáver del Maestro, examinándolo detenidamente. La verdad es
que, ni Longino ni el resto de la tropa se percataron de las intenciones de aquel infante. El
grueso de los romanos se afanaba en los preparativos del descenso de los ajusticiados.
Supongo que tratando de salvar toda responsabilidad, el romano recogió un *pilum* y, sin
pensarlo dos veces> picó el costado derecho del Maestro, hundiendo la lanza entre 15 y 20
centímetros. Pero el cuerpo del Nazareno, como era de esperar, no experimentó reacción
alguna. El soldado, convencido del fallecimiento del reo, trató de retirar el arma. Sin embargo,
la punta en flecha del *pilum* tropezó o se enganchó en los tejidos, resistiéndose. Al segundo
intento, el costado cedió y el ensangrentado hierro quedó libre. Por la herida, de unos cuatro
centímetros y medio de longitud, brotaron mansamente unos 10 centímetros cúbicos de sangre
y, a continuación, una pequeña cantidad de un líquido seroso. Al aproximarme y examinar la
lanzada noté que había entrado entre la quinta y sexta costillas, con una trayectoria
lógicamente ascendente y que, presumiblemente, había traspasado el plano muscular
intercostal, las pleuras parietal y visceral, el pulmón y el pericardio, entrando de lleno en la
aurícula derecha. Esta zona del corazón conserva precisamente una cierta cantidad de sangre
líquida, una vez producido el óbito. En mi opinión, ésa fue la sangre que se derramó. En cuanto
al «agua» que dice haber visto Juan el Evangelista, y que surgió inmediatamente detrás del
derrame sanguíneo, es muy posible que se tratase del referido licor de carácter seroso que
rellena la cavidad virtual existente entre las hojas de cada una de las mencionadas pleuras
pulmonares. (La visceral, como se sabe, se adhiere íntimamente al pulmón y la parietal tapiza
las paredes del tórax; por debajo cubre el pulmón y por debajo, el diafragma, excepto su
centro. Por dentro protege la cara mediastínica y por fuera, la cara interna de las costillas.)
Cuando la lanza desgarró estas pleuras, el citado líquido, al variar la presión, terminó por
escapar, derramándose inmediatamente detrás de la hemorragia sanguinolenta. A su manera,
el joven Juan había dicho la verdad...
Pero las afrentas al cuerpo de Cristo no habían concluido.
Al ceder la oscuridad y el fuerte viento, las moscas y los insectos cayeron sobre los cuerpos
de los crucificados, convirtiendo sus heridas en coronas negruzcas y palpitantes. Con una
dilatada experiencia en este tipo de ejecuciones, el verdugo encargado de los enclavamientos
sugirió al oficial que se iniciase la operación del descendimiento por el reo que llevaba

más
tiempo muerto. Longino asintió. También él sabía que la rigidez cadavérica no tardaría en
empezar, dificultando los trabajos propios del traslado a la Géhenne.
Era sencillamente asombroso. En aquellos momentos -casi las cuatro de la tarde-, ninguno
de los discípulos o amigos del Maestro había reclamado aún el cuerpo del Señor. La idea del
centurión, tal y como había dejado entrever el procurador, era retirar los cuerpos de las cruces
y transportarlos a la fosa común. Juan, que seguía atentamente los movimientos de los soldados, no se había movido de las proximidades del patíbulo. Atendió durante breves minutos
a otro de los «correos» de David Zebedeo -informándole del fallecimiento del Maestro- y, una
vez alejado el mensajero, continuó al pie del cabezo, visiblemente desmoralizado.
Cuando el oficial romano se situó bajo la cruz de Jesús, supervisando los preparativos del
descendimiento, reparó en seguida en la nueva y aparatosa herida del costado. La sangre había
empezado a formar gruesos grumos sobre el desflecado labio inferior de la brecha. Comprendió
al momento que el cadáver había sido alanceado y con gran irritación se enfrentó a sus hombres, reprendiéndoles por aquella desobediencia. Pero ninguno dijo nada.
El verdugo, sin pérdida de tiempo, empezó a manipular la cabeza del clavo que atravesaba el
pie derecho del Maestro, mientras otros soldados situaban la escalera de mano por detrás de la
stipe, preparando de nuevo la larga soga que habían utilizado en los levantamientos.
Con una estudiada precisión, el legionario aprisionó la base del clavo con ambas manos,
haciéndolo oscilar arriba y abajo. Sabiamente, el responsable del enclavamiento había dejado
dicha cabeza a unos ocho o diez centímetros por encima de la piel. De esta forma disponía de
espacio suficiente para manejarlo. A los pocos segundos, con un fuerte tirón, la punta metálica
quedaba fuera de la madera y la extremidad inferior del Galileo se relajó totalmente, oscilando
ligeramente en el vacío. El infante sujetó entonces el talón con su mano izquierda, rescatando

el clavo con la derecha. Al desenterrarlo del empeine, la sangre brotó de nuevo, formando una
enorme rosa rojiza sobre la citada cara del pie.
Antes de situarse frente al izquierdo, el verdugo comprobó si su compañero, encaramado en
lo alto de la escalera, había anudado la maroma al *patibulum.* Esperó a que rematara la lazada
central y, acto seguido, repitió la extracción del segundo clavo. Tampoco en esta ocasión se

registró problema alguno. El cuerpo del Maestro colgaba ya, inerme, escurriendo sangre desde
las puntas de los pies.
Los dedos gruesos, como dije, se hallaban visiblemente separados del resto, muy forzados
hacia el eje central del cadáver. Buena parte del volumen sanguíneo acumulado en las piernas,
y que había quedado relativamente represado por los propios clavos, al desaparecer el efecto
hemostático comenzó a fluir, convirtiendo aquella parte de la roca en un extenso charco en el
que los legionarios resbalaron varias veces.
Libres ya los pies, otros dos soldados se aferraron a ambos lados del árbol y un tercer y
cuarto legionarios, saltando sobre los hombros de aquellos, se dispusieron a repetir la
operación de izado del madero transversal.
Pendiente de aquellas maniobras no caí en la cuenta de que la minúscula representación del
Sanedrín se había visto incrementada por otro grupo de sacerdotes, recién llegados a la base
del Gólgota. Aquellos sanedritas estaban a punto de protagonizar otro lamentable suceso...
Al unísono, los infantes situados por debajo de cada uno de los extremos del *patibulum* y el
que sujetaba la cuerda desde lo alto de la escalera hicieron fuerza, elevando el leño hasta que
la afilada punta de la *stine* quedó fuera del orificio central del referido *patibulum.*
En ese preciso instante, el soldado de la escalera dio un grito, advirtiendo a los que
controlaban la maroma desde el suelo y a espaldas de la cruz que podían ir aflojando. Y así lo
hicieron. Jesús y el madero fueron bajando lentamente, palmo a palmo. Unos centímetros antes
de que los pies tocaran la roca, el verdugo agarró los tobillos del Maestro, echándose atrás, de
forma que el cadáver llegó al suelo totalmente horizontal.
Al retroceder tropecé sin querer con alguien. Cuando me disponía a disculparme, descubrí al
anciano José, el de Arimatea, a quien acompañaba otro judío de apenas 1,50 metros de
estatura.
José se alegró al verme. Esbozó una triste sonrisa y me presentó a su compañero:
Nicodemo, miembro como él del Consejo del Sanedrín y de la llamada «nobleza laica» de
Jerusalén. Aquellos dos hombres, con un coraje que, en mi humilde opinión, no ha sido nunca
suficientemente valorado, traían una orden firmada por el propio Poncio, autorizando el traslado
del cadáver del Nazareno a una tumba privada. José, conociendo la triste suerte reservada
siempre a los ajusticiados -cuyos cuerpos eran devorados generalmente por las ratas y las
alimañas en la fosa de Géhenne- se había apresurado a visitar al procurador, suplicándole la

custodia de su Maestro. Por lo visto, este tipo de peticiones no era infrecuente. Muchos de los
familiares y amigos de los ejecutados tenían por costumbre recurrir a la máxima autoridad
romana y, a cambio de dinero o regalos, conseguían sus propósitos. José también había llevado
una fuerte suma al Pretorio. Pero, cuando Pilato conoció las intenciones de su viejo amigo,
rechazó el dinero, firmando en el acto la autorización.
Lo malo fue que José y Nicodemo llegaron al patíbulo poco después que sus fanáticos compañeros del Sanedrín...
El centurión desenrolló el papiro y, tras leer atentamente el texto, asintió, dando su conformidad.
Pero la inesperada presencia de los dimitidos miembros del Consejo de Justicia Judío al pie
de las cruces movilizó de inmediato a los saduceos. Los sacerdotes vieron perfectamente cómo
José entregaba el rollo al oficial y sospecharon que los discípulos del Galileo trataban de
apoderarse del cadáver.
Entretanto, el verdugo había logrado desclavar la muñeca izquierda de Jesús. Y cuando se
disponía a hacer otro tanto con el último clavo, un súbito griterío le detuvo. La patrulla y todos
nosotros vimos entonces cómo varios de los jueces, rojos de ira, se precipitaban hacia lo alto
del Gólgota, exigiendo el derecho a disponer de los cuerpos de los tres ajusticiados.
Longino hizo una señal a sus hombres y los 15 legionarios, con Arsenius en primera fila,
cubrieron el borde este de la peña, cerrando el paso a los furiosos sacerdotes. Estos, al alcanzar
el final del callejón que conducía al promontorio, se detuvieron en seco, estupefactos ante los
reflejos de las amenazantes espadas.

Pero, lejos de retroceder se encararon con la escolta, reclamando el cuerpo del Maestro.
Parte de los curiosos que se habían unido a los jueces, instigados y alentados por éstos,
clamaron también, insultando a los romanos y arrojándoles piedras: Los amotinados,
embravecidos, empezaron a avanzar hacia el Calvario. Pero el centurión, desenvainando su
espada, se colocó a la cabeza de los legionarios y dio la orden de cargar. En formación cerrada,
protegiéndose de los proyectiles con los escudos, los romanos comenzaron a caminar con paso
firme y decidido hacia los sanedritas que habían trepado hasta el peñasco. Sus rostros tensos,
rezumando una rabia mal contenida, me hicieron temblar. Aquellos legionarios parecían
dispuestos a todo. Pero los sacerdotes, intuyendo el peligro, dieron media vuelta,

huyendo
atropelladamente. Uno o dos, en su precipitación, rodaron por el canal, siendo pisoteados sin
piedad por la patrulla que, en hilera, corría ya en dirección a los irritados hebreos.
La carga no tardó en surtir efecto. Cuando el populacho vio a los soldados con las espadas
en alto, dispuestos a masacrarlos si fuera preciso, retrocedieron, dispersándose en todas
direcciones.
Una vez restablecido el orden, el pelotón retornó a lo alto de la roca, formando un nuevo y
más numeroso cinturón de seguridad en torno a las cruces.
Juan y las mujeres, que se habían visto obligados a correr, huyendo de la furiosa carga,
contemplaron de lejos cómo el verdugo concluía su labor de desenclavamiento de Jesús. El
resto de los sacerdotes y judíos que se había rebelado desapareció por los campos o en el
interior de la ciudad. Sólo unos pocos, lejos y dispersos, se atrevieron a espiar los movimientos
de la guardia. Pero en ningún momento tuvieron valor para aproximarse a menos de cien
metros del patíbulo.
A pesar del forzado aislamiento del Calvario, Longino -tratando de obrar siempre con un
mínimo de justicia- se destacó hasta el borde del promontorio y, levantando la voz, dio lectura
a la orden de Poncio. Dudo mucho que los rabiosos jueces llegaran a escuchar al oficial.
A continuación, avanzando hacia José de Arimatea, le comunicó solemnemente:
-Este cuerpo te pertenece. Haz lo que consideres oportuno. Mis soldados te ayudarán para
que nadie se oponga a tu deseo.
El anciano, pálido aún por el susto, agradeció las palabras de Longino y, en compañía de
Nicodemo, se dirigió al lugar donde descansaba el cadáver de su Maestro. El *patibulum* había
sido retirado y también el yelmo espinoso, que fue arrojado con fuerza por el verdugo hacia el
pequeño peñasco situado al Oeste. Ni José ni su amigo, ni tampoco los soldados prestaron la
menor atención al citado casco de púas. Sencillamente, lo vi perderse entre las retamas del
accidentado terreno.
Mientras los soldados iniciaban el segundo descendimiento, el anciano José se arrodilló junto
a la maltrecha cabeza de Jesús y, tras contemplarle en silencio, extendió su mano, bajando el
párpado derecho del Señor. Al cabo de veinte o treinta segundos retiró los dedos, pero el ojo
del Galileo volvió a abrirse. José pasó de nuevo la mano sobre el párpado, sujetándolo durante
casi dos minutos. En este tiempo, una solitaria lágrima resbaló por la mejilla del amigo

del
Nazareno.
Aunque el *rigor mortis* -que se vería indudablemente acelerado por la tetanización- no empezaría hasta unas seis horas después del fallecimiento, lo cierto es que la caída del maxilar
inferior me hizo sospechar que los músculos de la boca, que había quedado abierta, no tardarían en entrar en rigidez. Por otra parte, la pierna izquierda del Maestro se hallaba
flexionada, posiblemente por la forzada y sostenida postura de la cruz. Sus dedos -en garra- y
con los pulgares disparados hacia el centro de las palmas, se habían vuelto mucho más azulados.
Una vez cerrado el ojo de Jesús, Nicodemo descargó en el suelo el par de saquetes que,
unidos por un cordel, colgaban de su hombro izquierdo y de los que no se había desembarazado en todo el tiempo. Con la ayuda de José desplegó sobre la zona seca de la roca
un lienzo blanco que traía plegado bajo el brazo. (Según me confesaría esa misma noche en el
domicilio de Elías Marcos, el de Arimatea había adquirido aquellas seis varas de tela a un
comerciante de la vecina localidad de Palmira, al norte.)
Examiné el tejido y comprobé que se trataba de un paño de lino. Lo medí disimuladamente
con la ayuda de la «vara de Moisés» y deduje que tenía unos 4,30 metros de longitud por algo
más de un metro. (En nuestra segunda «aventura», los análisis verificados en el interior del
módulo sobre dicho paño arrojarían asombrosos y desconcertantes datos sobre lo que pudo

acontecer en el sepulcro y que, sin lugar a dudas, coronaron nuestra misión. En dicha análisis
comprobamos, por ejemplo, que las dimensiones exactas de la tela eran 4,36 x 1,10 metros,
con un peso de 234 gramos por metro cuadrado. Es decir, el peso total de aquellos 4,80 metros
cuadrados se elevaba a 1123 gramos. La fibra, en efecto, era de lino y en las ampliaciones de
hasta 5000 veces apareció una estructura denominada «4 en espiga» o en «cola de pescado».
Este tejido en sarga, tal y como me había dicho Nicodemo, procedía de los telares de Palmira.
Curiosamente, este tipo de confección no irrumpiría en Europa hasta bien entrado el siglo XIV.
Pero no deseo extenderme ahora sobre nuestros fascinantes descubrimientos en la sábana que
cubrió el cadáver del Cristo durante aquellas históricas 36 horas...)
José de Arimatea comprobó la posición del sol y apremió a Nicodemo para que le ayudara a
trasladar el cadáver hasta el recién extendido lienzo. El anciano se situó a la cabeza

del Maestro
y el amigo, a su vez, a los pies. Ambos se inclinaron a un mismo tiempo. José introdujo sus
manos por debajo de los hombros del Galileo, sujetándolo por las axilas. Nicodemo hizo otro
tanto, haciendo presa por los tobillos del gigante. Intercambiaron una mirada y, cuando
consideraron que se hallaban dispuestos, trataron de levantar el pesado cuerpo. Y digo que
«trataron» porque, por supuesto, sólo el de Arimatea consiguió levantarlo unos centímetros.
Lo intentaron por segunda vez, pero resultó igualmente estéril. Los forenses y aquellas personas que se han visto alguna vez en la obligación de mover un cadáver saben por experiencia que no resulta nada fácil. Y, mucho menos, silos puntos de sustentación no son los
adecuados. Este era el caso de Nicodemo...
Absolutamente impotentes para levantar al Nazareno, José no tuvo más remedio que solicitar el concurso del oficial. Longino, comprendiendo la delicada situación de los hebreos,
suspendió el desclavamiento de Dismas, que quedó colgado del *patibulum.* Uno de los legionarios, más joven y robusto que José, se hizo cargo de la parte superior del Maestro. Pasó
sus brazos por las axilas, levantando el tronco del cadáver. Al mismo tiempo, otro soldado
flexionó al máximo las rodillas del rabí, abrazando ambas piernas a la altura de las corvas. El
cuerpo del Galileo formó entonces una «V» y, con la ayuda de otros dos infantes -que situaron
sus manos en los riñones y espalda de Jesús- los ochenta u ochenta y dos kilos del Hijo del
Hombre pudieron ser izados y trasvasados al lienzo.
El cuerpo fue depositado a unos 20 centímetros del extremo de la sábana más cercano a las
cruces, con la cabeza casi en el centro del lienzo. En aquel traslado, de apenas cinco metros, la
intensa flexión del tronco comprimió las vísceras torácicas y abdominales, dando lugar a una
nueva hemorragia. Sin duda, la presión vació una de las venas cavas (posiblemente la inferior),
y un ancho reguero de sangre brotó por la herida de la lanza, chorreando por el costado
derecho y deslizándose a lo largo de toda la espalda, a la altura de la cintura.
Nicodemo intentó bajar la rodilla izquierda del Maestro pero, aunque la hizo descender unos
centímetros, los hematomas, desgarros de las articulaciones y la rigidez de la pierna hicieron
imposible su abajamiento total. El de Arimatea puso fin a los esfuerzos de su compañero,
cubriendo el cadáver con los dos metros largos de lino que habían quedado libres.
El oficial, que seguía atentamente la maniobra, comprendió de inmediato que los apuros de
aquella voluntariosa pareja de sanedritas no terminaban ahí. Nicodemo y José, aturdidos al

darse cuenta que el traslado de Jesús requería la colaboración de, al menos, cuatro hombres,
se volvieron implorando hacia Longino. Y éste, sonriendo, encomendó a su lugarteniente el
remate del descendimiento de los «zelotas», señalando seguidamente a cuatro de sus hombres
más fornidos para que acompañaran a él y a los «propietarios» del cadáver hasta la tumba
elegida.
Nicodemo y José rogaron al oficial que les permitiera ayudar en el traslado del improvisado
féretro. Y así se hizo. A las 16.30 horas el propio centurión, otro legionario y los dos amigos de
Jesús despegaron el lienzo del frío suelo del patíbulo, cargando los restos mortales del Hijo del
Hombre. Detrás, los tres soldados restantes, con las espadas desenvainadas y yo, con el alma
tan descarnada como aquella funesta roca que nunca olvidaré.
Debí suponerlo. Aunque Juan habla en su relato de un sepulcro situado en el mismo lugar
donde su Maestro había sido crucificado, por más que miré durante mi permanencia en lo alto
del Gólgota no logré descubrir un solo punto -próximo al peñasco- que reuniera las principales

características señaladas por los evangelistas; <es decir, un huerto y alguna peña en la que
poder excavar la tumba. Pero pronto quedaría despejada esta nueva incógnita.
Nada más bajar del macizo rocoso, el joven Zebedeo y las mujeres nos salieron al paso. José
tranquilizó al centurión quien, al ver aproximarse al reducido grupo, se puso en guardia. Casi
de rodillas, el apóstol suplicó al legionario que sujetaba uno de los extremos de la sábana que
le cediera su puesto. Longino respondió a la duditativa mirada de su soldado con un afirmativo
movimiento de cabeza y Juan le sustituyó en el traslado.
Ningún crucificado podía ser enterrado en un cementerio judío. Así lo establecía la Ley. José
y Nicodemo lo sabían y, antes incluso de visitar a Poncio, ya tenían previsto dar sepultura al
Maestro en una de las propiedades del anciano de Arimatea. Pero el final de aquel trágico
viernes se acercaba a pasos agigantados. Las trompetas del Templo no tardarían en anunciar el
ocaso y, con él, la entrada del sábado y de la solemne fiesta de la Pascua. Era preciso darse
prisa. Y los ex miembros del Sanedrín, que sostenían la sábana por la parte de los pies,
aceleraron el paso. Por detrás, a cuatro o cinco metros, nos seguían María, la de Magdala;

María, la esposa de Cleopás; Marta, otra de las hermanas de la madre de Jesús, y Rebeca de
Séforis. Los legionarios, a su vez, se habían dividido, cubriendo los flancos del cadáver.
Al contemplar aquel silencioso y huidizo cortejo fúnebre, no pude reprimir una tristísima
sensación de soledad. Abandonado de la mayoría de sus amigos y fieles seguidores, ultrajado
casi después del descendimiento por aquella turba de fanáticos, ahora -camino del sepulcro- ni
siquiera podía recibir enterramiento con un mínimo de dignidad y reposo. Hasta el más pobre y
miserable de los judíos, según la Ley, tenía derecho, cuando menos, a un sepelio con dos
músicos de flauta y una plañidera. Para el Nazareno no quedaban ya lágrimas. Los corazones
de las mujeres y de sus tres amigos se habían secado. En cuanto al acompañamiento, el único
que recuerdo fue el de los presurosos pasos de la escolta y de los que cargaban su cadáver,
tronchando cardos y abrojos.
El de Arimatea y Nicodemo dirigieron el traslado, bordeando la muralla norte de Jerusalén y
siguiendo prácticamente el mismo itinerario de la «vía dolorosa». Cruzamos la carretera de
Samaria y a los diez o quince minutos de haber abandonado el patíbulo, sudorosa y con los
dedos lastimados por el peso del cuerpo, la comitiva se detuvo frente a un huerto. Nos
hallábamos al norte del Gólgota y relativamente cerca de la Torre Antonia, aproximadamente a
unos 100 o 150 metros. (Era lógico que los ricos hacendados de Jerusalén no dispusieran sus
fincas y plantaciones o huertos de recreo cerca del peñasco donde se ajusticiaba a los ladrones
y criminales. Aquél, en cambio, parecía un lugar tranquilo y hermoso.)
Una de las mujeres, creo recordar que la Magdalena, se adelantó y soltó la cuerda que, a
manera de lazo, sujetaba una puerta de madera, de un metro de altura, a una cerca de estacas
meticulosamente blanqueadas. con cal. Aquel vallado, de una altura similar a la de la cancela
de entrada, se perdía a derecha e izquierda, entre el enramado de un sinfín de árboles frutales.
Al girar, los herrajes articulados de los goznes chirriaron como un animal herido. El grupo se
precipitó hacia el interior de la finca. Caminamos alrededor de cincuenta pasos, siempre entre
una frondosa plantación de pequeños árboles selectos, hasta llegar a una bifurcación del
estrecho sendero que arrancaba en el umbral mismo de la puerta del huerto. Tras una breve
pausa, suficiente para recobrar el aliento perdido, José y Nicodemo hicieron una indicación a los
soldados y tomamos el ramal de la derecha. El de la izquierda llevaba a una casita

situada a
cosa de un centenar de metros y que, a juzgar por la cimbreante y espigada columna de humo
que escapaba por la chimenea, debía estar habitada. Dos pequeños perros salieron de entre los
árboles, saltando y ladrando alegremente entre las piernas de José de Arimatea. Pero el
anciano, con un autoritario grito, les obligó a retirarse.
A cosa de 20 metros de la bifurcación apareció ante mí una suave elevación del terreno. Era
una formación calcárea que no sobresaldría más allá de metro y medio sobre el nivel del suelo.
Nos detuvimos y el de Arimatea anunció al oficial que ya podían depositar el cuerpo de Jesús
sobre el terreno.
A cosa de dos pasos de donde reposaba el cadáver del Nazareno, el suelo arcilloso que
rodeaba aquella cuña rocosa había sido removido. José, propietario del lugar, habla mandado
construir unas rústicas escaleras que descendían hasta un estrecho callejón de apenas dos
metros de anchura. Al bajar los cinco peldaños se encontraba uno en la mencionada galería y
frente a una fachada, perfectamente trabajada sobre la roca viva. *Groso modo* calculé la altura
de aquella pared rocosa en unos tres metros. En el centro había una diminuta puerta

cuadrangular de 90 centímetros de lado. José nos rogó que le disculpáramos y se alejó a la
carrera en dirección a la casita.
Mientras los soldados aprovechaban aquel respiro para sentarse y descansar, me agaché y
traté de echar una ojeada al interior de la cripta. Una piedra redonda, muy parecida a una
muela de molino y de un metro de diámetro, reposaba a la izquierda de la boca de entrada al
sepulcro. Al pie mismo de la fachada había sido practicado un canalillo de unos 20 centímetros
de profundidad por otros 30 de anchura que corría a todo lo ancho. La piedra, tan toscamente
pulida como la fachada, cuyo peso debía ser superior a los 500 kilos, se hallaba dispuesta de tal
guisa que -para tapar el angosto orificio que hacía las veces de puerta- bastaba con hacerla
rodar sobre el mencionado canalillo, al que se ajustaba casi matemáticamente. Al pasar mi
mano sobre aquella mole redonda imaginé el enorme esfuerzo que tenía que haber supuesto a
los operarios su traslado hasta el fondo del callejón y, por supuesto, el que exigiría cada cierre
y apertura de la tumba.
Pero, al introducir mi cabeza en el interior de la cripta, la oscuridad era tal que no

acerté a
distinguir ni su profundidad, ni la altura de las paredes ni ningún otro detalle.
Me incorporé y, mientras aguardaba a José, me dediqué a medir aquella especie de antesala
o callejón: desde la fachada hasta el peldaño más bajo había 2,20 metros. Las paredes de la
galería, a cielo abierto, iban descendiendo desde los 3 metros (altura máxima que correspondía
a la fachada de la tumba) hasta poco más o menos un metro, al nivel del escalón más alto.
Aquellas mediciones se vieron interrumpidas por la llegada del anciano. Le acompañaba un
hebreo de unos cincuenta años, con una barba corta y cuidada y de una corpulencia que,
instintivamente, me recordó al fallecido Maestro. Se tocaba con un ancho sombrero de paja y
cargaba una voluminosa y pesada ánfora. José portaba dos teas de mango corto y una especie
de hatillo.
Hacia las cinco de la tarde, el dueño del huerto se arrodilló frente a la cámara sepulcral y,
con sumo cuidado, alargó la mano izquierda, depositando una de las antorchas en el interior de
la cripta. A continuación entregó la segunda tea a su siervo y jardinero, quien, hierático y mudo
como una estatua, no se movería ya del callejón.
José, siempre en aquella forzada postura, se arrastró, penetrando en la cueva.
El relampagueo rojizo del hacha dentro de la tumba desapareció a los pocos segundos. Y el
anciano, asomando la cabeza por la abertura, reclamó la segunda antorcha. Su ayudante se
apresuró a entregársela, haciendo otro tanto con el hato.
Cuando José consideró que todo estaba dispuesto salió del panteón, indicando a Nicodemo
que bajasen el cuerpo del Maestro.
Los soldados cumplieron la orden, situando los restos sobre la tierra rojiza y apisonada del
callejón. El cadáver fue orientado de forma que la cabeza quedara frente al angosto portillo. El
anciano retornó entonces al interior, seguido del centurión. Una vez dentro, ambos comenzaron
a tirar de la sábana, siendo ayudados desde el exterior por otros tres legionarios.
Cuando, al fin, el cuerpo fue introducido en la tumba, Nicodemo fue pasando a José la pareja
de sacos que aún colgaba de su hombro y el ánfora. Satisfecha esta última parte del laborioso
traslado, aquél se inclinó también y, en cuclillas, se perdió entre la mortecina claridad del
sepulcro seguido de Juan.
Ignorando si disponía de sitio, me aventuré a seguir a Nicodemo. Mi metro y ochenta
centímetros de talla me obligaron a doblar el espinazo y arrastrarme sobre un piso tan rugoso
como ingrato.

Al levantar la vista me encontré en una estancia cuadrada, de unos tres metros de lado y de
1,70 de altura aproximadamente. (De esta última cifra estoy bastante seguro porque, durante
el tiempo que permanecí en el interior de la cripta, no tuve más remedio que inclinar la cabeza
para no tropezar con aquel techo rocoso, duramente ganado a base de escoplo de cantería, a
juzgar por los cortes a bisel de la citada bóveda y del resto de las paredes.)
Mi intromisión fue bien recibida. Cuando me incorporé los cuatro hombres pujaban por
levantar el cadáver hasta un simulacro de banco de 0,65 metros de altura, igualmente robado a
la masa pétrea y ubicado en el muro derecho (tomando siempre como referencia el hueco de
entrada).
Me apresuré a unirme a ellos, colaborando en el definitivo y último izado del Nazareno. Sé
que aquel insignificante y pobre gesto no hubiera sido aprobado por el estricto código del
proyecto, pero eso qué puede importar ya...

Los restos de Jesús reposaban finalmente sobre un lecho de piedra de 1,89 metros de largo
por 0,93 de ancho. A decir verdad, aquel pilón parecía excavado a la medida del gigantesco
Galileo.
José se apresuró a destapar el cadáver, mientras Nicodemo abría el hatillo de tela,
extrayendo en primer lugar dos plumones totalmente blancos que, a primera vista, podrían ser
de algún tipo de ave doméstica.
A la luz tambaleante de las teas -reclinadas por José sobre cada una de las esquinas del ara
o poyo de roca- apareció de nuevo ante todos el ensangrentado, sucio y maloliente cuerpo del
hasta hacía unas horas majestuoso Hijo del Hombre. Las costras de excrementos habían
terminado por secarse sobre la piel de muslos y piernas, exhalando una fetidez insoportable.
Aunque sólo habían transcurrido dos horas desde el instante de su muerte clínica, los pies, con
las uñas azuladas, presentaban ya una contractura postmortem, con predominio extensor de
los dedos. La rigidez, tal y como me temía, avanzaba ya sin remedio. La cabeza, caída hacia el
lado derecho, conservaba abierta la boca, presentando un tinte lívido y un acusado
amoratamiento de los labios. El tórax, totalmente relajado, aparecía cubierto por una mezcla de
tierra y sangre reseca, con una minada de coágulos que no obedecía ya la ley de la gravedad y
que despuntaba sobre toda la caja torácica. Observé el hundimiento del epigastrio y, con él, los

pliegues del abdomen, especialmente en su mitad inferior.
Pero lo que más me llamó la atención fue la mano derecha. Su dorso y borde cubital se hallaban prácticamente ocultos por una gran mancha de sangre coagulada y los cuatro dedos largos, con una marcada cianosis y unas dimensiones ligeramente superiores a los de la izquierda, que conservaban el referido agarrotamiento en forma de «garra». Aquella hiperextensión de los cuatro dedos largos de la mano derecha, en mi opinión, sólo podía estar originada por alguna de las terroríficas lesiones, en los correspondientes músculos extensores, derivadas de la extracción del clavo y de la segunda perforación del carpo.
La rodilla izquierda seguía doblada y ambos codos, rígidos ya, mantenían los antebrazos en flexión.
Cuando vi cómo Nicodemo introducía las pequeñas plumas en las fosas nasales de Jesús comprendí sus intenciones. Si el presunto fallecido conservaba un mínimo de vida, el roce de los plumones irritaba las mucosas, excitando así la respiración. Era, tal y como ha escrito el rabino A. Levy, la «certificación de la muerte».
Ni qué decir tiene que el Galileo no experimentó reacción alguna. Cumplido el «trámite», José volvió a asomarse a la entrada de la tumba, retornando al instante.
-Hay que darse prisa -expresó en voz baja-. El sábado no tardará en apuntar.
Y abriendo el ánfora, vertió parte del agua en un trozo de esponja, ceniciento y perforado por cientos de minúsculos orificios. Nicodemo se situó a los pies del Maestro, levantando la extremidad inferior izquierda hasta donde fue posible. El de Arimatea se despojó del manto y, arremangándose la túnica, comenzó a frotar y limpiar la cara posterior del muslo y pierna.
Después repitió el lavado en la pierna derecha, concluyendo con una serie de deficientes restregones sobre las nalgas, testículos y ano de Jesús.
-Dejémoslo así... -puntualizó Nicodemo, cada vez más nervioso ante el cercano final del viernes.
El de Arimatea arrojó la esponja al suelo y comenzó a desatar los saquetes de harpillera, mientras su compañero buscaba en el fondo del hatillo. Una de las sacas contenía entre 15 y 20 kilos de un polvo granulado, de un color amarillo-oro, sumamente aromático y que, nada más abrirlo, esparció una deliciosa fragancia por toda la cripta. Longino y yo nos miramos, agradeciendo aquel súbito cambio en el cerrado ambiente de la tumba.
En el segundo sacó distinguí un campanudo jarro de cobre, perfectamente lacrado con un tapón de tela. José, una vez descubierto, se volvió hacia Nicodemo, reprendiéndole por su lentitud. Al fin, entre las peludas manos del ex sanedrita vi aparecer unos retazos de

tela. Eran
unas tiras estrechas, desflecadas y que, por las irregularidades de sus filos, debían haber sido
desgajadas a mano y con prisas de algún viejo paño de tela.
Nicodemo seleccionó una de aquellas «vendas» (de algo más de un metro de longitud) y
tirando de ambos extremos la tensó, estabilizándola a un par de cuartas por encima del
saquete que albergaba el dorado polvillo. Sin perder un instante, el de Arimatea enterró su
mano izquierda en la saca, tomando un puñado de aquella especie de árido. Y lo dejó escapar
por la parte inferior del puño, cubriendo más que generosamente la superficie de la tela. El

tembloroso pulso del anciano hizo que buena parte del acíbar o áloe -porque de esto se trataba- cayera al saco o se derramara sobre el abrupto pavimento de la cámara mortuoria. Sin
demasiado disimulo recogí un pellizco de aquel polvo, guardándomelo. Una vez de regreso al
módulo, y sometido al correspondiente análisis microscópico, Caballo de Troya supo que aquella
sustancia era en realidad una de las variantes del acíbar: el llamado «sucotrino», que debe su
nombre a la isla de Socotora, a la entrada del golfo Arábigo. Generalmente se presenta en
masas de fractura brillante y como vitrea, rojas, verdosas o amarillentas y que, sometidas a
pulverización, proporcionan un producto granulado, idéntico al que yo tenía ante mis ojos. En el
caso del áloe originario de Socotora, su origen, como en otros tipos de acíbar -«hepático o de
las Barbadas», «caballuno», etc.-, está en el zumo que se extrae de diferentes especies
botánicas. Se trata de grandes y hermosas plantas de la familia de la Liliáceas (tribu de las
Asfodeleas), que crecen en las regiones cálidas de Asia, Africa y América. Del centro de un
conjunto de hojas grandes y carnosas, con bordes armados de puntas, arranca un tallo o
escapo vigoroso que lleva en su ápice una larga espiga de flores tubulosas, generalmente
bilabiadas y rojas. El mencionado zumo es producido por las hojas.
José se incorporó y acercándose a los pies del Maestro, procuró juntarlos, levantándolos de
forma que su compañero pudiera pasar la pieza de tela, impregnada de acíbar, a la altura de
los tobillos. A continuación, Nicodemo fue arrojando su aliento sobre el áloe y, ante mi sorpresa, su particular olor se hizo más intenso y penetrante.
Anudó la «venda» en el nacimiento de los pies y, regresando a la saca, repitió la operación

con una segunda tira. En esta ocasión, antes de anudar las manos del Galileo, José tuvo la
precaución de depositarías reverencial y púdicamente sobre el pubis del cadáver. La izquierda
sobre la derecha. Aquélla, como esta última, mostraba un rosetón de sangre coagulada sobre la
parte superior de la muñeca. La forma triangular de la herida, con sus bordes negros y descarnados, me hizo estremecer.
Una vez atado, tal y como marcaba la Ley judía, los amigos del rabí se inclinaron nuevamente sobre los saquetes. Nicodemo removió el contenido del jarro, mientras José
llenaba ambas manos con un apreciable volumen de acíbar.
En la palma izquierda del primero surgió una sustancia pastosa, de aspecto gomo-resinoso,
que destelleó a la luz de las antorchas como un millar de lágrimas rojizas. Era mirra. Su fuerte
olor, mucho menos agradable que el del áloe, se mezcló en seguida con el del polvo granulado,
sofocándome.
Nicodemo se plantó frente a la mitad superior del cadáver, mientras el anciano José hacía
otro tanto junto a las extremidades inferiores de Jesús de Nazaret. El de Arimatea permaneció
unos segundos con las manos firmemente cerradas, aprisionando el polvo dorado. Cuando las
separó, el acíbar se había transformado en una pasta blanduzca, casi plástica.
Y ambos, a un mismo tiempo, se dedicaron a pellizcar las masas de mirra y áloe, embadurnando y cegando las brechas y orificios naturales del cuerpo. Nicodemo se ocupó de
las fosas nasales, oídos y de las grandes heridas de los costados. José, de los profundos
desgarros de las rodillas, clavos de manos y pies y de la maraña de agujeros provocados por
las tachuelas de las sandalias de los soldados (paradójicamente, de aquellos mismos que le
habían defendido después de muerto...).
Saltaba a la vista la precipitación de aquellos hombres. De haber actuado con menor premura, lo más probable es que el taponamiento no habría sido practicado en el último lugar.
Una prueba de lo que digo surgió cuando José recordó que faltaba el recto. Pero las extremidades inferiores de Jesús se hallaban anudadas y fue precisa la ayuda de Nicodemo
quien, refunfuñando, levantó nuevamente las piernas del Galileo, haciendo posible que el
anciano taponara el ano. Lógicamente, al llevar a cabo esta maniobra, gran parte del polvo
dorado depositado en la cinta que mantenía unidos los pies se deslizó, cayendo sobre el lienzo
de lino.
Al terminar, José, agobiado por la llegada del crepúsculo, se dirigió nuevamente a la puertecilla. Pero, en su atolondramiento, tropezó con el ánfora y poco faltó para que cayera de
bruces. Una vez comprobada la situación del sol, retornó hasta el banco de piedra,

mascullando
algo por lo bajo.
Para entonces, Nicodemo -más sereno que José- había soltado de su brazo derecho un largo
pañuelo granate, utilizado habitualmente por aquellas gentes para enjugar el sudor. Lo retorció

hábilmente, rodeando con él la cabeza de Jesús. El pañolón, fuertemente anudado sobre la
coronilla, levantó el maxilar inferior, cerrando así la boca del Cristo.
Todo estaba consumado en aquel acelerado y provisional sepelio. Antes de abandonar la cripta,
mientras Nicodemo recogía y sacaba al exterior los diversos útiles, José echó mano de su bolsa
y, al azar, extrajo un par de moneditas de bronce de unos 16 milímetros de diámetro cada una.
Siguiendo una remota costumbre, el de Arimatea las depositó sobre los párpados del Nazareno.
Pero la gran inflamación del ojo izquierdo hizo resbalar el «leptón»[1].
Aunque la cabeza del Maestro había sido apuntalada -a la altura de los oídos- por sendos
mazacotes de mirra, la tremenda deformación de la región malar mantenía sepultado el ojo,
haciendo difícil el depósito de la moneda sobre el casi irreconocible párpado. Pero José insistió,
consiguiendo un precario equilibrio de la moneda sobre los hematomas.
Las teas, con su centelleo, pusieron una chispa de vida en las brillantes superficies de los
«leptones».
Al inclinarme comprobé que el troquelado de ambas era sumamente rudimentario, con una
efigie descentrada y numerosas imperfecciones. Las dos procedían seguramente de la misma
emisión, a juzgar por las idénticas inscripciones y *lituus* o cayado central[2] y, sobre todo, por la
misma falta ortográfica, en las letras que ceñían en círculo la referida efigie del *lituus* o cayado
mágico[3]. La leyenda en cuestión decía así: «TIBEPIOY CAICAPOC». Es decir, *Tiberiou Kaisaris* o
«de Tiberio César».
Levanté con curiosidad la monedita del párpado derecho y en el reverso descubrí la no
menos desgastada silueta de un *simpulum* o catavinos, utilizado en las ofrendas rituales de las
libaciones paganas. En el centro, junto a este cazo o cucharón, se leía el número 16, formado
por una «iota» (equivalente al «10») y el llamado «epísemon», que correspondía al «6». En
otras palabras, la fecha «16», año del reinado de Tiberio César o 29 de la Era Cristiana.
Antes de cubrirle definitivamente con la mitad del lienzo, el buen amigo de Jesús se arrodilló

frente al cadáver y, bajando la cabeza, guardó unos minutos de silencio. El Zebedeo le imitó.
Fueron instantes especialmente intensos y emotivos. Comprendí con desolación que aquélla era
la última vez que vería el cuerpo sin vida del Maestro. No debo ocultar que, al posar mi mirada
en sus machacados restos, me asaltó una duda densa y agobiante como aquella cámara
funeraria: ¿resucitaría, tal y como había anunciado? Pero, ¿cómo? Aquella devastadora catástrofe había reducido su organismo a una piltrafa...
Lo confieso con toda sinceridad. Mi espíritu científico se rebeló. Nadie, que se sepa, lo había
logrado en toda la Historia de la Humanidad. ¿Por qué iba a conseguirlo aquel Galileo, tan
humano como los demás? Si realmente gozaba de poderes tan extraordinarios, ¿por qué no
había evitado tanto suplicio y, sobre todo, una muerte tan cruel y humillante?
Nicodemo y la casi totalidad de sus amigos y discípulos tampoco estaban muy seguros de la
anunciada resurrección de su Maestro. José, incluso, dudaba. Un signo palpable de lo que digo
se hallaba justamente en aquel rápido y provisional adecentamiento del cadáver. Las intenciones del anciano de Arimatea, de su compañero y de las mujeres que esperaban fuera de
la cripta, no tenían nada que ver con esa supuesta resurrección del rabí. Si de verdad hubieran

1 Esta moneda, similar a la «perutah» de Agripa I, era acuñada en Jerusalén. Se han encontrado ejemplares emitidos bajo Coponio, Valerio Grato, Poncio Pilato y Antonio Félix. Su valor era mínimo: un denario de plata equivalía a
192 «perutah», aproximadamente. *(N. del m.)*

2 Al consultar los principales catálogos mundiales de monedas judías del tiempo de Cristo -especialmente el de
monedas antiguas del Museo Británico y el libro de Madden sobre monedas judías, publicado en 1864 y reimpreso en
1967-, los especialistas de Caballo de Troya comprobaron que la mayor parte de las monedas acuñadas por Poncio
Pilato (del 26 al 36 de nuestra Era) se distinguían precisamente por signos como el *lituus, simpulum,* etc., que, por su
carácter pagano, ofendían los sentimientos religiosos del pueblo hebreo. En el caso del *lituus* o cayado del augur o
adivino, es de suponer que esta osadía de Poncio -único gobernador romano que se atrevió a herir así la fibra religiosa
de Judea- encerrase también un alto grado de adulación hacia Tiberio, gran entusiasta, como ya hemos visto, de los
astrólogos. *(N. del m.)*

3 Una de las faltas de ortografía más llamativas era la «C» inicial de la palabra «CAICAPOC». Lo lógico es que el
responsable del troquelado hubiera acuñado dicho titulo con la »K» griega: «KAICAPOC» o «Káisaris» («de César»).
Pero, por otra parte, conocida la pésima reputación del procurador romano como acuñador de monedas, tampoco me
extrañó excesivamente. Otro de los errores, consecuencia de la «comodidad» de los acuñaderes, aparece en las dos
últimas «C» de «CAICAPOC». En realidad, la mencionada palabra griega debería de haber sido escrita con sendas «Ó»
(letra «sigma»). Probablemente, los artesanos prefirieron ahorrarse el engorroso signo, dejándolo reducido a su mitad:
«<» o «C». *(N. del m.)*

creído en un suceso tan prodigioso, ¿por qué posponer el definitivo embalsamamiento del cuerpo de Jesús hasta después de la fiesta del sábado? Lo lógico hubiera sido no taponar siquiera sus heridas ni cubrirle con aquellos productos aromáticos, destinados únicamente a contrarrestar el cercano hedor de la putrefacción.

Encorvado, aturdido y extremadamente cansado por tantas emociones y por la falta de sueño, no fui capaz de formular un solo pensamiento o una fugaz oración ante el Hijo del Hombre. Con gran desolación por mi parte descubrí que no recordaba ninguna de las escasas plegarias que aprendí en mi niñez. Sin embargo, yo también me uní, simbólicamente, a José de Arimatea cuando, incorporándose, se inclinó sobre la fruncida frente del amigo, depositando en ella un cálido y prolongado beso.

Después cubrió el cuerpo de Jesús con la sábana, tomando las antorchas. Me apresuré a recoger su manto y en ese momento, al agacharme, descubrí en uno de los rincones de la cámara -semiocultos en la penumbra-, un par de capazos de mimbre, repletos de escombros y un pequeño pico. José se percató de mi observación, excusándose por el desorden del lugar.

Según comentó, el sepulcro se hallaba aún en obras...

Hacia las 17.45 horas, Juan, Longino, José y yo salíamos al callejón. El resto fue relativamente cómodo. Mientras el de Arimatea sostenía las hachas, el centurión, sus cuatro soldados y el hortelano procedieron a empujar la roca circular, haciéndola rodar por la profunda ranura hasta que tapó totalmente la pequeña abertura de la fachada. E insisto en lo de «relativamente cómodo» porque, de no haber sido por la presencia de los seis hombres, no sé cómo se las hubieran ingeniado José y Nicodemo para mover aquella media tonelada...

El crujido siniestro y escalofriante de la peña, en su último roce con la pared principal del panteón, puso punto final a muchas de las esperanzas de aquellos hombres y mujeres. ¿Cómo podía suponer en semejantes momentos que dicho cierre del sepulcro no era otra cosa que un corto paréntesis en esta increíble y desconcertante historia?

Antes de partir hacia Jerusalén, José agradeció la decisiva e inestimable ayuda de los legionarios entregando a cada uno de ellos una generosa cantidad de dinero. Creo no equivocarme pero, a partir de aquel viernes, la amistad entre Longino y el de Arimatea germinó firme y sincera.

Al abandonar el huerto, las mujeres, que se habían mantenido alejadas del sepulcro, tal y como especificaba la Ley judía, se unieron al cansino paso de José, manifestando sus dudas

sobre la pulcritud desplegada en aquel vertiginoso enterramiento del Maestro. Tanto Nicodemo
como el anciano coincidieron en las apreciaciones de las hebreas, autorizando a éstas para que,
nada más despuntar el domingo, procedieran a un embalsamamiento más correcto. Nicodemo,
incluso, les entregó. los restos de acíbar y mirra, comentando que, aunque ellos procurarían
estar presentes, no olvidasen recortar el pelo y la barba de Jesús, lavarlo esmeradamente y
colocar sobre su cuerpo la pluma o la llave, símbolo de su celibato, tal y como se hacía desde
tiempo inmemorial.
Frente a la puerta de los Peces, el oficial y sus hombres se despidieron, dirigiéndose
nuevamente hacia el Gólgota, con la expresa misión de trasladar los cuerpos de los «zelotas» a
la fosa de la Géhenne.
A las seis de aquella tarde, cuando nos hallábamos a pocos pasos de la casa de Elías Marcos,
tres clarinazos se levantaron desde la cúpula del templo, anunciando a la ciudad el final de la
jornada. A partir de esos momentos, en plena festividad ya de la Pascua, la actividad en
Jerusalén fue decreciendo. Las gentes, alegres y recuperadas del susto provocado por los
temblores de tierra, corrían presurosas hacia sus hogares, dispuestas a festejar y dar cumplida
cuenta de la cena pascual. No sé por qué pero aquella excitación y los constantes saludos de los
hebreos, deseándose paz cuando se cruzaban en las angostas callejas, me trajo a la memoria el
ambiente festivo y tan especial de los atardeceres que precedían a la Navidad y que yo había
vivido en mi país. Curiosamente, salvo Nicodemo, el joven Juan, José y el grupo de mujeres,
que avanzaban cabizbajos, el resto de los peregrinos y habitantes de la ciudad santa no se
hallaba afligido -ni muchísimo menos- por lo que acababa de acontecer en el peñasco de la
Calavera. Estoy convencido que una inmensa mayoría, incluso, no conocía aún la trágica
muerte del profeta de Galilea. Y silo sabían, evidentemente lo habían olvidado o les traía sin
cuidado... Este era el triste pero auténtico y real panorama de aquella Jerusalén en el 7 de abril

del año 30. Un día que, durante mucho tiempo, sería recordado, no por la crucifixión de Jesús
de Nazaret, sino por el «nefasto augurio» del oscurecimiento del sol y el posterior seísmo.
Nicodemo y Juan se despidieron a las puertas del domicilio de Marcos. El primero,

dispuesto
a reunirse con los apóstoles que se habían refugiado en su casa y a celebrar con ellos la
obligatoria Pascua. El joven Zebedeo, a su vez, descorazonado y sumido en una tristeza infinita,
se alejó hacia su residencia, donde aguardaba María, la madre del Nazareno.
José aceptó acompañar a las mujeres hasta el interior de la mansión de los Marcos, donde se
hallaban las compañeras que Jude había conducido desde el patíbulo.
La familia, desolada por los acontecimientos, acogió al anciano y a las hebreas con gran
solicitud, rogándoles que les pusieran al corriente de todo lo sucedido a partir de la muerte del
Maestro. El eficacísimo servicio de mensajeros de David Zebedeo había mantenido informados
puntualmente a los núcleos principales de amigos y seguidores del rabí. Por medio de estos
«correos», Elías Marcos y el resto de los apóstoles, repartidos en Jerusalén, Betania y Betfagé,
supieron del fallecimiento del Galileo entre una y dos horas después de ocurrido el óbito.
Cuando el anciano hubo concluido su relato, la esposa de Elías volvió a llenar nuestros vasos
con aquel vino caliente y reconfortante. Y antes de que José tomara la decisión de abandonar a
los Marcos, le rogué me informara sobre lo ocurrido desde que le vi alejarse hacia el templo, en
pleno incidente con los jueces y judíos que intentaban variar el texto del «inri» del Nazareno.
José me miró con un profundo cansancio.
-¿Para qué recordar esa triste historia? -comentó sin entusiasmo.
Pero yo necesitaba averiguar lo sucedido en el interior del Santuario. ¿Qué había pasado en
la reunión del Sanedrín? ¿Qué había sido de Judas Iscariote? El hijo de Elías Marcos no se
hallaba en la casa o, al menos, yo no había acertado a verle y eso me preocupaba.
Le supliqué con una ansiedad tal que el bueno de José terminó por ceder.
-Desde los muros de la Torre Antonia -comenzó el anciano--me dirigí al Templo. Tal y como
comentamos, en mi corazón había una sospecha: los ciegos saduceos, leales al clan de Caifás y
de su suegro, podían conspirar también contra los íntimos del Maestro. Su temor a un
levantamiento por parte de los seguidores y amigos de Jesús no se había disipado con la
condena a muerte aprobada por Pilato. Todo lo contrarío. Precisamente a partir de esos
momentos -según ellos- la situación se hacia mucho más delicada. Y de la misma forma que
habían intentado capturar a Lázaro, adoptaron las medidas oportunas para prender y encarcelar
a los discípulos.
-¿Medidas?, ¿qué medidas? -le interrumpí.
-Nada más regresar a su cuartel general en el Santuario, los levitas, siguiendo

instrucciones
del sumo sacerdote, formaron una escolta y salieron hacia la finca de Simón, «el leproso», en
Getsemaní. Gracias a la bondad infinita de Dios -¡bendito sea su nombre!-, poco antes de la
partida pude establecer contacto con uno de los emisarios de David Zebedeo. Al informarle de
lo que se proponía el Sanedrín corrió hasta el Olivete, dando la alerta. Pero, sobre la suerte de
los allí acampados no puedo añadir gran cosa. Sólo sé que a su regreso, el capitán de la
guardia del templo se mostró furioso: « Los seguidores del impostor -explicó a Caifás- han
huido como cobardes, pero hemos incendiado su campamento.. .»
»El sumo sacerdote y la mayoría de los miembros del Sanedrín se tranquilizaron, estimando
que la desbandada de los hombres del Nazareno reducía considerablemente el riesgo de un
motín. Y Caifás, reunido con el Consejo en la sala de las «piedras talladas», prosiguió su
informe sobre todo lo ocurrido en la noche y madrugada, hasta el momento en que nuestro
Maestro fue introducido definitivamente en el Pretorio.
»El cúmulo de mentiras, injurias y arbitrariedades esgrimidas por el yerno de Anás fue tal
que, asqueado, me retiré del tribunal.
»Pero, cuando me disponía a salir del Templo, apareció Judas. Nos miramos en silencio y el
traidor entró en la sala del Sanedrín. Regresé de nuevo al interior de la sede del Consejo,
dispuesto a hundir a aquel miserable. Pero no fue preciso. Al ver al Iscariote, Caifás y sus
hombres comenzaron a murmurar entre sí. Pero ninguno le dirigió la palabra. Al parecer, Judas
esperaba un recibimiento triunfal. Pensó, equivocadamente, que aquella ralea le colmaría de
honores, ensalzando su «gran servicio a la nación». Pobre desdichado!
»A una señal del sumo sacerdote, uno de los servidores se dirigió a Judas y, tocándole la
espalda, le invitó a que le siguiera. Visiblemente confundido y decepcionado, el traidor obedeció
y ambos salieron de la sala.

»Entonces, el siervo, entregándole un bolsa, le dijo:
»-Judas, he sido encargado de pagarte por traicionar a Jesús, el Galileo. He aquí tu recompensa.
»El Iscariote, pálido, abrió la bolsa y con una sangre fría que aún me aterra, contó las monedas...
José hizo una pausa y, cuando daba por sentado que aclararía el importe de la citada recompensa, esquivó el asunto. Me vi en la obligación de interrumpirle otra vez e interesarme

por la suma.
-Treinta monedas... -replicó el anciano con repugnancia.
-¿Denarios de plata? -presioné.
José, molesto por mi insistencia, aclaró:
-No, 30 «seqel».
(Esta moneda de plata, conocida popularmente como «siclo de Tiro», constituía, como ya dije,
el dinero habitual en el pago de los tributos del Templo. Era, en definitiva, una pieza usada
comúnmente por los sacerdotes en la mayor parte de sus transacciones comerciales. Su
equivalencia, en aquella época, era de unos cuatro denarios de plata por «seqel». Una suma,
por tanto, «moderada». Hay que tener en cuenta que, según el testimonio evangélico de Mateo
(27,9), los sacerdotes compraron un campo con el dinero que había rechazado Judas. Hoy, esos
120 denarios de plata podrían equipararse a unos 200 dólares.)[1]
El de Arimatea prosiguió:
-Cuando el traidor se cercioró del valor de la bolsa, lívido y mudo de estupor se lanzó hacia
la puerta del Consejo, dispuesto –supongo- a protestar. Pero el portero le cortó el paso,
prohibiéndole la entrada.
»Derrotado, Judas pasó de la cólera a su habitual frialdad. Dejó caer la bolsa en su bolsillo,
alejándose de la sala de las «piedras talladas». Desde entonces no he vuelto a verle...
Fue inútil que insistiera. José de Arimatea, en efecto, había perdido la pista del traidor.
Ignoraba su suerte y, por supuesto, no podía conocer el incidente del Templo y el gesto
desesperado del Iscariote, arrojando las monedas al tesoro del Santuario. Yo estaba al tanto de
esta última acción de Judas por la lectura previa de Mateo, pero ¿habían sucedido las cosas tal
y como lo describe el autor sagrado?
La fortuna quiso que pudiera desvelar esta incógnita poco después de la marcha del anciano
de la casa de Elías Marcos. Había dos asuntos que me obligaban a permanecer en aquel
domicilio y que, sin proponérmelo, fueron una magnífica excusa para averiguar otro dato.
Caballo de Troya me había asignado la ineludible misión de rescatar el micrófono que había
camuflado en el farol situado en la sala donde había tenido lugar la última cena de Jesús. Una
de las normas básicas del proyecto especificaba que los «astronautas» no podían dejar en el
área de exploración ningún resto, señal o indicio de su paso. Tampoco era lícito trasladar a
«nuestro tiempo real» nada que pudiera pertenecer a dicha época. La recuperación de esta
pieza, en consecuencia, era obligatoria.
Por otra parte, resultaba imprescindible que hablase con el joven Juan Marcos. Pero el

adolescente no terminaba de comparecer. Así que, invocando un sentimental deseo de ver por
última vez el cenáculo, convencí a la esposa de Elías para que me acompañara al piso superior.
Cuando entramos en la estancia, mi corazón casi se detuvo: ¡El farol había desaparecido!
La hebrea notó mi palidez, confundiendo mi angustia con una supuesta y honrosa emoción al
pisar de nuevo el recinto donde había cenado el Maestro. Tratando de no perder los nervios
paseé la mirada por la sala, buscando afanosamente el maldito farol. Pero, evidentemente,
alguien lo había sacado de la habitación.
Al borde del colapso, interrogué a la señora de la casa sobre el paradero de la hermosa pieza. La mujer. desconcertada, me explicó sin conceder importancia al asunto que se había
hecho añicos durante el temblor. Uno de los sirvientes lo había llevado a un taller de Jerusalén
con el propósito de que fuera reparado.
Agradecí su gentileza por permitirme ver el cenáculo y, desarbolado, regresé a la planta
baja. Yo sabía que, a partir del toque de las trompetas, y tratándose de una fiesta tan solemne
como aquélla, las actividades artesanales y de cualquier otro tipo cesaban automáticamente. Y
ya no se reanudarían hasta finalizada la Pascua. ¿Cómo podía recuperar el micrófono si el

1 Doscientos dólares de 1973, claro. *(N. de J.. J. Benítez.)*

retorno del módulo había sido establecido a las 7 de la mañana del domingo? Como creo haber
insinuado, este contratiempo vino a sumarse a la serie de «razones» que aconsejaron a Caballo
de Troya la repetición del gran «salto» al año 30.
Absorto por este inesperado incidente, casi no me di cuenta del paso del tiempo. La familia
de Marcos, ocupada en los preparativos de la cena pascual, apenas si reparó en mí.
Hacia las ocho de la noche, cuando el sueño empezaba a vencerme, alguien me sacó de mis
confusos pensamientos. Al levantar la vista encontré ante mi dos rostros bien conocidos. Uno,
sonriente -el del activo David Zebedeo- y otro, por el contrario, demacrado y afligido: el del
joven hijo de mis hospitalarios anfitriones. Aquello me despejó momentáneamente.
David, con una alegría que no terminaba de entender, puso en mis manos el manto de lino
blanco que yo había adquirido en la tarde del pasado jueves en la tintorería de Malkiyías y del
que, honestamente, me había olvidado.
-Te supongo enterado de todo lo ocurrido -habló al fin el jefe de los emisarios.
Asentí en silencio.

Al advertir mi decaimiento, David me zarandeó cariñosamente, exclamando con un convencimiento que me dejó atónito:

-¡Resucitará! Lo prometió...

Escruté los cansados ojos de aquel hebreo y quedé maravillado. David Zebedeo creía realmente lo que estaba diciendo. Era asombroso. Tenía ante mí al único que creía ciega y firmemente en la promesa del Maestro. Ni en el audaz Juan, el Evangelista, ni en José de Arimatea ni en ningún otro discípulo o amigo de Jesús había observado una fe como la de aquel hombre. Y, paradójicamente, apenas si es citado en los textos evangélicos...

Ahora sí estaba clara la razón de su alegría.

Antes de su partida hacia la casa de Nicodemo, donde había trasladado su «centro» de «correos», David me informó sobre sus últimas peripecias en el campamento de Getsemaní.

Efectivamente, al recibir el aviso de José, desmontó velozmente las tiendas de campaña, trasladando su «puesto de mando» a lo más alto del Olivete. Desde allí, una vez superada la amenaza de los levitas, siguió enviando mensajeros a todos los puntos donde él sabía que se hallaban los apóstoles, amigos y familiares del Nazareno.

Nada más conocer por uno de sus agentes la orden de crucifixión, otros tantos y veloces mensajeros corrieron hacia Pella, Bethsaíde, Filadelfia, Sidón, Damasco y Alejandría, con la noticia de la inminente muerte de Jesús, por orden del procurador romano.

Durante buena parte de aquella jornada, David no cesó de mandar «correos» a Jerusalén y a Betania, informando puntualmente a los discípulos y a la familia de Jesús de cuanto estaba ocurriendo. De no haber sido por la pericia y valentía de este judío, la mayor parte de los apóstoles, escondidos y temerosos, hubieran tardado algún tiempo en conocer el triste final de su Maestro.

Por último, con el ocaso, este Zebedeo suspendió los «correos», permitiendo a sus mensajeros que se retiraran a descansar y a celebrar la obligada fiesta pascual. Sin embargo, su convencimiento sobre la resurrección del rabí era tan sólido que, antes de que partieran, les comunicó en secreto la obligación de concentrarse en la casa de Nicodemo, a primeras horas de la mañana del domingo. Su intención era transmitir la buena nueva en cuanto se produjese.

Mi admiración por aquel hombre no tuvo límites...

Y antes de que el hijo de los Marcos se uniera a su familia en el banquete de Pascua, mi curiosidad se vio satisfecha al desvelar, al fin, la suerte del Iscariote.

Me costó trabajo persuadir al joven Juan Marcos de que hablase. En aquellas últimas diez horas, su alma de niño se había consumido entre el dolor, la rabia y la impotencia. Jamás

olvidaría la ensangrentada figura de su ídolo y amigo: Jesús de Nazaret. Como tampoco podría
borrar la imagen de unos sacerdotes fanatizados y la de un populacho que, poco antes, había
aclamado las valientes y lúcidas intervenciones de su Maestro en la explanada del atrio de los
Gentiles y que, ahora, hubiese lapidado al Galileo en la mismísima fachada del Pretorio romano.
Intenté calmarle, recordándole las palabras que acababa de pronunciar David Zebedeo sobre
la resurrección. Pero Juan me miró sin comprender. Aquella expresión -«y resucitaré al tercer
día»- rebasaba su capacidad infantil.
Tanto Juan Marcos como su familia sabían que yo había permanecido al pie de la cruz y,
como reconocimiento a lo que ellos consideraron un gesto de amor y valentía hacia el rabí, el

muchacho terminó por narrarme lo que había visto y oído desde que yo le encomendase el
seguimiento de Judas.
Este fue su entrecortado y ceñido relato:
-Cuando el traidor vio cómo los legionarios terminaban de atravesar los pies de Jesús, con la
cabeza cubierta por el manto se alejó del patíbulo. Tú lo viste...
Le animé a continuar.
-Entonces, Judas fue directamente al Templo. No pude verle la cara porque siempre fui detrás de él pero, viendo sus grandes zancadas y los empujones con que se abrió paso en la
explanada del Santuario, yo diría que estaba furioso.
»Caminó hasta las puertas de la Sala del Consejo de Justicia pero, al intentar abrirlas, el
portero se le interpuso. Judas, con una maldición que no me atrevo a repetir, le golpeó en
pleno rostro, derribándole y dejándole como muerto.
(Aquella reacción encajaba, desde luego, en la violencia que, en ocasiones, estalla en los
grandes tímidos. Y el Iscariote lo era.)
-... Abrió la gran puerta de la sala de las «piedras talladas» y, descubriéndose, irrumpió en el
Tribunal. Yo no me atreví a moverme del quicio de la puerta. Si alguien me hubiera puesto la
mano encima, seguro que me azotan...
Correspondí con una sonrisa de gratitud y Juan Marcos prosiguió:
-Sólo pude ver a Caifás y a alguno de los saduceos, escribas y fariseos, sentados en sus
bancas de madera. Cuando el Iscariote avanzó hasta las gradas, los jueces enmudecieron. En
sus rostros habla sorpresa. Por lo visto no esperaban al traidor. Y Judas, jadeando y en un tono
que casi me dio lástima, les dijo:

»-He pecado en el sentido de haber traicionado una sangre inocente... Me ofrecisteis dinero
por este servicio -el precio de un esclavo- y, con ello, me habéis insultado...
»Los sanedritas, atónitos, parecían no dar crédito a lo que estaban viendo. Y Judas concluyó
así:
»-... Me arrepiento de mi acto. He aquí vuestro dinero.
»Entonces sacó una bolsa de su faja y la mostró al Consejo. Por último, exclamó con voz
imperiosa:
»-¡Quiero liberarme de esta culpa!
»Las carcajadas no tardaron en llenar la gran sala. Aquellos hipócritas, dando fuertes palmadas sobre los asientos, se mofaron y le ridiculizaron cruelmente. Uno de los que ocupaba
un puesto cercano a Judas se levantó y acercándose a él le invitó con la mano a que se retirara.
Pero antes manifestó en alta voz:
»-TU Maestro ha sido condenado por los romanos. En cuanto a tu culpabilidad, ¿en qué nos
concierne? ¡Ocúpate tú de ello y vete!
»El Iscariote dio media vuelta y con la cabeza baja se alejó del Tribunal, mientras las risotadas e insultos arreciaban de nuevo.
»Cuando pasó a mi lado, su cara me dio miedo. Llevaba la bolsa en su mano izquierda y los
ojos fijos en el suelo. Creo que ni siquiera me vio.
»A grandes pasos se perdió en dirección al atrio de las Mujeres, entrando en la sala de los
«cepillos». Con gran calma tomó un puñado de monedas, lanzándolas a boleo. Después volvió a
meter la mano en la bolsa, estrellando el resto de los siclos contra las baldosas. Cuando
comprobó que ya no quedaban monedas, arrojó la bolsa sobre el pavimento pisoteándola con
furia.
»Entonces, abriéndose paso violentamente entre los atónitos hombres que allí se encontraban, salió en dirección al atrio de los Gentiles.
Estimo que esta aparentemente insólita acción de Judas Iscariote, desembarazándose de las
30 monedas de plata, merece un comentario. Las palabras del traidor ante el Tribunal -«he aquí
vuestro dinero» y «quiero liberarme de esta culpa»- no fueron una simple y humana reacción
de arrepentimiento. Judas sabía, como todos los judíos, que la Ley protegía a los «vendedores»
de algo o de alguien. La *Misná,* en su Orden Quinto: «Votos de Evaluación» *(arajin),* establece
en un total de nueve capítulos las disposiciones en torno a los llamados votos de evaluación; es
decir, aquellos por los que una persona se compromete a entregar al Templo el valor de una
determinada persona, tal y como viene determinado en el *Levítico* (27, 1-8) en relación con la
edad y sexo. Además abarca una minuciosa normativa sobre la compra y dedicación de

tierras
heredadas y de casas como, asimismo, sobre su rescate y los votos de «exterminio». Pues

bien, en vista de la actuación del Iscariote, entiendo que éste consideró -o trató de considerar
ante los sanedritas- que la entrega de su Maestro encajaba de lleno en lo que podríamos
denominar una «venta» o «transacción comercio» por la que, incluso, había percibido una
compensación económica. En este sentido, al menos en lo que concierne a bienes puramente
materiales casas, campos, etc.-, si el vendedor, una vez efectuada la operación, no la
consideraba justa o, sencillamente, decidía echarse atrás, podía recurrir dentro de un plazo de
12 meses, a contar a partir del día de la venta. La mencionada *Misná,* en el capítulo IX (4) del
citado apartado sobre «Votos de Evaluación» reza textualmente en este sentido:
«Si llegó el último día de los doce meses y no ha sido redimida (la casa, por ejemplo), se
hace definitivamente suya (es decir, del comprador), indiferentemente que la hubiera comprado
o que la hubiera recibido en regalo, puesto que está escrito en el *Levítico* (25,30): "a
perpetuidad". Antiguamente (el comprador) se escondía cuando llegaba el último día de los
doce meses a fin de que se hiciera definitivamente suya (la casa). Pero Hilel, «el viejo», dispuso
que (el vendedor) pudiera echar el dinero en la cámara del Templo, pudiera romper la puerta y
entrar (en la casa) y que el otro pudiera venir cuando quisiera y recoger su dinero. »
Judas, en consecuencia, había obrado de acuerdo con la Ley. No estaba conforme con la
«venta» de Jesús de Nazaret e hizo uso de su derecho, en el mismo día del pago de dicha
«transacción». Y aunque el Iscariote debía saber también que en el capítulo primero (apartado
3) del referido asunto de los Votos se aclara que «el moribundo y el que es conducido a la
muerte (por veredicto de un tribunal judío que no admite gracia) no pueden ser objeto de voto
ni pueden ser evaluados», forzó sus derechos al máximo, creyendo ingenuamente que aquel
gesto anularía dicha «venta». Hay que reconocer, en descargo de la culpabilidad del Iscariote,
que, por lo menos, apuró todas las posibilidades jurídicas, en beneficio del Maestro. De poco
sirvió, por supuesto, pero creo que es de justicia esclarecer este hecho, tan parcamente
contado por el escritor sagrado. Muchas personas podrán preguntarse -yo también lo hice- por
qué Judas accedió a esta «venta», si sabía que su traición desembocaría en el

ajusticiamiento
del Nazareno. Personalmente, a la vista del mencionado comportamiento del Iscariote en la sala
del Sanedrín y, posteriormente, en la del tesoro, creo que Judas jamás llegó a pensar que su
Maestro sería condenado a muerte. Él lo había entregado a los dignatarios de las castas
sacerdotales, convencido de que éstos se limitarían a «custodiarle» e interrogarle y, a lo sumo,
encarcelarle o desterrarle. No trato de hacer una defensa extrema del traidor, pero su fría
venganza contra el Galileo y su movimiento se hubiera visto sobradamente colmada con la
vergonzosa captura y el posible desmembramiento de los discípulos. Pero los acontecimientos,
como sabemos, tomaron otros derroteros.
De lo que ya no puedo estar seguro es de cuál fue la razón que pesó más en el agitado
corazón del Iscariote: la inminente muerte del rabí o el ridículo a que se vio sometido por los
sanedritas. Como ya he repetido, no era dinero lo que perseguía Judas. Su obsesión era el
reconocimiento público y los honores prometidos y soñados y que, desgraciadamente para él,
jamás llegaron. Por lógica, si sus maquinaciones hubieran tenido como base y objetivo final la
obtención de dinero, ¿por qué iba a prescindir de aquellas 30 monedas de plata? En todo caso,
se las hubiera llevado a la tumba con él. La lucha interna del traidor en aquellas horas debió ser
tan afilada que no tengo valor para juzgarle ni para juzgar su trágica decisión última...
Es curioso pero, si Jesús no hubiera sido condenado a muerte, quizá Judas hubiera tenido
éxito en su intento de anulación de la «venta». La Ley, al menos, preveía un plazo de un año
para que el «comprador» -en este caso los sanedritas- se retractaran y devolvieran la
mercancía».
Juan Marcos, medio dormido, remató su testimonio con una noticia que cambiaba -en parte-
lo que afirma Mateo en su evangelio:
-Judas descendió por el barrio bajo. Al principio creí que se dirigía a mi casa o a Betania.
Llevaba mucha prisa. No saludaba a nadie. Salió de la ciudad por la puerta de la Fuente y, ante
mi desconcierto, torció a la derecha, en dirección a la garganta del Hinnom. Empezó a trepar
entre los peñascos y al llegar a una de las rocas más altas y puntiagudas se deshizo del manto
y del cinto. Yo estaba tan asustado que me pegué al terreno, temblando de miedo. Entonces vi
a Judas, al borde del precipicio, amarrando uno de los extremos del ceñidor a la rama de una
pequeña higuera que crecía entre las grietas de la roca. Cuando comprendí lo que quería hacer

me incorporé, dispuesto a pedirle que no lo hiciera. Pero no tuve tiempo siquiera de abrir la
boca. El Iscariote hizo otro nudo alrededor de su cuello y, en silencio, se lanzó al vacío...

El muchacho, con una extrema palidez, se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar.
Tuve que esperar a que se calmara. Al rato, gimoteando, concluyó:
-... ¡Fue espantoso, Jasón...! Corrí hacia la higuera. En aquellos momentos sólo tuve un pensamiento: cortar, morder, arañar el cinto... Todo menos dejar que se ahorcase.
»Cuando llegué al filo del abismo, el cuerpo del pobre Judas se balanceaba en el aire, pateando
y girando sobre sí mismo como un «zevivon»[1]...
»Tenía las manos aferradas al cuello como tratando de luchar contra la asfixia, y los ojos
muy abiertos, casi fuera de las órbitas.
»Las rodillas me temblaban y mi garganta se secó, como si hubiera tragado un puñado de
arena. Pero, cuando me disponía a trepar al arbolillo y quebrar la higuera, el nudo de la rama
se soltó y Judas cayó al precipicio, estrellándose contra las piedras.
»Fue todo tan rápido que no pude hacer absolutamente nada. Me quedé allí arriba, como un
poste, contemplando el cuerpo inmóvil de Judas. Después, sin fuerzas ni para llorar, regresé a
la ciudad y, cuando trataba de volver al Gólgota, ocurrió el temblor... Mi terror fue tan grande
que volví a la puerta de la Fuente, huyendo hacia el campamento. Allí fue donde me encontró
David...
Al preguntarle si el cuerpo del Iscariote seguía aún en el fondo del barranco, Juan Marcos se
encogió de hombros. Al parecer no había comentado el suceso con nadie. Yo era el primero en
saberlo. Agradecí su información, rogándole que se retirara a descansar.
-Mañana, a primera hora, si no tienes inconveniente -le dijo- quiero que me acompañes
hasta esa garganta...
Juan Marcos asintió como un autómata, desapareciendo en el patio donde estaba a punto de
comenzar la cena pascual.
La versión del muchacho variaba ligeramente la siempre trágica suerte del traidor. Era preciso que confirmase si Judas había fallecido por ahorcamiento o por precipitación. Aunque
sus intenciones, en el fondo, estaban claras -suicidarse-, quizá la forma definitiva de su muerte
(suponiendo que hubiera muerto) no había sido la que siempre hemos conocido y aceptado.
Y abusando de la generosidad de aquella familia, escogí uno de los rincones de la planta
baja, envolviéndome en el manto. Al quedarme solo establecí una última conexión con

el
módulo, anunciando a Eliseo mi intención de visitar el Hinnom y, suponiendo que aún estuviese
allí, examinar el cadáver de Judas.
Hacia las 21.30 horas, el sueño disipó mi fatiga y mis angustias. Me pareció extraño, muy
extraño, que Jesús de Nazaret no estuviera vivo y cercano. Sin querer me había acostumbrado
a su majestuosa presencia...

Poco antes del amanecer, Eliseo me sacó de un profundo sueño, plagado de pesadillas en las
que, curiosamente, se mezclaban las más absurdas situaciones y vivencias, tanto del «tiempo»
real en que me movía como de mi verdadero siglo.
La meteorología había cambiado. El día prometía serenidad:
viento en calma, excelente visibilidad, baja humedad relativa y una temperatura de logrados
centígrados, en ascenso. Desde el módulo, los radares de largo alcance dibujaban con toda
nitidez los perfiles del árido Negev.
Juan Marcos no tardó en presentarse. Traía un gran cuenco de leche de cabra y algo de pan,
fabricado durante la mañana del viernes. Mi agotamiento había desaparecido y devoré
prácticamente el frugal desayuno.

1 En los relatos tradicionales de la festividad judía de las luminarias o «Januká» (que suele coincidir con las Navidades). se cuenta que, durante la ocupación romana en el siglo I, estaba prohibido reunirse en grupos para
estudiar la Torá. Cuando un vigía alertaba al grupo de estudiosos sobre la proximidad de los legionarios, alguien sacaba
un «zevivon» o pequeño dado, con una base puntiaguda y un asa superior para hacerlo girar. De esta forma disimulaban, apostando sobre qué cara del dado caería hacia arriba. Incluso en la actualidad es frecuente ver a los
niños israelitas jugando con uno de estos «zevivon» durante los días de la «Januká». *(N. del m.)*

Con las primeras luces y el trompeteo del Santuario, anunciando el nuevo día, mi joven
amigo y yo cruzamos las solitarias calles de Jerusalén. El habitual ruido de la molienda había
desaparecido. Nadie parecía tener prisa por levantarse. Por un lado me alegré. Si el cuerpo de
Judas continuaba entre las peñas, prefería que nadie nos viera junto a él. Así era mucho más
seguro.
Una vez fuera de la murallas, el muchacho me condujo hacia el Oeste, siguiendo casi en
paralelo el muro meridional de la ciudad. A escasos metros de la puerta de la Fuente, por la que
habíamos salido, el terreno cambió. Entramos en lo que los judíos llamaban la Géhenne o
«infierno». Supongo que por lo atormentado de la depresión y por las numerosas hogueras que

se levantaban aquí y allá en una permanente quema de basuras. En efecto, conforme caminábamos observé cómo aquel tétrico paraje había sido convertido en un inmenso estercolero en el que merodeaban un sinfín de perros vagabundos y ratas enormes como liebres.

Juan Marcos se detuvo. Observó el paisaje y, a los pocos segundos, reanudó la marcha. A los cinco minutos de camino, la Géhenne se convirtió en un laberinto de peñascos, barrancas estériles y pequeños pero agudos precipicios. De acuerdo con las cotas de nuestras cartas, aquel extremo sur de Jerusalén oscilaba entre los 612 y 630 metros, en las proximidades del portalón de la Fuente y los 685, en las cercanías de la puerta de los Esenios. Entre ambos puntos, el perfil del terreno sufría bruscas variaciones, con desniveles de 20, 30 y hasta 40 metros.

Al ir salvando aquel «infierno» supuse que si el Iscariote había caído desde cualquiera de aquellos barrancos, lo más probable es que se hubiera destrozado contra las cortantes aristas de las peñas.

Al fin, Juan Marcos se detuvo. Nos encontrábamos a unos 200 metros en línea recta de la muralla y sobre uno de aquellos pelados promontorios. Me señaló una joven higuera, nacida milagrosamente entre los vericuetos y fisuras de la roca y que, tal y como me habla explicado, crecía con la mitad de su ramaje hacia el Oeste y sobre el vacío.

Lentamente me aproximé al filo del precipicio. El muchacho, inquieto y tembloroso, se aferró a mi brazo. Al principio no distinguí nada anormal. La barranca presentaba una caída casi en vertical de unos 35 o 40 metros. Pero la semiclaridad del alba no era suficiente para distinguir el fondo con precisión.

Tras un par de minutos de tensa búsqueda, Juan Marcos dio un grito que a punto estuvo de hacerme perder el equilibrio.

-¡Allí!... ¡Mira, allí está!

Seguí la dirección de su dedo y, en efecto, confundido entre las piedras, aprecié un bulto lechoso, inmóvil y que, desde mi punto de observación, parecía un hombre envuelto en algo similar a una túnica o una manta blanca.

Ordené a Juan Marcos que no se moviera y elegí uno de los terraplenes, iniciando el descenso.

Después de no pocos rodeos, rasponazos y sobresaltos entre las resbaladizas paredes del precipicio, me vi al fin en el fondo de la barranca, a poco más de cuatro metros del cuerpo. Lo observé sin mover un solo músculo. Parecía desmayado o muerto. Evidentemente era

un
hombre, enfundado en una tónica marfileña, similar a la que usaba Judas. Se hallaba boca
abajo, con la pierna izquierda violentamente flexionada bajo el abdomen.
Cuando, finalmente, me decidí a avanzar hacia él, algo negro, grande y peludo como un
conejo salió de debajo, huyendo hacia las zarzas próximas. Me detuve. Un escalofrío recorrió
mis entrañas. Las ratas habían empezado a devorarlo...
Me apresuré a darle la vuelta y el rostro imberbe, puntiagudo y pálido del Iscariote apareció
ante mí. Tenía los ojos abiertos, con el sello del espanto en sus pupilas. Uno de los globos
oculares había desaparecido prácticamente, ante las acometidas de los roedores.
Por más que repasé su cuerpo no advertí señal alguna de sangre. Sólo un finísimo hilo, ya
seco, brotaba de la comisura derecha de su boca.
Llevaba el cinto anudado al cuello. Al examinarlo me di cuenta que no estaba roto o
desgarrado. Sencillamente, como dijo Juan Marcos, se había desanudado. Presionaba la
garganta de Judas pero, ante mi sorpresa, la conjuntiva o membrana mucosa que tapiza el
dorso de los párpados y la zona anterior del ojo no presentaba las típicas manchas rojas de los

ahorcados. Retiré el pelo negro y fino pero tampoco observé este tipo de «ronchas» por detrás
de las orejas.
La lengua no se hallaba presa entre los dientes ni lucía la habitual tonalidad azul, signos
característicos entre los ahorcados.
Si verdaderamente se hubiera registrado el cierre completo de todo el riego y desagüe
cerebral, la cara de Judas aparecería embotada. Sin embargo, su aspecto -a pesar de las 15
horas transcurridas desde el hipotético óbito- era casi normal. Las pupilas, dilatadas en un
principio, habían empezado a empequeñecer, entrando en fase de «miosis» (posiblemente a
partir de las nueve de la noche del viernes).
Presentaba también las livideces propias de un estado *post-mortem* pero, insisto, las venas
yugulares y arterias carótidas no mostraban señales de estrangulamiento, habituales en los
ahorcados[1].
Ante aquel cúmulo de pruebas negativas, mi impresión personal fue la siguiente: Judas
Iscariote no había fallecido por ahorcamiento, sino por precipitación.
Esta teoría se vio fortalecida al palpar las extremidades y el resto del cuerpo. Las piernas y
uno de los brazos sufrían fracturas cuádruples y las roturas internas eran generalizadas.
Pero lo que terminó de convencerme fue el sonido del cráneo, al agitarlo entre mis

manos.
Aquel ruido -similar al de un «saco de nueces»- era típico de las personas que han sufrido una
de estas precipitaciones o caídas desde gran altura.
Aunque resultaba verosímil que el traidor, en su desesperación, no ajustara el nudo del cinto
convenientemente, cayendo al vacío antes de perecer por ahorcamiento, nunca pude
comprender cómo este sujeto -generalmente meticuloso- pudo cometer un error semejante.
Volví a depositar el cuerpo sobre las piedras y, tras cerrar sus ojos (o lo que quedaba de
ellos), permanecí unos minutos en pie y en silencio, contemplando a aquel desdichado. Me
pregunté si aquel Iscariote u «hombre de Carioth», hijo de Simón, un hombre ilustre y
adinerado de Judea, discípulo de Juan el Bautista y atormentado buscador de la Verdad,
merecía realmente un fin tan desolador...
Regresé junto a mi amigo, confirmándole la muerte de Judas. Juan Marcos había recuperado
el manto del renegado y, lentamente, en silencio, volvimos a Jerusalén.
Una vez en la ciudad, tras rogarle que me condujera hasta la casa de Juan Zebedeo, le pedí
que se pusiera en contacto con la familia de Judas, a fin de que levantaran sus restos antes de
que las ratas y las alimañas de la Géhenne terminaran por desfigurarle.
Con gran diligencia, como era su costumbre, el hijo de los Marcos cumplió mi nuevo encargo.
Juan Zebedeo no me esperaba. Pero me recibió con un entrañable abrazo. Disponía de una
casita de una planta, muy humilde y casi vacía, en la zona norte de la ciudad. En un barrio que,
por aquel entonces, empezaba a crecer y que era conocido por «Beza'tha».
Sorteé un caldero en el que ardían algunos pequeños troncos, y que se destinaba
generalmente para ahuyentar a los insectos y mosquitos, y crucé el umbral de la puerta. En el
interior de la única estancia, penosamente alumbrada por un lámpara de aceite, distinguí en
seguida a cuatro mujeres. Eran María, la madre de Jesús; su hermana Mirián; Salomé, madre
de Juan y la joven Ruth, hermana del Nazareno.
No había sillas ni taburetes y el Zebedeo me invitó a tomar asiento sobre una de las esteras
esparcidas sobre la tierra apisonada que formaba el pavimento. Me extrañó la singular
austeridad de aquella casa, con un liviano terrado a base de ramas cubiertas de tierra y arcilla y
sin una sola ventana o tronera. Después supe que aquélla no era la residencia habitual de los
Zebedeo. Esta se hallaba al norte, en Galilea.
Juan no me presentó a las mujeres. No era costumbre pero, además, tampoco 13
necesitaba. Todas las hebreas se mostraban especialmente solicitas con María. Una de ellas
acababa de ofrecerle un cuenco de madera con leche. Pero la madre del Galileo se resistía a

tomarlo. Cuando mis ojos fueron acostumbrándose a la penumbra, comprobé que la Señora
tenía la cabeza descubierta. Sus cabellos eran mucho más negros de lo que había supuesto. Se
peinaba con raya en el centro, recogiendo en la nuca una sedosa y azabache mata de pelo. Sus
ojeras, mucho más marcadas que en el momento de su encuentro con el crucificado, reflejaban

1 En Medicina Legal está perfectamente estudiado que, para producir el cierre total de las yugulares, se necesitan
unos cinco kilos de fuerza. En el caso de las carótidas, entre diez y quince kilos. *(N. del m.)*

una noche de vigilia y sufrimiento. Se hallaba sentada sobre una de aquellas gruesas esterillas
de palma y junco, con el cuerpo y la cabeza reclinados sobre el muro de adobe y los ojos
semicerrados. De vez en cuando, un profundo suspiro agitaba todo su ser y los hermosos ojos
rasgados se entreabrían. Por un momento, al captar la resignada amargura de aquella hebrea,
me sentí desfallecer. No tenía valor para interrogarla. Las fuerzas y el coraje parecían escapar
de mí, anonadado ante la angustia de una madre que acababa de perder a su hijo primogénito.
¿Cómo podía iniciar la conversación? ¿Con qué valor me enfrentaba a aquella mujer, rota por el
dolor, para pedirle que me hablara de su Hijo, de su infancia y de su no menos ignorada
juventud?
Fue Juan quien, sin proponérselo, alisó tan arduo trabajo, previsto por Caballo de Troya
como uno de los últimos objetivos de aquella misión.
Después de sacudir un viejo y renegrido pellejo de cabra, el discípulo llenó otro cuenco de
madera con una leche espesa y agria, rogándome que aceptase aquel humilde refrigerio.
-No te inquietes por el olor -me dijo-. Sacia mejor la sed...
No quise desairarle y apuré el pestilente cuenco, procurando cerrar los ojos y contener la
respiración.
Al terminar, el Zebedeo recogió el recipiente y señalando el manto de lino blanco que
colgaba de mi ceñidor, exclamó:
-Veo que no has olvidado tu regalo...
Bajé la vista y comprendí. Y aunque aquella especie de «chal» había sido comprado para
Marta, la hermana de Lázaro, la genial sugerencia del discípulo hizo variar mis planes. En
efecto: aquél podía ser el medio ideal para ganarme la estima y confianza de Maria... ¿Cómo no
se me había ocurrido antes?
Lo tomé en mis manos y, levantándome, me acerqué al rincón donde descansaba la

Señora.
Me arrodillé frente a ella y extendiendo el rico presente le rogué que se dignara aceptarlo.
María y las mujeres que le rodeaban me miraron y se miraron entre si. Pero, al fin, la madre
del rabí, apartándose de la pared, tomó el manto, llenándome con una mirada intensa. Una
mirada que me recordó la de su Hijo.
Juan, atento y solícito, aproximó la lucerna de barro, con el fin de que María pudiera
contemplar mejor la finísima textura del lino. Entonces, a la luz de la lámpara de aceite, los
ojos de aquella mujer surgieron ante mí en toda su hermosura: ¡eran verdes!
Después de acariciar el tejido, María levantó de nuevo sus ojos hacia mí, y mostrándome una
dentadura blanca y perfecta, exclamó:
-¡Gracias, hijo!
Era la primera vez que escuchaba aquella voz gruesa y, sin embargo, cálida y segura.
A partir de aquellos instantes -las ocho de la mañana, aproximadamente- y después que
Juan Zebedeo le explicara quién era y por qué estaba allí, María accedió gustosa a hablarme de
Jesús, de sus primeros años en Nazaret, de sus viajes por el Mediterráneo y de la muerte en
accidente de trabajo de su esposo, el constructor y carpintero llamado José.
Intentando poner orden en mis ideas y en los miles de temas que se agitaban en mi mente,
empecé por preguntarle sobre el nacimiento del gigante...[1]
Hacia las 11.30 horas, nuestra conversación se vio interrumpida con la llegada de Jude y
José de Arimatea. Traían noticias de última hora.
Una vez finalizada la cena de Pascua, los sanedritas habían vuelto a reunirse, esta vez en la
casa de Caifás. Según el anciano, el único tema debatido fue la profecía hecha por Jesús de
resucitar al tercer día. Los sacerdotes, en especial los seduceos, no concedían demasiado
crédito a las palabras del ajusticiado. Pero los intrigantes miembros del Sanedrín estimaron que
lo más prudente sería vigilar la tumba. «Según afirmaron -prosiguió José-, cabía la posibilidad
de que los amigos y creyentes de Jesús robaran el cadáver, propagando después la mentira de
su resurrección.» Con el fin de abortar cualquier intento de robo, el sumo sacerdote designó

[1] *Nota de J. J. Benítez:* El extenso relato del mayor sobre esta apasionante conversación con la madre de Jesús de
Nazaret, en la que aparecen infinidad de datos nuevos y fascinantes sobre la infancia, juventud y edad adulta del
Galileo, ha sido desgajado del mencionado diario e incluido -por razones de su extensión- en un próximo volumen.
Siento, de verdad, dejar al lector con la miel en los labios...

una comisión, encargada de visitar al procurador romano a primera hora de la mañana del
sábado. Pues bien, ese grupo de sanedritas acababa de entrevistarse con Poncio.
José, alertado por uno de sus confidentes, se había apresurado a acudir al Templo. Allí, después de no pocas burlas e hirientes indirectas por parte de esta comisión -conocedora de su
vinculación con el Nazareno-, el propietario del huerto donde había sido sepultado el Maestro
conoció finalmente los pormenores de la conversación entre los sacerdotes y Pilato.
-Señor -manifestaron los jueces al gobernador-, te recordamos que Jesús de Nazaret, ese
falsario, dijo en vida: «Pasados tres días resucitaré.» Por consiguiente, nos presentamos ante ti
para rogarte que des las instrucciones necesarias para que el sepulcro sea debidamente
protegido contra sus discípulos hasta que hayan transcurrido esos tres días. Nos tememos que
sus fieles intenten robar el cuerpo durante la noche y, acto seguido, proclamen al pueblo que
ha resucitado de entre los muertos. Si lo consintiéramos, sería una falta mayor que si le
hubiéramos dejado con vida.
Y Poncio, después de escuchar este ruego, respondió:
-Os daré una escolta de diez soldados. Vayan y monten la guardia ante la tumba.
Prosiguió el de Arimatea:
-Esa escolta romana y otros diez levitas más, reclutados de entre una de las secciones semanales del Templo, se encuentran ya frente a la tumba, tal y como he podido verificar antes
de venir a veros. Esas hipócritas bestias que rodean y adulan a Caifás no han tenido el menor
escrúpulo de violar el sagrado sábado y han invadido mi propiedad. Cuando intenté bajar hasta
la cripta, algunos de los guardianes del Santuario me salieron al paso, obligándome a salir del
huerto. ¡Es indigno!...
-Entonces -insinué-, nadie puede acercarse a la tumba.
-Nadie que no sea de la guarnición de Antonia o del cuerpo de levitas. Incluso, los muy salvajes, han retirado la losa que cubría el pozo del hortelano, uniéndola a la roca que cierra la
cámara sepulcral. Después han estampado el sello de Pilato para que nadie pueda removerías.
Aquella noticia me dejó francamente preocupado. Los últimos minutos de mi misión en Jerusalén debían transcurrir precisamente lo más cerca posible del sepulcro. Caballo de Troya
tenía especial interés, como es lógico, en averiguar si la pretendida resurrección del Maestro de
Galilea era o no una realidad objetiva o, por el contrario, una leyenda. ¿Cómo podía llevar a
cabo mi observación si el paso al sepulcro se hallaba prohibido por aquellos 20 centinelas?
Aún quedaban muchas horas y preferí no atormentarme con semejante dilema. Algo se me
ocurriría...

El cambio de conversación de José me ayudó a olvidar temporalmente el asunto.
Con gran desconcierto por mi parte, una de las máximas preocupaciones del anciano judío
era acertar con el epitafio que debía grabarse en la fachada rocosa del sepulcro donde reposaba
el cuerpo de su Maestro. José traía escritas, incluso, algunas frases, que dio a leer a Jude y a
Juan, respectivamente.
Con gesto grave, los tres hombres discutieron sobre el posible texto, llegando a la conclusión
de que la última era quizás la más adecuada. Le rogué a Juan que me pasara el trozo de
pergamino y, en arameo, leí lo siguiente:
Éste es Jesús, el Mesías.
No hay aquí oro ni plata,
sino sus huesos.
Maldito sea el hombre
que lo abra.
Yo sabía que el saqueo de tumbas estaba a la orden del día en Israel, pero no podía encajar
la falta de fe de aquellos íntimos de Jesús de Nazaret, que no dudaban en calificar al Galileo de
Mesías, renunciando por completo a la idea de su resurrección. Era tan triste como anacrónico...
Una vez decidido el epitafio, José mostró la frase elegida a la madre de Jesús. Pero María se
negó a leerlo. Y clavando sus ojos en cada uno de los presentes, les reprochó su desconfianza
con un lapidario comentario:

-El Mesías escribirá su epitafio con una sola palabra: ¡Resucitó!
Un silencio violento nos cubrió a todos durante algunos minutos. El de Arimatea movió la
cabeza negativamente y Jude y Juan se limitaron a bajar el rostro, manifestando así sus dudas.
Pero la Señora no insistió. Se recostó de nuevo sobre la pared y entornó los ojos.
El de Arimatea rasgó la embarazosa situación, intentando convencemos y convencerse a sí
mismo de que no nos hiciéramos falsas ilusiones...
-La noticia de la promesa de su resurrección –comentó- ha terminado por saltar a la calle y
toda Jerusalén se hace lenguas sobre el particular. Si el Maestro no cumple lo que prometió,
¿en qué situación quedarán sus discípulos y él mismo?
Desgraciadamente, aquella postura, propia de un hombre racional y con un probado sentido
común, era compartida por la casi totalidad de sus apóstoles, enclaustrados desde la noche del
jueves en diversas casas de Jerusalén y Betania, muertos de miedo y sin la menor esperanza
respecto a su futuro. Si aquellos rudos galileos hubieran disfrutado de la fe de David

Zebedeo,
por poner un ejemplo, las cosas habrían sido muy distintas...
Aun a riesgo de repetirme, creo de suma importancia recalcar esta ingrata pero muy humana
disposición de los apóstoles y seguidores del Hijo del Hombre, en relación con el tema de la
resurrección. Están equivocados quienes puedan pensar que los discípulos esperaban
ilusionados el amanecer del tercer día. Nadie en su sano juicio podía aceptar que un cadáver,
después de 36 horas de su fallecimiento, fuera capaz de levantarse y vivir. Pero el sorprendente
rabí jamás hablaba en vano...
Media hora antes del ocaso -hacia las seis-, Jude y su hermana Ruth se pusieron en camino,
acompañando a su madre hacia la residencia de Lázaro, en Betania. Juan, obedeciendo la
consigna dada por Andrés, acudió hasta la casa de Elías Marcos, donde había sido prevista una
reunión de urgencia de todos los discípulos y fieles de Jesús que se hallaban en la ciudad santa.
Me brindé a acompañar a la familia del Nazareno y, de esta forma, pude ampliar mis
conocimientos sobre la vida de Jesús.
A las 19.30 horas, las hermanas del resucitado nos recibieron en su hogar, colmándonos con
sus atenciones.
Pero la noche empezaba a menguar y, tras despedirme de mis nuevos amigos, agradecí a
Marta y a María su generosa hospitalidad, anunciándoles que debía emprender un largo viaje y
que, casi con seguridad, regresaría pronto. Aquella piadosa mentira, que alivió quizás el afligido
corazón de Marta, llegaría a ser realidad. Una realidad que culminó las aspiraciones de este
cada vez menos incrédulo y escéptico oficial de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas.
La hermana mayor de Lázaro, con los ojos arrasados en lágrimas, me confió en secreto que
su hermano había tenido que refugiarse en Filadelfia y que ellas, en cuanto pudieran vender sus
tierras y hacienda, seguirían sus pasos. Yo conocía la primera parte de su información, pero -
¡torpe de mí!-, en aquellos instantes, mientras le decía adiós, no supe adivinar lo que
verdaderamente encerraba su confesión...
Poco antes de las doce de la noche, preocupado por lo avanzado de la hora y por encontrar
alguna fórmula que me permitiera observar la boca del sepulcro con un máximo de nitidez y
seguridad, inicié la ascensión del Olivete.
¿De verdad se produciría la gran «chazaña»? ¿De verdad tendría la grandiosa oportunidad de
comprobar con mis propios ojos el anunciado prodigio de la resurrección?

Hacia la una de la madrugada, sin aire en los pulmones y chorreando sudor por los cuatro

costados, divisé al fin la cerca de madera de la finca de José de Arimatea. Todo se hallaba en
silencio. Solitario. Caminé nerviosamente arriba y abajo del vallado, buscando alguna fórmula
que me condujera, sano y salvo, al interior del huerto. Pero mi cerebro, encharcado por las
prisas, se negaba a trabajar. Eliseo, a mi paso sobre la cima del Monte de las Aceitunas, me
había recordado la imperiosa necesidad de contar con mi presencia antes de las 5.00 horas. Los
preparativos para el retorno exigían un mínimo de comprobaciones y al definitivo ajuste del

ordenador. Supongo que le prometí regresar mucho antes de esa hora. No lo recuerdo bien. Mi
ánimo se había ido excitando conforme corría ladera abajo, en dirección a la zona norte de la
ciudad.
Ahora, con la misión casi concluida, me sentía incapaz de coronar con éxito la que, sin duda,
podía ser la fase decisiva de todo el proyecto.
Inspiré profundamente y, sin meditarlo más, brinqué al otro lado de la propiedad. Podía
haber abierto la cancela pero lo pensé mejor. Aquellos oxidados e impertinentes goznes podían
delatarme.
Una vez entre los árboles frutales permanecí unos minutos en cuclillas, pendiente del más
mínimo ruido. Todo seguía en calma. Y animándome a mí mismo, fui arrastrándome sobre el
seco terreno arcilloso, ayudándome en cada tramo con los antebrazos y codos. Había saltado
por la izquierda de la puerta, con una intención inicial: tratar de alcanzar la parte posterior de
la casita del hortelano.
Una vez allí, si los guardias no me descubrían mucho antes, ya y pensaría algo...
Fui haciendo pequeñas pausas, ocultándome tras los endebles troncos de los frutales e
intentando perforar el bosquecillo con la vista. La luna, prácticamente llena, irradiaba una
claridad que, en aquellos decisivos minutos, podía traicionarme.
«Unos metros más -me dije- y casi lo habré logrado».
Resoplando y con la túnica enrojecida por la arcilla me oculté al fin detrás del muro de piedra
del pozo, situado a una decena de pasos de la casa del jardinero. Asomé lentamente la cabeza
por encima del brocal y comprobé con alivio que la puerta se hallaba, cerrada. No había luz
alguna en el interior y la chimenea aparecía inactiva.
«Quizá los soldados le hayan obligado a desalojar su vivienda», pensé. Y en ese instante,
una duda mortal me secó la garganta:

«¿Y si hubiera llegado demasiado tarde? ¿Y si la supuesta resurrección hubiera ocurrido
ya...?
El único indicio en este sentido aparece en el texto evangélico de Mateo (28,1-8). Si el autor
sagrado llevaba razón y el prodigio tenía lugar «al alborear del primer día» -es decir, del
domingo-, todo estaba perdido. El orto o aparición del limbo superior del sol sobre el horizonte
había sido fijado por Santa Claus con una precisión matemática: dada la latitud aproximada de
Jerusalén -32 grados Norte-, ese instante ocurriría a la 5 horas y 42 minutos. El ocaso, como ya
cité en su momento, se registraría, en consecuencia, a las 18 horas y 22 minutos.
Los planes del general Curtiss, al menos en este sentido, hubieran fallado. Mi reingreso en la
«cuna», como mencioné anteriormente, debía producirse, como muy tarde, hacia las cinco de
esa madrugada.
Pero un inesperado acontecimiento me sacó de estas elucubraciones, haciéndome temblar de
pies a cabeza. De pronto, los perros de José de Arimatea empezaron a ladrar furiosamente.
¡No había contado con aquel nuevo problema!
Me pegué a la pared del pozo, tratando de adivinar la posición de los canes. No tardaría en
averiguarlo. A los dos o tres minutos sentí a mis espaldas los gruñidos de los animales. Me
habían detectado, permaneciendo a dos o tres metros, con sus fauces abiertas y amenazantes.
Me revolví, dispuesto a golpearles y dejarles fuera de combate si era preciso. Se trataba en
realidad de dos pequeños ejemplares y supuse que no resultaría difícil amedrentarles o
golpearles con la «vara de Moisés». Lo que más me preocupaba es que la escolta romana o
levítica pudiera reaccionar y descubrirme.
Me preparé e, incorporándome, me dispuse a ahuyentarlos. Pero la sangre se congeló en mis
arterias: una mano ruda y pesada cayó sobre mi hombro derecho...
Al volverme, cuando consideraba que todo se hallaba perdido, encontré ante mí la silueta
inmensa del hortelano.
Antes de que pudiera explicarle se llevó el dedo índice a los labios, indicándome que
guardara silencio.
Acto seguido me hizo señas para que le acompañara. Desconcertado obedecí como un
autómata. Los perros, al ver al inquilino de la casa, guardaron silencio, siguiéndonos dócilmente
hasta el interior de la vivienda.

Una vez allí, el hortelano supo de mis intenciones. Me había reconocido y, como seguidor de

las enseñanzas del Maestro, se mostró complacido ante mi supuesta fe, prometiendo ayudarme
a encontrar el sitio adecuado y satisfacer así mi aparentemente insólito y loco deseo.
Muy despacio, midiendo cada paso, aquel hombre rodeo la casa, entrando en un pequeño
viñedo al oeste de la cripta y que yo había visto fugazmente durante mi primera visita al
huerto. En la linde más próxima al suave promontorio donde había sido sepultado el cuerpo del
Nazareno se levantaba una especie de enorme cajón, de unos dos metros de altura. Aquel
gigante se ocultó tras uno de los muros de tablas del misterioso «cubo» y yo hice lo propio.
-Desde aquí podrás observar sin peligro...
Y acto seguido entreabrió una trampilla existente al pie de aquel lado del cajón, haciéndome
señas para que me agachara y entrara.
Sin saber lo que me aguardaba, me puse de rodillas, penetrando en el interior. En mi
precipitación olvidé la «vara de Moisés» en el suelo. Para cuando quise retroceder, el hortelano
había bajado la trampilla. Empujé pero... ¡estaba cerrada por fuera! Desesperado, escuché los
pasos del jardinero, alejándose en dirección a la casita.
¿Qué podía hacer? Si gritaba, reclamando la presencia del guarda, los soldados se darían
cuenta. «Además -pensé con un nerviosismo desbocado-, ¿cómo voy a salir?»
Una serie de aleteos me devolvió al presente. Levanté el rostro, tratando de identificar
aquellos sonidos y, al incorporarme, las tinieblas de aquel cajón se convirtieron en un
bombardeo de pequeños cuerpos blancos, chocando entre sí, contra mi cabeza y contra las
paredes del cubículo. Instintivamente me cubrí con ambos brazos. Pero el aterrador y aterrado
ir y venir de aquellos seres prosiguió por espacio de varios minutos. Me agaché de nuevo y,
poco a poco, todo fue apaciguándose. El suelo de tierra se hallaba alfombrado de plumas. Al
examinarlas comprendí: estaba en un palomar!
A pesar del susto no pude evitar una apagada carcajada. El bueno del hortelano me había
metido en un palomar...
Si he de contar toda la verdad, durante más de media hora, mi preparación de años como
astronauta, mis estudios, investigaciones y aprendizaje para tan importante proyecto, no me
sirvieron de nada. Sencillamente, el general Curtiss no había previsto esta ridícula escena y,
por supuesto, yo no tenía ni la menor idea de cómo apaciguar a una treintena de palomas y
palomos, lógicamente asustados antes la súbita irrupción de un intruso en su morada.
Si no acertaba a tranquilizarlas seria muy difícil asomarse a la rejilla metálica existente en la
zona superior del cajón.
Por dos veces lo intenté, pero el resultado fue igualmente caótico. A pesar de mis

dulces
silbidos, de la tiernas palabras y de mis gestos apaciguadores, las inquietas aves se alborotaron
en ambas ocasiones.
Rendido me dejé caer en el fondo del palomar. Llegué a pensar en matarlas. Pero la sola
idea me repugnó. Durante varios minutos, con la cabeza hundida sobre las rodillas, intenté
recordar cuanto sabía o había visto en relación con aquellos animales. En el escaso caudal de
recuerdos me vino a la memoria la figura de mi abuelo, viejo cazador de patos en las lagunas
de Baton Rouge, en Louisiana. Rememoré algunos amaneceres en su compañía durante mis
añoradas vacaciones de juventud, en las orillas de Lake Pontchartrain. Recordé las garzas y -
¡cielo santo!-, de pronto, como un milagro, en mi cerebro surgió la cara de mi abuelo, con una
ramita entre los dientes, chasqueando las mandíbulas y moviendo la cabeza de arriba abajo,
imitando a las garzas en celo. Aquella escena, que siempre me había divertido, podía encerrar
la solución...
Busqué pero no hallé una sola rama. Sin desanimarme, tomé la pluma más larga que había
en el suelo del cajón y, colocándola entre mis dientes, empecé a oscilar la cabeza, a razón de
ocho a diez veces por minuto. Muy despacio, con una lentitud que se me antojó desesperante,
fui elevándome hacia los travesaños y celdillas, procurando emitir algo parecido a un arrullo.
A medio camino me detuve, observándolas sin dejar de mover la cabeza. Aquel viejo sistema
para atraer la atención de las garzas hembras en América parecía bueno. Algunas aletearon
inquietas pero la mayoría siguió impasible. (Ignoro si absortas o desconcertadas -o ambas
cosas a un mismo tiempo- ante aquel pobre estúpido que pretendía hacerse pasar por un
palomo más.)

A los diez o quince minutos, Caballo de Troya entraba en deuda con mi desaparecido y
ocurrente abuelo: la palomas, sosegadas, terminaron por aceptarme u olvidarme. (Porque este
detalle nunca lo he tenido muy claro...)
Sin dejar de mover la cabeza, con el cañón de la pluma entre los dientes, me asomé al fin a
la red de metal.
Mi posición, tal y como había sentenciado el hortelano, era privilegiada. Me hallaba a unos
ocho o diez metros del final del estrecho sendero que conducía a las escalinatas del

sepulcro. La
luna iluminaba sobradamente la parte superior de la peña, así como a los soldados que montaban guardia en el filo mismo del callejón o antesala de la cripta. Habían encendido una
hoguera, formando dos grupos perfectamente diferenciados y distanciados entre sí unos tres o
cuatro metros. Poco a poco fui reconociendo a los centinelas. Los que se reunían alrededor de la
fogata eran legionarios romanos. Pero no vi a ningún oficial. El segundo pelotón, también de 10
hombres, estaba integrado por levitas. Era curioso: durante más de media hora, ninguno de los
guardianes del Templo se dirigió a sus supuestos compañeros de servicio. O mucho me equivocaba o se ignoraban mutuamente. Aquella situación era perfectamente verosímil,
teniendo en cuenta el odio compartido de ambos pueblos...
A pesar de mi proximidad, la boca de la cámara funeraria no era visible desde aquel improvisado observatorio. Al encontrarse por debajo del nivel del terreno, resultaba poco
menos que imposible divisarla. A lo sumo, e incorporándome hasta el techo del palomar,
alcanzaba a ver un trecho de la zona superior de la fachada sepulcral.
Aquello me inquietó. Pero opté por serenarme. Después de todo, si ocurría «algo», los primeros en advertirlo serían los propios guardianes. Bastaba con no perderles de vista. El
hecho de que estuvieran allí, apaciblemente sentados o tumbados sobre el terreno, era señal de
que, de momento, nada extraño había ocurrido.
Y a las 02.30 horas, tal y como había programado Caballo de Troya, Eliseo efectuó la primera de las llamadas «conexiones en cadena». Hasta las 03.30 horas de esa madrugada, mi
compañero en el módulo iría recordándome el horario cada media hora. A partir de ese momento -y hasta las 05.00 horas-, las « llamadas», porque de eso se trataba, se efectuarían
cada 15 minutos. El proyecto había previsto -y así fue aceptado por todos los componentes de
la misión- que, en caso de «alta emergencia», el módulo despegaría, incluso, con uno solo de
los astronautas. (A estas alturas de la operación, «alta emergencia» sólo significaba una cosa:
que yo no hubiera podido acudir a la cita con la «cuna» antes del despegue automático.)
Por supuesto, no quise intranquilizar a mi hermano, explicándole que me hallaba encerrado
en un palomar...
Y a las 2.40 horas ocurrió lo inexplicable.
Cuando vigilaba los movimientos de la guardia, noté algo raro... No sabría cómo explicarlo.
Fue como una sacudida. No, quizá la palabra más exacta sería «vibración»... Pero una vibración
seca. Casi instantánea. Sin ruido.
Cesó en cuestión de décimas de segundo.
Mi primera impresión fue confusa. Pensé que quizá el palomar había oscilado como

consecuencia de alguna racha de viento. Pero en seguida caí en la cuenta de dos hechos
importantes. En primer lugar, no había viento. Y, segundo, las palomas también habían
acusado aquella especie de descarga eléctrica... por llamarlo de alguna manera. Esta vez, estoy
seguro, no fui yo el causante del revuelo de las palomas, que abrieron sus alas y empezaron a
emitir un sonido parecido al glúteo de los pavos.
Si se trataba de un nuevo seísmo, Eliseo lo registraría al instante y me daría aviso de inmediato. Pero la voz de mi compañero siguió muda.
Me aferré con fuerza a la reja metálica y concentré mis cinco sentidos en los soldados. Dos o
tres de los legionarios se habían levantado, pero, a excepción de esto, todo parecía tranquilo.
No habían transcurrido ni dos minutos cuando una nueva sacudida o vibración o descarga -
juro que no sé cómo calificarla-, azotó el palomar y, a juzgar por el desconcierto de los centinelas, el entorno del sepulcro. Las aves comenzaron a revolotear. Las vibraciones parecían
encadenadas. Se sucedían casi sin interrupción y con una fuerza que hizo temblar la frágil
estructura de tablas en la que me hallaba prisionero. Al mismo tiempo, y creo que esto fue lo
peor, un zumbido agudísimo -infinitamente más potente y afilado que el de un generador- me
taladró los oídos, perforando mis tímpanos.

Creí enloquecer. Traté de proteger los oídos con las manos, pero fue inútil. Aquel pitido seguía clavado en mi cerebro con una frecuencia muy próxima a los 16000 Herz.
Caí al suelo, medio inconsciente y, cuando pensaba que mi cabeza iba a estallar, todo cesó.
Las vibraciones y el zumbido desaparecieron drásticamente. Al levantar el rostro vi algunas
'palomas en el suelo, muertas o con los espasmos de la agonía.
Me incorporé como impulsado por un resorte. ¿Qué era aquello? ¿Qué estaba pasando?...
Al asomarme al exterior vi a los soldados medio tumbados en tierra, gritando y sujetándose
el cráneo con las manos. El zumbido, indudablemente, también les había afectado.
Llamé a Eliseo, pidiéndole información sobre la hora y un posible registro en los sismógrafos.
Eran los 2.44. Y, tal y como sospechaba, el instrumental de a bordo no detectaba oscilación
alguna del terreno. Sin poder contenerme relaté a Eliseo lo ocurrido, manifestándole mi
preocupación por lo que estaba sucediendo.
Durante los minutos siguientes, la calma fue completa. Los soldados fueron recuperándose,
entablando una encendida polémica sobre lo ocurrido. Unos los atribuían a un nuevo terremoto.

Otros, en cambio, hablaron de una tormenta eléctrica. «¿Tormenta?», me pregunté a mí
mismo. Observé el cielo, pero seguía transparente, sin el menor asomo de nubes.
«¡Imposible!», comenté para mi. «No conozco una tormenta que sea capaz de desarrollar un
zumbido como aquél. Además, ¿cómo explicar las sacudidas?»
Algunos levitas insinuaron que debían avisar a sus jefes, pero, finalmente, ante la falta de
argumentos, desistieron y volvieron a sentarse.
A las 03.00 horas Eliseo efectuó la segunda llamada. Me preguntó si todo seguía en orden y,
al responderle afirmativamente, me sugirió que no me descuidara. «A las cinco –comentó-
tomaremos el té...»
Agradecí la broma de mi hermano. Lo necesitaba. Aquella tensión me estaba destrozando.
Cuando empezaba a creer que todo aquello podía haber sido fruto de mi imaginación, un
nuevo suceso vino a empañar este paréntesis.
A los siete u ocho minutos desde la última conexión con el módulo, un silencio extraño y
anormal -muy similar al que ya había sentido en Getsemaní- cayó sobre la zona. Observé a las
palomas. Inexplicablemente se habían acurrucado en el fondo de las pequeñas celdas del
palomar, visiblemente asustadas.
Agucé los oídos. Nada. No se percibía ni el más leve ruido.
Los soldados romanos, intrigados por el silencio, se habían puesto en pie.
A las 03.10 horas, en mitad de aquel espeso silencio, un calambre me recorrió de pies a
cabeza. Como un rugido, como una mano de hierro que se arrastrase sobre una roca, así
empecé a oír el lento, muy lento, deslizamiento de una piedra sobre otra.
De no haber asistido al cierre de la enorme losa que taponaba la tumba del Nazareno,
supongo que no habría asociado aquel bramido con el ruido de la muela al rodar por el fondo de
la ranura. Mi presentimiento se vio confirmado cuando, súbitamente, uno de los levitas se
asomó al callejón del sepulcro, lanzando un alarido estremecedor. Sus compañeros y también
los legionarios acudieron a su lado. A los pocos segundos empezaron a retroceder, gimiendo y
tropezando los unos con los otros.
-¡Las piedras! -gritaban en plena confusión-. ¡Las piedras se están moviendo solas!... ¡Las
piedras!
Los guardianes del Templo, sobrecogidos por un pánico indescriptible, salieron huyendo en
todas direcciones, aullando y chocando contra las ramas más bajas de los árboles frutales. En
cuanto a la escolta romana, algunos retrocedieron hasta la fogata, desenfundando las espadas.
Dos de ellos, no sé si paralizados por el terror o más audaces que sus compañeros,

aguantaron
al borde de los escalones que conducían al panteón. Durante segundos que me parecieron
siglos, el rugido de la piedra circular, rodando y arañando la fachada del sepulcro, lo llenó todo.
Los levitas habían desaparecido del huerto. En cuanto a los legionarios, aunque seguían a
escasos metros de la boca de la tumba, sus rostros se hallaban bañados por un sudor frío.
De pronto, el ruido de la losa cesó. Y casi simultáneamente, del callejón brotó una llamarada
de luz. No fue fuego. Y tampoco podría definirlo como una explosión. Entre otras razones
porque no escuché estampido alguno. Sólo puedo decir que se trató de luz. Una lengua o
burbuja o radiación luminosa, de un blanco azulado inenarrable.
Aquella «explosión» lumínica -no encuentro palabras para describirlo- salió del sepulcro. De
eso sí estoy seguro. Y se prolongó instantáneamente hasta los árboles más cercanos, situados a

poco más de cuatro metros de los peldaños de acceso al panteón. Su trayectoria fue oblicua,
siguiendo una lógica vía de escape. En cierto modo me recordó una onda expansiva, pero
luminosa.
En décimas de segundo desapareció y todo quedó en el más absoluto silencio. Los soldados
yacían por tierra, como muertos.
Me revolví inquieto, intentando ver a alguien. Allí, por supuesto, había ocurrido algo anormal
e inexplicable a la luz de toda razón. Pero, por más que rastreé el lugar con la vista, el sepulcro
y su entorno seguían solitarios. La hoguera continuaba flameando y de la tumba -de eso doy fe-
no salió persona alguna. Pero, ¿quién podía aparecer por aquellos escalones, de no haber sido
el propio Jesús de Nazaret?
«¿Jesús de Nazaret?»
Sin saber cómo ni por qué, me senté en el suelo del palomar, pateando furiosamente la
trampilla. Tenía que salir. Tenía que entrar en el sepulcro y desvelar la tremenda duda que
acababa de asaltarme.
«¿Seguía allí el cadáver de Jesús de Nazaret?»
«¡Maldita puerta!... ¡Ábrete!»
Y en uno de aquellos violentos puntapiés, la trampilla saltó por los aires.
Me deslicé como un loco por la portezuela, seguido de un no menos enloquecido torbellino de
palomas. Recuperé mi vara y corrí, corrí sin aliento hasta el borde de los escalones. Los

legionarios, con los ojos muy abiertos, continuaban en tierra.
Y comencé a bajar los peldaños. Pero, hacia la mitad, de pronto, sentí miedo. Un pánico
irracional que me erizó los cabellos. Di media vuelta y salí de allí a la carrera, sofocado y con la
lengua endurecida como el cartón.
Pero, cuando me disponía a aventurarme por entre los árboles, sin rumbo fijo, algo me detuvo. Es posible que fuera el bamboleo de mi corazón, acelerado por encima de las 180
pulsaciones por minuto. Tomé aliento, me recliné sobre el tronco de uno de los frutales y traté
de pensar. ¡Tenía que volver! ¡Era preciso!...
Pulsé la conexión auditiva y le rogué a Eliseo que no preguntara nada:
-Sólo háblame, háblame sin parar hasta que yo te avise.
Eliseo, bendito sea, no hizo preguntas pero, consciente de que algo grave me sucedía, trató
de animarme...
-Tengo un libro entre mis manos –comenzó- y quiero leerte algo: Mira al Oriente... Mira al
oriente de tu corazón... Está saliendo un nuevo sol...
Mientras aquellos versos sonaban en mi cerebro como una mano mágica (nunca supe quién
era el autor), desandé el camino, acercándome entre temblores al foso de la cripta.
-… Dicen que deja estelas de libertad... Dicen que es la esperanza... La esperanza dormida
hasta hoy en la otra orilla...
Uno, dos, tres, cuatro escalones... Sólo me faltaba uno. Inspiré varias veces y, a la luz de la
luna, me aproximé a la fachada de la tumba. Las dos piedras, efectivamente, habían sido
removidas hacia la izquierda, dejando al descubierto el oscuro hueco de la cueva. «Pero, si los
20 guardianes estaban allí arriba -me dije-, ¿quién ha hecho rodar estas moles?» El peso total
de las mismas tenía que ser superior a los 700 kilos...
Los sellos del procurador aparecían desgajados y tirados en el callejón. Empecé a sudar.
«¿Me asomaba?... ¿Y si no estuviera?...»
Mira al Oriente... Hacia el oriente de ti mismo...
«¡Tengo que hacerlo!» Y colocándome en cuclillas, asomé la cabeza. Pero la oscuridad en el
interior de la cripta era total; cerrada como boca de lobo.
«Es imposible -me dije-. Necesito una antorcha.»
Regresé a lo alto, tomando uno de los leños llameantes de la fogata. Los soldados, aunque
paralizados, vivían. Su pulso no ofrecía dudas.
Está amaneciendo en la costa de tu mirada... Ya brilla una nueva estrella...
Bajé las escalinatas y con el corazón al borde de la fibrilación introduje la tea por el hueco de
entrada. La luz rojiza del hacha inundó al instante la cámara sepulcral. Gateé un poco más y, al
levantar la mirada, una sacudida desintegró mi alma. La tea cayó al suelo y yo quedé allí, de

rodillas, con la boca abierta y los ojos fijos en aquel banco de piedra... ¡vacío!
-... Ya llega... Ya tienes mi señal entre tus manos...

Y sin poder contenerme, las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas. El miedo había
desaparecido. ¡Jesús de Nazaret no estaba!... Pero en mis oídos seguían repicando los últimos
versos de
Eliseo:
Ya llega... Ya tienes mi señal...
Dejé que el llanto cayera sobre el suelo de aquel lugar, mientras una paz infinita aliviaba mi
torturado corazón.
Sin pestañear, sin moverme, examiné los lienzos. La sábana mortuoria estaba en el lugar
que había ocupado el Nazareno. Y entre ambas caras del lienzo, en el lugar donde había
reposado la cabeza del Maestro, se distinguía el bulto del sudario o pañolón con el que
Nicodemo habla sujetado su maxilar inferior. ¡Era como si el cadáver hubiera sido absorbido
con una jeringuilla! ¡Como si aquel cuerpo de 1,81 metros se hubiera evaporado! La posición de
la sábana -«deshinchada» sobre si misma- no admitía lugar a dudas. Si alguien hubiera robado
o trasladado el cadáver, los lienzos jamás hubieran quedado en aquella impresionante posición.
«Pero ¿cómo?, ¿cómo?...», me repetía sin descanso.
Primero fueron las trepidaciones. Después las piedras que ruedan, empujadas por una fuerza
invisible y, por último, aquel «fuego» luminoso...
«¿Cómo?...»
Y ahora, como el más grande prodigio de todos los tiempos, una tumba vacía.
Sería preciso esperar a mi segundo «gran viaje» a la Palestina del año 30 para empezar a
intuir lo que había sucedido en el interior de aquel sepulcro. Fue el análisis de aquellos lienzos
lo que nos dio una pista. Como anticipo puedo decir que la resurrección del Galileo -el hecho
físico y milagroso de su resurrección- se produjo pocos minutos ANTES de la «desintegración»
de sus restos mortales. Nada tuvo que ver una cosa con la otra. El cadáver se había esfumado,
sí, pero ANTES, insisto, Jesús había hecho el gran prodigio.
Finalmente advertí a mi compañero que me disponía a emprender el camino de retorno a la
nave.
Y a las 03.30 horas, después de besar el suelo rocoso de la cripta, abandoné el huerto de
José de Arimatea. Los soldados de la fortaleza Antonia continuaban allí, desmayados, como
mudos testigos de la más sensacional noticia: la resurrección del Hijo del Hombre.

Y a las 05.42 horas de aquel domingo «de gloria», 9 de abril del año 30 de nuestra Era, el
módulo despegó con el sol. Y al elevarnos hacia el futuro, una parte de mi corazón quedó para
siempre en aquel «tiempo» y en aquel Hombre a quien llaman Jesús de Nazaret.
Enero de 1984.

Caballo de Troya

J. J. Benítez

348

Washington..... 5
México D.F..... 5
Tabasco 7
Yucatán 10
España 13
Washington..... 16
El diario..... 38
30 de Marzo, jueves..... 56
31 de marzo, viernes 78
1 de abri, sábado 84
2 de abril, domingo 93
3 de Abril, lunes..... 107
4 de abril, martes..... 120
5 de abril, miércoles 142
6 de abril, jueves..... 171
7 de abril, viernes 198
8 de abril, sábado 336
9 de abril, domingo 341